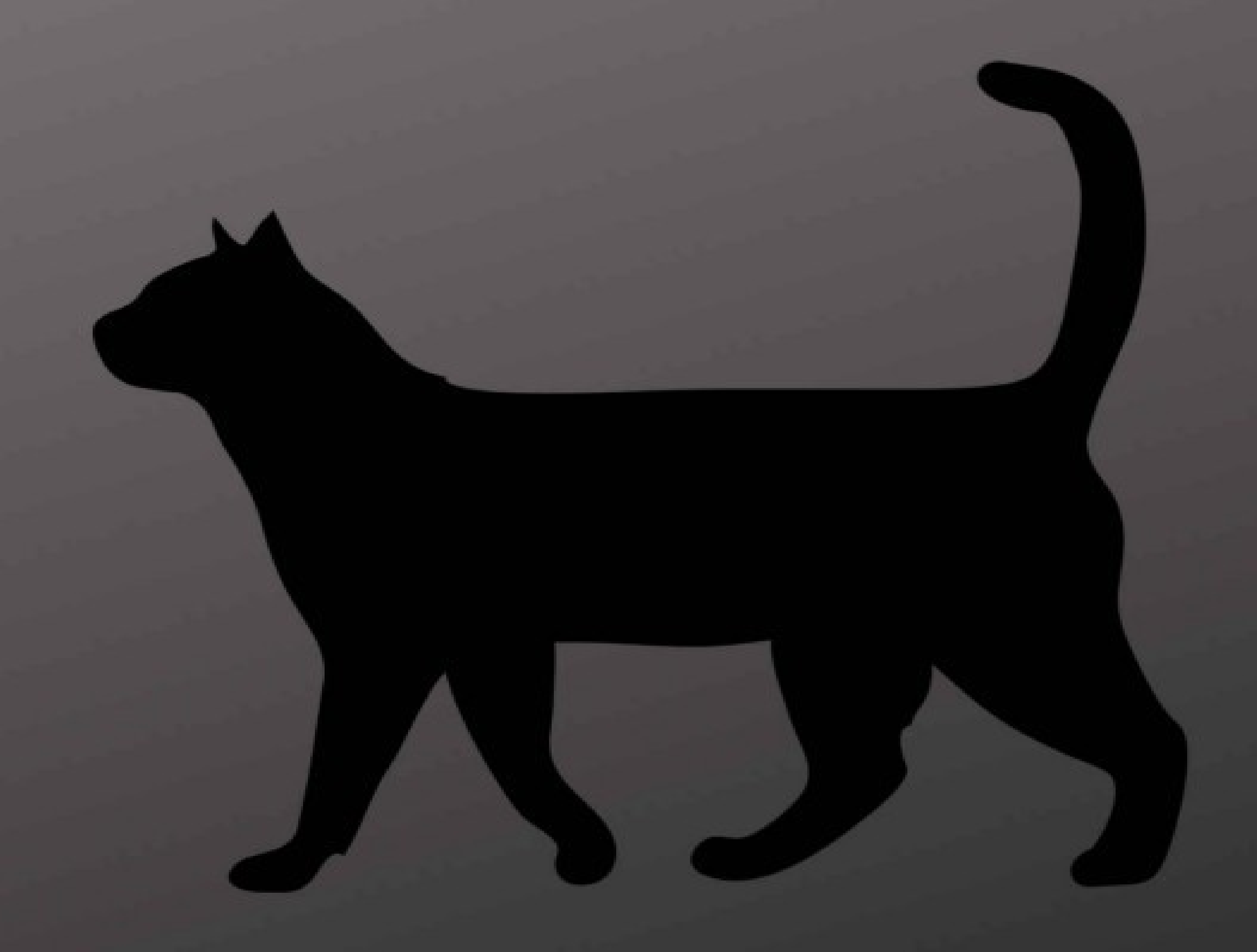


Lo que el gato se llevó

Inspector Salazar 05

M. J. Fernández

Lo que el gato se llevó.

(Inspector Salazar 05)

M.J. Fernández

"Porque tengo un hermano, siempre tengo un amigo."

Anónimo.

Capítulo 1.

La muerte sorprendió a Jovanka sin que alcanzara a comprender su destino. Todo ocurrió demasiado rápido. Apenas había alcanzado el segundo piso del chalé cuando percibió una sombra que se abalanzaba sobre ella, notó una presión en el pecho, un golpe en la cabeza y el suelo desapareció bajo sus pies. Sintió que caía, que rodaba escaleras abajo, mientras sus viejos huesos crujían en la medida en que se iban rompiendo. No tuvo tiempo de sentir dolor. Antes de que pudiera siquiera pensar en ello, todo había terminado.

De haber vivido unos minutos más, hubiera visto la sombra que se acercó a su cuerpo menudo y maltrecho, para comprobar que había cumplido su cometido. Luego saltó por encima de sus restos mortales y cruzó a toda prisa hacia la cocina, saliendo por la puerta de atrás.

Pasaron veinticuatro horas antes de que descubrieran el cuerpo. Cuando la familia Arriola regresó de su viaje, encontró a su ama de llaves al pie de la escalera con los ojos fijos y la mirada perdida. Yolanda fue la primera en verla. Su grito de terror atrajo la atención de sus padres, que se habían retrasado sacando las maletas del coche. Fermín corrió a auxiliar a su hija y se dio de bruces con el cadáver. El señor Arriola abrazó a Yolanda y con palabras suaves la apartó del cuerpo de la malograda Jovanka. En ese momento apareció Consuelo en el umbral. Él le impidió entrar. Después de sacar a su esposa y a su hija de la casa, las dejó a buen resguardo en el coche, mientras él llamaba por el móvil a la policía.

Una hora después, el hogar de los Arriola era un territorio ocupado. Al menos una docena de hombres y mujeres deambulaban de un lugar a otro, tomando fotografías, midiendo con cinta métrica, recogiendo huellas y haciendo preguntas.

Fermín se armó de paciencia para tratar de ayudar a la policía en sus pesquisas, pero en realidad casi no tenía información para proporcionarles. El primero que lo interrogó fue un sargento. Le preguntó su nombre, le pidió el DNI e indagó cuál era su relación con la occisa. El uniformado anotó las respuestas y se alejó en dirección a un hombre mayor que acababa de llegar y que estaba ataviado con un traje barato, un abrigo que había conocido mejores tiempos y los zapatos más lustrosos que Fermín había

visto en su vida. Después de hablar con el oficial se acercó a ellos y se presentó.

—Soy el inspector Anselmo Souza. De la Jefatura Superior de Haro.

—Un placer conocerlo, inspector —respondió Fermín—, aunque hubiera preferido que fuera en otras circunstancias.

—Sí, es muy lamentable. ¿Puede usted explicarme lo ocurrido?

—Es poco lo que puedo decirle, pues no estábamos en casa cuando ocurrió el accidente.

—¿Dónde estaban?

—Visitábamos a mi suegra en Almería.

—¿Qué hacía entonces aquí la occisa?

—Jovanka es… Era, nuestra ama de llaves. Trabajaba para nosotros desde hace más de quince años y le teníamos plena confianza. Cuando decidimos regresar, la llamamos para que acondicionara la casa.

—Para que la limpiara —puntualizó el policía.

—Sí. Es lo que quise decir.

—¿Quién le abrió la puerta? —preguntó Souza, tomando nota en su libreta.

—Como le dije, tenía nuestra plena confianza, así que ella disponía de un juego de llaves que utilizaba en estos casos.

—Comprendo.

Ambos hombres guardaron silencio cuando se aproximó el furgón de la morgue, que venía a recoger el cadáver.

—¡Es espantoso! —exclamó Fermín, conmocionado—. Alguien deberá avisar a la familia, supongo…

—Nosotros nos ocuparemos —respondió el policía—. El sargento me informó que los familiares de la occisa pusieron ayer una denuncia por desaparición cuando anocheció sin que hubiera regresado. No pudiendo contactarla por el teléfono, vinieron hasta aquí para ver si la encontraban, pero la puerta estaba cerrada y por supuesto, nadie les respondió.

—¡Pobre gente! ¿Qué cree que pasó, inspector?

—Todavía no lo sabemos, pero todo parece indicar que subió las escaleras y resbaló al llegar al último escalón. Una mala caída. Un trágico accidente.

—No quiero parecer insensible, pero ¿cuándo podremos regresar a la normalidad?

—En pocos minutos habrán retirado el cuerpo. En cuanto el departamento de criminalística termine de recoger las muestras que determina la ley y nos autorice, podrán ustedes regresar. Sin embargo, no puedo precisarle ahora cuánto tiempo demorarán. Le aconsejo que recoja a su familia y los lleve a un hotel. Estar aquí no les hace bien —argumentó el policía, mientras miraba a Yolanda sollozar abrazada por su madre. La chiquilla le recordó a su propia hija.

—¡Inspector Souza! —gritó uno de los detectives jóvenes que rondaban por el lugar, mientras se acercaba a paso apresurado.

—Disculpe, señor Arriola —le pidió Anselmo, alejándose de su testigo y acercándose al impertinente policía.

Después de una corta conversación entre los oficiales, el joven regresó al pie de la escalera y Souza se acercó de nuevo a Fermín.

—Será mejor que busque alojamiento para usted y su familia por unos días, señor Arriola. La situación ha cambiado. Las pruebas forenses nos sugieren que no se trató de un accidente. Su ama de llaves, la señora Jovanka Moreno murió asesinada.

Capítulo 2.

Santiago releyó la escueta nota, mientras hacía esfuerzos por evitar el temblor de sus manos. La había encontrado en el suelo de su despacho y desde entonces lo invadía el desasosiego. Aunque por lo general no era un hombre asustadizo y un anónimo no hubiera sido suficiente para intranquilizarlo, en este caso el contenido le había erizado la piel en cuanto lo leyó.

En un papel común habían impreso una fecha: "14 de abril de 1987." Eso era todo. Santiago había cogido la nota por una esquina usando su pañuelo y la había introducido en una bolsa de pruebas que siempre llevaba en el bolsillo. Estaba decidido a encontrar al autor. Después de la experiencia que él y su familia habían sufrido con el secuestro de su hijo Lucas, la seguridad de los suyos era una preocupación permanente. Y la mención de aquella fecha lo asustaba más que una amenaza directa.

Ya había revisado los cuadernos donde García anotaba los nombres de los visitantes ajenos a la comisaría. En los dos últimos días solo había quedado registrada una vecina que puso una denuncia por el ruido que hacía el inquilino del piso de arriba cuando practicaba con el saxofón y que no le permitía dormir la siesta. Su nombre era María Eugenia Ramírez y tenía ochenta y cinco años. Santiago no la veía como una probable sospechosa. Los demás nombres correspondían a personas que habían acudido a tramitar su documentación. No hubieran tenido acceso a su despacho, así que estaban descartados. El comisario llamó al laboratorio y solicitó que le enviaran a un mensajero con carácter de urgencia. Media hora después se presentó un joven delgado y nervioso con un uniforme gris, el logotipo del laboratorio tejido en el lado izquierdo de la pechera y una placa con su nombre en el lado derecho.

—Buenos días, señor. Me ordenaron recoger una evidencia de sus manos —afirmó el mensajero, con cierta timidez.

—Sí, quiero que le entregue esta prueba al jefe del laboratorio de Científica, Casimiro Barros, en sus manos. Ya lo está esperando. Es urgente.

—Me ocuparé de eso, señor —respondió el mensajero, solícito.

Cuando el joven salió del despacho del comisario, Santiago se esforzó por reiniciar su trabajo, pero se le hacía difícil concentrarse. El anónimo

había desequilibrado su estabilidad emocional. Se preguntó si debía consultarlo con alguien. Sería un alivio poder hablar de ello, pero enseguida lo descartó. Ahora que su vida familiar y profesional se encontraba en su mejor momento, aparecía esta nota que amenazaba con derrumbar todo lo que había construido con tanto esfuerzo. Por otro lado, si su familia estaba siendo amenazada, su deber era protegerlos, sin importar lo que él pudiera perder por ello.

Se preguntó por un momento qué consecuencias podría tener exponer la situación con honestidad y pedir ayuda. La idea le hizo un nudo en el estómago. Se arriesgaría a perderlo todo: el respeto de su mujer, el afecto recién recuperado de su hermano. Carmela tal vez pudiera llegar a perdonarlo, pero Néstor… Estaba seguro de que Néstor nunca le volvería a hablar si se enteraba de lo que había ocurrido aquel fatídico día.

Incapaz de centrarse, Santiago se puso de pie, cogió el abrigo y salió del despacho. Necesitaba pensar. Necesitaba aire fresco. Ante la mirada sorprendida de Lali y de García, el agente de guardia en la puerta, Ortiz abandonó la comisaría y salió a caminar por las frías calles de Haro, mientras una horda de ideas catastróficas asaltaba su mente.

¿Quién podría haber enviado el anónimo? ¿Quién sabía…? Estaba claro que el autor de la nota quería amenazar su tranquilidad. ¿Sería también una amenaza para la seguridad de su familia? ¿Estarían en peligro Carmela y los gemelos, o el mismo Néstor? Si algo llegaba a sucederles a causa de su cobardía, nunca se lo perdonaría a sí mismo.

Sin embargo, la nota no incluía ninguna amenaza directa. Trató de analizar la situación con la serenidad y objetividad de su entrenamiento policial. La intención del autor del anónimo era amenazarlo a él en forma directa, causarle angustia y desasosiego. Descentrarlo. ¿Quién lo había enviado? ¿Por qué? ¿Y por qué ahora, después de tantos años? Ahora que creía haber superado toda la vergüenza y la culpa que colmaron su vida después de aquel día.

A pocas manzanas de allí, Néstor terminaba su café, sentado a su mesa favorita en el bar de Gyula. Regresaba de una reunión en la Jefatura Superior y se detuvo en su camino a la comisaría con la excusa de tomarse un café, pero en realidad quería preguntarle a su amigo si había recibido noticias de su tía.

No sabían nada de ella desde el día anterior, cuando el propio Gyula la había dejado en un chalé del barrio Estación, donde trabajaba como ama de

llaves. Toda la familia estaba muy preocupada. No regresó a casa, ni pudieron contactarla por el teléfono. Su amigo llamó a Salazar para pedirle ayuda. Néstor se encargó de poner la denuncia por desaparición y él mismo comenzó a buscarla en los hospitales y a hacer preguntas entre sus contactos policiales, pero parecía que se la había tragado la tierra. Nadie la había visto. Nadie tenía noticias de que hubiera sido víctima de ningún delito.

Si no se hubiera tratado de una mujer demasiado mayor para emprender ninguna aventura, el inspector hubiera concluido que había desaparecido por voluntad propia, pero eso estaba descartado. En el corto tiempo transcurrido indagó también en el entorno de Jovanka, pensando que hubiera podido ser utilizada como rehén para presionar a alguno de sus familiares. Sin embargo, de momento no había encontrado nada.

Mientras terminaba el café decidió que hablaría con el juez Aristigueta para pedirle una orden que le permitiera registrar el chalé, que era el último lugar donde fue vista la desaparecida. Siempre existía la posibilidad de que hubiera sufrido un accidente, pero si no la encontraban allí, tal vez hallaran algún indicio que les permitiera localizarla.

Gyula, como era lógico, se sentía muy angustiado y Salazar estaba dispuesto a hacer todo lo posible para ayudar a su amigo. Cuando se disponía a levantarse de la mesa vio acercarse al tabernero a paso apresurado. La expresión de su rostro hizo comprender al inspector que las noticias no eran buenas.

—¿Qué ocurre, Gyula? ¿Apareció?

—Eso me temo— Salazar esperó, comprendiendo que no debía presionarlo—. Me acaba de llamar "el Tío."

—¿"El Tío"?

—Su hermano Joaquín. Recibió una llamada de la policía hace unos minutos. La familia del chalé regresó de vacaciones esta mañana y la encontraron…

—¿Qué pasó? —preguntó Néstor, al ver que a Gyula se le hacía difícil terminar la frase y que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—La encontraron al pie de la escalera. Al parecer rodó y…

—¿Está malherida?

—Está muerta.

—Lo lamento mucho, Gyula —le dijo Salazar con sinceridad, aunque no le sorprendía la noticia. Después de lo infructuosas que resultaron sus

pesquisas, ya sospechaba que algo así había ocurrido.

—Hay más… —confesó el tabernero.

—¿Qué más?

—La policía piensa que no fue un accidente, Néstor. Alguien la asesinó.

Capítulo 3.

De vuelta en la comisaría, Salazar se sorprendió al no encontrar a Santiago en su despacho. Más extraño aún era que Lali no supiera adónde se había marchado, ni la razón de su ausencia. En especial porque habían acordado encontrarse para que Néstor le informara acerca de la reunión en la Jefatura Superior, además de que en cualquier momento llegaría el reemplazo de Manuel.

No tenía otra alternativa que esperar a su regreso para saber qué mosca le había picado. Subió al segundo piso, donde saludó al equipo. Como siempre, solo Sofía le correspondió y Diji levantó una mano sin apartar los ojos del ordenador. ¡Simpático, el chaval! Tranquilizado por la normalidad de la situación, se fue a su propio despacho para encarar con valor las pilas de expedientes que Lali iba acumulando en su escritorio con malévola perseverancia. No importaba cuantas horas dedicara a la revisión y firma de los dichosos papeles, la pila crecía sin parar. Algunas noches, Néstor se había despertado en medio de una pesadilla en la cual las pilas de papeles cobraban vida y lo devoraban. ¡Un horror!

Cuando llevaba dos horas, tres tazas de café y ¿por qué no reconocerlo?, alguna que otra cabezadita mientras leía y firmaba expedientes, Lali le avisó por la centralita que el comisario había llegado y lo esperaba en su despacho. Salazar se alegró de tener una excusa para dejar atrás el trabajo burocrático. Podría jurar que el último expediente lo había mirado con gula. ¡Ya estaba otra vez esa imaginación suya jugándole malas pasadas! En fin, cerró la carpeta con satisfacción y se encaminó a reunirse con Santiago.

Cuando pasó frente a Lali, la encontró un poco mustia. Ni siquiera lo había mirado con desaprobación, lo cual lo preocupó, pues la última secretaria del comisario que lo había tratado con cariño, intentó matarlo. Decidió tensar un poco la cuerda.

—Eulalia, tiene usted mala cara. ¿Ocurre algo?

La mujer hizo un mohín y Salazar temió que rompiera a llorar, pero por suerte consiguió contenerse. Algo muy grave debía preocuparle cuando no había reaccionado a la mención de su nombre completo. Detestaba que la llamaran Eulalia, algo que Néstor aprovechaba en ocasiones para fastidiarla.

—No es justo que se me trate así. Comprendo que cometí un error, pero una es humana y hago lo mejor posible mi trabajo… Y soy leal… Y… —

Aquí sí las lágrimas brotaron como las cataratas del Niágara y Néstor se arrepintió de haber preguntado. ¡Quién le mandaba a meterse en camisa de once varas! ¿Y ahora qué iba a hacer? Frente al llanto de Lali se sentía tan indefenso como juguete de gato.

Incómodo, Salazar sacó su pañuelo y se lo ofreció a la secretaria, que le dio las gracias mientras lo usaba para enjugarse las lágrimas. Aunque su intuición le advertía que era mejor no preguntar, su lengua se alió con su curiosidad innata, y ambas lo traicionaron. Antes de que pudiera evitarlo, se escuchó haciendo la única pregunta que sabía que no debía hacer.

—¿Qué fue lo que pasó, Lali?

Por supuesto que la "inocente" pregunta desencadenó un recrudecimiento del llanto, que lo dejó todavía más desconcertado. Entre hipidos, Eulalia le respondió.

—Yo… Archivé mal un expediente… El comisario me lo pidió y… Demoré demasiado en encontrarlo. Por eso él no pudo concluir a tiempo el informe que tenía que enviar a la Jefatura Superior y entonces… Entonces me reprendió… Me gritó… Y es la primera vez que lo hace y yo…

—Te asustaste, claro.

—Es que nunca antes me había ocurrido. Yo siempre hago lo mejor posible mi trabajo y nunca creí que… El comisario se enfadó mucho y…

—Y Goliat… Digo, el comisario Ortiz enfadado es como un tsunami. Se lleva por delante todo lo que encuentra —afirmó Néstor, comprensivo—. Vamos, Lali, tranquilízate —le aconsejó y para su propia sorpresa se acercó a ella y le rodeó los hombros con el brazo para consolarla. Más sorprendido todavía quedó cuando Lali acomodó su cabeza en el hombro de él y dio rienda suelta a su llanto. No sabiendo qué hacer, Salazar se quedó inmóvil y la dejó desahogarse. Poco a poco la mujer se fue calmando y el llanto fue sustituido por hipidos cada vez más distantes.

—Gracias, inspector jefe. Es usted muy amable. Y yo nunca lo he tratado como merece.

—Vamos, Lali. Seguro que el comisario está nervioso por alguna razón y se desquitó contigo. Ya verás que cuando se tranquilice te pide excusas por haberte gritado.

—¿Usted cree? ¿No piensa que puede pedir que me trasladen por incompetente?

—¿Incompetente, tú? Eres la mejor secretaria a la que Ortiz puede aspirar, así que quédate tranquila, sécate las lágrimas y concéntrate en el

trabajo.

—No sabe cómo le agradezco sus palabras. Le prometo que a partir de ahora seré más amable con usted.

—Hazme un favor —Lali lo miró expectante—. No seas demasiado amable conmigo. Me pone nervioso que la secretaria del comisario me tenga aprecio.

Eulalia lo miró sin comprender. Y no era para menos. Ella no sabía nada acerca de la historia de Matilde. Y mejor que no lo supiera. No fueran a ocurrírsele ideas. En fin, que después de consolar a la secretaria, Salazar llamó a la puerta del despacho del comisario y entró sin dar tiempo a que lo invitaran.

No se le escapó a Néstor el movimiento rápido de la mano de Santiago, guardando algo en la gaveta de su escritorio. La expresión del rostro de su hermano hizo comprender al inspector la angustia que sentía la secretaria. Él mismo hubiera salido corriendo lo más lejos posible, si no le hubiera perdido el miedo cuando ambos eran chiquillos.

—¡Néstor! ¿Qué haces aquí?

—Acordamos reunirnos cuando regresara de la Jefatura. ¿Recuerdas?

—Sí, claro. Disculpa. Siéntate y dime a qué conclusiones llegaron.

—Pues las conclusiones no son muy diferentes que las de siempre. Que estamos escasos de presupuesto y tenemos que trabajar con las uñas.

—Sí, claro. ¿Números?

—Están en mi despacho. Se los entregaré a Lali al salir de aquí.

—Sí, me parece bien —respondió Santiago, distraído.

—¿Quieres decirme qué coño te pasa?

—¿De qué hablas? ¿Por qué tendría que pasarme algo?

—Porque antes de entrar encontré a Lali llorando más que la Magdalena porque tú le habías gritado. ¿Eres consciente del efecto que causas cuando le levantas la voz a alguien? Se siente como si te amenazaran desde un tanque de guerra con misiles apuntando a tu cabeza. ¡Eres aterrador!

—Yo… Por su incompetencia no pude terminar a tiempo un informe.

—¿Te atreves a llamar incompetente a esa mujer que es la eficiencia en pasta? Además de que besa el suelo que pisas, sin que hayas hecho nada para merecerlo.

—De acuerdo, no es incompetente, pero cometió un error que…

—¿Es que tú no cometes errores? —le preguntó Néstor, ya enfadado—. ¿Tengo que recordarte algunos de ellos? Y mucho más gordos que archivar

mal un expediente. Allí afuera hay una excelsa trabajadora, una buena mujer que se deshace en lágrimas porque su jefe, al cual aprecia y admira, le gritó porque cometió un error.

—De acuerdo. Tal vez me excedí un poco.

—¿Un poco? Te pasaste siete pueblos, Santiago.

—No me esperaba este rapapolvo de tu parte.

—Ella tampoco esperaba maltrato de la tuya.

—¿Servirá de algo si me disculpo?

—Le prometí que lo harías.

Santiago miró a Néstor y comprendió que no tenía salida. Como hermanos, él era más alto y corpulento. También era más musculoso, pero Néstor era más listo y resuelto. Tenía la batalla perdida. Suspiró, se levantó y salió a la antesala del despacho. Después de unos minutos regresó.

—Ya me disculpé. Lali está tranquila. Sabe que no voy a pedir su traslado, ni a levantar una sanción, ni nada por el estilo. Que sigo confiando en ella y que me comporté como un cenutrio. ¿Satisfecho?

—Todavía no. Ahora quiero que me expliques por qué reaccionaste así. Tú no eres de los que explota contra un subalterno porque haya cometido un error nimio. Algo te pasa.

—Nada. No he dormido bien las últimas noches.

—Sí, ya había notado las ojeras que llevas puestas estos días. ¿Algún problema? ¿Le ocurre algo a Carmela, o a alguno de los gemelos?

—No. Carmela está bien y los chavales siguen tan trastos como siempre. Por cierto, ¿tienes noticias de Salvador?

—Su madre mejora y él se adapta muy bien a su nueva escuela en Suiza. Está contento porque comenzó a asistir a clases de violín. Por lo visto, cambió de opinión con respecto a la flauta, aunque no sé bien qué es peor para la salud auditiva de quienes lo rodean —Salazar se calló al comprender lo que hacía Santiago—, pero no me líes, que ese truco ya me lo conozco. No estamos hablando de Salva, sino de ti. ¿Qué te pasa?

Un golpe en la puerta libró al comisario de tener que responder.

—¡Adelante! —autorizó con su vozarrón.

Lali se asomó con timidez, como si esperara un ataque de artillería por interrumpir la reunión. Al ver que las aguas estaban calmadas, terminó de abrir la puerta y entró. Su expresión de desconcierto alertó a los dos policías.

A la secretaria la siguió una joven de baja estatura que usaba vaqueros, una blusa holgada y chaqueta de mezclilla. Calzaba botas rojas con adornos dorados que no dejaban indiferente a nadie, y llevaba el cabello a dos colores: negro azabache con un mechón rubio platino. También cargaba una mochila de varios colores a la espalda. Antes de que ambos pudieran salir de su asombro, Lali anunció:

—Les presento a la subinspectora Beatriz Araya. Viene a ocupar el cargo vacante del subinspector Rodríguez.

Capítulo 4.

En cuanto vio a la recién llegada, Santiago abrió el expediente que tenía sobre la mesa para comprobar que la persona que tenía frente a él era la oficial de policía que esperaban. El nombre coincidía y también la fotografía, pero hasta allí llegaban las similitudes. En el documento oficial se veía una joven con su uniforme de gala, el cabello negro corto y rasgos bastante comunes. Como el comisario ya había leído el expediente, sabía que se había graduado en el segundo lugar de su promoción, y si no era la primera, se debía a que sus resultados en las pruebas físicas habían bajado un poco sus calificaciones. Según sus maestros era brillante y su cociente intelectual, superior a 140, lo corroboraba. Ninguno de esos datos lo preparó para el aspecto estrafalario de la joven que tenía delante.

Néstor, que no había leído el expediente, en un primer momento se sorprendió, pero al cabo de pocos segundos desplegó una sonrisa de complicidad. ¿Quién era él para juzgar el aspecto de nadie, si el suyo propio era un desafío a la imagen tradicional de un policía?

—Bienvenida, Beatriz —le dijo, poniéndose de pie y estrechándole la mano—. Soy Salazar, el inspector jefe y segundo a bordo de este manicomio que pretende ser comisaría.

—¿Es usted el famoso inspector Salazar? Es un placer conocerlo, señor. No lo imaginaba así. Lo creía más… Y más…

—Dejémoslo así. Él es nuestro jefe, el comisario Ortiz. A él seguro que lo esperabas menos…

La joven sonrió antes de saludar a Santiago.

—Su expediente es brillante, subinspectora Araya —anunció el comisario—. Me alegra recibirla en nuestro equipo. Debo, sin embargo, hacer una observación con respecto a su cabello. El reglamento no permite extravagancias tales como teñirlo con dos colores.

—Disculpe, comisario, no quiero llevarle la contraria, pero mi cabello no está teñido con dos colores.

—Pero…

—Algunas veces lo que creemos influye en lo que percibimos. Mi cabello es negro, tal como se ve. No está teñido.

—Entonces el mechón rubio…

—Ah, el mechón. Tengo un mechón de canas desde mi nacimiento, al igual que mi padre. Es hereditario. De manera que mi cabello tiene dos colores en forma natural.

—El color del mechón es rubio —argumentó el comisario con terquedad.

—Teñí mis canas —admitió Beatriz—. El reglamento no prohíbe teñir las canas. Tampoco precisa que estas deban ser del color natural del cabello. Así que en realidad, no estoy quebrando el reglamento, solo tiño mis canas del color que prefiero.

Santiago abrió la boca para protestar, pero la cerró de inmediato, al quedarse sin argumentos para rebatir el razonamiento. Salazar contuvo las ganas de soltar la carcajada y admiró la inteligencia de la chica, así como su irreverencia. A regañadientes, el comisario claudicó.

—Acompáñenos, subinspectora —le pidió Ortiz—. Le mostraremos su lugar de trabajo y le presentaremos a sus compañeros.

Los tres subieron al segundo piso, donde el resto del equipo se encontraba trabajando. Cuando llegaron a la sala común, todos levantaron la mirada con curiosidad. Las reacciones fueron variadas. Remigio enarcó las cejas, mientras pensaba que aquellas pintas nunca se hubieran visto en sus tiempos, pero mantuvo la boca cerrada. Diji miró a la recién llegada con expresión neutra, pues las apariencias no le preocupaban. Sofía se alegró de la incorporación de otra mujer al equipo y esperaba que pudieran llevarse bien. Miguel frunció el ceño en cuanto Beatriz se asomó. No pudo disimular su disgusto, pues además aquel adefesio sería su compañera.

Después de las correspondientes presentaciones, Santiago le señaló cuál sería su escritorio y también le informó que trabajaría bajo las órdenes directas del inspector Miguel Pedrera, el mismo cretino que la miraba como si ella fuera un payaso de circo. En cuanto el comisario y Salazar regresaron a sus despachos, Beatriz abrió su mochila y comenzó a sacar sus artículos personales, entre ellos un ordenador.

—No es necesario que uses tu ordenador personal —le advirtió Sofía—. Todos disponemos de un terminal conectado al servidor central.

—El mío está tuneado —le respondió la recién llegada—. Es mucho más rápido que estos dinosaurios y no tardaré ni cinco minutos en conectarlo a la intranet.

—De acuerdo, será como quieras —respondió Garay encogiéndose de hombros.

Cinco minutos después, Araya hacía a un lado el terminal de la comisaría para utilizar su propio ordenador.

—Ya estoy lista, jefe —dijo dirigiéndose a Miguel—. ¿Tiene alguna tarea para mí?

Pedrera la miró con disgusto, pero se contuvo.

—En este momento investigo a un camello que se mueve por la calle Castañares. Su nombre es Pablo García. Lo pillaron in fraganti hace tres días y estoy armando el expediente. A ver qué puedes averiguar sobre él y sus conexiones.

—Sí, señor —dijo Araya, tecleando a toda velocidad, sin quitar los ojos de la pantalla.

Cinco minutos después comenzaron a salir papeles de la impresora. Beatriz los cogió, les dio una rápida ojeada y se los entregó a un estupefacto Miguel.

—¿Qué es esto? —le preguntó el inspector.

—Lo que me pidió, señor. Me conecté con el servidor de la Jefatura Superior, pero también con el de Madrid. Además, encontré que Pablo García estuvo preso hace quince años en Algeciras. Su compañero de celda está relacionado con uno de los carteles de la zona, así que también lo investigué. Se trata de Erasmo Guevara, el tercero en importancia dentro de la organización criminal. Estuvo en La Rioja hace seis meses. No creo que sea coincidencia.

—¿Y todo esto lo averiguaste en cinco minutos?

—Es solo cuestión de saber cómo buscar.

—Ya. Bienvenida al equipo —dijo Miguel, impresionado—. Debo reconocer que en un principio no me agradó la idea, pero creo que tú y yo seremos buenos compañeros.

Beatriz sonrió. No era la primera vez que su inteligencia y alta eficiencia conseguían que le perdonaran sus extravagancias. Pedrera le pidió que elaborara un informe para entregárselo al juez. Debían reunir las evidencias que corroboraran esas conexiones, para que el señor García no viera la luz de la calle en mucho tiempo.

Cuando Salazar abandonó la sala común, se encaminó a la salida sin pasar por su despacho. Descartó usar el Corsa de la comisaría, pues el trámite que iba a llevar a cabo era de carácter personal, así que decidió coger un taxi. Tardó más de hora y media en llegar a la Jefatura Superior a consecuencia de los atascos. Cuando por fin el taxi lo dejó frente a su

destino, Salazar se encaminó al interior del edificio. Siguiendo las instrucciones del guardia de la puerta alcanzó el despacho del inspector Anselmo Souza.

Néstor estaba allí porque le había prometido a Gyula y a su tío, cabeza de la familia, que averiguaría cuándo les iban a entregar el cuerpo de Jovanka y por qué insistían en que había sido un homicidio. No resultó fácil concertar la cita con su colega, que por supuesto no veía con buenos ojos la intromisión de otro policía de una pequeña comisaría del centro.

Después de llamar a la puerta, lo invitaron a entrar. Souza lo miró con desconfianza desde su escritorio.

—Así que usted es el legendario inspector Salazar. Lo creía más…

Néstor esperó, pero el adjetivo que buscaba el inspector jefe no llegó. ¿Debería comenzar a preocuparse acerca de lo que debería ser más…? En fin, que no estaba allí para eso.

—Le agradezco mucho que me haya recibido, inspector Souza.

—No seré yo quien le haga un desprecio a un colega. Además, hoy por ti, mañana por mí.

—Claro —confirmó Salazar, comprendiendo que aquel favor le sería cobrado en algún momento.

—Y dígame, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Se trata de uno de sus casos. La víctima es Jovanka Moreno.

—¡Ah, sí! El ama de llaves. ¿Puedo saber por qué le interesa el caso? Desde el punto de vista policial es bastante corriente.

—Soy amigo de la familia. En particular de su sobrino. Les prometí averiguar cuándo les entregarían el cuerpo y también por qué han calificado el caso como un homicidio, cuando todo pareciera apuntar a un accidente.

—Bien, comprendo. Con respecto al cuerpo, creo que la autopsia será llevada a cabo mañana, así que es casi seguro que al día siguiente podrán celebrar los funerales.

—Se los haré saber a los Moreno.

—En cuanto a su segunda pregunta, comprenderá que el hecho de que sea amigo de la familia me obliga a ser prudente en cuanto a proporcionarle alguna información.

—También soy policía. No quiero detalles del caso, pero convendrá conmigo en que las circunstancias generales hacen pensar que se trató de un accidente. Alguna evidencia debió encontrar que le hiciera sospechar que

fue un homicidio. Comprendo que no quiera divulgar información, pero le aseguro que no diré nada a nadie.

—¿No le mandó la familia a indagar al respecto?

—Para ellos será suficiente que yo les confirme que no fue una muerte natural y que la autopsia está justificada.

—La autopsia se justifica desde el momento en que nos encontramos frente a una muerte violenta.

—Lo sé, pero comprenda que la familia Moreno pertenece a un grupo social con sus propias creencias y costumbres, así que para ellos la manipulación del cadáver es una falta de respeto grave. Saber que estuvo justificada les ayudará con su duelo.

—Está bien, inspector, se lo diré: en un principio yo también creí que la mujer había resbalado desde el último escalón y rodado por las escaleras.

—¿Qué le hizo cambiar de opinión?

—Encontramos cabellos y sangre en la pared junto al último escalón. Creemos que pertenecen a la víctima, lo cual significaría…

—Que alguien la empujó con la suficiente fuerza como para que su cabeza golpeara contra la pared.

—Eso mismo. Por supuesto que ya pedimos las pruebas de ADN para corroborar nuestra teoría, pero me sorprendería mucho que estuviéramos equivocados.

—Muy bien. Informaré a la familia que la autopsia está justificada y que se trata de un homicidio.

—Y ya que está aquí y conocía a la occisa. ¿Sabe de alguien que pudiera estar interesado en verla muerta?

—Pues debo reconocer que no se me ocurre nadie. Jovanka era una buena mujer, respetada por su familia y su comunidad. Tenía cuatro hijos y su esposo falleció hace muchos años, pero ella fue capaz de sacarlos adelante. Yo diría que era muy querida por todos los que la rodeaban.

—Y sin embargo, alguien la mató.

—Tal vez interrumpió un robo.

—Tal vez, pero según los propietarios del chalé, no falta nada.

—Es posible que se asustaran y huyeran sin el botín.

—Ojalá la explicación sea tan sencilla, pero no lo creo, Salazar.

—¿Por qué no?

—No hay señales de forzamiento de ninguna cerradura. Quien entró, lo hizo con la llave. Tampoco hay evidencia de que buscaran objetos de valor.

Y en una mesita que había junto a la escalera era bastante visible una sortija de diamantes que la señora Arriola olvidó allí antes de irse de viaje. Ningún ladrón habría dejado algo así a sus espaldas.

Néstor endureció la expresión. Su colega tenía razón: todo apuntaba a que se trataba de un homicidio intencional.

Capítulo 5.

Salazar había tenido un día muy largo. Después de salir de la Jefatura Superior regresó a la comisaría para ocuparse del caso de hurto que llevaba adelante y que tenía casi cerrado. Una pareja de chavales rondaba los cajeros automáticos y cuando veían un cliente que se acercaba con actitud despistada, lo seguían y se alineaban detrás de él mientras sacaba su dinero. Uno de ellos aparentaba consultar su móvil, cuando en realidad usaba la cámara para grabar al usuario introduciendo la clave. Antes de que el incauto se marchara, el otro dejaba caer una billetera al suelo con disimulo y llamaba la atención de la víctima, preguntándole si era suya. Aprovechando la distracción, el tío del móvil le sustraía la cartera del bolsillo, haciéndose con la tarjeta. Para cuando el pobre ciudadano se daba cuenta de que le habían robado, sus cuentas bancarias ya habían sufrido importantes bajas. Por suerte, el orgullo los perdió. Comenzaron a alardear en las calles acerca de lo listos que eran, información de la que se valió Néstor para encontrarlos. Ahora tenían garantizado el alojamiento gratuito por parte del Estado.

Antes de subir a su buhardilla, el inspector se detuvo en "La Callecita" para interesarse por Gyula. Sabía que la muerte de Jovanka había sido un fuerte golpe para su amigo. Lo recibió Dika vestida de negro, con un pañuelo también negro sobre los hombros. Aunque todavía no se había casado con Gyula, había decidido mostrar respeto a su futuro núcleo familiar, guardando luto por Jovanka. Se la veía inquieta y ojerosa. No disimuló su alegría cuando vio aparecer a Néstor.

—¡Qué bueno verte por aquí, Gato! El Gyula no está. Se fue para ayudar a su tío con los preparativos del funeral de la pobre Jovanka, ¡que Dios la tenga en su Gloria! No sabes lo triste que está mi gachó, que esa tía era su pariente favorita. Que tú sabes lo importante que Jovanka fue para él y cómo le recordaba a su difunta madre. Y mira que morir de esa forma tan triste. Y sola, que es lo que más le duele a mi Gyula. Que nadie la acompañó en su tránsito al otro mundo. Que la vida no es justa, Gato, que al pobre solo le queda la resignación. Y no sabes lo agradecido que está "el Tío" con el favor que les hiciste al averiguar cuándo entregarán el cuerpo y saber que no profanaran a la pobre tía Jovanka sin necesidad. Que hay que

ver lo injusta que es la vida. Con lo buena que era Jovanka. Pero dime, Néstor, ¿qué puedo hacer por ti? ¿Quieres una copa? ¿Te preparo la cena?

—Eh… No gracias, Dika. No tengo mucho apetito. Comeré cualquier cosa que pille por ahí. Solo quería saber cómo se encuentra Gyula.

—Pues ya te lo puedes imaginar. ¡Destrozado, pobrecito mío! Que él estuvo muchos años enfadado con Jovanka por haberlo dejado en el Centro de Acogida, pero que ya de mayor comprendió que a la pobre mujer, viuda y con cuatro hijos no le quedó alternativa. Y mi Gyula, que tiene un corazón tan grande como la Catedral de la Encarnación, la perdonó. Además que la Jovanka nunca le perdió la pista. No sé si el Gyula te lo contó, pero fue gracias a ella que "el Tío" lo recibió en la familia. Que no lo tuvo fácil, porque su padre era payo y un sinvergüenza, que preñó a la madre de mi gachó y luego desapareció.

—Eh… Pues no, no lo sabía Dika. En cualquier caso, dile a Gyula que aquí estoy para lo que haga falta. ¿De acuerdo?

—Se lo diré, Gato. Que hay que ver que buen amigo eres. Anda, sube. No te pregunto si quieres tocar la guitarra, porque mientras dure el luto no podemos disfrutar de la música, pero no imaginas cuánto me gustaría poder escuchar una de tus melodías, que tocas como los ángeles. Por cierto, a la gatita ya le puse su comida y su agua. También le di un par de esas galletitas que tanto le gustan, con sabor a sardina. Que es una dulzura esa pequeña.

—¡Dos galletas? —protestó Néstor—. La estás acostumbrando mal, Dika. ¿Sabes que el veterinario la tiene a dieta?

—¡A dieta, pobrecilla mía! Es que no me puedo resistir a esos ojazos. Con lo cariñosa que es.

—¡Cariñosa? ¡Paca? —preguntó sorprendido el inspector, mientras recordaba la colección de mordiscos y arañazos que había tenido que desinfectar a causa de la mala leche de su gata. Enseguida comprendió que la diferencia en el trato era la facilidad con la que Dika la recompensaba con su chuchería favorita. Claudicó—. De acuerdo, gracias Dika.

Con paso cansado, Salazar alcanzó su buhardilla. Encontró a Paca jugando con la caja del juguete para gatos que le había comprado en las últimas navidades y al que nunca se acercaba. Al principio, Néstor lo tenía arrimado en un rincón con la esperanza de que la gata le perdiera el miedo y lo usara. ¡Que le había costado un pastón!, pero Paca siempre se mantenía a

prudente distancia, lo cual le dio una idea al inspector para no perder del todo su inversión. Ahora lo usaba de resguardo de su móvil.

En vista que la gata no podía ver el teléfono sobre una superficie sin enviarlo de un certero zarpazo al suelo, ahora Néstor lo dejaba junto al terrorífico juguete. Así había conseguido tener a mano su móvil, manteniéndolo a salvo de las garras de Paca.

En cuanto la gata lo vio corrió a recibirlo y se restregó contra la pernera de su pantalón. Él le hizo una rápida caricia y se dispuso a desembarazarse del gabán, la corbata y ponerse cómodo.

—¿Qué tal tu día, Paca?

—Maaauuu.

—¡No seas mentirosa! No puedes tener hambre. Dika me dijo que te había llenado el comedero y te había dado dos galletas. ¡No una, sino dos!

—Mieeeuuu.

—Sí, bueno, yo sé que tienes un apetito insaciable, pero eso no justifica que pretendas engañarme. El veterinario fue muy claro. La dieta es importante para tu salud.

—Meu.

—No me interesa tu opinión acerca del veterinario —le advirtió Néstor, mientras se recostaba en el sofá y le permitía a su gata acomodarse entre su cuerpo y el respaldo— Ya nos dejas claro lo que piensas de él cada vez que te llevo. Si hasta creo que el pobre hombre te ha cogido miedo.

—Meeeuuuu.

—¿Defensa propia? Eso no es defensa propia, gata ladina. Es agresión gratuita frente a cualquier juez.

—Maumau.

—Sí, es probable que te salve que los gatos no son juzgados por mucho que arañen, o muerdan. Y tú, mi querida Paca, te aprovechas de eso.

Por toda respuesta, la gata restregó su cabeza contra el pecho de su humano.

—¡Vaya, Paca! No te había visto tan cariñosa desde que regresé del hospital. ¿Qué ocurre? ¿Echas de menos a Salva?

Paca repitió el gesto. Salazar le acarició el lomo.

—De acuerdo, tal vez las visitas de Dika te estén civilizando, pero hablemos de otra cosa que me preocupa.

—Mau.

—¿Qué va a ser? Gyula. El homicidio de Jovanka fue muy extraño, ¿sabes? No dejo de preguntarme quién querría verla muerta.

—Meeeuuu.

—No, no creo que sea eso. Jovanka no tenía bienes de fortuna. Si hasta el piso donde vivía era alquilado.

—Meumeu.

—Tendré que preguntarle a Gyula, pero tampoco creo que haya ofendido a nadie en su comunidad. Jovanka era una mujer muy prudente. Nunca he sabido que tuviera problemas con nadie, pero en todo caso, lo hubieran dirimido con los ancianos. Ese tipo de problemas no se arreglan tirando a la gente escaleras abajo.

—Mau. Meu. Fzzz.

—Sí, bueno, pero eso es entre los gatos. Ya sé que vosotros lo resolvéis todo con mordidas y arañazos. Tengo una colección para demostrarlo, pero no compares, Paca. Entre los humanos las cosas son diferentes.

—Mieu.

—Está bien, no siempre, pero en general no vamos por ahí dándonos mamporros.

Salazar recordó que no había comido nada desde el desayuno, así que estiró los músculos y se puso de pie, bajo la mirada de protesta de Paca, que quería que continuara mimándola. Se encaminó al refrigerador, donde encontró un yogur a punto de caducar, así que decidió comerlo. Quedaba un poco de leche de la que compraba para Paca, pues él la detestaba. Solo soportaba un pequeño chorro en el café. Llenó el cuenco de la gata, que lo había seguido para restregarse contra sus perneras.

Salazar dio cuenta del yogur. Paca se acercó al cuenco de leche, la olisqueó y para sorpresa de su humano, se alejó de ella mientras restregaba su cuerpo contra el mueble más cercano.

Capítulo 6.

Aquella noche, Néstor se durmió en cuanto su cabeza tocó la almohada, pero su reposo duró poco. Soñaba que tomaba el sol en una playa tropical con una copa en la mano, cuando un sonido agudo se sumó a la escena onírica. Era de bajo volumen pero persistente. En un primer momento lo interpretó como un bebé que lloraba, pero a los pocos segundos comprendió que se trataba de maullidos. El concierto fue aumentando de volumen hasta que lo sintió en su propia oreja. Se despertó incómodo y cuando abrió los ojos pudo ver a Paca junto a su cabeza, maullando con insistencia, mientras se restregaba contra el pecho de él.

—¿Qué te pasa, Paca? ¿Quieres dejarme dormir?

—Miauuu. Miauuu. Miauuu.

—Es medianoche. No es hora de comer.

—Maaaauuuuu.

—De acuerdo, pero después me dejas dormir.

—Mieeeeuuu.

Néstor se levantó refunfuñando y se dirigió a la cocina, dispuesto a servirle un poco de leche a su persistente gata. Se sorprendió cuando vio que el comedero estaba lleno y que no había tomado la leche que le colocó la noche anterior.

—¿No es comida lo que quieres?

—Maaauuuu.

—¿Qué ocurre, Paca? ¿Estás enferma?

—Meu.

La gata pareció enfadarse porque su humano no comprendía lo que quería.

—¡Suficiente! —exclamó el inspector, ya un poco enfadado—. Mañana te llevo al veterinario para que me explique qué te pasa. Y más te vale que tengas una buena razón para todo esto.

—Fzzz —respondió Paca. La palabra "veterinario" tenía en ella ese efecto.

Salazar le acarició el lomo para tranquilizarla, un poco preocupado por la extraña conducta de su gata. Bostezó y se encaminó de vuelta a su habitación. Descalzo como iba, notó que su pie pisaba un pequeño charco. Sorprendido encendió las luces y encontró que la buhardilla estaba

literalmente "regada" por todos los rincones. Volteó con expresión acusadora hacia la felina, que le devolvió una mirada desafiante.

—¿Se puede saber por qué has hecho esto? —le preguntó enfadado—. ¿Es que te has propuesto sacarme de mis casillas?

—Mau.

Néstor suspiró con resignación y fue a buscar el cubo y la fregona. Limpió los charcos y cuando ya estaba terminando, pillo a Paca dejando uno nuevo.

—¡Paca! ¡Deja de hacer eso! —le gritó.

La gata, asustada por el tono de su humano corrió a refugiarse debajo de la cama. Salazar se arrepintió de haber gritado antes de terminar la última palabra. Lo más probable era que hubiera una buena razón para que Paca se comportara de forma tan extraña. Tal vez estuviera enferma. Terminó de secar los charcos y se acostó, pero entre el desvelo y la preocupación por su gata, no pudo volver a conciliar el sueño.

A la mañana siguiente, trató de disculparse con Paca hablándole con voz suave, mientras ella permanecía refugiada debajo del sofá. No tuvo respuesta hasta que él comprendió que se le hacía tarde, por lo que decidió marcharse y resolver el asunto a su regreso. Cuando abrió la puerta, Paca aprovechó para salir rauda y veloz, antes de que él pudiera reaccionar.

—¡Paca, espera! ¡Regresa aquí! ¡Perdóname! ¡No quise gritarte!

Sus palabras se perdieron en la escalera mientras él la bajaba corriendo. Ya la gata había desaparecido cuando Néstor llegó al portal. En ese momento Salazar comprendió que Paca lo había abandonado, lo que le hizo sentir un vacío extraño, como si le hubieran arrancado una parte de sí mismo. No entró a "La Callecita" a desayunar. Se le había cerrado el estómago y no estaba de ánimo para consolar a Gyula. Además, su amigo estaría ocupado ayudando al "Tío" a preparar los funerales de Jovanka, que serían al día siguiente.

Durante el trayecto hacia la comisaría, Néstor no dejó de mirar por todos los rincones, con la esperanza de ver a Paca, pero en el fondo sabía que era poco probable encontrarla de esa forma. Se dijo a sí mismo que tal vez su gata extrañaba la libertad de la calle y no era feliz encerrada en una buhardilla, aunque fuera tratada como una princesa. De cualquier forma, la echaría de menos. Mejor dicho, ya la echaba de menos.

Cuando llegó a "San Miguel" saludó al paso a García sin mucho entusiasmo y subió al segundo piso. Allí solo estaban Sofía y Beatriz, cada

una concentrada en su propio ordenador. ¿Era idea suya o se notaba cierta tensión entre ambas?

—Néstor, hola. ¿Cómo estás? Tienes mala cara. ¿Qué te pasa? —preguntó Garay.

—Nada, estoy bien. Una mala noche. Es todo.

—Buenos días, inspector Salazar —lo saludó Beatriz, desplegando una amplia sonrisa—. Ya completé el informe que me solicitó ayer.

—¿Tan pronto?

—Sí. Es que me quedé un rato después de la hora de salida para concluirlo.

—No era necesario que hicieras horas extras. Después de todo, no se trata de un caso prioritario. Aún tenemos margen para entregarle las pruebas al juez.

—Está bien —le respondió la joven con una sonrisa, mientras le entregaba un documento—. Nadie me espera en casa y así usted podrá ocuparse de asuntos más importantes. Establecí los antecedentes de los dos jóvenes. El que ya alcanzó la mayoría de edad, Marco Varela, estuvo en un Reformatorio cuando tenía catorce años. Lo procesaron por hurto. Se dedicaba a robar carteras en el metro y los mercadillos. El más joven no tiene antecedentes, pero sí una relación familiar con otro sujeto que ha sido procesado por robo con asalto.

—¿De qué tipo de parentesco estamos hablando?

—Son primos segundos. Lo interesante es que este individuo, de nombre Ovidio Barrios, ha sido mencionado en varios juicios de menores de edad detenidos por hurto en el último año.

—¡Dirige una banda de chavales! —afirmó el inspector, comprendiendo lo que su subalterna trataba de decirle.

—Así es. Y Marco Varela es uno de sus lugartenientes.

—¿Cómo es que no nos dimos cuenta con anterioridad?

—Para poder verlo era necesario cruzar los nombres que resultaron mencionados durante las audiencias judiciales en el último año.

—Comprendo. Así que, no solamente Barrios tiene asolada la ciudad con hurtos, sino que induce al delito a chicos menores de edad. ¡Este es el pájaro que debemos atrapar! Gracias, Beatriz. ¡Has hecho un gran trabajo!

—Tengo aquí la dirección de Ovidio y ya elaboré un informe para solicitar al juez una orden de allanamiento, así como de busca y captura. Las evidencias son circunstanciales, pero deberían ser suficientes.

—Prefiero que os ocupéis Pedrera y tú. En este momento estoy muy interesado en otro asunto.

—Como usted decida, señor —aceptó la subinspectora, con evidente decepción.

Sofía seguía la conversación con atención y frunció el ceño ante la actitud que Araya tenía con Salazar. Su percepción femenina le permitió comprender que la joven estaba prendada de Néstor. ¡Solo había que ver como lo miraba! El inspector jefe, por supuesto, no se había enterado de nada.

Habiéndose desembarazado del caso de los hurtos, que ya estaba encaminado a una solución, Salazar le pidió a Sofía que lo acompañara, aprovechando que se acercaba la hora de descanso. La muerte de Jovanka lo tenía muy preocupado y aunque no era su caso, le debía a Gyula al menos averiguar por qué su tía favorita había sido asesinada en una forma tan cruel.

Según la información que tenía sobre Souza, se trataba de un buen policía, un poco chapado a la antigua, pero "tan eficiente como un perro de presa." Aunque su encuentro con él se había caracterizado por una desconfianza cordial, Néstor sabía que podía ayudar a Anselmo.

Un policía como Souza no sería bien recibido por la comunidad romaní, pero la amistad de Néstor con Gyula desde niños le abría canales de confianza que no serían accesibles para nadie más. Los ancianos, pero en especial "el Tío", no veían a Salazar como un miembro de "la pasma," sino como un amigo de la familia, así que era más probable que fueran sinceros con él. Por desgracia, el inspector jefe Anselmo se negó a recibir cualquier ayuda por parte de Néstor. Claro, que el veterano policía de la Jefatura Superior no sabía lo terco que podía ser su colega.

Capítulo 7.

Prieto llamó a la puerta del despacho de Souza y esperó la autorización para entrar. El inspector jefe apartó los ojos del expediente que leía, prestándole atención.

—Encontramos algo, señor —le dijo su subalterno, mientras se arreglaba el nudo de la corbata, al recordar lo puntilloso que era su superior con el aspecto de sus colaboradores. Llevaba un portátil bajo el brazo.

—¿De qué se trata?

Jesús colocó el ordenador sobre la mesa, lo abrió y cuando la pantalla se iluminó, comenzó la reproducción de un vídeo. Aparecieron imágenes de una estación de servicio; tanto de los coches que entraban y salían, como de la tienda.

—¿Qué es esto?

—Es la gasolinera más cercana al chalé donde encontraron al ama de llaves muerta. Visualizamos todas las grabaciones correspondientes al día en que se la vio con vida por última vez, así como los dos anteriores. La cámara se activa por sensores de movimiento, por lo que graba cada vez que llega un nuevo cliente. Espere.

Prieto adelantó el vídeo hasta el minuto 32, cuando apareció en pantalla un pequeño Seat con algunos años. De él se bajó un hombre alto y delgado, cuyas facciones no se detallaban muy bien por la mala calidad de la imagen. Entró a la tienda, pagó la gasolina, compró alguna chuchería y salió a repostar. Al cabo de cinco minutos ya se había marchado.

—¿Qué tiene de especial este sujeto? —preguntó Anselmo—. No veo que hiciera nada extraño.

—Lo extraño es el momento en que apareció en escena. La grabación se hizo doce minutos después de que la víctima fuera vista con vida por última vez. Y la distancia entre la gasolinera y el chalé a la velocidad máxima permitida es exactamente de doce minutos. Además, hablamos con el encargado y le mostramos la grabación. Recuerda al sujeto porque la mayoría de los clientes que acuden a su negocio son vecinos de la zona, pero a este nunca lo había visto con anterioridad. Y le causó desconfianza.

—¿Es posible identificarlo?

—Sí. Por suerte quedó grabada la matrícula del coche y ya envié una copia del vídeo al laboratorio para que mejoren la imagen. En poco tiempo

tendremos fotografías nítidas, que permitan la identificación del automóvil y de este sujeto.

—De acuerdo. Veremos de quién se trata y si tiene alguna relación con la víctima. ¿Qué hay del móvil del ama de llaves?

—Es un modelo muy antiguo, pero estamos estudiando los contactos, mensajes y llamadas. Por suerte para nosotros, tiene una capacidad de memoria muy limitada. Toni ya copió toda la información y el laboratorio la está analizando. Hasta ahora no hemos encontrado nada extraño. Sus relaciones se limitaban a sus familiares y un pequeño grupo de amistades. Todos, dentro de la comunidad romaní.

—Es muy probable que el asesino se encuentre en ese pequeño grupo.

—Usted descarta que haya sido un robo que salió mal. ¿No es así?

—Me cuesta creer que eso fuera lo que ocurrió. En especial porque el objetivo de quienes cometen un robo es llevarse objetos de valor, pero en este caso los dejaron atrás, así que perpetraron un asesinato sin obtener ninguna compensación. No me lo creo.

—Tal vez se asustaron y huyeron antes de hacerse con el botín.

—Es lo mismo que me sugirió el esperpento de la comisaría del centro que vino a hablar conmigo en nombre de la familia, pero si lo piensas bien, no tiene lógica. Estamos hablando de una mujer mayor, que sería dominada con facilidad. Si es cierto que los sorprendió en medio de un robo, ¿por qué matarla? ¿Por qué elevar el coste del delito cometiendo un homicidio? No creo que les hubiera resultado difícil dominarla y encerrarla en el cuarto de baño, por ejemplo. O amarrarla a una silla. No, Prieto. Alguien quería muerta a esta pobre mujer. Y como me llamo Anselmo, que voy a encontrar a ese cabrón y averiguar por qué.

Algunas horas después, Souza bajó hasta el laboratorio, luego de recibir el mensaje de que tenían información importante para él. Saludó al viejo Casimiro, que después de corresponderle con un asentimiento de cabeza, volvió a concentrarse en su microscopio. Desde que su mujer lo había puesto a dieta, el jefe del laboratorio se mantenía de un humor de perros. Souza se encaminó a la mesa de Salinas, un prometedor joven perfeccionista que se había ganado la confianza de todos en poco tiempo.

—Hola, Valentín. ¿Qué has encontrado?

—Algunos datos interesantes —afirmó el perito—. Nos hemos concentrado en los clientes de una gasolinera de la zona. Las cámaras son algo antiguas y hemos tenido que trabajar bastante las imágenes…

—¡Al grano! ¿Qué tenemos? —preguntó el inspector jefe con impaciencia.

—De acuerdo —admitió Salinas, decepcionado por no poder desplegar sus conocimientos técnicos ante el policía—. En primer lugar, la matrícula: "1004 -LR…" La última letra no es visible, pero hemos cruzado esta información con el modelo del coche y hemos encontrado el nombre del dueño.

—¿De quién se trata? —preguntó Anselmo, entusiasmado.

—Espere, que hay más. Hay una relación directa entre este ciudadano y la occisa. Además, encontramos su nombre entre los contactos del móvil y un intercambio de mensajes de texto del día anterior, con un tono bastante desagradable.

—¿Qué tan desagradable?

—Este hombre la amenazaba.

—Quiero ver ese mensaje.

Valentín desplegó la pantalla del ordenador, donde apareció toda la información contenida en la memoria del móvil de Jovanka. A los pocos segundos ubicó un mensaje entrante que decía: "*Estoy harto de que quieras interferir en mi vida. No tienes ese derecho. Si no quieres que terminemos mal, déjame en paz*."

—Vaya, esto parece una amenaza en toda regla. ¿De quién se trata?

—Todavía tenemos más indicios —dijo Salinas, evadiendo la respuesta. Estaba disfrutando aquel momento de gloria con el quisquilloso inspector jefe—. Encontramos un juego de huellas en el móvil de la víctima que no le pertenecían a ella.

—Alguien más usó el teléfono.

—Y por la cantidad de huellas, lo manipuló bastante.

—¿Para buscar este mensaje y borrarlo, tal vez?

—Es posible, pues de hecho, el mensaje había sido borrado. Por fortuna, Toni consiguió recuperarlo.

—Me tienes en ascuas. ¿Podemos identificar las huellas?

—Tiene antecedentes —confirmó el perito, asintiendo—, así que podemos identificarlas. El sujeto fue arrestado en su juventud, por hurto. Creo que robó algún artículo en una tienda. El juez se limitó a condenarlo a trabajos comunitarios, pero sus datos quedaron en el sistema, así que pudimos identificarlo.

—¿Quieres decirme de una puñetera vez de quién se trata?

—Del sobrino de la occisa —afirmó Valentín—. De Gyula Moreno.

Capítulo 8.

Santiago subió las escaleras del viejo edificio con paso lento. La investigación que llevaba adelante le pesaba como una losa. Además, era imperativo que nadie supiera lo que hacía. Lali creía que en ese momento se encontraba reunido con los mandos en la Jefatura Superior. Y era mejor así. No estaba la situación para dar muchas explicaciones. Mucho menos con el inspector jefe rondando por ahí.

Aunque Néstor parecía un poco ausente desde el día anterior, como si algo lo preocupara, el comisario sabía que si no se andaba con cuidado, descubriría que se traía algo entre manos. Y lo último que él quería era que su hermano supiera acerca de su investigación.

Ortiz llevaba en la mano una carpeta con los documentos que sacó del archivo central de la Jefatura Superior aquella misma mañana. Los había leído en su despacho antes de decidir concertar esta entrevista y había sido como meter el dedo en una llaga que creía cerrada, pero que sangraba como el primer día. ¡Cómo dolía!

Haciendo de tripas corazón, se obligó a leer con detenimiento. El expediente planteaba lo mismo que él recordaba, pero incluía datos que desconocía. Como los resultados de las autopsias. Claro que en su momento se los informaron a su defensor, un abogado de oficio recién salido de las aulas, pero nunca había conocido los detalles. Ahora lo sabía todo y tenía la suficiente edad y preparación para comprender la magnitud de su falta.

Sumido en estas meditaciones, al fin alcanzó el segundo piso. Llamó a la puerta con la certeza de que lo estaban esperando. La abrió un hombre mayor, con el cabello gris ralo, camisa blanca y jersey de punto azul marino. Los zapatos, pulidos como espejos, daban una pista acerca de la profesión que había desempeñado el jubilado que tenía frente a él.

En cuanto lo vio, sin decir una palabra, el anciano abrazó a Ortiz con los ojos y los dientes apretados, como si lo hiciera con un viejo y entrañable amigo.

—¡Santiago! No sabes el placer que tengo de volver a verte, hijo. ¡Por Dios! Eres el vivo retrato de tu padre. Bienvenido.

—Gracias, don Pablo. A mí también me alegra verlo. ¿Cómo está usted?

—Aquí, chaval, aquí, llevando la jubilación lo mejor posible —confesó con resignación—. Cuando uno ha sido policía durante más de cuarenta años, como yo, acostumbrarse a la vida civil no es fácil, pero anda, pasa. Y cuéntame qué te trae por aquí. No sabía que estabas en Haro. Creí que trabajabas como comisario en Tenerife.

—Pedí traslado hace más de un año.

Mientras hablaban entraron al piso, recorrieron un largo pasillo y Pablo lo condujo hasta la tercera puerta a la derecha, donde se encontraba un pequeño salón con tres sillones y una televisión antigua. La tela de uno de los sofás se veía desgastada. A su lado había una mesita donde reposaba el periódico del día. Esa fue la silla que ocupó el anfitrión, mientras invitaba a Santiago a sentarse frente a él.

—En verdad es un placer tenerte aquí, hijo. Siempre he estado pendiente de ti y de tu carrera. Tu padre se hubiera sentido muy orgulloso. Te lo aseguro.

—Gracias, don Pablo. No estoy seguro de que mi padre tuviera demasiados motivos para enorgullecerse de mí después de lo que hice.

—No seas tan duro contigo mismo, Santiago. Es cierto que cometiste un error, pero eras demasiado joven. ¿Quién no los comete a esa edad?

—Mi error costó varias vidas, don Pablo. Y destruyó otras. Eso no puedo olvidarlo.

—Todos debemos cargar con las consecuencias de nuestras acciones, hijo. Es uno de los precios que hay que pagar por vivir. Tal vez tu comportamiento fue reprochable en aquel momento, pero te has redimido con creces. Eres un policía intachable, como a tu padre le hubiera gustado.

—Mi padre no esperaba mucho de mí y tal vez tuviera razón. Yo no daba la talla. Sus esperanzas siempre estuvieron depositadas en mi hermano Lucas.

—¡Lucas! Sí, lo recuerdo. Un chaval extraordinario. Y qué tragedia tuvo que vivir. Yo acudí a la llamada de sus vecinos cuando aquel malnacido asesinó a vuestro hermano pequeño, ¿sabes? Pobre chiquillo, estaba destrozado. Traté de seguirle la pista también, pero no me fue posible porque le cambiaron el nombre para protegerlo. Nunca pude averiguar su nueva identidad. ¿Has sabido algo de él?

—Encontrarlo fue la razón por la que pedí traslado de vuelta a Haro. Necesitaba que me perdonara.

—¿Y diste con él?

Santiago afirmó con la cabeza antes de hablar.

—Sí, lo encontré, o más bien, las circunstancias nos reunieron de nuevo. Su nombre ahora es Néstor Salazar. También es policía. De hecho, es mi inspector jefe.

Don Pablo dio un largo silbido por la sorpresa.

—Sí que es pequeño el mundo, sí. Y por supuesto que él te reconoció. Entonces reanudaron el contacto.

—Debo reconocer que mi conducta hacia él cuando asesinaron a Gabriel fue deplorable, pero Néstor es muy noble y consiguió perdonarme. Mantenemos una buena relación profesional y familiar.

—¿Néstor Salazar? ¿Por qué me resulta familiar ese nombre?

—Tal vez lo haya leído en la prensa —afirmó Santiago, mientras señalaba el periódico sobre la mesita—. Ha resuelto varios casos de envergadura en los últimos meses.

—¡Claro! El inspector de la comisaría de "San Miguel." ¿Ese es Lucas? —Quiso confirmar don Pablo.

—El mismo.

—Es una lástima que tu padre no haya vivido lo suficiente para veros. Estaría henchido de orgullo.

Las palabras del anciano desplegaron un velo de tristeza sobre el rostro de Santiago, que hicieron comprender a don Pablo que había puesto el dedo en la llaga.

—Lo siento, hijo. Solo soy un viejo policía torpe.

—No, don Pablo. Tiene usted razón. De haber vivido lo suficiente, mi padre se sentiría orgulloso. En especial de Lucas.

—¿Él sabe…?

—¡No! Si lo llegara a saber, no creo que pudiera perdonarme. No debe enterarse nunca, don Pablo, por favor…

—Por mi parte no debes preocuparte, Santiago. No tiene sentido remover el pasado.

—Gracias.

—Pues tú dirás en qué te puedo ayudar, chaval. Por teléfono parecías un poco ansioso.

—Sí, este es un asunto que me preocupa, don Pablo. Verá, he estado recibiendo anónimos.

—¿Anónimos? ¿De qué tipo?

Santiago sacó su móvil y le mostró al anciano las fotos de las dos notas que había recibido. El viejo policía sintió que se activaban todas sus alarmas.

—¿A qué viene esto ahora, después de tantos años? —murmuró en voz baja. Luego levantó la mirada para clavarla en su visitante—. ¿No hay nada más? ¿Amenazas, un indicio de quién podría haberlas enviado?

—Nada. Solo esta con la fecha y la que dice "Sé lo que hiciste." Lo que más me preocupa es el lugar dónde las encontré. La primera en el buzón de mi casa. La segunda la pasaron por debajo de la puerta de mi despacho cuando yo no estaba.

—Lo cual significa que el autor sabe dónde vives y que eres el comisario de "San Miguel"

—Así es.

—¿Sabe Lucas acerca de estos anónimos?

—Por supuesto que no. ¿Cómo podría explicárselo?

—Tal vez deberías plantearte ser sincero con él, Santiago. Esto es serio. No puedes saber qué busca quien te los envió, pero te aseguro que sus intenciones no son buenas. Tampoco sabemos si pretende perjudicarte a ti en forma directa, o a través de quienes te rodean. El propio Lucas podría estar en peligro. Y tu familia. ¿Tienes familia?

Santiago asintió con un nudo en el estómago.

—Estoy casado y tengo dos hijos. Gemelos, de seis años de edad.

Don Pablo guardó silencio por unos instantes, mientras meditaba. Luego se inclinó hacia adelante antes de hablar.

—Debes confesar la verdad a tu familia y a Lucas, Santiago. Es la única forma en que puedes protegerlos.

—¡No puedo! —dijo el comisario en voz un poco más alta de lo que hubiera querido, mientras se ponía de pie y comenzaba a pasearse por la habitación—. No me lo perdonarían. Lo sé. Si ni siquiera yo puedo perdonarme a mí mismo.

—Lo que no podrás perdonarte es si les ocurre algo malo por guardar silencio.

Santiago miró con angustia al viejo amigo de su padre. Sabía que tenía razón, pero no se atrevía a concedérsela.

—Puedo evitar que se enteren y protegerlos si averiguo quién es el autor de estos anónimos y lo detengo. Por eso estoy aquí, don Pablo, para que me ayude a encontrarlo.

—Sigo pensando que debes ser honesto con los tuyos, pero cuenta conmigo en lo que pueda ayudarte, hijo.

—Si las notas están relacionadas con lo que pasó en 1987, quien las escribe debe tener también relación con ese suceso. Tengo aquí el acta del juicio, pero no consigo identificar el hilo del cual debo tirar.

—De acuerdo, veamos ese documento. Mis huesos ya no sirven de mucho, pero por fortuna mi mente aún está clara. Y lo que pasó el 14 de abril de 1987 lo tengo grabado a fuego en la memoria.

Capítulo 9.

Néstor y Sofía se detuvieron frente al taller mecánico de la calle Agricultura, al sureste de la ciudad. Entraron en una amplia nave donde había media docena de coches, todos con los capós abiertos y trabajadores ocupados en sus entrañas mecánicas. A la subinspectora le sorprendió la pulcritud del lugar.

Salazar la condujo a paso decidido hacia el fondo del local, mientras saludaba a los empleados que se daban por enterados de su presencia y levantaban la mirada de su tarea. Su destino era la oficina, pero se desvió en su camino para acercarse a un Seat León del año, donde trabajaba un joven muy delgado, con un mono blanco impecable. Sofía se mantuvo a un par de pasos de distancia.

—Hola Cappi —lo saludó, mientras el mecánico se limpiaba las manos con un trapo seco—. No sé si me recuerdas. Soy Néstor Salazar, el amigo de Gyula.

Cuando el joven se enderezó, Sofía pudo apreciar la cinta negra que llevaba cosida a la manga izquierda. En un primer momento pareció desconcertado, pero enseguida se recuperó de la sorpresa.

—Sí, claro. Es usted el policía. ¿No es así?

—El mismo. Quería presentarte mis condolencias.

—Gracias.

—¿Cómo está Lumi?

—Ya podrá imaginárselo. Este asunto ha sido terrible para la familia. Estamos desconcertados.

—Es comprensible, pero dime, ¿está aquí don Joaquín?

—Pues sí. Acaba de llegar de la funeraria, donde estuvo haciendo los preparativos para las exequias.

—De acuerdo, en ese caso iré a verle.

Néstor hizo un gesto a su compañera para que lo siguiera. Terminaron de cruzar la nave y el inspector llamó a la puerta de la oficina. Desde el interior los invitó a pasar una voz ronca de fumador empedernido. Cuando cruzaron el umbral, Sofía vio a dos hombres. El que estaba sentado detrás del escritorio rondaba los sesenta años, con un poco de sobrepeso y cabello escaso cano. Por su actitud se deducía que estaba acostumbrado a mandar y ser obedecido. Frente a él, sentado en una de las sillas había otro hombre,

de mediana edad y cabello entrecano, que parecía muy seguro de sí mismo. Ya Néstor le advirtió a la subinspectora en el taxi que irían a ver al "Tío", que era cabeza de la familia de Gyula. Don Joaquín, el dueño del despacho, les presentó a su otro visitante, Manuel Huerta, "Tío" de otra familia de la comunidad y socio capitalista del taller. Después de los saludos de rigor y de presentarle a Sofía, Huerta comprendió que debía retirarse, se excusó y salió. Entonces el inspector entró en materia.

—No quiero perturbarlo en este momento tan difícil, don Joaquín, pero sé lo importante que es para la familia que se aclare lo que le ocurrió a la pobre tía Jovanka. Por eso estoy aquí, pues aunque no soy quien investiga el caso, me gustaría aclarar algunas cosas.

—Tú eres de confianza, Néstor. Sé cuánto aprecias a Gyula y el respeto que nos tienes. Puedes preguntar lo que quieras.

—Gracias, señor. ¿Sabe si Jovanka tenía algún enemigo? ¿Alguien que llegara a desear su muerte?

—Desde luego que no. Jovanka era muy querida en la comunidad y también fuera de ella. Era una buena mujer que honraba nuestras costumbres, aunque tal vez para los jóvenes era un poco chapada a la antigua.

—¿A qué se refiere con eso?

—Bien, en ocasiones Jovanka criticaba a los chicos por ciertas… Libertades que ella no comprendía, pero eran roces generacionales sin importancia.

—¿Podría ser más específico, por favor?

—Por ejemplo, discutía mucho con su hija porque aún no le habían dado un nieto, aunque Lumi y Cappi ya tienen más de cinco años casados.

—Tal vez no pueden tener hijos —sugirió el inspector.

—No es el caso. Han decidido esperar, o más bien, Lumi lo decidió. Jovanka no lo comprendía. Para ella, el matrimonio y la maternidad debían ser las principales metas de cualquier mujer. Reconozco que tenía una visión un poco anticuada de la vida, pero sus intenciones eran buenas.

—¿Y sabe la razón por la que Lumi se niega a tener hijos?

—Lo siento, eso se lo tendrás que preguntar a ella. Soy "el cabeza de familia," pero en general respeto las decisiones personales de sus miembros. Sobre todo si son tan íntimas. Debo reconocer que cuando era joven tenía una perspectiva más limitada, pero mira como son las cosas, fue la propia

Jovanka la que me hizo recapacitar cuando me convenció de recibir a Gyula en la familia.

—¿Puede hablarme de ese asunto, don Joaquín?

—¿No te lo ha contado el propio Gyula?

—Usted sabe lo reservado que es con sus cosas. Solo sé que Jovanka lo llevó al Centro de Acogida cuando tenía tres o cuatro años y que lo visitaba con frecuencia.

—Sí. Jovanka era muy respetuosa de nuestras costumbres, pero también tenía un corazón que no le cabía en el pecho. Ella era la hermana mayor, luego nací yo, que era dos años más joven y por último Triana, tres años después. Jovanka tenía cinco años más que Triana. Así que era muy protectora con nuestra hermana.

»Jovanka se casó muy joven. Creo que tenía dieciséis años. El primer churumbel nació después de once meses, el segundo al año siguiente y así continuó hasta tener cuatro, que fue cuando su esposo murió en un accidente de trabajo. Por su lado, trataba a Triana como su hija mayor, pero nuestra hermana resultó ser bastante rebelde. No quería ceñirse a nuestras costumbres y su primer gesto de desafío lo tuvo a los quince años, cuando se enamoró de un payo.

»No me malinterpretes, Néstor, no tengo nada contra los payos, pero en este caso, Triana tuvo mala suerte. El malnacido la embarazó y luego la abandonó. Triana cayó en una espiral de depresión que hizo que se alejara de la familia. Aunque debo reconocer que en aquel momento no se lo pusimos fácil. Fuimos demasiado duros con ella. El caso es que Triana apalabró con una familia paya para darles al chiquillo en adopción, pero algo salió mal en el último momento y se echaron atrás. A estas alturas, ya la salud de Triana se había resentido por las dificultades de su situación.

—Perdóneme, don Joaquín, pero ¿por qué no la ayudó su familia? Sé que son muy solidarios entre ustedes.

—Esa es una pregunta que me haré toda la vida. ¿Por qué no dejé atrás el orgullo y tendí mi mano a mi hermana? Tal vez entonces no hubiera muerto, pero en aquellos días mi padre había fallecido hacía poco tiempo y yo había pasado a ser "cabeza de familia," aunque debieron nombrarme "cabeza de chorlito." Era demasiado joven para semejante responsabilidad. Si te soy sincero, temía que los demás me consideraran débil si apoyaba a Triana después de su falta. En ese momento, Jovanka fue más fuerte que yo.

—Comprendo. Continúe, por favor.

—Poco después de nacer Gyula, Triana falleció en un hospital. No tengo clara la causa. Gyula había sido llevado a una Casa de Acogida. Nuestra hermana hizo llamar a Jovanka y en su lecho de muerte le pidió que no abandonara a su hijo. Cuando Triana murió, Jovanka llevó a Gyula a su casa para criarlo como uno más de sus hijos, pero la fatalidad quiso que su propio esposo muriera en un accidente laboral y ella ya tenía la responsabilidad de sus propios chavales, que eran cuatro. Aunque contaba con el apoyo de la familia, no era suficiente. Esto que ves aquí —señaló la propia oficina abriendo los brazos— es el producto de años de trabajo duro. Ahora las cosas hubieran sido diferentes, pero entonces yo también tenía mis propios hijos que atender, y no me resultaba posible ayudarla.

—¿Por eso devolvieron a Gyula al Centro de Acogida?

—Entonces el chaval tenía tres, o cuatro años. Jovanka lo consideró una decisión temporal. Su intención era sacarlo de allí en cuanto pudiera, pero fueron pasando los años y… Bien, ya conoces la historia.

—Perdone la pregunta, don Joaquín: ¿Usted alguna vez se opuso a que Gyula regresara a la familia por ser hijo de un payo?

—¿Eso te dijo Gyula?

—No, pero sé que Jovanka intercedió ante usted a su favor.

—Debo reconocer que en un momento tuve mis reservas —confesó el "Tío"—, pero no porque fuera hijo de un payo, sino porque se crió alejado de nuestras costumbres. Me preocupaba que eso pudiera causar conflictos dentro de la comunidad, pero Jovanka me convenció de que merecía una oportunidad, así que decidí dársela. Es curioso que fuera la misma Jovanka quien se quejara hace poco ante mí de que Gyula no estaba respetando nuestras costumbres.

—Perdone, don Joaquín, pero ¿a qué se refiere? ¿Tenían problemas Gyula y Jovanka? —preguntó Salazar con un nudo en el estómago, ante lo que esas desavenencias podrían significar si el inspector Souza se enteraba de ellas.

—En los últimos meses hubo cierta tensión entre ellos —confesó el "Tío"—. Jovanka no veía con buenos ojos que Gyula compartiera intimidad con una joven de la comunidad sin haberse casado. Él siempre reivindicaba su derecho a tomar sus propias decisiones al respecto. Durante las reuniones familiares discutieron con acritud más de una vez entre ellos por ese motivo. ¿Pero no creerás que Gyula…? —preguntó don Joaquín,

comprendiendo de repente la preocupación que se reflejaba en el rostro del policía.

—Por supuesto que estoy seguro de que Gyula no tiene nada que ver con lo que le pasó a Jovanka —afirmó Néstor sin atisbo de duda—, pero yo no llevo el caso, y si esas desavenencias surgen en el curso de la investigación, que van a surgir, eso podría centrar la atención del detective a cargo del caso en Gyula.

—Gyula hubiera sido incapaz de hacer el menor daño a Jovanka —afirmó don Joaquín, preocupado por las palabras del policía.

En ese momento el móvil de Salazar los interrumpió. El inspector palideció cuando vio de quién se trataba, hizo un gesto a su interlocutor a modo de excusa y respondió:

—Sí, hola Dika, ¿cómo estás?... De acuerdo, tranquila, deja de llorar por favor, que no te entiendo nada… Sí… ¿Cuándo?... No, no, no hagas nada. Yo me encargo. Voy para allá.

Cuando Néstor colgó, la expresión del "Tío" le indicó que había comprendido lo ocurrido. Aun así se obligó a decirlo en voz alta.

—Era Dika. La policía se presentó en el bar. Souza acaba de detener a Gyula por el homicidio de Jovanka.

Capítulo 10.

Néstor le dijo a su compañera que regresara a la comisaría. No podía distraerla más de sus tareas. La investigación de la muerte de Jovanka no le correspondía a "San Miguel" y él no quería exponerla a una reprimenda. Mucho menos con el humor que se gastaba el comisario en los últimos días.

Ese asunto también preocupaba al inspector, porque había llegado a la conclusión de que su hermano le ocultaba algo importante, pero el arresto de Gyula cobró prioridad absoluta. Tenía que encontrar la forma de demostrar la inocencia de su amigo, antes de que quedara atrapado en el engranaje de la justicia.

El taxi los dejó junto a la iglesia. La subinspectora regresó a sus labores, mientras Salazar recorrió las empedradas calles que rodeaban la plaza en dirección a "La Callecita." Abril avanzaba, así que la primavera desplegaba sus colores, por lo que algunas ventanas y balcones mostraban macetas con flores. Era su época favorita del año, cuando comenzaba la inflorescencia de la "vid," los campos reverdecían y la naturaleza explotaba en todo su esplendor. Sin embargo, en ese momento su cerebro no percibía ninguno de estos cambios, pues estaba demasiado ocupado planteándose hipótesis acerca de lo que Souza podía tener contra Gyula.

Iba a paso rápido, así que llegó al bar en pocos minutos. Por primera vez desde que recordaba, el local estaba cerrado en horario laboral. Llamó a la puerta y le abrió el camarero con expresión de desconcierto. El joven iba dispuesto a negarle la entrada al insistente cliente, cuando se percató de quien se trataba, así que le permitió pasar. En cuanto entró, Salazar percibió el ambiente pesado propio de los lugares donde ha ocurrido una desgracia.

Dika estaba sentada a una de las mesas llorando a lágrima viva, ignorando la infusión que humeaba frente a ella. El camarero miraba a la novia de su jefe con preocupación. No sabía qué hacer. Aquella taza con tila era lo único que se le había ocurrido, pero no parecía haber servido de mucho. Se sintió aliviado cuando llegó el inspector.

Néstor palmeó el hombro del muchacho para mostrarle comprensión y solidaridad. Luego le indicó con gestos que lo dejara solo con Dika. El camarero se sintió contento de poder desaparecer del escenario. El inspector se acercó a su amiga, sentándose a su lado.

—Ya estoy aquí, Dika. Dime, ¿qué ha ocurrido?

—Ha sido horrible, Néstor —respondió ella entre lágrimas—. Llegaron dos policías y se llevaron a mi Gyula. Dijeron que por el asesinato de su tía. ¿Puedes creerlo? A mi pobre Gyula, que es un "pedazo de pan," que no mataría ni a una mosca. Que quería a Jovanka como si hubiera sido su madre. ¿Cómo pueden creer algo así? Que la vida no puede ser tan injusta. Que mi "Virgencita de la Victoria" no puede permitir algo así…

—Calma. Todo esto debe ser un error.

—Tú sabes que es inocente, ¿verdad, Néstor?

—Por supuesto que lo sé.

—¿Y se lo dirás a ese policía tan mal encarado que se lo llevó, para que lo suelten?

—Hablaré con él, pero no es tan sencillo, Dika. Si lo detuvieron deben tener algunas evidencias que apuntan en su contra. Mi palabra no es suficiente para que los investigadores que llevan el caso cambien de opinión.

—Pero, tú eres policía.

—Me temo que eso no basta, pero no desesperes, hablaré con el inspector Souza, que es quien lleva el caso de Jovanka para averiguar qué tienen contra Gyula. Sea lo que sea, encontraré la forma de demostrar que es inocente.

—Gracias, "Gato." Si alguien puede ayudarlo, ese eres tú.

—Ahora tranquilízate. ¿Tienes con quién quedarte por unos días?

La joven se encogió de hombros.

—Mi familia está en Málaga, pero supongo que puedo contar con la de Gyula. Siempre han sido muy amables conmigo.

—De acuerdo. Entonces llama a Lumi para ver si puedes quedarte unos días con ellos. Será más fácil para ti si no estás sola. Mientras tanto, yo me ocuparé de hacer lo posible para que Gyula quede en libertad.

Las palabras de Salazar consiguieron lo que no había logrado la infusión. Dika se fue calmando poco a poco. Después de dar algunas instrucciones a un aliviado camarero, Néstor se dirigió a la Jefatura Superior. En el camino llamó por el móvil al comisario y le explicó la situación. Néstor lo notó un poco distraído, pero Goliat no le puso ningún impedimento para que solicitara una excedencia por unos días y así poder ocuparse de buscar evidencias que exoneraran a su amigo. Al contrario, Santiago fue muy receptivo. Como si perderlo de vista por un tiempo fuera

un alivio. Era definitivo, algo le ocurría a su hermano, pero fuera lo que fuera, tendría que esperar.

Cuando al fin llegó al edificio de la Jefatura subió sin demora al despacho de Souza, quien venía entrando en ese mismo momento. Cuando vio a Salazar, la expresión del veterano policía se endureció.

—¡Usted! ¿Qué hace aquí? ¿Qué quiere?

—Inspector, necesito hablar con usted acerca de la detención de Gyula Moreno.

—¿Qué tiene que hablar? Es el culpable y lo atrapamos en tiempo record.

—Tienen al hombre equivocado. Gyula es inocente.

—¿Ah, sí? Porque usted lo diga.

—Porque lo conozco desde que éramos niños y estoy seguro de que no es capaz de cometer un crimen tan atroz. Y menos contra alguien de su familia.

—Así que es amigo del detenido. ¿Y todavía tiene la desfachatez de venir a interceder por él?

—Estoy seguro de que si me permite analizar las evidencias contra él, yo podría encontrar el error. Yo mismo me ofrezco a ayudarlo a atrapar al verdadero culpable.

—Pues mira qué generoso —le replicó Anselmo con sarcasmo—. Déjeme decirle algo, Salazar. Tal vez todos piensen que es usted un genio, y quien sabe, puede que lo sea, pero este es mi caso y yo estoy seguro de que ese sujeto asesinó a su propia tía a sangre fría. No me importa que sea su amigo, o lo que usted piense al respecto. Es mi caso y me asiste la ley. No tengo ni la obligación, ni la intención de proporcionarle ninguna información para que venga a complicar mi trabajo con el fin de beneficiar a su amigo. ¿He sido claro?

—Comete usted un grave error, inspector Souza. Créame que no tengo ninguna intención de desvirtuar su trabajo, pero sé que Gyula es inocente.

—Pues yo estoy seguro de que es culpable, así que si me disculpa…

Sin darle tiempo a responder, Anselmo se dio media vuelta, entró en su oficina y cerró la puerta. Néstor se quedó de pie contemplando cómo desaparecía su oportunidad de ayudar a Gyula, pero si el inspector Souza creía que se daría por vencido con su negativa, estaba muy equivocado.

Lo primero que tenía que hacer era informarse sobre su adversario, así que bajó al sótano donde se encontraba el laboratorio de informática. Toni

lo recibió con la alegría de siempre.

—¿Tienes alguno de esos casos fetén para mí, Néstor? —le preguntó entusiasmado.

—Esta vez no se trata de eso, Toni. En realidad, he venido por alguna información.

—¿Quieres que "hackee" alguna cuenta? Sabes que para eso necesito la orden judicial.

—Es algo más sencillo. ¿Conoces al inspector Anselmo Souza?

—¿El Bulldog? Sí, claro. De vez en cuando hemos trabajado juntos en alguna investigación.

—¿Por qué el apodo?

—Porque siempre anda por ahí con cara de haberse comido un limón con todo y cáscara. Pero no es mal tío. Muy exigente con su trabajo, eso sí. ¿Por qué te interesa?

—Necesito que me acepte como colaborador en uno de sus casos.

—Pues no lo tienes fácil, colega. Es muy celoso al respecto. Cuando agarra un caso actúa como un perro con su hueso. Ni lo suelta, ni lo comparte con nadie.

—Quiero que me cuentes todo lo que sepas de él.

Media hora más tarde, Néstor salía de la Jefatura Superior. Su destino era la calle "Conde de Haro."

Capítulo 11.

Cuando colgó el móvil después de hablar con Néstor, Santiago experimentó una extraña dicotomía de sentimientos. Por un lado, le preocupó la noticia acerca del arresto de Gyula, pues sabía lo importante que era para su hermano y cuánto le afectaría, pero por otro lado resultó un alivio saber que su inspector jefe se mantendría tan ocupado en los próximos días, que no tendría oportunidad de darse cuenta acerca de la investigación que él llevaba a cabo sobre de los anónimos.

Ya había recibido los informes de laboratorio con respecto a las notas, pero no arrojaron ninguna información relevante. No tenían huellas, pues era evidente que las habían manipulado con guantes, y la composición de la tinta correspondía a la de una impresora de uso muy común. Nada que hacer por ahí. Por otro lado, su conversación con Pablo solo había servido para reavivar viejas heridas. El viejo policía no pudo aportar nada a lo que él ya sabía.

Con el informe judicial abierto en su escritorio, Ortiz se echó hacia atrás en el asiento y suspiró. ¿Cuál sería su siguiente paso? Tenía que hacer a un lado sus sentimientos y analizarlo todo con la frialdad que tendría si se tratara de un caso cualquiera. Era la única forma en que podría resolverlo, pero no sería fácil, y mucho menos llevándolo adelante solo. Comprendió que necesitaba ayuda. Alguien que pudiera enfocar el asunto sin que intervinieran los sentimientos. Una cabeza fría. ¿Pero quién?

La respuesta surgió en su mente de inmediato: Sofía. Ya en una ocasión había trabajado con la subinspectora cuando buscaban al Asesino de la Rosa, que amenazaba la vida de Néstor. En aquella ocasión, Sofía había demostrado inteligencia, profesionalismo, disciplina y capacidad de decisión. Además de que el comisario confiaba en ella, pero… ¿Estaría dispuesta a llevar a cabo una investigación a espaldas de Salazar y mantener el secreto? El comisario creía que sí, siempre que estuviera justificado, que comprendiera que su silencio era necesario para proteger a Néstor.

Cinco minutos después, la subinspectora Garay entraba por la puerta de la oficina de su superior. El comisario la invitó a sentarse y después de algún que otro rodeo le explicó la situación con toda honestidad. Luego le mostró el expediente para que ella pudiera leerlo y sacar sus propias conclusiones.

Sofía escuchó con atención sin hacer ningún comentario, pero la expresión de su rostro no le dejó dudas a Ortiz acerca de lo sorprendida que estaba por aquellas revelaciones. Por un momento se sintió expuesto. Como si se hubiera quedado desnudo frente a una desconocida. Se esforzó en superar ese sentimiento de vulnerabilidad e hizo acopio de valor para hacer la pregunta de la cual temía escuchar la respuesta:

—¿Y bien? ¿Qué opinas?

La subinspectora suspiró y se tomó un momento para escoger bien las palabras.

—Tenía alguna referencia acerca del hecho por lo que me había contado Salazar —confesó—, pero no me hubiera imaginado que las cosas ocurrieron de esa manera.

—Néstor no sabe nada. Y debe seguir siendo así.

—¿Está seguro? Podría estar en peligro.

—No lo creo. Muy pocas personas saben acerca de nuestro parentesco. Si lo mantenemos al margen será más seguro para él.

—En realidad, no tenemos idea de cuánto sabe el autor de los anónimos.

—No creo que esté enterado de que Néstor es mi hermano —afirmó Ortiz—. Yo mismo investigué el paradero de Lucas antes de asumir mi plaza en esta comisaría y no me fue posible identificarlo. De no haberse dado la coincidencia de encontrarnos aquí, lo más probable es que nunca nos hubiéramos reunido de nuevo.

—¿Y qué me dice de su familia? Ellos deben estar informados para poder protegerse.

—No cambiaría nada que lo sepan —discrepó Santiago—. La mejor protección para ellos es que yo encuentre al malnacido que envía estos anónimos.

—Con todos mis respetos, señor. Creo que comete un error.

—¿Puedo contar contigo, Sofía? ¿Me ayudarás con esto?

—Por supuesto. Solo dígame qué quiere que haga.

—Lo más importante es que me ayudes a mantener la objetividad. Se me hace muy difícil pensar con claridad en este caso.

—De acuerdo. Veamos qué tenemos hasta ahora: dos notas anónimas que señalan un hecho de su pasado que lo coloca en una situación difícil, tanto en términos personales, como profesionales. La primera pregunta que yo me haría es quién podría estar interesado en hacer algo así. ¿Y por qué?

—Sí, esas preguntas ya me las hice y no logro dar con una respuesta lógica.

—Bien. Tal vez ayude enfocarlo desde el punto de vista de las características de la persona, en lugar de su identidad.

—¿A qué te refieres?

—Lo primero es que para referirse a este hecho en concreto, el autor de los anónimos debe estar informado, o relacionado de alguna forma. ¿No es así?

—Sí, por supuesto. La noticia salió en los periódicos, claro, pero muchos de los detalles se mantuvieron en secreto a causa del sumario.

—En ese caso, ¿quiénes saben lo suficiente para poder relacionarlo a usted con el hecho? Que aún continúen con vida, claro.

—Está don Pablo —comenzó a enumerar Santiago—. Pablo Urbina. Era agente uniformado en el momento de los hechos y el mejor amigo de mi padre. Su compañero, de quién no recuerdo el nombre, murió de un infarto hace cinco años, así que podemos descartarlo. También estaban mis dos amigos del momento: Francisco Ramírez y Andrés Ibarra.

—De acuerdo, me ocuparé de encontrar y entrevistar a sus antiguos amigos. ¿Alguien más?

—El hombre que resultó muerto iba acompañado de un joven. Era un chico. Aquel día sostenía la pistola con manos temblorosas.

—¿Sabe su nombre?

—Lo recordé cuando leí el expediente: Jóvito Gutiérrez.

—¿Sabe qué fue de él?

—En su momento fue detenido. Supongo que ya estará en libertad, a menos que haya vuelto a delinquir.

—Pues a mí me parece el sospechoso más probable en el asunto de los anónimos.

—Tienes razón —afirmó Santiago con optimismo, mientras chasqueaba los dedos—. ¿Cómo no lo vi antes? Es más, creo que tenía algún parentesco con el muerto.

—¿Qué tipo de parentesco?

—No lo recuerdo bien. Eran tío y sobrino, primos, o algo así.

—Creo que vale la pena investigar a este hombre. Saber qué ha sido de su vida y dónde se encuentra ahora.

Ortiz asintió, animado porque tenía un rumbo claro sobre lo que debía hacer. Había acertado al confiar en Sofía. Le había permitido romper ese

bloqueo que sus sentimientos ejercían sobre los razonamientos lógicos que le permitirían llevar adelante la investigación con éxito.

—De acuerdo. Este sujeto se convierte en prioridad. Me ocuparé de encontrarlo y hablar con él.

—¿Había alguien más presente?

—No. Al menos, no que continúe con vida.

—Las otras preguntas que me hago son: ¿por qué? ¿y por qué ahora, después de tantos años?

—Sí. Yo me he hecho la misma pregunta y la única respuesta lógica es que se trate de una venganza. Alguien debe haberse sentido perjudicado por esto y me culpa de lo que ocurrió. Por supuesto que no tengo idea de por qué esperó 31 años para amenazarme.

—De acuerdo, tal vez debamos centrarnos ahora en los posibles sospechosos.

—Tienes razón. Si averiguamos quién envía los anónimos, tal vez comprendamos el motivo.

—Yo ubicaría a Jóvito Gutiérrez a la cabeza de la lista —opinó Sofía—. Su pariente resultó muerto y él terminó en la cárcel. Parece el más perjudicado, así que si lo responsabiliza a usted de lo ocurrido, podría estar buscando venganza.

—Estás en lo cierto, Sofía. Ocúpate de encontrar e interrogar a mis viejos amigos. Yo haré lo mismo con Gutiérrez y veamos hacia dónde nos lleva lo que averigüemos.

—¿Aún cree que debemos ocultárselo a Néstor?

—Estoy convencido. Además, con la detención de su mejor amigo, mi hermano ya tiene suficientes problemas que resolver.

Capítulo 12.

Souza subió las escaleras del viejo edificio, mientras se preguntaba cuál sería ese asunto tan urgente por el que lo había llamado su antiguo jefe. De haberse tratado de otra persona se hubiera negado a visitarlo, pues debía redactar los informes del caso del ama de llaves para que prosperara la acusación en contra del sobrino, y en ese momento estaba saturado de trabajo. Claro que podía delegar esa tarea en alguno de los inspectores a sus órdenes, pero él siempre había sido un lobo solitario y prefería mantener el control de la situación en todo momento.

El sobrino de la occisa ya había sido interrogado y estaba en prisión preventiva. Lo habían trasladado al Centro Penitenciario de La Rioja, pero Anselmo tendría que entregarle al fiscal un informe con los resultados de las investigaciones bien sustentados, para que se procediera a acusar formalmente al detenido y llevarlo a juicio.

La llamada de don Braulio no llegó en buen momento, pero Souza le debía demasiado al viejo comisario retirado, como para no atender a su solicitud de verlo con urgencia. Después de todo, Braulio Quintero, más que su jefe había sido su maestro cuando llegó a la Jefatura Superior de Haro, joven e inexperto. De eso hacía ya muchos años.

Por fin llegó al rellano del primer piso, resollando. Tal vez su hija tenía razón y debería dejar de fumar, pero qué demonios, de algo se tendría que morir algún día. ¿No? Junto a la puerta había un rótulo donde se leía "Detective privado". Anselmo sonrió. Siempre supo que Quintero no se resignaría a jubilarse sin más cuando le llegara la edad. La determinación de mantenerse activo del viejo policía era una de las virtudes que Souza le admiraba a don Braulio. El inspector jefe cruzó el umbral, y Evelia lo recibió con una sonrisa.

—Buenas tardes, inspector Souza. ¡Qué alegría verlo por aquí! Lo están esperando.

El uso del plural por parte de la secretaria encendió sus alarmas. La urgencia de la llamada, la insistencia para que la reunión fuera en esa oficina y no en la Jefatura Superior, la presencia de un tercero… Estaba desconcertado. ¿En qué lío se habría metido el viejo?

—Hola Evelia. Gracias.

—¿Quién es, Evelia? ¿Ya llegó Anselmo? —preguntó un hombre mayor que abrió la puerta del despacho de repente y se asomó. Iba vestido con traje y corbata, con los zapatos pulidos, el cabello cano bien peinado y un pañuelo en el bolsillo de la chaqueta.

—Sí, don Braulio. Ya llegó —confirmó la secretaria, poniendo los ojos en blanco—. Ya le iba a avisar por el interfono.

—No me gusta ese chisme. ¡Anselmo! Hola, hijo. Me alegra verte. Pasa, pasa. Evelia, ¿nos traes café?

—Sí, don Braulio —respondió ella, mientras se levantaba del asiento.

Souza se encaminó al despacho, obedeciendo la invitación de Quintero. En cuanto cruzó el umbral se detuvo en seco.

—¡Usted! ¿Qué hace aquí? —preguntó indignado—. ¿Qué significa esto, don Braulio?

—Me alegra verlo, inspector Souza —respondió Néstor con su mejor expresión de inocencia, y sintió cierta congoja al recordar que ya no podría volver a ensayarla con Paca—. Es una suerte que nos hayamos encontrado aquí.

—No me venga con historias, inspector. Este encuentro no es casual. Fue arreglado por usted —Luego se volvió ofendido hacia Quintero—. No me esperaba esto de usted, don Braulio. Me hizo caer en una encerrona.

—Vamos, Anselmo. No seas quisquilloso —le dijo el detective mientras le palmeaba el hombro—. Néstor es un buen chaval y un policía 10. Si él afirma que el chico al que detuviste es inocente, yo lo escucharía.

—Lo dice porque es su amigo. No tiene ninguna base sólida para afirmarlo. Las evidencias que hemos encontrado en cambio, lo señalan como culpable. No esperará usted que las ignore porque el detenido sea muy amigo de un policía, don Braulio. Eso no fue lo que usted me enseñó.

—Ni es lo que te estoy pidiendo —respondió Quintero poniéndose serio —, pero uno de los aspectos que debes tomar en cuenta en una situación así es el carácter del hombre al que acusas. Estamos hablando de vidas que pueden terminar arruinadas, y condenar a un inocente es tan malo, o peor que dejar escapar a un culpable. Solo te pido que compartas lo que puedas con Néstor. Que aceptes su ayuda como colega.

—Él no es imparcial en este caso.

—No quiero dirigir el caso, don Anselmo —intervino Salazar—. Solo quiero conocer la evidencia, porque estoy seguro de que hay algún error en alguna parte. Gyula no pudo cometer ese crimen. Lo que significa que tiene

en su celda a un inocente y en alguna parte hay un asesino que podría librarse de pagar su crimen.

—Usted está cuestionando mi trabajo.

—Nada de eso, señor. Y me disculpo si es la impresión que le he dado, pero los policías no somos infalibles, podemos cometer errores, interpretar mal una evidencia, o en algunos casos, caer en trampas deliberadamente tendidas para confundirnos por quienes son culpables. Nos pasa a todos. Y casi siempre, cuatro ojos ven mejor que dos.

—Dale una oportunidad, Anselmo —insistió don Braulio—. Conozco bien a este chaval y puedo asegurarte que no solo es un policía de primera, sino que es honesto a carta cabal.

En ese momento escucharon un leve toque en la puerta, que se abrió para dejar paso a Evelia, quien llevaba una bandeja con tres tazas de café. Souza aprovechó la interrupción para meditar las palabras que acababa de escuchar. El cuestionamiento de los resultados de su investigación no le gustaba, pero respetaba mucho a don Braulio y si él afirmaba que ese inspector con facha de marido echado de casa era de fiar, no tenía motivo para no creerle. Además, no le gustaba nada la idea de encarcelar a un inocente. Suspiró con resignación.

—Ustedes ganan. Haremos lo siguiente: le permitiré leer el informe que le envié al juez para que emitiera la orden de busca y captura contra Gyula Moreno. Allí están resumidas las evidencias que tenemos contra él. Si tiene alguna observación me la hará saber en privado. Nada de hacer declaraciones, o presionarme en ningún sentido. Si encuentra algún fallo y yo considero que es pertinente, retiraré la acusación. En caso contrario desaparecerá de mi vida y de mi caso. No volverá a interferir bajo ninguna excusa. ¿Está de acuerdo?

—Me parece justo —confirmó Salazar—. No puedo pedir más.

—Está bien, entonces lo espero en mi oficina en dos horas.

—Allí estaré.

Después de tomarse el café, Anselmo se despidió de don Braulio con un abrazo y se marchó. Néstor le dio las gracias a su amigo, el detective, y lo siguió. Aunque no sabía con qué se iba a encontrar en aquel informe, al menos tendría la oportunidad de ayudar a Gyula.

Aquellas dos horas le parecieron eternas, así que para hacer un poco de tiempo se detuvo en un bar de la misma calle Conde de Haro y se comió un

par de pinchos, pues aunque se le había quitado el apetito, no sabía cuándo volvería a tener oportunidad de comer algo.

Llegó puntual al despacho de Souza en la Jefatura Superior y cumpliendo su palabra, Anselmo le entregó el informe para que pudiera leerlo.

Las evidencias contra Gyula preocuparon a Néstor, quien comprendió que la detención estaba bien fundamentada. Si hubiera estado en el lugar de Anselmo, él habría llegado a las mismas conclusiones: la presencia de su amigo en el lugar de los hechos a la hora del fallecimiento, las huellas en el móvil de la occisa, el mensaje amenazante recuperado de la memoria. Aquello no pintaba bien para Gyula. Por la expresión de Salazar, su colega comprendió lo que pensaba.

—¿Y bien? ¿Se ha convencido que fue su amigo quien asesinó a sangre fría a su tía?

—Reconozco que es lo que parece, pero sigo sin creerlo. Usted no lo conoce como yo. Gyula no sería capaz de algo así y menos contra Jovanka. Era lo más parecido a una madre que había conocido.

—Una "madre" que lo abandonó en un Centro de Acogida cuando tenía cuatro años —puntualizó Souza. Néstor lo miró con cierta sorpresa—. ¿Creía que no lo sabía? Usted no es el único buen policía que hay aquí, Salazar.

—Inspector Souza, comprendo que mi intervención en su caso le molesta. Yo me sentiría igual si estuviera en su lugar, pero no estoy aquí para cuestionarlo, sino para ayudarlo. Reconozco que no esperaba estas evidencias, pero debe admitir que todas son circunstanciales.

—¿Las huellas de su amigo en el móvil de la víctima le parecen circunstanciales?

—Yo diría que sí. Fueron encontradas en el móvil. No en la escena del crimen. Gyula pudo haber cogido el teléfono en cualquier otro lugar, pues la víctima lo llevaba con ella a todas partes.

—¿Le parece una coincidencia que en ese móvil donde están las huellas encontráramos borrado un mensaje de amenaza del sospechoso a la víctima?

—¿Interrogó a Gyula acerca del mensaje?

—Por supuesto. Me contó una historia que no es creíble.

—¿Puedo escucharla?

—Dijo que su tía pretendía meterse en su relación con su pareja porque no estaban casados y que su amenaza se refería a retirarle la palabra, no a asesinarla.

—¿Y por qué no lo considera creíble?

—Porque hoy en día a nadie se le ocurriría interferir en una pareja porque no están casados. Si es lo más normal. Los problemas entre ellos deben haber sido por motivos más serios.

—¿Ha tomado en cuenta que Jovanka pertenecía a una comunidad con costumbres muy arraigadas, de las que ella era muy respetuosa?

—¿Cómo sabe usted eso?

—Hablé con el hermano de la occisa; Joaquín Moreno. Él también me contó acerca de la presión que mantenía Jovanka contra Gyula por su relación extramarital.

—Yo también entrevisté a ese ciudadano, pero no mencionó nada de eso.

—Porque es policía. Desconfían de usted "*a priori*." Nunca le contarán algo tan privado, tan propio de la familia.

—Usted también es policía y se lo contaron.

—Yo soy amigo de Gyula desde que éramos niños. Por eso me aceptan.

—¿Lo que me está diciendo es que usted puede acceder a información por parte de la familia que para mí está vedada?

—Algo así.

Anselmo se quedó pensativo por un momento. Luego suspiró.

—De acuerdo, Salazar. No quiero que se diga que soy chapucero en mi trabajo. Haremos lo siguiente: le daré veinticuatro horas para que encuentre una evidencia irrefutable que me convenza de que Gyula Moreno es inocente. Si no lo consigue, entregaré el informe al fiscal y usted desaparecerá de mi vista para siempre.

Capítulo 13.

Néstor salió de la Jefatura Superior y cogió un taxi que lo dejó en la puerta del Centro Penitenciario de La Rioja. Anselmo le había prometido concertarle una entrevista con Gyula aunque no fuera día de visita. Lo vería en calidad de policía, como ayudante de Souza.

Después de pasar los controles de seguridad, que le hicieron preguntarse si creerían que llevaba una lima oculta para pasársela al detenido, Salazar fue conducido a una salita donde había una mesa y dos sillas. El guardia le pidió que esperara y salió. Nervioso, el inspector comenzó a pasearse por la pequeña habitación hasta que escuchó el sonido de la cerradura. Gyula entró acompañado del guardia, quien les dijo que disponían de quince minutos y salió, dejándolos solos.

Salazar observó a su amigo, cuya expresión reflejaba la confusión y el miedo del hombre que se ve atrapado en un remolino de acontecimientos que lo arrastran sin que pueda hacer nada. Su rostro se iluminó cuando vio al inspector.

—¡Néstor! ¡Cuánto me alegra verte!

Por toda respuesta, Salazar le dio un abrazo que lo dejó sin aliento. Luego se separó de él y lo invitó a sentarse.

—¿Cómo estás Gyula? ¿Te han tratado bien? ¿Te sientes seguro? Si necesitas algo, solo tienes que decírmelo.

—Necesito salir de aquí, Néstor —le dijo con desesperación—. Sabes que no soporto estar encerrado. Por otro lado, me han tratado con respeto y estoy en una sección destinada a prisión preventiva, así que todavía mi seguridad no representa un problema. Lo que no comprendo es por qué estoy aquí. Yo no le hice nada a Jovanka. Lo sabes, ¿no?

—Por supuesto que lo sé, Gyula y haré todo lo posible para probarlo. Por eso estoy aquí. Necesito que me ayudes a dar con algún hilo del cual tirar.

—Lo que haga falta, por supuesto, pero no imagino cómo te puedo ayudar. Yo no sé nada.

—Para empezar, háblame del mensaje de texto que le enviaste a Jovanka el día anterior a su muerte.

—¡Ah, eso! ¡Maldita sea la hora en que lo escribí! No me ha traído sino problemas. El detective ese, Souza me hizo la misma pregunta.

—Pues ahora te la hago yo. ¿Por qué lo enviaste?

—Jovanka me presionaba mucho desde que Dika y yo decidimos vivir juntos. Ya sabes, nuestra conducta contravenía las costumbres de nuestra gente. Yo solo la ignoraba, pero en los últimos días decidió cambiar de estrategia y comenzó a presionar a Dika. Ya sabes cómo es Dika. Ella creció en un ambiente muy conservador y religioso, por lo que comenzó a sentirse culpable. Eso causó roces entre nosotros. Te lo puedes imaginar: afectó nuestra relación.

»Cuando me enteré de los motivos del cambio de mi novia me enfadé mucho. No podía tolerar esa intromisión por parte de mi familia. Lo primero que hice fue hablar con "el Tío." Él me comprendió y me prometió que tendría una conversación seria con Jovanka, pero al parecer eso solo sirvió para que mi tía reforzara la presión sobre Dika. Por eso le envié aquel mensaje. Quería advertirle que si continuaba acosando a mi pareja, cortaría toda relación con la familia y le retiraría la palabra.

—Comprendo. ¿Borraste tú el mensaje?

—No, lo hizo ella misma. Cuando recibió el mensaje de texto, Jovanka me llamó preocupada. Me dijo que al día siguiente tenía que preparar la casa de sus jefes en el Barrio Estación porque regresaban de viaje, y me pidió que la recogiera en su casa y la llevara hasta allí. Así podríamos hablar.

—Fue por eso que tu coche apareció en el lugar de los hechos coincidiendo con la hora del fallecimiento de Jovanka —precisó Salazar.

—Así es. Conversamos acerca del asunto durante el trayecto y conseguí convencerla de que no debía entrometerse en mi relación de pareja. Pese a lo que piensa el policía ese… Souza, Jovanka y yo nos queríamos mucho. Tú sabes que yo no llegue a conocer a mi madre y aunque ella se vio obligada a dejarme en el Centro de Acogida, siempre se preocupó por mí. Después de todo, siendo viuda y con cuatro hijos propios, no puedo culparla por hacer lo que hizo.

—¿Nunca le guardaste rencor, Gyula? Es importante que seas sincero conmigo y contigo mismo en este detalle.

—Sentí cierto resentimiento hasta la adolescencia, pero en cuanto comencé a trabajar para vivir, comprendí que Jovanka no tuvo alternativa y la perdoné.

—Dices que fue ella misma quien borró el mensaje.

—Conversamos durante todo el trayecto y para cuando estuvimos frente al chalé ya habíamos llegado a un acuerdo. Antes de bajar del coche sacó el móvil y borró el mensaje allí mismo. Me dijo que no quería dejar constancia de ninguna desavenencia entre nosotros porque eso podría traer "mal fario."

—Entonces fue ella misma quien borró el mensaje —repitió Néstor.

—Ya te lo dije. ¿Por qué insistes tanto en ese detalle? ¿Qué importancia tiene?

—¿No tocaste el móvil de Jovanka en ningún momento? —preguntó Salazar, sin responder a su amigo.

—Lo manipulé —confesó Gyula—, pero no para borrar ningún mensaje. Jovanka tenía un tratamiento y debía tomarse una pastilla a las diez de la mañana. Me pidió que le programara la alarma del móvil para recordarlo, porque cuando estaba trabajando se le iba el santo al cielo y ella no sabía cómo hacer esa programación.

—Así que tú cogiste el teléfono y se lo programaste.

—Sí, claro. ¿Por qué insistes tanto en esto?

—Porque encontraron tus huellas por todo el teléfono y los policías que llevan el caso creen que es porque borraste el mensaje.

Gyula se echó atrás en el asiento y soltó un suspiro.

—Es mala la situación, ¿verdad, Néstor? Dime la verdad.

—Eres inocente, Gyula. Ambos lo sabemos, así que debe existir una forma de probarlo y no voy a parar hasta conseguirla. Confía en mí. ¿De acuerdo?

—Está bien. Confío en ti. Si alguien puede sacarme de este atolladero, ese eres tú.

—¿Qué más pasó ese día?

—Eso fue todo. Hablamos, la hice entrar en razón. Me prometió que se disculparía con Dika y que no iba a volver a entrometerse. Ella borró el mensaje y me dio el móvil para que le programara la alarma. Después que lo hizo se bajó del coche y entró al chalé. Yo regresé a Haro. Eso es todo.

—¿No te detuviste en el camino?

—Sí. En la gasolinera a repostar, pero no fueron ni cinco minutos.

—¿Viste algo, o a alguien sospechoso en el trayecto de ida, o de vuelta? Piénsalo bien, Gyula. Es importante.

El tabernero guardó silencio por unos segundos mientras se esforzaba en recordar aquel fatídico día.

—Lo siento —dijo al fin—, no recuerdo haber visto nada sospechoso.

—¿No te cruzaste con nadie en la carretera?

—No… Espera, sí. Ahora que lo dices… Cuando me dirigía a la gasolinera me sobrepasó por la derecha una furgoneta que iba bastante deprisa.

—¿Una furgoneta? ¿Cómo era? —preguntó el inspector inclinándose hacia adelante con interés.

—Era blanca… Tenía algo escrito a los lados… El logo de alguna empresa, supongo. No pude verlo bien porque me sobrepasó muy rápido.

—¿Viste la matrícula?

—Lo siento, no me fijé. En aquel momento no tenía idea de que era importante.

—De acuerdo, no te preocupes. ¿La viste en los alrededores del chalé?

—No. Apareció de la nada por la carretera cuando venía de regreso.

—¿De la nada? Entonces también provenía del Barrio Estación.

—Eso seguro, sí. Yo me detuve en la gasolinera y ella continuó hacia Haro. Iba muy rápido.

—¿Tanto como para sobrepasar los límites de velocidad? —preguntó Néstor, esperanzado.

—Si no lo hizo, anduvo muy cerca.

En ese momento la puerta se abrió y apareció el guardia para anunciarles que el tiempo se había terminado. Ambos se levantaron, Néstor le prometió a Gyula que haría su mejor esfuerzo para demostrar que era inocente y sacarlo de allí lo antes posible. Antes de que el tabernero fuera conducido de nuevo a su celda, se despidieron con un abrazo.

Capítulo 14.

Cuando Salazar salió del Centro Penitenciario, no tenía idea de que su hermano se encontraba en el edificio en aquel mismo momento. Santiago había concertado la cita con el director del penal, quien lo recibió de inmediato. Después de escuchar su requerimiento, se mostró dispuesto a colaborar en la investigación del reputado comisario de "San Miguel."

Ortiz no había sido muy explícito en cuanto al caso que tenía entre manos. Solo le comentó al director que las evidencias lo relacionaban con uno de sus penados, quien ya habría cumplido con su tiempo de reclusión. Por eso le pidió acceso a los archivos.

—¿Hace cuánto tiempo cumplió el reo su condena? —Quiso saber el funcionario.

—La detención y el juicio ocurrieron el año 1987. Fue condenado a siete años, así que hablamos de un período entre 1987 y 1994.

—Ha pasado mucho tiempo, pero por suerte todos los folios ya han sido digitalizados. Conservamos los originales por motivos legales, por supuesto, pero existe una copia de cada uno en el sistema. Lo llevaré a los archivos y le presentaré a la señora Marta Fonseca. Es nuestra archivista. Ella le proporcionará el documento que necesita.

Así que mientras Néstor sostenía su conversación con Gyula, Santiago leía el folio correspondiente a Jóvito Gutiérrez, a quien consideraba el principal sospechoso del acoso del cual era víctima. Lo recordaba como un joven pálido y nervioso, de manos temblorosas, que seguía las instrucciones que su pariente le gritaba.

Ese pariente, Eladio Gutiérrez, era el cerebro del asalto y quien mantenía la entereza de Jóvito a fuerza de órdenes. En cuanto Eladio cayó, el joven soltó el arma, alzó las manos y se entregó. Después del juicio, Santiago no supo más de él. Ni de nadie. Lo único que quería era poner tierra de por medio entre él y todo lo que había ocurrido. Entre él y Haro. Entre él y su familia. Entre él y su pasado. Otro grave error cometido por un cabeza de chorlito, pues nadie puede huir de sí mismo.

La señora Fonseca localizó el documento con eficiente rapidez y le permitió a Santiago utilizar uno de los terminales. El comisario leyó el expediente, que le perfiló a un delincuente común de poca monta, con pocas iniciativas, que tenía tendencia a buscar la protección de los más fuertes.

Así que dentro de la prisión se alió a una de las bandas carcelarias que existían en aquel momento, bajo el liderazgo de un sujeto al que apodaban "El escorpión."

Cuando había cumplido casi la mitad de su condena, Jóvito se vio involucrado en una reyerta entre la banda de "El escorpión" y otro grupo que lo adversaba. El resultado fue una puñalada en el tórax que acabó con su vida en pocos minutos. Santiago sintió que el suelo se abría bajo sus pies. Aquella era su mejor pista y lo había llevado a un callejón sin salida. Jóvito Gutiérrez no podía ser el autor de los anónimos porque hacía años que estaba muerto. Pero entonces, ¿quién se estaba dando a la tarea de acosarlo? ¿Y por qué ahora, más de treinta años después?

Trató de razonar otra línea de investigación, pero se sentía bloqueado. Pocas personas sabían de su relación con los hechos. Su condición de menor de edad en el momento lo había protegido, pues entonces, Santiago contaba apenas dieciséis años. La lista de sospechosos no podía ser muy larga. De hecho era tan corta que no se le ocurría ninguno.

Le pidió a la señora Fonseca que le proporcionara una copia del expediente y salió del centro penal con más interrogantes que respuestas. De lo único que tenía certeza era que el autor de los anónimos no era Gutiérrez. Antes de llegar al coche llamó a Sofía y acordó encontrarse con ella en la comisaría para comparar resultados. Tal vez la subinspectora hubiera tenido mejor suerte con sus amigos de juventud. Aunque no creía que ninguno de ellos fuera capaz de enviarle anónimos, nunca se sabía. Ellos también se vieron involucrados en el asunto y pudieron resultar perjudicados por lo que él hizo, así que debía tomarlos en cuenta como sospechosos, por remota que fuera la posibilidad.

Cuando llegó a la comisaría, ya Sofía estaba allí. A Ortiz se le ocurrió que era una suerte que Néstor estuviera ocupado con el asunto de Gyula, pues eso le hacía más fácil ocultarle el acoso. De inmediato se arrepintió del egoísmo de sus pensamientos, pues comprendió que había una vida de por medio y sabía cuán importante era Gyula para su hermano. Además, él también estaba seguro de que el tabernero era inocente y había algún error en alguna parte.

Entró a su despacho y le pidió a Lali que llamara a Sofía y que no permitiera que nadie los interrumpiera. La secretaria se apresuró a cumplir la orden de su jefe y un par de minutos después, ya la reunión había

comenzado. Santiago le mostró el expediente a su subalterna y le hizo partícipe de sus preocupaciones y su desaliento.

—Yo también apostaba por este sospechoso, señor —admitió Sofía—. Por mi parte, tampoco tengo buenas noticias.

—¿No encontraste a mis amigos?

—Sí, los encontré, pero no creo que ninguno de ellos sea el hombre que buscamos.

—¿Por qué?

Sofía se recostó en el asiento y suspiró.

—Andrés Ibarra vive en Lille, Francia, desde hace quince años. Está casado con una francesa y tiene tres hijos. Es un ciudadano ejemplar, en cuyo historial no hay ni siquiera una multa de tráfico. Su madre era la única pariente viva que le quedaba en España, pero murió de un infarto hace diez años, que fue la última vez que Ibarra visitó la península.

—Sí, tienes razón, Sofía. Creo que podemos descartarlo. ¿Qué hay de Francisco? ¿Tampoco vive en Haro?

—No. Francisco Ramírez sí vive en Haro. Para ser más concreta en la calle Ventilla. Esta mañana lo entrevisté.

—¿Y cuáles fueron tus conclusiones?

—Tampoco lo consideraría sospechoso. Al parecer, Ramírez practicaba motocross.

—Sí. Siempre le gustaron las emociones fuertes y los deportes de riesgo. Solía ser él quien nos animaba a desafiar las reglas. Sería un mejor sospechoso que Andrés.

—Me temo que se equivoca, señor —le rebatió Sofía—. Hace cinco años, Ramírez sufrió un accidente cuando intentaba un salto acrobático con la motocicleta. El resultado fue una fractura cervical. Su amigo está parapléjico. Sería imposible que hubiera podido escribir un anónimo, ni mucho menos hacérselo llegar.

Santiago la miró estupefacto. Era lo último que esperaba escuchar. Apoyó los codos en el escritorio y se cubrió la cabeza con las manos en un gesto de desesperación.

—Entonces estamos como al principio —reconoció—. No tenemos nada.

—¿Qué me dice del policía?

—¡Don Pablo? No, imposible. Don Pablo era el mejor amigo de mi padre y siempre procuró proteger a nuestra familia. Me ayudó mucho en

aquel trance y sé que hizo todo lo que pudo por Lucas cuando su padrastro asesinó a nuestro hermano.

—De momento parece el único en capacidad de ser sospechoso.

—Debe haber algo que se nos escapa —respondió el comisario, mientras negaba con la cabeza—. Confío en don Pablo como si fuera mi propio padre.

—En ese caso, yo tampoco tengo ninguna idea de quién podría estar acosándolo, comisario. Tal vez si le pedimos ayuda a Salazar…

—¡Olvídalo! Néstor ya tiene bastante con tratar de demostrar la inocencia de su amigo, como para que le carguemos con más preocupaciones —argumentó Ortiz—. Por otro lado, no quiero que sepa nada de este asunto. Deberíamos ser capaces de resolverlo nosotros, sin involucrar a nadie más.

—Sí, señor —aceptó Sofía a regañadientes—. ¿Podemos obtener alguna información de las notas?

—No tienen huellas, el papel y la tinta son corrientes. Ninguna fue enviada por correo.

—Lo que significa que el autor está muy cerca. Lo suficiente para dejarlas en persona.

—Sí, tienes razón —admitió Santiago, recuperando un hilo de esperanza.

—¿Dónde las encontró, comisario?

—La primera la dejaron en el buzón de mi casa. La segunda la pasaron por debajo de la puerta de este despacho cuando yo estaba ausente.

—¿Quién puede tener acceso a esta oficina, señor? En especial, con Lali en la antesala.

—Es evidente que aprovecharon algún momento en que ni ella, ni yo estábamos aquí.

—Eso me hace pensar… García controla la entrada de cualquier civil y a ninguno se le permite deambular por las instalaciones sin escolta. Y cuando no está García, hay otro agente de guardia para preservar la seguridad de la comisaría.

—Tienes razón. No sería fácil para cualquiera acceder a este despacho, ni mucho menos escoger el momento en el cual estuviera vacío.

—A menos que…

—A menos que quien dejó el anónimo trabaje aquí —concluyó Santiago, sintiendo un escalofrío.

Capítulo 15.

Salazar regresó a la comisaría con una sola idea en la cabeza: identificar la furgoneta que había adelantado a Gyula. Una de las evidencias que Souza tenía contra su amigo era que estaba en los alrededores de la escena en el momento del crimen. Néstor pensó que si lograba demostrar que Gyula no era el único que se encontraba allí, debilitaría la postura de su colega. No era mucho, pero por algún lugar debía comenzar.

El dato que le proporcionó su amigo acerca de la prisa con la cual se desplazaba la furgoneta le dio esperanzas. Si había sobrepasado los límites de velocidad, los radares la habrían detectado. Néstor decidió solicitar ayuda a la DGT para identificar el vehículo. Saludó al paso a García y subió las escaleras a toda prisa hasta el segundo piso. Era la hora del almuerzo, así que la sala común estaba casi vacía. Solo Beatriz se encontraba allí, concentrada en su ordenador. Cuando él entró, ella apartó la mirada de la pantalla y en cuanto lo identificó, sonrió. ¿Se le habían iluminado los ojos? El inspector descartó la idea. No tenía tiempo para las fantasías de su imaginación.

—Buenas tardes, señor.

—¡Hola, Beatriz! Puedes ser menos formal. Si vamos a trabajar codo con codo todos los días, deberíamos tutearnos.

—Sí, desde luego, se… Néstor.

—Así está mejor. ¿Qué haces, que no te has ido a almorzar?

—Decidí quedarme porque no tengo apetito y estoy familiarizándome con la información de los archivos de la comisaría. Ya sabes, cuáles son los casos abiertos, las investigaciones más importantes resueltas en los últimos meses. Por cierto, me gustaría felicitarte por tu record.

—Gracias, pero solo hago mi trabajo lo mejor que puedo —afirmó él con modestia—. Ahora si me permites, Beatriz, debo hacer una indagatoria.

—¿Puedo ayudarlo? Quiero decir, ayudarte.

Salazar se quedó pensando un momento. No quería abusar de la buena voluntad de la joven, pero por otro lado, el tiempo corría y él solo tenía veinticuatro horas para demostrar la inocencia de Gyula.

—¿Eres hábil con los ordenadores?

—No es por presumir, pero se me da bastante bien.

—¡Excelente! Debo hacer una indagatoria. Venía con la intención de pedírselo a Diji —confesó el inspector jefe—. Suele almorzar en su escritorio, así que creí que lo encontraría aquí.

—Acompañó al inspector Toro para atender una llamada. ¿Qué necesitas?

—Solicitar una información a la DGT. Se trata de una furgoneta que transitó con exceso de velocidad ayer por la mañana en el Barrio Estación. Necesito localizarla y tengo la esperanza de que la matrícula haya quedado registrada en las cámaras de las vías.

—De acuerdo —afirmó Beatriz—. Dame unos minutos.

La joven subinspectora comenzó a teclear con dedos seguros. Era evidente que se sentía en su elemento. Salazar se dirigió a la cafetera y sirvió dos vasos. El café era tan malo como siempre, pero al menos sería algo caliente que le llegaría al estómago. Antes de que tuviera tiempo de regresar con el vaso de Araya, esta asintió y apartó los ojos del ordenador para mirarlo a él.

—¡Aquí está! —le anunció.

—¿En serio? ¿Tan rápido?

—Por supuesto. Es una vía poco transitada a esa hora, así que no fue difícil.

—¿Tenemos la matrícula?

—"5098 - DO - V"

—¡Eres genial, Beatriz! —exclamó Néstor. Ella se ruborizó—. Necesito saber quién es el dueño.

—Un momento.

Nuevos tecleos, un par de clics con el ratón y la pantalla mostró una ficha de identificación.

—Son los datos de la licencia de conducir del dueño de la furgoneta —explicó ella—. Se trata de Marcos Flores, treinta y seis años, de profesión pintor. Vive en el 23 de la Calle Santa Lucía.

—¿Sabemos dónde trabaja?

—Es autónomo. Tiene registrada una empresa de nombre "Pintharo."

—¿Algún número telefónico?

—Aquí hay un móvil —respondió Beatriz antes de dictarle el número.

Néstor apuntó todos los datos que le había proporcionado la subinspectora y después de felicitarla y darle las gracias por su eficiencia, llamó al número de Flores para concertar una cita. Luego salió con prisa.

Beatriz se quedó mirando la puerta por la que se había marchado el hombre que le causaba emociones tan extrañas. ¡Era tan inteligente, amable y hasta campechano! Superaba todas las expectativas que tenía cuando decidió solicitar la plaza en aquella comisaría para conocer a quien había despertado su admiración desde que leyó sobre él en la prensa de Haro. Suspiró. Se sentía confundida por lo que sentía hacia el inspector jefe. ¿Se habría enamorado? No le costaba creerlo.

Néstor por su parte, acordó reunirse con Flores en la Calle San Felices, donde el pintor se encontraba trabajando. Cuando realizó la llamada no le advirtió que era policía, pues si tenía algo que esconder, eso solo serviría para ponerlo en guardia.

Al llegar a la puerta de la comisaría, Salazar se cruzó con Ander. Tenía prisa, así que haciendo acopio de valor le pidió que le diera un aventón en la motocicleta. El agente Echevarría, siempre bien dispuesto a ayudar, respondió con una sonrisa. Llegaron a su destino en tiempo record, como era de esperarse. Salazar ya se iba acostumbrando a la forma de conducir del joven agente. Solo gritó dos veces y se acordó de los muertos de su chófer dos veces más. Cuando llegaron, Néstor se despidió de Ander, esperó a que dejaran de temblarle las piernas y subió por una calle empedrada. Se desvió antes de alcanzar la Plaza de la Paz y se internó en las calles del barrio.

Pocos minutos después estaba en la dirección que le había proporcionado el pintor. Llamó y le abrió la puerta un hombre ataviado con un mono, con una boina en la cabeza y manchas de pintura en las manos.

—¿Señor Flores? —le preguntó mientras desplegaba su identificación ante el desconcertado pintor—. Soy el inspector Néstor Salazar. ¿Podemos hablar unos minutos?

—Eh… Yo… Sí. Estoy trabajando.

—No nos llevará mucho tiempo. Es importante.

—De acuerdo, usted dirá —respondió Marcos, desde el umbral.

—¿Estuvo usted en el Barrio Estación, ayer por la mañana?

—No… Eh... Bien, tal vez estuve, pero poco tiempo.

—¿Puedo preguntarle por qué fue a ese barrio? ¿Algún trabajo, tal vez?

—¿Cómo supo que estuve en ese barrio? —preguntó Flores sin ocultar su preocupación—. ¿Me están siguiendo?

—Sobrepasó los límites de velocidad y lo captaron las cámaras de la vía. La multa le debe llegar en poco tiempo. ¿Por qué asumió que lo

seguimos? —le preguntó el inspector jefe, suspicaz.

—Por nada, por supuesto. Es que usted llegó aquí diciendo que estuve ayer en ese barrio y como si estuve, me pregunté cómo lo supo. Es todo. No hay ninguna razón por la que deban seguirme.

—¿Y qué fue a hacer allí, señor Flores?

—¿Se me acusa de algo? ¿Tengo que responder?

—Puede decidir no hacerlo, pero si el juez considera que su declaración es importante para nuestra investigación, puede citarlo. En ese caso hablaríamos en la comisaría y la conversación no sería tan… Informal.

El pintor comenzó a moverse con cierto nerviosismo.

—De acuerdo, fui a cobrarle una factura a un cliente que vive por allí.

—¿Podría darme el nombre de ese cliente?

—¿Por qué?

—Para corroborar que me está diciendo la verdad.

—Es que… No creo que le agrade que le proporcione su nombre a la Policía y es un buen cliente: un contratista que me proporciona bastante trabajo. No me gustaría que se enfadara conmigo por esto.

—¿No cree que es mejor que se enfade él, que nosotros?

Flores se le quedó mirando a aquel policía de aspecto desastrado, que le devolvió una mirada de inocencia demasiado estudiada. El pintor cedió:

—De acuerdo. Estuve en la casa de Feliciano Valdéz, en el número 29 de la Calle Estación.

Capítulo 16.

Cuando la noche comenzó a caer, Néstor regresaba a casa en un taxi desde el Barrio Estación, donde había entrevistado al contratista de quien le habló el pintor. Valdéz confirmó la versión de Flores. La mañana del día anterior, muy temprano, Marcos lo había visitado en su casa para cobrar una factura que tenía pendiente. La visita no era inusual, pues Valdéz contrataba sus servicios como pintor con frecuencia. En pocas palabras: otro callejón sin salida.

Transcurrían las horas, se le acababa el tiempo que Souza le había concedido para demostrar la inocencia de Gyula y no había conseguido averiguar nada. Quería continuar investigando, pero no sabía de cuál hilo tirar. Además, estaba tan cansado por el largo día de fuertes emociones y actividad, que se le hacía difícil razonar. Por dura que le resultara la decisión, sabía que necesitaba descansar para poder pensar con claridad.

Ya se acercaban a "San Miguel", cuando la idea de llegar a su piso se le hizo incómoda. No imaginaba cómo se sentiría en la buhardilla en completa soledad. La presencia de Paca proporcionaba algo a su cotidianidad que no sería capaz de describir, pero ella era un ser vivo que de alguna manera llenaba un vacío. Y ese vacío sería demasiado evidente esa noche. No estaba de ánimo para afrontarlo. En un impulso llamó la atención del taxista y le pidió que cambiara el destino.

—¿Está seguro? —preguntó el buen hombre—. Tendríamos que devolvernos parte del trayecto que ya hemos recorrido.

—Sí, lo sé, pero es que olvidé algo importante que debo hacer.

—Muy bien. Como usted quiera. A fin de cuentas, es su dinero.

El chófer retornó en la primera oportunidad que tuvo y enfiló hacia Cantarranas.

A esa hora, el comisario Ortiz y su familia se levantaron de la mesa después de cenar. Carmela les ordenó a los niños que se cepillaran los dientes para irse a la cama, mientras Santiago se sentaba en su sillón favorito de la sala, con una copa de whisky en la mano. Su esposa se sorprendió, pues él no tenía por costumbre ingerir licor después de la cena. Y mucho menos whisky. De hacerlo, solía ser un Jerez, o algo similar. Ella comprendió que aquella conducta tan contraria a sus hábitos, debía tener relación con lo que fuera que lo mantenía nervioso y preocupado en los

últimos días. Por desgracia, su esposo no había querido reconocer su estado de ánimo, ni mucho menos contarle qué era lo que tanto lo preocupaba.

Ya los chavales comenzaban a subir las escaleras seguidos por su madre, cuando Lucas se giró y corrió a la sala en busca de su padre. Carmela se sorprendió, pero no tuvo tiempo de preguntarle qué hacía, porque en ese momento llamaron a la puerta.

El chiquillo llegó junto a Santiago, seguido por su hermano. Como buenos gemelos, eran inseparables. El comisario se sorprendió un poco al ver a los niños frente a él con expresión seria y formal.

—¿Qué hacéis aquí? ¿No os dijo vuestra madre que debíais subir a cepillaros los dientes para iros a la cama?

—Es que se nos olvidó darte un recado, papá —respondió Lucas, con toda la seriedad de sus seis años.

—¿Un recado? ¿De quién?

Lucas hurgó en su bolsillo y junto a una chocolatina medio derretida salió una nota que le entregó a su padre con actitud formal.

—Nos la dio una señora durante el recreo. Se acercó a la reja del cole y nos preguntó si éramos Lucas y Sebastián Ortiz. Entonces nos entregó esta nota para ti. Dijo que era muy importante.

Con mano temblorosa, Santiago cogió la nota y la abrió. Estaba tan nervioso que ni siquiera recordó tomar las precauciones necesarias para no contaminar la evidencia. Leyó una sola palabra: "Asesino." El corazón comenzó a latirle con fuerza en el pecho y lo invadió una furia que no recordaba desde su adolescencia. Aquel malnacido lo estaba amenazando desde lo más sagrado de su vida: sus hijos, su familia. Incapaz de controlar sus emociones lanzó un bufido, más parecido al grito de un animal herido, que al regaño de un padre enfadado:

—¡No os tengo dicho que no recibáis nada de desconocidos?

La furia y el miedo que imprimió a estas palabras fue de tal magnitud que los chiquillos palidecieron por el susto. Ambos corrieron en dirección a su madre, buscando su protección. En ese momento, Carmela entraba en la sala acompañada de su cuñado. Ella recibió a los chiquillos en sus brazos, quienes al sentir el calor de su madre dieron rienda suelta a sus lágrimas con desconsuelo. Néstor, conmovido, les acarició las cabecitas y miró con severidad a su hermano, que ya estaba arrepentido de su explosión.

Santiago dio un paso hacia ellos, pero la mirada de reproche de su mujer lo detuvo en seco. Con palabras cariñosas, Carmela convenció a los

gemelos de subir a su habitación. Néstor se acercó a su hermano.

—¿Me quieres explicar qué coño fue eso? —le preguntó con el ceño fruncido.

—Lo lamento… Estoy muy nervioso… No quería…

Ortiz hizo amago de pasar junto a Salazar para seguir a su familia escaleras arriba, pero Néstor lo detuvo con un gesto de su mano.

—Dale tiempo a Carmela para que pueda tranquilizarlos. Les has dado un susto espantoso a tus hijos. No puedes presentarte ahora como si no hubiera ocurrido nada.

—Solo quiero disculparme con ellos —insistió Santiago—. No quiero que se duerman sin que pueda hablarles.

—Antes deberás calmarte. Siéntate.

—¿Cómo te atreves? ¿Me estás dando órdenes en mi propia casa? —preguntó el comisario alzando la voz.

—No voy a permitir que te acerques a los gemelos en ese estado de ánimo —ripostó Salazar en voz todavía más alta—. Ya los has aterrorizado bastante.

—¡Tú no eres nadie para venir a decirme cómo debo educar a mis hijos!

Esas palabras hicieron que el color huyera del rostro de Salazar. Respondió murmurando entre dientes:

—Era lo que siempre decía nuestro padrastro cuando alguien le reclamaba que me golpeara y no tengo que decirte cómo terminaron las cosas.

—¡Por Dios! ¿Cómo me puedes comparar con esa bestia? —preguntó Ortiz dolido y ofendido—. Yo nunca lastimaría a mis hijos.

—Recuerdo que Oswaldo decía lo mismo. Que no quería lastimarnos, solo educarnos. Él tampoco quería matar a Gabriel. Solo se dejó llevar por un momento de furia.

—¿Cómo puedes comparar…?

—Por el bien de todos, no voy a dejar que te acerques a los niños hasta que te hayas calmado.

—Estoy calmado.

—No, no lo estás —afirmó Carmela desde la entrada del salón—. Estás nervioso y preocupado. No sé por qué, pero lo estás. Y estoy de acuerdo con Néstor. Yo tampoco dejaré que te acerques a nuestros hijos, hasta que hayas recuperado la normalidad.

—Os habéis confabulado contra mí.

—¡No digas tonterías, Santiago! —le ripostó su mujer—. Néstor y yo solo queremos ayudarte, pero para eso nos tienes que decir qué te pasa.

—No me pasa nada. Estoy muy bien. He tenido un mal día y reaccioné mal cuando el niño vino a decirme algo. Me comporté como una bestia, lo reconozco y quiero disculparme con los gemelos, porque lo último que quisiera es que mis hijos me tengan miedo.

—Tú a mí no me engañas —insistió Carmela—. A ti te pasa algo desde hace varios días. ¿Tú sabes lo que es? —le preguntó a su cuñado.

—Ni la menor idea —reconoció Néstor—, pero estoy decidido a averiguarlo.

Santiago miró la expresión de su hermano y comprendió que no se conformaría con excusas, ni frases hechas. Se sintió perdido. La última nota lo cambiaba todo. Si aquel maldito había tenido contacto con sus hijos, el riesgo había escalado hasta hacerse de grandes proporciones. Sin importar lo que pensaran de él, no podía poner en peligro a los gemelos. Suspiró con desaliento e hizo un gesto a Néstor y Carmela para que se sentaran.

—Tenéis razón. Hay algo que me preocupa. Y es un asunto muy grave. Debo contaros algo que sucedió hace mucho tiempo. Para ser más concretos, el 14 de abril de 1987.

Capítulo 17.

A Salazar, el corazón le dio un vuelco en el pecho cuando escuchó aquella fatídica fecha. Observó a su hermano, quien sentado con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza gacha, fijaba la mirada en el suelo evitando el contacto visual con sus interlocutores.

—Pero esa es la fecha… —comenzó a decir el inspector, sin poder terminar la frase.

—Sí. Es la fecha en que murió nuestro padre.

—No comprendo. ¿Qué relación puede tener la muerte de nuestro padre con tus preocupaciones actuales? Eso ocurrió hace más de treinta años.

—Hay algo que no sabes, Néstor. Tampoco se lo he contado a Carmela. Es una culpa con la que he cargado todo este tiempo…

—Santi, me estás asustando —confesó su esposa, con evidente preocupación.

—¿De qué se trata? —preguntó Salazar, haciendo lo posible por mantener la ecuanimidad. En cuanto a la muerte de Sebastián, sentía las emociones a flor de piel.

—¡Padre murió por mi culpa! —exclamó Ortiz—. En cierto modo, yo lo maté.

Aquellas palabras fueron como un mazazo para Néstor, quien se levantó del asiento y comenzó a caminar por la habitación, en un intento de tranquilizarse. Carmela se quedó petrificada. Tan sorprendida como su cuñado.

—¡Explícate! —le ordenó Salazar, con voz cortante.

—Yo acababa de cumplir los dieciséis años y era un adolescente muy rebelde. Nunca le perdoné que volviera a casarse después de la muerte de mi madre, ni mucho menos que tuviera hijos en su segundo matrimonio. Lo siento, Néstor, pero por esos días yo os veía a ti y a Gabriel como rivales por el cariño de padre. En otras palabras, me podían los celos y la inseguridad. Además, él hacía lo posible por no mostrar predilección por ninguno de sus hijos, pero no se le hacía fácil. Tú te lo habías ganado. Y yo no podía soportarlo, así que me metía en líos con la única intención de desafiarlo.

—Esa es una conducta muy propia de cualquier adolescente —opinó Carmela.

—Pero en mi caso el desenlace fue fatal…

—Continúa —lo apremió Néstor.

—Parecía una tarde de primavera como cualquier otra. Recuerdo que hacía buen tiempo. Mis amigos y yo decidimos hacer novillos. En lugar de ir a clases en el instituto, acordamos pasar la tarde en el billar del barrio. Acudíamos allí con frecuencia, solo para pasar el rato, jugábamos un par de partidas y luego nos íbamos a casa, sintiendo que éramos hombres y que nadie nos gobernaba.

»Ese día, sin embargo, todo salió mal. Mientras jugábamos entraron dos hombres con la intención de asaltar el billar. Uno de los empleados consiguió salir antes de que los delincuentes controlaran la situación y llamó a la policía. Los ladrones vaciaron la caja registradora, pero antes de que pudieran marcharse, los cuerpos de seguridad los tenían rodeados.

»El jefe, de nombre Eladio, decidió tomarnos como rehenes a quienes estábamos allí. Esa fue la razón por la que padre se incorporó a la llamada. Su turno había terminado. Él no debió estar allí, pero cuando mi nombre salió a relucir como uno de los rehenes, no dudó en formar parte del contingente policial.

—¿Cómo supo que estabas en el billar? —preguntó Néstor.

—Los propios asaltantes se ocuparon de proporcionar nuestros nombres a la policía. Las negociaciones se prolongaron por varias horas. Nuestros captores no querían entregarse. Pedían un salvoconducto y que los dejaran marcharse con el botín. La Policía les daba largas. Cuando comenzó a oscurecer se produjo el asalto. Los cuerpos de seguridad usaron bombas de humo y varios agentes entraron por sorpresa. Padre era uno de ellos.

»El jefe de los asaltantes reaccionó en cuanto la Policía invadió el local. Me cogió por el cuello y me usó de escudo humano. Padre, que iba con el grupo de rescate, trató de convencerlo de que me soltara, pero él estaba dispuesto a volarme la cabeza.

Carmela miraba a su marido con los ojos abiertos como platos, pues él nunca le había hablado acerca de ese incidente. Salazar, incapaz de contener los nervios, detuvo su paseo y se sentó frente a su hermano. Con un gesto de la cabeza le invitó a seguir hablando.

—Yo estaba furioso con el sujeto y conmigo mismo por aquella situación, en la que me veía en la necesidad de "ser rescatado" por mi padre. Tú sabes, Néstor, que ya a los dieciséis años yo era bastante alto y corpulento para mi edad.

El inspector asintió. El estirón de su hermano a los quince años le había valido el apodo de Goliat entre sus amigos.

—Bien, cuando aquel tío me rodeó el cuello con el brazo y me puso la pistola en la cabeza, yo me enfurecí. Hoy comprendo que fui un imprudente y un estúpido, pero en aquel momento ni siquiera lo pensé. Le golpeé con el codo en el estómago con todas mis fuerzas. El tío se dobló y me soltó, lo que yo aproveché para alejarme de él.

—Actuaste con mucho valor —lo alabó Néstor.

—O con mucha torpeza, porque cuando padre vio que yo había conseguido separarme de aquel individuo le disparó en una pierna. Antes de caer, el sujeto también accionó su arma contra padre y le acertó de lleno en el corazón…

Santiago se quedó mudo por un momento, pálido como un muerto. Salazar comprendió que estaba reviviendo el horror de lo que relataba y sintió compasión por su hermano mayor, por lo que había tenido que vivir y la culpa que lo atormentaba desde hacía tantos años.

—Santiago… —comenzó a decir el inspector.

—Espera, aún no termino —confesó el comisario, las lágrimas corriéndole por las mejillas—. Al ver a padre tendido en el suelo, con el uniforme cubierto de sangre por culpa de ese malnacido… Perdí la cabeza. Cuando el tío cayó al suelo por la herida de la pierna, soltó su arma. Yo me abalancé sobre ella y la cogí, me puse de pie de un salto y le disparé…

—¡Qué?

—Le disparé, Néstor. Nunca antes había cogido un arma, pero la ira que sentí cuando vi caer a padre me hizo perder cualquier temor, cualquier barrera de civilidad. Yo… Le disparé al pecho con su propia arma.

—¿Lo…?

Santiago no esperó a que Néstor formulara la pregunta, porque él ya sabía cuál era.

—Don Pablo me quitó el arma de la mano, e hizo que me sacaran de allí. El otro sujeto puso su propia pistola en el suelo y se entregó. De lo demás recuerdo muy poco… Padre estaba muerto y fue por mi culpa.

—No puedes culparte, cariño —le murmuró Carmela, sentándose a su lado, rodeándolo con su brazo y tratando de consolarlo—. Fue culpa de esos delincuentes que asaltaron el billar.

—No, no lo comprendes. Si yo no hubiera sido tan rebelde, si no hubiera estado en ese billar aquella tarde, padre nunca habría formado parte

del equipo de asalto. No era su turno. No le correspondía.

—Eso no lo sabemos, Santiago —discrepó Salazar—. Sabes cómo era padre. Siempre estaba dispuesto a ayudar más allá de su obligación.

—Solo sé que estaba allí por mí. Para protegerme. Y por mi culpa lo asesinaron —insistió Santiago, llorando a lágrima viva.

Salazar esperó a que se calmara antes de hacer la siguiente pregunta.

—Si fuiste tú quien mató a ese hombre, ¿por qué no te juzgaron?

—Lo hicieron —reconoció el comisario con una triste sonrisa—. Tú y Gabriel no supieron nada porque tu madre y don Pablo hicieron todo lo posible para protegeros. Me detuvieron allí mismo y me enjuiciaron, pero la autopsia de Eladio me absolvió.

»La bala que le disparó padre a la pierna seccionó la arteria femoral y se desangró en cuestión de segundos. Para cuando el sujeto cayó al suelo, ya estaba muerto. Además, mi bala solo le acertó en el hombro. La herida que yo le ocasioné no fue mortal. Así que padre me protegió, incluso después de muerto.

—¿Fue por eso que te marchaste?

—Sí. Me absolvieron porque en realidad le había disparado a un cadáver. Yo me sentía muy mal. Culpable. No era capaz de miraros a la cara ni a ti, ni a Gabriel, ni a vuestra madre, que siempre fue una buena mujer que me trató como a un hijo más. Solo que yo no quise darle una oportunidad. Después de enterrar a padre pedí a un juez que me otorgara la emancipación y me marché. Lo demás ya lo sabes.

—¿Por qué nunca me contaste nada acerca de esto?

—Por vergüenza y por miedo. No solo acabé con la vida de padre, sino que arruiné la tuya y soy el responsable indirecto de que Gabriel fuera asesinado. Nada de eso hubiera ocurrido, si yo no hubiera estado en ese billar.

Salazar se quedó meditando un momento, luego palmeó el hombro de su hermano.

—Hiciste novillos cuando eras adolescente. Yo ya he perdido la cuenta de las veces que cometí la misma falta. No eres responsable del asalto, Santiago, ni de lo que ocurrió después. No te culpo, y tú no deberías hacerlo tampoco. Ahora sube, consuela a tus hijos y regresa para que nos expliques por qué lo que ocurrió aquel día te tiene tan nervioso ahora, treinta años después.

El comisario no podía creer que Néstor fuera tan comprensivo con él. Se puso de pie, abrazó a su hermano y se encaminó a la habitación de sus hijos para pedirles perdón, decirles que los amaba y que siempre los protegería.

Capítulo 18.

Néstor aprovechó la ausencia de Santiago para servirse una copa de brandy. No solía ingerir bebidas fuertes, pero lo que acababa de escuchar no era "*peccata minuta*" y su cerebro necesitaba ayuda para procesarlo. Le preparó otra a Carmela, que permanecía inmóvil en el sillón, con los ojos abiertos por la sorpresa y las mejillas húmedas por lágrimas de compasión. Apenas comenzaba a comprender el tormento que su querido compañero había soportado todos esos años, a causa de la culpa. Cargar con la muerte de su propio padre, a quien siempre había venerado, debió ser demoledor para el joven Santiago.

Su cuñado le entregó una copa y ella apenas se mojó los labios, pero el impacto del fuerte licor fue suficiente para sacarla de su marasmo. Néstor ya preparaba una tercera bebida para cuando su hermano regresara de la habitación de los niños. Era consciente de que las emociones fuertes de esa noche aún no habían terminado.

Esperaron en silencio, incapaces de poner palabras a sus respectivos sentimientos. Néstor apenas podía asumir el papel que había tenido Santiago en la muerte de su padre. No lo culpaba. Goliat era solo un chaval en tránsito a convertirse en un hombre y pese a las circunstancias que le tocó vivir, lo había hecho bien. Santiago adulto era un hombre del que Sebastián se hubiera sentido orgulloso. Y Salazar también lo estaba de ser su hermano, pero saber con exactitud lo que ocurrió aquella tarde… Cómo su padre había sido asesinado mientras él, con sus inconscientes ocho años lo esperaba sentado en la escalera para ir a comprarle tabaco, como era habitual… El día que no regresó... Ese día en el cual él mismo había perdido su muro de apoyo… Pensar en ello hizo que sentimientos y emociones que llevaban muchos años sepultados salieran de nuevo a flote como si todo estuviera ocurriendo de nuevo.

Pasados diez minutos escucharon pasos y la enorme humanidad del comisario traspuso el umbral del salón. Parecía haberse tranquilizado un poco. Tal vez poner en palabras todo lo que había guardado con tanto celo durante décadas… Tal vez sentir que su familia, después de todo, no lo repudiaba, sino al contrario, lo comprendía y apoyaba... Tal vez haber hablado con sus hijos y escuchado de sus labios infantiles que lo perdonaban y que lo seguían queriendo como siempre… Tal vez…

Cualquiera que fuera la razón, Ortiz sentía una extraña liviandad. Néstor lo esperaba con una copa en la mano y bien sabía el Cielo que la necesitaba. Después de recibirla con un asentimiento de la cabeza en gesto de gratitud, dio un sorbo a la oscura bebida.

Había un extraño silencio en el salón, como si en ese momento las palabras sobraran. Como si no fueran necesarias. Sin embargo, Santiago sabía que todavía le quedaba mucho por explicar. La pregunta de Néstor acerca de la relación de lo ocurrido en 1987 y su nerviosismo aún flotaba en el aire. El comisario tomó asiento junto a su esposa. Salazar se acomodó frente a ellos a la espera.

—¿Cómo están los niños? —preguntó Carmela, rompiendo el silencio.

—Bien. Están más tranquilos. Me disculpé, les expliqué que estaba nervioso por asuntos del trabajo y que por eso reaccioné mal, pero que no estaba enfadado con ellos. Son buenos chicos y me comprendieron. Esperé a que se durmieran para bajar.

—¿Por qué le gritaste a Lucas? —preguntó Salazar—. Le dijiste algo sobre no recibir nada de desconocidos.

—Sí. Debo confesaros que he soportado mucha presión estos últimos días. Lucas vino a darme un recado y esa fue la gota que derramó el vaso. Me asusté mucho y no pude contenerme. Lo lamento.

—¿Te asustaste? —preguntó Néstor, sintiendo que se le encendían todas las alarmas—. ¿Por un recado que te dio el niño? ¿Qué está pasando, Santiago?

Después de un largo suspiro, el comisario les habló acerca de los anónimos, su contenido y dónde los había encontrado. El terror que sintió cuando recibió el último de manos de Lucas.

—¿No tienes idea de quién puede ser el autor de esas notas? —preguntó Carmela con el rostro pálido por el miedo.

—Lo siento mucho, pero no tengo idea —confesó Ortiz con frustración —. Desde que recibí el primero me he esforzado en encontrar alguna evidencia que me lleve al acosador, pero ha sido inútil.

—¿Los has enviado al laboratorio para el peritaje? —preguntó Néstor, que comenzó a analizar la situación como policía.

—Por supuesto, fue lo primero que hice. La primera nota la encontré en el buzón y la envié con Echevarría. La segunda apareció en el suelo de mi despacho. Llamé al laboratorio y enviaron un mensajero, a quién se la

entregué en persona. Lali no sabe nada. Ambas fueron procesadas por Casimiro Barros. Se lo pedí como un favor personal.

—No encontró nada, por supuesto.

—Papel común, tinta de una impresora muy popular, ni una sola huella. Nada.

—¿Qué hiciste con la última? La que te acaba de entregar Lucas.

Santiago pareció desconcertado por un momento, entonces cayó en cuenta de que había cogido la nota de manos del niño y se la había guardado en el bolsillo sin seguir ningún protocolo de manipulación de evidencias. Enrojeció por la vergüenza, mientras sacaba la nota para mostrársela a su hermano.

Néstor sacó su pañuelo y cogió el papel por uno de los extremos. La desplegó valiéndose de un bolígrafo y sacó una bolsa de pruebas que llevaba en un bolsillo del gabán. Una vez que la había protegido, leyó su contenido.

—"Asesino." —dijo en voz alta, y la palabra causó un estremecimiento involuntario en su hermano—. Después de: "Sé lo que hiciste" y la fecha del asalto al billar… Está claro que el acosador tiene relación con lo que ocurrió aquella tarde. ¿Hubo más víctimas?

—No… Es decir, depende cómo lo veas —titubeó Ortiz. Néstor esperó a que se explicara.

—Durante la toma de rehenes hubo dos muertes: padre y el asaltante. Nadie más resultó herido. Al cómplice de Eladio y a mí nos detuvieron. En cuanto el forense presentó el informe de la autopsia, me liberaron sin cargos. El joven que acompañaba a Eladio, Jóvito Gutiérrez, fue encontrado culpable y condenado a siete años.

—Comprendo.

—Hay más. Hoy estuve en el Centro Penitenciario. Jóvito Gutiérrez no llegó a cumplir su condena. Se involucró en una reyerta y fue asesinado en prisión.

—Así que el asesinato al que se refiere esta nota podría ser el de Eladio, o el de Jóvito —puntualizó Salazar.

—También debes saber que eran parientes.

—¿Qué parentesco había entre ellos?

—Eladio era tío de Jóvito.

—En ese caso, debemos investigar a fondo a la familia Gutiérrez —opinó Néstor—. Es muy probable que alguno de sus miembros te culpe por

la muerte de uno de ellos, o de los dos.

—Estoy de acuerdo —dijo Santiago con alivio. Su hermano estaba en mejores condiciones de analizar el asunto con la cabeza fría, y aunque Sofía también era de gran ayuda, aún no tenía la experiencia del inspector jefe.

—¿Qué me dices de tus amigos? ¿Sufrieron alguna consecuencia por esto?

—Fui yo quien disparó a Eladio y fue a mí a quien detuvieron. Para ellos no hubo consecuencias penales, aunque no sé si sufrieron algún trauma psicológico. Sin embargo, Sofía ya los investigó y quedaron descartados.

El comisario le contó lo que Sofía había descubierto. Salazar escuchó con atención y tomó nota mental de todo lo que su hermano decía.

—De acuerdo. También considero poco probable que uno de ellos sea el autor de las notas, pero no debemos descartarlos por completo. Después de todo, podrían actuar con la ayuda de un cómplice.

—¿Por qué lo harían?

—¿De quién fue la idea de acudir al billar aquella tarde?

—De Francisco. Solía ser quien nos lideraba y nos convencía de contravenir las reglas.

—Así que ninguno de ellos podría culparte de haber sufrido la experiencia de ser usados como rehenes.

—No.

—Aun así, creo que sería importante averiguar si lo que ocurrió ese día tuvo repercusiones en sus vidas.

—De acuerdo. Por otro lado, Lucas me dijo que la nota se la entregó una mujer.

—Si hay una mujer involucrada, tiene lógica que ella fuera la mensajera —opinó Néstor—. Una mujer causa menos desconfianza en un niño pequeño y le puede resultar más fácil acercársele. De manera inconsciente, el chiquillo la identificará con su madre. Una figura protectora.

—¿Crees que hay más de una persona involucrada en esto? —preguntó Carmela, cuya preocupación iba en aumento.

—Es una posibilidad que debemos contemplar. Por otro lado, me sentiría más tranquilo si tú y los gemelos abandonarais Haro por una temporada.

—Yo opino lo mismo —se apresuró a señalar Santiago, antes de que su mujer tuviera tiempo de responder—. Néstor y yo trabajaremos mejor si os

sabemos seguros.

—¿Y qué hay de la seguridad de vosotros?

—Quienquiera que sea, es poco probable que tenga noticias de nuestro parentesco —opinó el inspector—. Con respecto a Santiago, ni tú, ni los chavales podéis hacer nada por protegerlo, pero sí estáis a salvo, yo podré concentrarme mejor en mantenerlo seguro.

Carmela asintió. No le gustaba la idea de marcharse y dejar a Santiago en peligro, pero Néstor tenía razón. Si se quedaba, solo les estorbaría. Miró a su esposo, quien todavía estaba pálido.

—¿Te encuentras bien, Santiago?

—Estoy bien.

—No lo sé… Te veo pálido. Deja que compruebe tu pulso.

Las palabras de Carmela rebotaron en el cerebro de Salazar como una revelación.

—¡El pulso! ¡Eso es! —exclamó poniéndose de pie—. ¡Carmela, eres genial!

—¿De qué estás hablando, Néstor? —preguntó ella, confundida.

—Acabas de darme la solución a un problema que me preocupa desde hace horas —reconoció. Luego se dirigió a su hermano—. Prepara el viaje de tu familia para mañana mismo a primera hora. Toma todas las precauciones de seguridad con respecto a ti mismo. No necesitas que te diga cuáles son. Mañana nos vemos en la comisaría. A primera hora tengo que ocuparme de un asunto urgente, pero dile a Sofía que investigue la vida de tus amigos en estos treinta años. Incluyendo su historial médico. En cuanto me sea posible, yo mismo me ocuparé de la familia de los asaltantes. Ahora debo marcharme.

Ante la sorpresa de los Ortiz, Néstor se despidió y salió de su casa como si lo persiguiera el diablo. Ninguno comprendió cuál podía ser su prisa a esa hora de la noche, pero ambos sintieron alivio al saber que había asumido las riendas de la investigación.

Capítulo 19.

Desde el asiento trasero del taxi en el cual se desplazaba, Salazar hizo un par de llamadas y recibió el correspondiente número de insultos. Lamentaba tener que molestar tan tarde, pero no había tiempo que perder. Por suerte, pese a los agravios verbales, ambos contactos fueron fructíferos y consiguió que el procedimiento se llevara a cabo esa misma noche.

Descendió del taxi en la puerta del hospital, entró a la carrera y se encaminó a toda prisa al sótano. La morgue le pareció tan lúgubre y fría como siempre, pero además debido a la hora, la soledad de los pasillos le agregó un toque de película de terror que le erizó la piel. Reprimió su imaginación. No era buen momento para que le dejara jugarle malas pasadas.

Cuando llegó a la oficina encontró al forense de guardia, que paliaba el frío con una humeante taza de café. Néstor sintió envidia, pero se negó al ofrecimiento del galeno de servirle una. Nunca comía, ni bebía nada en ese lugar. De nuevo, demasiada imaginación. Regodeándose en el calor que le proporcionaba su bebida, ¡cruel!, el forense lo invitó a sentarse frente a él.

—El doctor Molina está por llegar —le anunció—. Me pidió que le dijera que viene en camino. No parecía muy contento.

—Sí, gracias. Lamento haberle pedido que regresara aquí después de terminada su jornada, pero se trata de un asunto urgente.

—Para ti todo es urgente —respondió una voz desde la puerta—. Ya estoy aquí, así que espero que esta vez sí se trate de una emergencia. ¿Qué quieres?

—Me alegra mucho verte, Javier —le dijo Néstor al recién llegado, poniendo su expresión más amable. La que convencía de sus buenas intenciones hasta a Paca—. Te aseguro que se trata de un asunto muy importante. Y también es urgente.

—Pues suéltalo de una vez.

—Debemos llevar a cabo un peritaje sobre el cuerpo de Jovanka Moreno.

—¿Peritaje? ¿De qué hablas? Ya completé la autopsia y todos los procedimientos que corresponden. Envié el informe a la Jefatura Superior y al juez. A primera hora la funeraria debe venir a retirar el cuerpo.

—Este procedimiento debemos hacerlo antes de que la funeraria manipule los restos de la occisa. Podrían eliminar las evidencias que buscamos.

—¿Qué evidencias?

—Huellas —respondió la voz de un hombre que entró en ese momento—. Huellas dactilares.

—¡Casimiro! ¡Bienvenido! Llegaste muy rápido —lo saludó Salazar con evidente alivio.

—Tu llamada me costó una bronca con la parienta —se quejó Barros—. ¡Que lo sepas! Si no fuera porque despertaste mi curiosidad, ni me hubiera acercado.

—Pero ya estás aquí. ¿Trajiste el equipo?

—Lo trae uno de mis chavales: Valentín Salinas. Es un nuevo fichaje, así que me pareció que podía estar interesado.

—¿Queréis decirme ambos de qué estáis hablando? —preguntó Javier en tono de queja—. Ya os he dicho que se han llevado a cabo todos los procedimientos necesarios al cuerpo. ¿Qué os traéis entre manos?

—Este pelanas, que se ha empeñado en que debemos buscar huellas dactilares en un cadáver —respondió Casimiro, simulando desprecio.

—No sabía que fuera posible —confesó el forense.

—Lo es, aunque no se trata de un procedimiento habitual. En fin, que nuestro inspector estrella dice que es importante en este caso.

—Se trata de un asunto prioritario —insistió Néstor—. La libertad de un hombre inocente depende de ello y debe ser esta noche. Ya hemos dejado pasar demasiado tiempo, corriendo el riesgo de que las huellas se hayan perdido.

Alguien llamó a la puerta. Molina abrió y dejó paso a un joven alto, con anteojos y el cabello revuelto, que cargaba con una pequeña maleta.

—¡Ah, Valentín! ¡Ya estás aquí! —dijo Barros, a modo de saludo—. Bien, vamos a ello, que si llego muy tarde a casa, mi mujer me capa.

Hasta el forense de guardia los acompañó movido por la curiosidad. Javier abrió una de las cavas y sacó una camilla metálica, sobre la que reposaba un cuerpo cubierto con una sábana. Comprobó la etiqueta para asegurarse que se trataba de Jovanka. Al mismo tiempo, Valentín sacaba de la maleta el equipo que utilizarían en el procedimiento.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Molina.

—Es una cámara portátil para vaporizar gases de cianocrilato. Si existen huellas dactilares en la piel, el químico se fijará a ellas y nos permitirá procesarlas, pese a lo poco favorable que resulta la superficie.

Molina guardó silencio y se mantuvo expectante. Los peritos les pidieron a él y a Salazar que se mantuvieran a distancia, pues los vapores podían resultar tóxicos. Después de protegerse, Barros y Salinas usaron una campana de material flexible y transparente, con la cual cubrieron la cabeza de Jovanka. La fijaron por debajo del cuello con cintas adhesivas para que el cierre fuera hermético. El forense pudo ver que habían dejado un pequeño sobre dentro de la cámara y que procedían a calentar el interior. Comenzaron entonces a salir vapores del sobre. Al cabo de tres minutos, Casimiro ordenó a su ayudante que apagara la cámara. Después de retirar la cobertura usaron los polvos magnéticos para recolectar las huellas.

—Parece que tenemos algo —reconoció Barros, colocando el adhesivo de recolección sobre el cuello de Jovanka—. Veremos si sirve.

Néstor sintió que sus esperanzas renacían. Su mayor temor era que el tiempo transcurrido hubiera hecho desaparecer cualquier vestigio de las huellas del asesino.

Los expertos repitieron el procedimiento en las extremidades del cuerpo, buscando huellas en cualquier lugar de la anatomía donde pudiera comprobarse el pulso. La teoría de Salazar era que si alguien había arrojado a Jovanka escaleras abajo con la intención de asesinarla, habría querido comprobar si en realidad estaba muerta antes de abandonar la escena del crimen. Y por lo encontrado en el cuello de la víctima, no iba muy desencaminado.

Cuando terminaron el procedimiento, Barros le hizo un gesto a Molina para indicarle que podía regresar el cadáver a la cava. El inspector no pudo contenerse más.

—¿Servirá la huella, Casi? —le preguntó al experto.

—¿Cómo quieres que lo sepa en este momento? A esta hora es poco lo que podemos hacer. Mañana a primera hora la analizaré y entonces podré decirte si sirve, o no.

—Necesito pedirte algo más.

—Pides más que Hacienda. A ver, qué quieres esta vez.

—Si las huellas son útiles, quisiera que las compares con las del detenido por este homicidio. Y que también le hagas llegar los resultados al inspector jefe Souza.

—¿A Souza? ¿Por qué?

—Porque este es su caso.

—Espera, ¿me estás diciendo que has organizado toda esta movilización por un caso que ni siquiera es tuyo? —preguntó Barros, indignado.

—Es por una buena causa.

—Quieres ayudar a Souza a demostrar que pilló al asesino —concluyó el experto.

—No, estoy seguro de que detuvo al hombre equivocado y quiero demostrárselo, pero eso ya lo harás tú cuando compares las huellas.

—Si resultan viables —advirtió Barros—. Te recuerdo que han pasado demasiadas horas y es posible que se hayan degradado. Todo esto podría ser inútil.

—Si hay una posibilidad de identificarlas, estoy seguro de que tú lo conseguirás. Eres el mejor, Casi.

—Deja de hacerme la pelota. Y ve preparando una invitación para que lleve a cenar a mi mujer, que después de esta salida me va a costar un riñón que me perdone.

—Cuenta con ello.

—¿Sin importar el resultado del peritaje?

—Sin que importe lo que encuentres.

Capítulo 20.

De vuelta en su casa, Néstor se fue directo a la cama. Ni siquiera recordó que no había cenado, ni almorzado. Ese había sido uno de los días más difíciles de los que tenía memoria. La noche no fue mucho mejor. Pese a que se sentía muy cansado, el sueño le rehuyó hasta la madrugada. Estaba muy preocupado por Gyula: si las huellas que encontraron en el cuello de Jovanka se habían degradado, no sabía cómo podría demostrar su inocencia, pues la furgoneta que lo adelantó en el camino lo había llevado a un callejón sin salida.

Por otro lado, la confesión de Santiago con respecto a la muerte de su padre reabrió viejas heridas que en realidad nunca habían cerrado por completo. Además le preocupaba el acoso del que era víctima su hermano. Quien se atreviera a llegar tan lejos con un comisario de la policía, debía ser peligroso. Se sentiría mejor cuando Carmela y los chiquillos estuvieran a salvo, pero proteger a Goliat no sería tarea fácil.

Se preguntó a quién podría asignarle el encargo. Que la segunda nota fuera encontrada en el despacho del comisario no auguraba nada bueno. Si el acosador tenía acceso a la comisaría debía estar muy cerca. Demasiado. La experiencia que Salazar tuvo con Matilde, la secretaria del anterior comisario, quien había contratado un sicario para asesinarlo a él, le había enseñado que nadie estaba exento de ser sospechoso. Debía comenzar a buscar los nexos de las personas que estuvieron involucradas en el asalto al billar, bien fuera como perpetradores, o como víctimas. Y por mucho que le doliera tendría que revisar si alguna de esas personas tenía conexión con alguno de sus compañeros.

Pero mientras tanto no le quedaba otro remedio que confiar en alguien. Se giró en la cama buscando un acomodo que no encontró. Echó de menos a Paca. Por alguna razón, el calor del pequeño cuerpo de la gata contra su costado, la suavidad de su lomo, sus maullidos al ser mimada, eran un bálsamo para el curtido inspector.

Se preguntó dónde se refugiaría la pequeña felina y si estaría bien. Se arrepintió de nuevo de haberle gritado. Estaba seguro de que la había asustado, pues era la primera vez que empleaba ese tono con ella. Y también la última. No sabía si volvería a verla, pero se juró a sí mismo que si conseguía recuperarla, nunca volvería a gritarle.

Néstor se arrebujó entre las mantas. La primavera ya se había estrenado, pero las noches aún parecían invernales. Volvió a pensar en Paca. Estaría en la calle, pasando frío, expuesta a las peleas con otros gatos, o con perros. ¿Tendría hambre? Por supuesto. Paca siempre tenía hambre, pero ahora sí estaría justificada. Le haría falta su tazón de leche de la madrugada y… Mejor no pensar en Paca.

Su cerebro volvió al asunto de la seguridad de su hermano. ¿De quién podría tener la certeza de que no tenía relación con el billar? Sofía, por supuesto, pero a ella la necesitaban para que los ayudara en la investigación. La respuesta surgió en forma espontánea: Diji. Salazar confiaba en él y por evidentes razones tenía la certeza de que no había ningún parentesco entre el subinspector subsahariano y las personas relacionadas con los hechos del billar. ¿Podía descartar otro tipo de relaciones? Desde luego. Era demasiado joven. En 1987, Cheick todavía debía usar pañales.

La decisión de encargar a Diji de la seguridad de Santiago lo tranquilizó un poco y permitió que lo invadiera un sueño liviano cargado de pesadillas, donde una Paca que temblaba de frío le escribía notas acosadoras, amenazándolo con tirarlo escaleras abajo por haberla tratado con tanta desconsideración.

A la mañana siguiente, Néstor se sentía casi tan cansado como cuando se acostó. ¡Menuda noche toledana había pasado! Se levantó en cuanto asomó el primer rayo de luz. Estaba ansioso por ver los resultados del peritaje de Casimiro. El futuro de Gyula dependía de ellos. Néstor no se lo perdonaría a sí mismo si las huellas resultaban inservibles, pues estaba convencido de que debió pensar en ello desde el primer momento y no dejar pasar tantas horas para solicitar el procedimiento.

De cualquier forma, sobre eso ya no había remedio. De la cama se fue directo a la ducha y usó agua fría para despejarse. Contrario a su costumbre, se puso uno de sus mejores trajes y pulió sus zapatos, pues las actividades del día así lo exigían. Salió de la buhardilla con prisa, pero tuvo la previsión de coger una cinta y una corbata negras que conservaba para ciertas tristes ocasiones y las guardó en uno de los bolsillos de la gabardina. Todavía era muy temprano, pero su propia casa se le hacía inhóspita por la ausencia de Paca. Era extraño que la soledad fuera tan penetrante y notoria solo porque faltara un ser tan pequeño.

Salazar salió a la calle y entró en el bar de Gyula. Además de preocuparse por Dika y consolarla, sentía la necesidad de un café doble muy cargado. Su amiga lo recibió con las demostraciones de afecto de siempre. Era evidente que estaba pasando por un mal momento, pues en las últimas horas se le notaba demacrada, cansada, y esa chispa que la caracterizaba se había apagado. El inspector sintió el corazón en un puño cuando la vio así.

—¡Néstor! ¡Qué bueno verte por aquí, gachó! —lo saludó, haciendo un esfuerzo por parecer normal.

—¡Hola, Dika! ¿Cómo estás?

—Pues ya te lo puedes imaginar, mi alma. Con un nudo aquí… —respondió mientras colocaba su puño sobre el pecho—, pero que hay que seguir… Dime, ¿hablaste con ese policía que se llevó a mi Gyula? ¿Se puede hacer algo para convencerlo de que se equivocó?

—En eso estoy trabajando, Dika. Supongo que hoy sabremos algo. Espero que sean buenas noticias, pero no puedo prometértelo.

—Ya lo sé. Si desde ayer se me han pasado todo tipo de cosas por la cabeza. Si no he hecho sino darle vueltas… Que voy a parar en loca como siga así. Que mi Gyula no puede tener tan mala suerte… —Se quejó la joven, mientras las lágrimas afloraban a sus ojos. Sacó un pañuelo y se las secó—. Perdóname, mi alma. Es que todavía no me hago a la idea… ¿Ya ha aparecido la Paca? —le preguntó de repente, cambiando el tema de conversación.

—Pues… No —respondió Salazar desconcertado—. ¿Cómo sabes que se fue?

—Porque ayer la vi salir corriendo de tu portal como alma que lleva el diablo. Se fue en dirección a la plaza. En ese momento no estaba segura de que fuera ella, pero cuando subí a darle su comida y no la encontré en la buhardilla, comprendí que se te había escapado.

—Pues sí… Me enfadé con ella porque estaba comportándose en forma muy extraña, perdí la paciencia y le grité. Cuando abrí la puerta para ir a trabajar se escapó. Nunca había hecho nada parecido… La busqué, pero ni rastro… Que la perdí, Dika —afirmó Néstor con evidente desconsuelo.

—No digas eso, gachó. Que estoy segura de que la Paca te quiere mucho y seguro vuelve. Además, ¿con quién va a estar mejor que contigo? Que ya te digo yo que es muy lista y vuelve.

—No, Dika. No lo creo. Recogí a Paca de la calle cuando estaba lastimada, pero seguro echaba de menos la libertad. Supongo que no era feliz en la buhardilla y por eso se fue.

—Que no, que esa gata es muy dulce y mimosa —Salazar la miró desconcertado ante aquellas palabras, preguntándose si estarían hablando de la misma felina—. Mira, se me ocurre algo. Te voy a ayudar.

—¿Tú? ¿Cómo, Dika? Si ya tienes bastantes problemas.

—Tú, confía en mí. Que tú eres de la familia. Mira, voy a llamar a Kavi, el primo de Gyula. Le voy a pedir que se traiga a los demás chavales. Todos los primos. Y les voy a decir que busquen a la Paca por todo el barrio. Que seguro que no está lejos. La pueden reconocer por la puntita esa de la oreja que le falta.

El rostro se le iluminó al inspector con la idea. Lo vio como una esperanza. Un grupo de chavales despiertos, como eran los primos de Gyula, podían encontrar a Paca. No perdían nada por probar.

—¿Harías eso por mí, Dika?

—Por supuesto. Como no iba a hacerlo, si yo sé que te estás dejando la piel para ayudar a mi Gyula. Anda, vete tranquilo a hacer tus cosas, que si la Paca está en el barrio, seguro que Kavi y los chavales la encuentran.

—Gracias Dika. Eres una excelente amiga.

Por toda respuesta la joven sonrió y se encaminó al teléfono para llamar a su primo. Néstor salió de "La Callecita" reanimado por el café y la posibilidad de recuperar a Paca. Al menos el día comenzaba con esperanzas.

Capítulo 21.

Al salir del bar, Néstor se sintió indeciso acerca de lo primero que debía hacer. Priorizar entre la seguridad de Santiago y el predicamento de Gyula no era fácil, pues ambos asuntos eran importantes. Después de unos momentos de duda se encaminó a la comisaría. Su hermano podía estar en peligro y lo primero era protegerlo.

Después de saludar a García se dirigió al despacho del comisario. Lali le informó que había llamado para avisar que llegaría un poco tarde, porque estaba ocupándose de un asunto personal. Néstor comprendió que ese asunto tenía que ver con sacar a Carmela y los niños de Haro. Confiaba en que Santiago sería prudente con respecto a su propia seguridad.

Salazar subió al segundo piso. Allí encontró a Beatriz trabajando en el ordenador. Se preguntó si la joven se habría levantado de su escritorio en algún momento desde el día anterior, pues hasta su atuendo parecía el mismo, salvo por el color de la blusa que usaba debajo de la chaqueta de mezclilla.

En la otra esquina estaba Sofía, concentrada en un informe. Sin darse cuenta, Néstor se quedó mirándola abstraído, pensando en lo hermosa y lista que era. En cuán importante era para él. Y él para ella, creía. ¿O no? Estaba convencido de que Sofía era mucha mujer para un pelagatos como él, pero ella le correspondía. ¿Lo hacía? Todos le decían que a ella se le iluminaban los ojos cuando lo veía, que se animara a dar un paso adelante. Luego estaba el beso. Aquel beso que se dieron después de la "Batalla del Vino" y que surgió de la euforia del momento. Pero después… Nada.

Por un momento se detuvo a pensar. ¿Por qué no había avanzado su relación desde entonces? ¿Era ella quien mantenía las distancias? ¿O era él? Salazar reconoció que la idea de una relación seria lo aterraba. Cada vez que cobraba valor para avanzar, lo invadían recuerdos dolorosos de sus pérdidas anteriores. Su padre, que desapareció de su vida cuando más lo necesitaba… Su hermano, asesinado por un malnacido que entró a su familia por el miedo de su madre a la soledad… Su novia de juventud cuando vivía en Madrid, que lo abandonó por otro porque él no mostraba suficiente ambición… Todo eso pesaba a la hora de considerar mantener una relación con Sofía más allá de la amistad… No había nada que deseara más, pero… ¿Y si salía mal? Si no resultaba como esperaban, perderían la

amistad y complicidad de la que disfrutaban ahora y para él, estar cerca de ella era vital. No quería arriesgarse a perderla… Además, no estaba seguro de qué era lo que quería ella, ni se atrevía a preguntárselo. No tenía idea de lo que aquel beso había significado para Sofía. Tal vez no le había dado importancia, tal vez lo consideró un error…

—Buenos días, Néstor —lo saludó Beatriz con coquetería.

—Ah, hola Néstor —dijo a su vez Sofía, levantando la mirada del informe que leía.

—Buenos días. Sofía, ¿podemos hablar un minuto en mi despacho?

—Sí, claro —respondió ella, mientras se acomodaba el cabello detrás de la oreja y se levantaba del escritorio con una gracia que…

Néstor se dio media vuelta y se encaminó escaleras abajo, antes de que sus emociones lo traicionaran. Con lo que tenía encima no era el momento de preocuparse por relaciones sentimentales. Mientras bajaba las escaleras recitó en su cabeza la lista de los reyes godos. Eso debía servir para enfriar los ímpetus románticos de cualquiera.

Sofía lo siguió a corta distancia. Entraron en el despacho que una vez había sido del comisario, pero que ahora pertenecía al inspector jefe.

—Tú dirás —lo animó la subinspectora en cuanto cruzaron el umbral de la oficina y él cerró la puerta.

—Ayer Santiago me habló acerca del acoso del que está siendo víctima.

—Pues no sabes cómo me alegra saberlo. Él estaba bastante reacio a contártelo y yo le insistía en que era importante que lo supieras.

—Me dijo que lo has estado ayudando en las averiguaciones.

—Sí. Me he ocupado de la investigación de los amigos del comisario que también fueron tomados como rehenes.

—Muy bien. Él ya me informó de lo que encontraste, pero quiero que profundices un poco más. Averigua si alguno de ellos sufrió alguna consecuencia por la experiencia. Tal vez un trauma psicológico, algún problema en su expediente escolar por haber sido descubiertos haciendo novillos. Cualquier dato, por pequeño que sea puede resultar de utilidad.

—De acuerdo. ¿Qué harás tú?

—Lo primero será hablar con Diji. Quiero que se convierta en la sombra del comisario desde ahora y hasta que este asunto termine.

—¿Crees que corre peligro?

—No estoy seguro, pero este individuo está demasiado cerca para que me sienta tranquilo.

—¿Lo dices por la nota que dejó en el buzón de su casa?

—Sí, pero también por la última.

—¿La que el comisario encontró en su despacho?

Salazar negó con la cabeza y le contó el episodio que había tenido lugar la noche anterior en casa de su hermano, cuando este recibió el último anónimo de manos de su hijo. A Sofía se le erizó la piel.

—Si se atrevió a involucrar a los niños…

—Podría ser capaz de cualquier cosa —sentenció Néstor, completando la idea de su compañera—. Tenemos que identificar y detener a este sujeto lo antes posible. De momento, Santiago enviará a su familia lejos de Haro por una temporada. Eso nos permitirá concentrarnos en la seguridad de él.

—Es una buena decisión. También es interesante la mujer que le entregó la nota al chiquillo. ¿Crees que es la autora de los anónimos?

—Es posible, aunque también podría tratarse de una cómplice, o alguien a quien el acosador pagó para ello.

—¿El chaval podría reconocerla?

—No lo sé —admitió el inspector—. En realidad, prefiero no emplear ese recurso, a menos que no quede otra alternativa.

—Néstor, si el niño la vio podría darnos alguna pista que nos conduzca a ella. Él confía en ti y estoy segura de que no te sería difícil interrogarlo sin que siquiera se diera cuenta.

—Tal vez ese es el problema —reconoció Salazar—. Mi prioridad en este caso es proteger a Lucas y lo mejor para él es que lo alejemos de todo esto lo antes posible. Recuerda, Sofía, que ese niño ya ha pasado por la experiencia de un secuestro. No voy a exponerlo para facilitar mi trabajo, y estoy seguro de que Santiago piensa igual que yo.

—Está bien, es vuestra decisión. ¿Por dónde piensas comenzar a investigar?

—Los asaltantes serían mis primeros sospechosos, pero ambos están muertos.

—Un callejón sin salida.

—No del todo. Toda muerte, en especial si es violenta, acarrea consecuencias en las personas cercanas al occiso. No importa si es un ciudadano ejemplar, o un maleante. Algunas veces olvidamos que los delincuentes también tienen padres, hermanos, hijos, quienes muchas veces ni siquiera son conscientes de las actividades ilícitas de su ser querido.

—Así que piensas que el acosador puede ser el familiar de uno de los asaltantes.
—O de los dos. Después de todo, eran parientes entre sí. También podría tratarse de un amigo, una pareja, un socio.
—¿Hombre o mujer?
—Eso está por verse, pero después del último anónimo, deberíamos considerar primero a las mujeres del entorno de los Gutiérrez.
—De acuerdo.
El móvil de Salazar comenzó a sonar. Cuando vio la pantalla sintió un escalofrío. Era Casimiro, así que pronto sabría si Gyula tenía alguna esperanza. Después de hacer un gesto a Sofía para pedirle que esperara, respondió.
—Aquí Salazar. Hola Casi. ¿Qué noticias tienes?
—No tan deprisa, petardo, que por tu culpa anoche la parienta me envió a dormir al sofá y tengo la espalda como un nudo gordiano, así que si quieres una respuesta tendrás que venir con el desayuno. Y eso no te exime de la invitación a cenar.
—Estaré allí lo antes posible, Casi. Y no te preocupes por la cena. Yo siempre cumplo mis promesas.
Néstor colgó sintiendo un nudo en el estómago. ¿Barros le tendría buenas, o malas noticias? Volvió a concentrar su atención en Sofía, que estaba a la expectativa.
—Debo irme. Por favor trasmítele mis órdenes a Diji. A partir de ahora y hasta nuevo aviso, su única asignación será proteger al comisario. Que se convierta en su sombra.
—Se lo diré. ¿Puedo saber de qué se trató la llamada?
—Del laboratorio de Científica. Estoy a punto de saber si puedo salvar a Gyula de pasar los próximos años en prisión.

Capítulo 22.

Antes de entrar en la Jefatura Superior, Néstor se detuvo en un bar cercano para comprar un par de cafés para llevar y algunas magdalenas. La mujer de Casimiro siempre lo tenía a dieta, por lo que el jefe de laboratorio de Científica recibía aquellos dulces con la alegría de un chiquillo. Así que Salazar lo usaba como moneda de soborno con todo el descaro del que era capaz.

Encontró al perito concentrado en la pantalla del ordenador, donde se podía apreciar la imagen de dos huellas dactilares, una junto a la otra. El inspector se preguntó si alguna de ellas sería la que habían encontrado la noche anterior en el cadáver de Jovanka.

—Buenos días, Casi.

—¡Salazar! Los consideraré buenos solo si me traes rosquillas y café.

—No tenían rosquillas, pero te traje magdalenas y café.

—Bueno… Tendrán que servir —dijo el perito, mientras cogía la bolsa de las manos del inspector, para mirar en su interior.

Néstor le entregó el café y Barros sacó una magdalena que comenzó a comer con gusto.

—Hummm… ¡Esta buenísima! ¿Sabes qué me dio para desayunar mi mujer esta mañana?

Salazar se limitó a negar con la cabeza.

—Un yogur sin azúcar con una cucharada de avena y dos fresas. ¿Lo puedes creer? Es la última dieta a la que se ha apuntado. Para cuando llegué al coche ya volvía a tener hambre —se quejó.

—Lo siento mucho, Casi. Espero que las magdalenas te compensen.

—¡Están deliciosas! Supongo que quieres saber los resultados del procedimiento de ayer. ¿No es así?

—Estoy ansioso.

—Pues has tenido suerte. Te confesaré ahora que no esperaba obtener mucho de todo esto. En el caso de que alguien hubiera tocado el cadáver sin guantes, ya las huellas se habrían degradado, pues habían pasado demasiadas horas, pero no…

—¿Las huellas eran reconocibles?

—¡Perfectas! Te confieso que en un primer momento tuve mis dudas acerca de su autenticidad.

—¿A qué te refieres?

—Te lo explico… Estaban tan bien conservadas que me pregunté si no serían consecuencia de una mala manipulación del cadáver. Ya sabes, tal vez durante la autopsia alguien pudo tocar el cuello de la occisa sin guantes y dejar su huella.

—Sabes que eso es muy poco probable. Ningún forense tocaría un cuerpo sin usar guantes. Incluso por razones de seguridad.

—Tienes razón. Aun así llamé a ese amigo tuyo, el forense.

—¿Javier?

—Sí, ese. Javier Molina. Me aseguró que habían sido muy cuidadosos con el protocolo y que nadie tocó el cadáver sin usar guantes, así que debía haber otra explicación. Entonces lo comprendí. Tu asesino debe usar algún tipo de crema humectante para las manos. Eso habría retrasado la degradación de la huella.

—Es un dato interesante. ¿Se puede comprobar?

—Me temo que la impregnación de la piel con el producto químico sería en cantidades indetectables. Además de que el cianocrilato debe haber modificado cualquier rastro del cosmético, así que no puedo incluirlo en el informe como prueba, pues solo es una conclusión razonada, pero pensé que te sería útil saberlo.

—Desde luego. ¿Pudiste hacer las comparaciones que te pedí?

—¿Con las huellas del detenido? —Casimiro planteó la pregunta retórica, mientras daba un mordisco a la segunda magdalena—. Son estas que ves en la pantalla del ordenador.

—¿Y? —preguntó Salazar, ya de los nervios. Era consciente de que Barros estaba alargando sus respuestas todo lo posible para hacerlo sufrir.

—Pues que otra vez tenías razón. Las huellas del cadáver no pertenecen al hombre que Souza detuvo por el asesinato.

—¡Lo cual significa que es inocente! —exclamó Néstor triunfal, sintiendo que se le quitaba un peso de encima.

—Lo cual significa que es razonable pensar que él no lo hizo —corrigió Casimiro, alzando el dedo índice, empeñado en no darle por completo la razón al inspector jefe—. O al menos que hubo otra persona en la escena del crimen que tocó el cuello de la mujer alrededor del momento de la muerte.

—En todo caso, hay otra persona que tiene mayores probabilidades de ser culpable.

—Eso te lo reconozco.

—¿Le has enviado estos resultados a Souza como te pedí?

—¿Por quién me tomas? Lo primero que hice cuando comparé las huellas fue llamarlo por teléfono. Está esperando el informe por escrito. En unos minutos lo termino, lo imprimo y se lo envío a su despacho.

—Gracias, Casi. Te debo una.

—¿Una? ¡Me debes un montón! ¿O es que crees que son suficientes un par de rosquillas o magdalenas para todo lo que incordias?

—¡Cuenta con esa cena para ti y tu mujer! La invitación corre por mi cuenta —ofreció Néstor, eufórico.

—Desde luego. Y ahora lárgate de aquí que tengo trabajo pendiente.

—Por supuesto. Nos vemos, Casi. Voy a hablar con Souza.

Sintiendo sus ánimos renovados, Salazar subió al segundo piso, donde Anselmo tenía su despacho. Lo hizo por la escalera, casi corriendo, pero el chute de adrenalina como consecuencia de las buenas noticias le permitió alcanzar su destino.

Cuando llegó al despacho de Souza y llamó a la puerta, este lo invitó a entrar. Lo encontró sentado detrás del escritorio con cara de pocos amigos. Después de saludarlo, Salazar entró en materia.

—Me alegra encontrarlo aquí, don Anselmo. Acabo de hablar con Barros. Me informó sobre las huellas dactilares en el cadáver.

—No se haga el despistado conmigo, inspector, que no cuela. Ya me enteré del aquelarre que organizó anoche en la morgue. ¿Cómo se le ocurrió buscar huellas dactilares en el cadáver?

—Consideré que quienquiera que empujara a Jovanka escaleras abajo, querría cerciorarse de que estaba muerta antes de marcharse. Y la forma más efectiva de hacerlo sería tomarle el pulso.

—Pudo haberlo hecho mientras usaba guantes.

—Los guantes reducen la sensibilidad de las yemas de los dedos. El asesino no querría correr el riesgo de no percibir un pulso débil. En especial porque el empujón fue de frente, lo que quiere decir que la víctima vio a su asesino. Y es probable que supiera quién era. Si sobrevivía, él estaría en problemas. Por otro lado, la mayoría de las personas asume que no se pueden conseguir huellas de la piel de un cadáver.

—Ya veo por qué don Braulio lo tiene en tanta estima, Salazar. Debo reconocer que me ha sorprendido. No creí que pudiera cumplir con el plazo que le di para demostrar la inocencia de su amigo.

—¿Entonces reconsiderará la detención?

—No tengo alternativa. La evidencia es demasiado clara. Con la víctima había otra persona que no era su amigo en el momento de su muerte. Eso plantea muchas dudas acerca de su posible responsabilidad en el asunto. Y sí, tenía usted razón. Todo lo que tenemos contra él es circunstancial. En cuanto me llegue el informe dactiloscópico, le pediré al juez que ordene la excarcelación.

—Gracias. No esperaba menos de usted —le dijo Néstor mientras se ponía de pie y le extendía la mano para estrechársela.

—No tan deprisa, Salazar —lo detuvo Anselmo—. Acaba de dejarme sin el único sospechoso que tenía y de vuelta en la casilla de salida. Lo menos que puede hacer es ayudarme a resolver este caso.

—Me gustaría trabajar con usted, inspector Souza, pero en este momento estoy en medio de una investigación muy delicada… —comenzó a argumentar Néstor, pensando en el acosador de Santiago.

—Delicada, un cuerno. ¡Ahora no se puede marchar así, después de la que me ha liado! ¿Acaso la víctima no es la tía de su amigo? ¿No era usted intermediario de la familia? ¿Se va a desentender ahora?

—No es que me desentienda, es que…

—¡Es que nada! Me ha dejado sin caso, así que ahora me ayuda a resolverlo y si no, no haberse metido en donde no lo llamaban.

—¿Me está diciendo que hubiera preferido encarcelar a un hombre inocente?

—Le estoy diciendo que prefiero trabajar con usted, que dejar escapar a un sujeto que fue capaz de tirar escaleras abajo a una anciana.

Salazar suspiró. Comprendía al inspector jefe. Él también sabía lo que se sentía cuando tenías un caso que creías bien atado y de repente todo comenzaba a deshilacharse dejándote sin nada. Se lo debía a Souza, que además de colega, era amigo de don Braulio.

—De acuerdo. Usted gana. Lo ayudaré en todo lo que pueda.

Capítulo 23.

Lo primero que hizo Néstor al salir de la Jefatura Superior fue llamar a Dika para darle las buenas nuevas. Su amiga lloró de alegría al saber que su Gyula sería liberado ese mismo día y que ya no era el principal sospechoso del asesinato de su tía. Salazar también experimentaba cierta sensación de liviandad, como si le hubieran quitado el peso de una losa de encima. Sin embargo, su cerebro de policía le advertía que no albergara sentimientos triunfalistas, pues la sombra de la sospecha no había abandonado por completo a su amigo. Cuando se detuvo a pensarlo, se alegró de haber aceptado colaborar con Souza, pues sabía que la mejor manera de evitar que Gyula volviera a quedar en la mira de la Policía, sería atrapar al verdadero asesino.

La segunda llamada la hizo a Santiago, quien ya había llegado a la comisaría. Después de recibir su enhorabuena por haber conseguido la liberación del tabernero, el inspector pasó al otro asunto que le preocupaba.

—Supongo que ya te ocupaste de sacar de Haro a Carmela y los niños.

—Por supuesto. A primera hora los llevé al aeropuerto de Vitoria. En este momento vuelan hacia Tenerife y se quedarán en la casa de los padres de Carmela. Mi suegro los esperará en el aeropuerto. También le avisé a don Calisto, el director de la escuela de los gemelos.

—Sí, lo recuerdo.

—Por suerte no me puso ningún problema. Le enviará a Carmela los objetivos escolares que deben cumplirse mientras no asistan a la escuela, para que ella misma se ocupe, y a la vuelta tendrán que presentar una prueba de evaluación.

—Eso suena bien. ¿No será un problema para Carmela?

—Desde luego que no. Ella es maestra diplomada. Dejó de dar clases cuando nos trasladamos a Haro. En Tenerife, su madre cuidaba a los gemelos para que pudiera trabajar, pero aquí… A mí me gustaría ayudarla más, pero mis horarios no me lo ponen fácil.

—Entonces Carmela sacrificó mucho cuando te apoyó para que os mudarais a Haro.

—Lo sacrificó todo. Es una gran mujer, Néstor. Algunas veces pienso que no me la merezco.

—No voy a entrar a considerar eso, pero…

—No te insulto porque es demasiado temprano para comenzar el día así… —bromeó el comisario—. Por cierto, ¿quieres explicarme eso de que le has asignado a Diji que sea mi guardaespaldas? Lo tengo sentado en la antesala hablando con Lali y no ha habido manera de que regrese a sus actividades normales. Dice que tú le ordenaste protegerme y que eso es lo que hará me ponga, como me ponga.

—Es un buen chico. Por eso sabía que podía confiar en él.

—Néstor, te agradezco tu preocupación, pero no puedo prescindir de uno de mis mejores investigadores para que me vigile las espaldas. Sé cuidarme solo.

—No tenemos idea del alcance o las intenciones del acosador, Santiago. De lo que sí estamos seguros es que tiene acceso a tu despacho y a tu casa. Me siento más tranquilo si Diji está contigo. Además, le prometí a Carmela que cuidaría de ti.

—Joder, lo que me faltaba, que mi mujer y mi hermano se pusieran de acuerdo para conseguirme niñera —El comisario calló por un momento considerando sus opciones—. De acuerdo, puedo aceptar que tienes razón y no voy a ponerte inconvenientes con respecto a recibir protección, pero ¿tiene que ser Diji? Cualquiera de los agentes podría cumplir ese rol y no me dejaría coja la plantilla de investigadores.

Néstor suspiró. Ya esperaba esa pregunta. Así que tenía la respuesta a flor de labios.

—Escucha, Santiago… Aunque no me agrada la idea, lo cierto es que el acceso del acosador a tu despacho significa que hay muchas probabilidades de que se trate de alguien que trabaja en la comisaría.

—Sí, eso ya lo había pensado. ¿Qué tiene que ver?

—Puesto que estamos considerando que también se trata de alguien relacionado con las personas que participaron en la toma de rehenes del billar, podría ser cualquiera… Menos Diji.

—Porque él es subsahariano —sugirió Santiago, comprendiendo el razonamiento de su hermano.

—Y por lo tanto estamos seguros de que no tiene nexos familiares con ninguno de los involucrados. Por otro lado, en 1987 Diji debió ser poco más que un bebé, así que tampoco es probable que lo unan lazos de amistad. Y por último, confío en Diji tanto como en Sofía. Nos ha demostrado que es eficiente, honesto y leal.

—Y tan leal. Sobre todo a ti. ¿Quieres explicarme cómo es que te obedece más que a mí? He tratado de que regrese a sus tareas habituales y se ha negado. Por la cara. Dice que hasta que tú no le des la contraorden, él es mi sombra.

—Estaba seguro de que podía confiar en él. Supongo que además del rango tiene que ver con el afecto.

—¿Debe preocuparme que mi inspector jefe tenga más ascendente sobre mis hombres que yo? —preguntó el comisario, un poco dolido.

—No debería, después de todo, estamos del mismo lado. Pero pasando a otro asunto, ¿se sabe algo más?

—Todavía no. Sofía está ocupada en el pasado de Francisco y Andrés. Yo estoy releyendo las actas de los juicios que siguieron al suceso. Tanto el de Jóvito, como el mío, pero ni siquiera sé lo que busco.

—No desesperes —lo animó Salazar—. Encontraremos a ese sujeto. Yo voy a entrevistarme con don Pablo.

—Te recuerdo que yo hablé con él y no saqué nada en claro.

—Tú estás demasiado involucrado, Santiago. Tal vez surja algún dato que nos resulte de utilidad.

—Muy bien. Estoy en tus manos, Néstor.

—Por favor llámale para que sepa que iré a visitarle.

—Estoy seguro de que se alegrará mucho de verte.

El inspector colgó y después de coger un taxi, le dio la dirección de don Pablo que su hermano le había proporcionado. Al viejo amigo de su padre no lo veía desde que tenía doce años, desde aquel fatídico día en el que Gabriel había sido asesinado. Durante el trayecto se preparó para el encuentro. Ese caso estaba removiendo viejos y dolorosos recuerdos. Si era así para él, no quería imaginar lo que representaba para Santiago. Si el acosador quería hacer daño, había encontrado una forma muy eficiente de conseguirlo.

El coche lo dejó frente a un viejo edificio de la calle Santa Lucía. Junto al portal, Néstor respiró profundo antes de decidirse a entrar. Aunque el inmueble no estaba tan mal conservado, dejaba ver cierto deterioro en los desconchones de la pintura gris plomo de la fachada. No tenía balcones y las ventanas, casi todas cerradas, le causaron cierta sensación de claustrofobia al inspector, aun antes de entrar. En los bajos había un local cerrado que se ofrecía en alquiler. Néstor observó con detalle el ambiente

donde vivía don Pablo, porque eso formaba parte de la información que podría resultarle útil. También le daba tiempo a prepararse.

Esa entrevista sería un reencuentro con su pasado. Un pasado lleno de inseguridades y sinsabores que ya creía superado, pero que de vez en cuando resurgía como una sensación difícil de describir en situaciones como esta. Era un desasosiego sutil que le dejaba un mal sabor de boca.

Haciendo acopio de valor, llamó por el telefonillo y esperó el timbre de apertura para empujar la puerta. Subió por las escaleras con paso lento. Sentía una extraña dicotomía. Quería llevar a cabo la entrevista para avanzar en el caso, pero por otra parte, hubiera querido retrasar el encuentro todo lo posible.

Cuando llegó al pasillo del segundo piso, ya don Pablo lo esperaba en el umbral de su casa con la puerta abierta. Su aspecto era el mismo que recordaba de sus años infantiles, solo matizado por algunas arrugas y canas que antes no existían. Sin embargo la actitud aplomada, la firmeza de la mirada, la sensación de seguridad que irradiaba, eran las mismas que él albergaba en su memoria.

En forma automática, Salazar fijó la vista en los zapatos de don Pablo y los encontró pulidos como espejos. Era un detalle que recordaba de cuando era niño y que entonces él asociaba con el trabajo policial. Su padre también se esmeraba en que sus zapatos estuvieran impolutos. Al contrario del propio Néstor, que en forma deliberada y como táctica de distracción, los mantenía descuidados, pues su aspecto desastrado en general permitía que los sospechosos y testigos bajaran la guardia y lo subestimaran.

Cuando Salazar levantó la vista hasta el rostro de don Pablo pudo ver el brillo de una lágrima en la comisura de un ojo. El amigo de su padre respiró un par de veces antes de recuperar el control de sus emociones, entonces sonrió.

—¡Lucas, hijo! ¡No sabes la alegría que siento al verte de nuevo!

Capítulo 24.

El abrazo se dio en forma espontánea, sin haber pasado por la cabeza de ninguno de los dos. Era un reconocimiento del nexo que los había unido más de treinta años atrás, cuando Sebastián todavía estaba vivo. Durante todo ese tiempo, don Pablo se había preguntado qué habría sido de la vida de Lucas y se sentía culpable por no haberle podido seguir la pista.

Después de que Santiago se negara a ocuparse de su hermano cuando perdió a toda su familia, un juez decidió cambiarle el nombre para protegerlo y restringió las visitas a sus amistades. Entonces don Pablo no supo más de él.

En vista que el único pariente vivo que le quedó a Néstor después del suicidio de su madre fue Santiago, quien en ese momento no tenía ningún interés en su hermano, el joven Salazar dejó de recibir visitas y su único contacto con el exterior era a través de Gyula y su familia.

—¡Me siento tan feliz de verte, Lucas! Así que tú eres el famoso inspector Salazar. Si Santiago no me lo cuenta, no me lo hubiera imaginado. He seguido tus aciertos por la prensa. Lamento mucho que tu padre no pueda verte ahora, porque estaría muy orgulloso de ti —Don Pablo soltó la parrafada mientras se enjugaba lágrimas traidoras de sus ojos con un pañuelo. Sonrió a modo de disculpa y continuó hablando—. Perdona a este viejo. Me he vuelto un sentimental. ¡Quién lo diría! Pero pasa, pasa. ¿Te apetece un café, una copa de vino? Aunque supongo que estarás de servicio.

—Estoy bien, don Pablo, muchas gracias. Y sí, estoy de servicio. ¿Cómo está usted?

—Pues salvo por la artritis que me molesta en los días húmedos, no me puedo quejar. ¿Sabes? Cuando leía acerca de ti en la prensa me decía: este sí es un policía de raza. Y resulta que eras tú, Lucas. Y ya lo creo que eres de raza. Digno hijo de tu padre.

—Gracias, don Pablo, pero no es para tanto. Me va a hacer sonrojar.

—Quita, quita, que te mereces cada uno de esos elogios. Pero dime, ¿qué puedo hacer por ti? Santiago me dijo que os habíais reconciliado cuando él regresó a Haro. Me alegra mucho saberlo.

—Han pasado muchos años y ya era tiempo de dejar atrás las viejas rencillas. Después de todo, por esos días él también era poco más que un chiquillo.

—Así es. Y tampoco lo pasó bien. De eso puedo dar fe.

—Lo sé, don Pablo. Por eso necesito que me ayude.

—Pues tú dirás.

—Ya Santiago me explicó lo que ocurrió en el billar, pero me gustaría tener su versión de los hechos.

El viejo ex policía le relató los sucesos desde el momento en que él y Sebastián recibieron la llamada, hasta que se llevaron detenidos a Jóvito y a Santiago. Su versión no aportaba nada a la de su hermano. Solo narraba lo que ocurrió desde otra perspectiva.

—Supongo que después de los arrestos se investigó a los involucrados en el asalto —asumió Néstor.

—De eso se encargaron los detectives a quienes se les asignó el caso. Yo en esos días solo era un agente de la Policía a las órdenes de tu padre, que era Oficial, pero sí estuve muy pendiente de lo que iban descubriendo.

—¿Cree que podría hablar con esos detectives? Supongo que también estarán jubilados, pero tal vez recuerden algunos detalles.

—Me temo que no es fácil lo que me pides. El inspector encargado tenía por nombre Gonzalo Pérez. Un buen policía. Por desgracia, falleció hace diez años en un accidente de coche. Su compañero era el subinspector Florentino Robles y como bien has supuesto, ya está jubilado. Se marchó de Haro después de salir del Cuerpo. Ahora vive en Mallorca con su hija, el esposo de ella y sus nietos.

—Comprendo —reconoció Néstor, mientras se preguntaba si valdría la pena hacer un viaje corto a Mallorca. Todo dependía de cuánto supiera don Pablo—. ¿Y usted recuerda bien el caso?

—Lo tengo grabado en la memoria como si me lo hubieran tatuado en el cerebro. Como sabes, tu padre era mi mejor amigo y sentí mucho su pérdida. Recuerdo cada detalle de la investigación, pero no había mucho que averiguar. Eladio Gutiérrez era un asaltante con pocas luces. Tenía más entradas a la cárcel que al estadio de fútbol. Lo conocíamos bien, pero nunca nos hubiéramos imaginado que participaría en una toma de rehenes. Era del tipo, ya sabes, asalto a mano armada, intimidar a las víctimas y vaciar la caja registradora. Lo atrapábamos, pasaba una temporada en prisión y al salir volvía a las andadas. Como muchos de estos sujetos, no tenía remedio.

—¿Y el sobrino?

—Era su primer delito. Lo sentenciaron a siete años porque el asalto resultó con dos muertes, aunque él no fuera responsable de ninguna en forma directa.

—Sin embargo, Santiago disparó a uno de los fallecidos y salió libre. Desde su perspectiva debió parecerle muy injusto.

—Tal vez. Después de todo, Santiago no participó en el asalto, su reacción se consideró defensa propia y la autopsia de Eladio reveló que ya estaba muerto cuando recibió ese disparo.

—Todo eso lo sé, pero ¿lo sabía Jóvito?

—Esa información se ventiló durante el juicio de tu hermano, el cual seguían con mucha atención los abogados de Jóvito. Sí. Estaba enterado de todo.

—No es eso a lo que me refiero —insistió Néstor—. Veámoslo por un momento desde la perspectiva de Jóvito. Él vio a Santiago dispararle a su tío en el pecho y también cuando fue detenido por ello. Era uno de los rehenes, pero también era hijo de un policía, lo cual puede causar suspicacias. Días después en el juicio, el hombre que él creía que mató a su tío salió libre por una formalidad…

—Que Eladio ya estuviera muerto cuando Santiago le disparó no es una formalidad —protestó don Pablo—. Significa que no fue él quien lo mató.

—Eso lo sé —afirmó Salazar—. Solo estoy tratando de comprender la perspectiva de Jóvito. Desde su punto de vista, Santiago pudo ser protegido por los compañeros de su padre.

—No fue lo que ocurrió —insistió el viejo policía, un poco ofendido—. Actuamos conforme a la ley. Ni siquiera tu padre se hubiera prestado para falsear la verdad en este caso. Además, ¿qué importancia puede tener lo que Jóvito creía si él está muerto? Está claro que él no es el autor de los anónimos.

—Tiene razón, don Pablo, pero yo no estoy pensando en él como autor, sino como intrigante.

—Lo siento, hijo, no te sigo.

—Digamos que Jóvito estaba convencido de que Santiago mató a su tío y salió bien librado por ser hijo de un policía. Además de que él había sido condenado aun cuando no le había disparado a nadie. Sí, ya sé que la condena fue por el asalto y no por los homicidios que allí ocurrieron —se apresuró a decir Néstor, aplacando a su interlocutor con un gesto de la mano —, pero es muy probable que Jóvito no lo viera así. En ese caso, podría

haber influido en alguien más, convenciéndolo de que Santiago, siendo culpable se había librado por ser quién era y que a él lo habían usado como chivo expiatorio. Su muerte en la cárcel solo habría servido para exacerbar el odio de esta persona hacia Santiago, la Policía y todo el sistema.

—Sí. No es mal razonamiento, pero si esa persona existe, cómo averiguamos quién es.

—Es aquí donde quiero que me ayude, don Pablo. Los informes son eso, informes, así que solo dejan constancia de los hechos y personas que tienen relación directa con el delito. En este caso podría tratarse de alguien cercano a Eladio y Jóvito, pero que no es necesario que estuviera involucrado en lo que pasó en el billar.

—Un familiar de ambos.

—Esposa, hijo, sobrino. Aunque tenemos buenas razones para creer que se trata de una mujer.

—En ese caso tienes que encontrar al resto de la familia Gutiérrez.

—Tiene razón —afirmó Salazar—. Conversar con usted me ha aclarado las ideas. Le pediré a una compañera que me ayude a indagar en las relaciones personales de los Gutiérrez, pero tal vez usted pueda adelantarme algo al respecto.

—Puedo decirte que Jóvito era soltero, pero Eladio sí tenía mujer y dos hijos. Recuerdo haberlos visto en el juicio.

—¿Recuerda el nombre de la mujer?

—Lo lamento, eso tendrás que averiguarlo por tu cuenta.

—¿Y los niños?

—No les presté mucha atención sino porque me dieron mucha lástima. Eran un chico y una chica. Parecían de la misma edad, o similar. Tenían más o menos cinco años. Creo que ni siquiera comprendían bien todo lo que estaba ocurriendo.

—¿Sabe qué fue de ellos?

—Lo lamento, todo aquello fue muy doloroso. Después de los juicios, la liberación de Santiago y la condena de Jóvito, traté de olvidarme del asunto. Centré mi atención en mantener el contacto con tu hermano y en protegeros a ti y a Gabriel. Al menos hasta que tu madre se volvió a casar. No sospechaba que tu padrastro era un maltratador, o habría intervenido. Nunca me perdonaré por no haberlo hecho a tiempo.

—No debe culparse, don Pablo.

—Lo hago, hijo, lo hago. Desde que ese malnacido asesinó a Gabriel en forma tan vil, siento que le fallé a tu padre. Y también a ti.

—No, don Pablo. Lo que ocurría dentro de las paredes de mi casa solo lo sabíamos nosotros. Amaba a mi madre, pero fue ella quien falló. Su miedo la paralizó y por eso permitió el maltrato, tanto suyo, como de nosotros, sus propios hijos. Estoy seguro de que esa fue la razón que la empujó al suicidio. Comprendió que su actitud sumisa fue la que causó la situación en la que un arrebato de ira terminó con la vida de Gabriel.

—Era una buena mujer.

—Sí, pero algunas veces, eso no basta.

Capítulo 25.

Al salir de la casa de don Pablo, Néstor tenía un poco más claras las ideas. Al menos había ampliado el radio de acción. El acosador no tenía que ser alguien que hubiera estado presente durante el asalto al billar. Visto lo visto, podía tratarse de alguien relacionado con Jóvito y Eladio que quisiera vengarse de Santiago.

Al llegar a la calle lo azotó un viento frío. Las bajas temperaturas del invierno se resistían a abandonar Haro, así que de vez en cuando la ciudad le recordaba a sus habitantes que la belleza y exuberancia de aquella región tenía un precio: la humedad, el frío y la niebla en ciertas épocas del año.

Salazar comenzó a andar a buen paso con la idea de encontrar un bar en el cual tomarse un café antes de alcanzar la glorieta cercana, desde donde le resultaría más fácil abordar un taxi. Después de caminar un par de manzanas llegó a la conclusión de que estaba en la única calle de toda la península donde no había ningún bar. Por suerte, cuando ya se había resignado al frío encontró una cafetería. Aunque no podría entrar a calentarse, pues despachaban los pedidos por una ventanilla a puerta de calle, se situó detrás de otro cliente que esperaba que le sirvieran el humeante vaso de polipropileno con la gloriosa infusión. Mientras tanto llamó a la comisaría y le pidió a Lali que le pasara con Beatriz.

Si bien llevaban el caso del acosador en forma discreta, para proteger al comisario y por sospechar que el autor de los anónimos podría estar relacionado con alguien que hacía vida allí, Néstor sabía que habría ciertas indagatorias para las que sería necesario acceder a los archivos policiales y judiciales. Quien mejor podía ayudarlos era la nueva subcomisaria, pues habiéndose incorporado después de que se recibieran los primeros anónimos, era alguien en quien podían confiar.

El inspector mantuvo una corta conversación con la joven, que aprovechó para quejarse de que Miguel la mantenía excluida del caso en el que estaban trabajando. A Néstor no le sorprendió. Pese a que trataba de disimularlo, Pedrera tenía cierta tendencia misógina que ya le había traído problemas con anterioridad. El inspector jefe estaba seguro de que su subordinado haría todo lo posible por mantener las distancias con su nueva compañera. Aunque tomó la decisión de sostener una conversación seria con él acerca de su conducta, Néstor reconoció que en aquel momento le

venía de perlas que Araya se encontrara en la comisaría en plan "dibujo libre."

Después de encargarle una tarea que la nueva subinspectora aceptó con entusiasmo, Salazar por fin alcanzó la ventanilla que le permitió pedir su café, con poca leche y una cucharadita de azúcar. El calor de la infusión le levantó el ánimo para continuar su camino y alcanzar la glorieta.

Diez minutos después se encontraba en el asiento trasero de un taxi de camino al tanatorio, donde a esa hora se estarían velando los restos de Jovanka. Sacó la cinta negra que llevaba en el bolsillo y después de quitarse la gabardina, ajustó el ribete a la manga de la chaqueta del traje. También se cambió la corbata por la de luto que cogió con la cinta. Aprovechó el trayecto para peinarse y acicalarse. Era consciente de la importancia que tendría para la familia Moreno que mostrara respeto a la difunta con una apariencia pulcra y correcta.

Por fin el taxi lo dejó frente a la puerta del tanatorio. Néstor se apeó y entró con paso lento en el local fúnebre. El edificio era de arquitectura moderna, con líneas rectas y simples. En el interior predominaban el mármol pulido como espejo y los ventanales de vidrio, tan limpios que parecían no estar allí. En cuanto entró, a Salazar le dio la impresión de abandonar el mundo que conocía. El ambiente, más aséptico que el de un hospital, le causó desasosiego. Era una sensación extraña que no se debía a la cercanía de la muerte. Después de todo, el inspector se relacionaba con ella todos los días y ya le había perdido el miedo, que no el respeto. El sentimiento era diferente, como si la absoluta asepsia tratara de negar la impactante brutalidad que representaba el fin de la vida. De cualquier vida.

Néstor se detuvo en el vestíbulo, donde un hombre joven de correcto luto y expresión seria, se encontraba detrás de un mostrador. Después de preguntarle dónde se llevaba a cabo el velatorio de la señora Jovanka Moreno, el inspector se aventuró por los solitarios pasillos siguiendo las instrucciones del empleado. Por fin llegó a una antesala donde había media docena de sillones, en los que se encontraban sentados Cappi y Lumi acompañados de algunos de los primos. Luminitsa con la cabeza cubierta por un pañuelo negro lloraba con desconsuelo, mientras su esposo, el pañuelo al cuello, hacía lo posible por consolarla. Levantaron la vista en cuanto Salazar entró por la puerta.

—¡Néstor! —Lo saludó la joven—. ¡Sabía que vendrías!

—Lo lamento mucho, Lumi. ¿Cómo estás?

—Bien, bien —afirmó la chica enjugándose las lágrimas—. Todo esto ha sido tan inesperado e injusto… ¿Quién puede ser tan desalmado para tirar escaleras abajo a una anciana que nunca le ha hecho daño a nadie?

—Todavía no lo sabemos, pero lo vamos a averiguar —le prometió el inspector—. Quien le haya hecho esto a la tía Jovanka pagará por ello.

—Es que no es justo —repitió ella—. Mi madre estaba tan contenta… Después de luchar por tanto tiempo contra el cáncer, al fin su médico le dice que lo ha superado, que ha sobrevivido. Y entonces ocurre esto…

—¿Jovanka estuvo enferma? —preguntó Néstor, que no sabía nada al respecto.

—Le diagnosticaron un cáncer de cuello uterino hace tres años. Por suerte lo detectaron a tiempo e iniciaron el tratamiento de inmediato, pero mi madre no quería que se supiera. Solo nos lo confesó a Cappi y a mí.

»Ni siquiera "el Tío" sabía nada. Ella cumplía con todas sus citas con el médico, tomaba sus pastillas a la hora, aunque le hacían sentir muy mal. Por fin, en la última consulta, que fue hace un par de semanas, el doctor le dio la buena noticia. En sus tres últimas citas no había señales del tumor. No podía asegurarle que lo había superado hasta que pasaran cuando menos diez años y tendría que continuar el tratamiento, pero las probabilidades de curación total se habían elevado en forma considerable. Mi madre venció al cáncer y estaba feliz… —Las últimas palabras causaron un estallido de lágrimas que Lumi no pudo contener. Su esposo la abrazó y trató de apartarla con suavidad del policía, mientras lo miraba con severidad, como si él tuviera la culpa del estado de ánimo de su mujer.

Salazar se excusó y se disponía a pasar a la sala del velatorio, donde era seguro que encontraría a don Joaquín. En ese momento lo detuvo una voz familiar y muy querida.

—¡Néstor! Me alegra encontrarte aquí, porque así puedo darte las gracias —le dijo Gyula a su espalda.

Salazar se giró y vio al tabernero vestido con un traje de luto y con Dika a su lado. Ambos se abrazaron sin mediar palabra. En ese contacto fraterno iban implícitos tanto el pésame por la pérdida de Jovanka, como la gratitud de Gyula y el alivio de Néstor por la liberación de su amigo. Después de separarse, se encaminaron en silencio a la capilla donde se encontraba el féretro, alrededor del cual familiares, amigos y vecinos de la occisa le rendían los honores del último adiós.

"El Tío" los vio entrar y se les acercó.

—¡Gyula! Qué bueno verte aquí. Supongo que esto significa que todo se aclaró.

—Si estoy aquí es gracias a Néstor, quien consiguió pruebas de que yo no tuve nada que ver con la muerte de Jovanka.

—De nuevo tenemos mucho que agradecerte, Néstor —afirmó don Joaquín.

—Siempre supe que Gyula era inocente. No podía dejar que lo condenaran.

—¿Y ya sabéis quién cometió esta abominación?

—Todavía no, señor, pero lo atraparemos. Se lo aseguro.

—Si tú estás a cargo, no tengo duda de ello.

—Muchas gracias. Daré mi apoyo al inspector Souza, que es quien lleva el caso. Es por eso que quería pedirle que me concediera unos minutos después de las exequias. Comprendo que no es buen momento para usted pero…

—Si ayuda a detener al que le hizo esto a la pobre Jovanka, cuenta conmigo Néstor. Colaboraré en todo lo que me sea posible.

—Gracias.

—Ahora tal vez queráis presentar vuestros respetos a la difunta —les sugirió "el Tío" haciendo un gesto con la mano que les invitaba a acercarse al féretro.

Gyula dio un par de pasos al frente abriendo la pequeña comitiva. Lo siguió Dika, con la cabeza gacha y murmurando en voz baja, mientras sus dedos iban pasando las cuentas de un rosario que llevaba en las manos. Néstor iba un par de pasos detrás de ella.

El ataúd estaba abierto y dejaba ver a una Jovanka amortajada con sus mejores galas y adornada con sus joyas favoritas. Dentro del féretro, a ambos lados del cadáver, Salazar pudo ver algunas monedas de oro que brillaban entre rosas y claveles cortados aquella misma mañana de los maceteros que la tía de Gyula cultivaba con esmero. En su mano derecha había una estampa de la Virgen de la Vega, de la cual había sido fiel devota. Sus pertenencias más queridas la acompañarían en el último viaje.

Aunque ya Néstor había visto el cadáver la noche anterior en la morgue, al contemplarlo así, preparado y protegido por todo el amor de su familia, el inspector sintió una extraña congoja y su memoria le jugó una mala pasada cuando lo retornó de repente a sus años en el Centro de Acogida. Él era solo un chiquillo abrumado por la tragedia cuando aquella misma mujer, con

casi treinta años menos aparecía los días de visita para llevarle galletas y dulces a su sobrino y siempre, siempre, media docena de fardelejos a Néstor. Su postre favorito. Antes de volver a levantar la mirada, Salazar tuvo la necesidad de enjugarse una lágrima que se empeñó en brotar de uno de sus ojos.

Capítulo 26.

El entierro se llevaría a cabo al día siguiente, así que después de dar el pésame a los parientes más cercanos y acompañar a sus amigos en ese difícil trance hasta que se tranquilizaron, Salazar se acercó al "Tío." Don Joaquín lo vio venir y asintió, comprendiendo que había llegado el momento de mantener la conversación que Néstor le había mencionado. Cuando el inspector llegó a su lado, el patriarca de la familia Moreno lo tomó con suavidad por el brazo y lo condujo a una pequeña habitación que colindaba con la sala donde se velaban los restos. Era un lugar acogedor y silencioso, destinado al descanso de los parientes más cercanos.

—Aquí podremos hablar con tranquilidad, Néstor. Dime en qué puedo ayudarte.

—Gracias don Joaquín. Su colaboración puede resultar de gran ayuda para que atrapemos al asesino.

Ambos hombres se sentaron en la salita y el inspector sacó una libreta donde había apuntado algunas preguntas.

—En primer lugar, señor, quiero insistir en la posibilidad de que Jovanka tuviera problemas con alguien. No importa que tan nimios le hayan parecido.

—No. Que yo sepa se llevaba bien con todos. El único conflicto del que tengo noticia era el que comentamos durante nuestra conversación en el taller. No veía con buenos ojos que Gyula y Dika llevaran vida marital sin haber celebrado nupcias.

—Por suerte ya conseguí aclarar este punto con Gyula. La misma mañana de la muerte de Jovanka, ambos consiguieron resolver sus diferencias.

—Me alegra saberlo.

—¿No tuvo conflictos con nadie más?

—No… Bueno, era suegra y ya sabes… Para una madre nadie es lo suficientemente bueno cuando se trata de sus hijos.

—¿Tenía problemas con Cappi?

—No con él. En realidad, nunca me hizo ningún comentario a mí, pero sí supe que tenía algunas discusiones subidas de tono con Lumi.

—¿Con Lumi? ¿Sabe por qué?

—A causa de Cappi. En una ocasión le escuché decirle a su hija que terminaría trayéndole un grave disgusto tolerar ese tipo de conducta por parte de su esposo. Que debería discutirlo conmigo como patriarca de la familia.

—¿Sabe a qué conducta se refería?

—No, lo siento. Se lo pregunté en cuanto tuve la oportunidad, pero Jovanka era muy protectora de sus hijos y se negó a contármelo. Me dijo que era la propia Lumi quien debía hablar conmigo al respecto.

—¿Cuándo ocurrió esto?

—Hace un par de semanas.

—Por cierto, solo he visto a Lumi y su esposo en el velorio. Cierto que Gyula me dijo en una ocasión que los demás hijos de Jovanka no viven en Haro, pero aun así, ¿ninguno asistirá a los funerales de su madre?

—Desde luego que asistirán. La familia es lo primero, Yoel, Samara y Jesús vienen en camino, pero todo esto ha ocurrido en forma tan inesperada que nos ha tomado a todos por sorpresa. Deberían llegar en el transcurso del día de hoy.

—Es comprensible. ¿No tiene ninguna sospecha acerca de cuál era la queja que Jovanka tenía con respecto a Cappi?

—Ninguna. El chico es trabajador y respetuoso. Además, trata bien a Lumi.

—¿Está seguro, señor? Por experiencia puedo afirmar que en muchas ocasiones la violencia doméstica la ocultan tanto los perpetradores, como las víctimas.

—Tengo la certeza de que Jovanka no me hubiera ocultado algo así.

—En ese caso se lo preguntaré a la propia Lumi. Ella podrá decirme qué era lo que le preocupaba a su madre acerca de Cappi.

—Sí, creo que eso será lo mejor.

Salazar cambió la hoja de la libreta para hacer una pausa antes de la siguiente pregunta.

—¿Sabía usted que Jovanka había estado enferma?

—Sí, aunque mantuve una actitud discreta con respecto a ese asunto, pues Jovanka no quería que se supiera y yo decidí respetar sus deseos. Sin embargo, siempre estuve atento por si llegara a necesitar mi ayuda.

—¿Cómo se enteró usted, señor?

—Cappi me lo confesó.

—¿Cómo eran las relaciones de Jovanka con sus vecinos?

—Se llevaba bien con todos. Ella siempre estaba dispuesta a ayudar. Eso le ganaba el afecto de quienes la rodeábamos. Por eso nos resulta tan increíble lo que ocurrió.

—¿Y con sus patrones?

—¿Los Arriola? La tenían en muy alta estima. Al punto de dejarle las llaves de su casa cuando se ausentaban. Hacía muchos años que Jovanka trabajaba para ellos y le tenían plena confianza.

—De manera que a usted no se le ocurre nadie que pudiera cometer este asesinato.

—Para mí es del todo incomprensible —confesó don Joaquín—. Creo que solo hay una explicación posible…

—Me gustaría escuchar su opinión al respecto, señor.

—Estoy seguro de que el asesino no tenía nada que ver con Jovanka. Debió sorprender a un ladrón en plena faena, que se asustó y la tiró escaleras abajo para que no pudiera delatarlo. Eso es lo que creo.

Salazar guardó silencio. Él y Souza ya habían descartado esa teoría, pero prefirió no comentarlo con el patriarca. Comprendiendo que don Joaquín no sabía nada más, el inspector decidió dar por terminada la entrevista. Después de despedirse de sus amigos y reiterarles sus condolencias, decidió llegar hasta la comisaría. Tal vez Sofía, Beatriz, o el propio Santiago tuvieran alguna información acerca del acosador.

Aunque ya había pasado la hora del almuerzo, comprendió que no tendría tiempo de detenerse a comer. Llevar adelante aquellos dos casos en forma simultánea le hacía sentir que le faltaban horas al día, pero debía conseguir organizarse para resolverlos lo antes posible, pues ambos eran de vital importancia para personas por quienes sentía un gran afecto.

Llegó pronto a la comisaría, gracias a gracias a que el taxista se desvió por callejuelas poco frecuentadas. Le dejó una buena propina y se apeó. Después de saludar a García, subió a toda prisa las escaleras hasta llegar al despacho de Santiago. Diji permanecía de guardia y sonrió cuando Salazar le palmeó un hombro, en reconocimiento a su firmeza a la hora de seguir sus órdenes. No era fácil contradecir a Ortiz. Antes de que pudiera decirle a Lali que necesitaba hablar con su jefe, ella le informó que el comisario y Sofía lo estaban esperando, así que lo hizo pasar de inmediato. Néstor le pidió que llamara a Beatriz para que se reuniera con ellos.

Detrás del escritorio encontró a un Santiago con expresión preocupada que jugueteaba con un bolígrafo mientras Sofía, sentada frente a él, no

podía ocultar la decepción que sentía.

—Hola, Néstor. Qué bueno que has venido. Espero que hayas podido averiguar algo con don Pablo, porque ni Sofía, ni yo hemos tenido suerte.

—Sí, ya lo veo en vuestras caras. Tal vez tengamos algún hilo del cual tirar. Hace unas horas le pedí a Beatriz que hiciera algunas averiguaciones y debe venir por ahí.

—¿Te parece prudente involucrar a la novata en esto? —preguntó Sofía con cierto tono de desaprobación. Por lo visto, no veía con buenos ojos al nuevo fichaje. Néstor se preguntó por qué. Su compañera no solía ser prejuiciosa.

—La subinspectora Araya manifiesta una extraordinaria habilidad en el manejo de la información virtual —declaró Salazar—. Y la tarea que le asigné tiene que ver con ello.

—¿De qué se trata? —preguntó el comisario inclinándose hacia adelante con interés.

—Esperemos que llegue. Primero me gustaría saber qué es lo que vosotros habéis averiguado.

—Nada —confesó el comisario con desaliento—. No hemos encontrado ni una maldita pista.

—En ese caso, plantearé la pregunta de otra forma. ¿Qué habéis investigado que no ha reportado resultados? Después de todo, descartar hipótesis también nos ayuda a avanzar.

—Sí, tienes razón. Es otra forma de verlo —reconoció Santiago, animándose un poco.

El móvil de Néstor los interrumpió. Con un gesto de la mano le pidió a su hermano que le concediera un momento. La llamada provenía del teléfono de Souza. Y podía ser importante. El inspector comenzaba a sentirse un poco atosigado con todas las variables que debía manejar para avanzar en ambas investigaciones a la vez. Respondió la llamada

—¡Salazar! ¿Dónde se ha metido?

—He estado ocupado, inspector.

—Pues espero que sea en nuestro caso y haya conseguido averiguar algo.

—Un par de interrogantes interesantes —reconoció Néstor.

—¡Interrogantes? Necesitamos respuestas, no interrogantes.

—Todo a su tiempo, Anselmo. No podemos tener respuestas, si primero no nos planteamos las preguntas correctas.

—Déjese de acertijos conmigo y venga lo antes posible, que la información que me ha llegado con respecto a Jovanka es explosiva.

Capítulo 27.

Las palabras de Anselmo dispararon la adrenalina de Salazar. ¿Habría por fin alguna rendija de luz en el hermético caso de Jovanka? La primera intención del inspector fue ponerse de pie para acudir de inmediato al llamado de su colega, pero entonces vio la expresión de desesperación en el rostro de su hermano y se contuvo.

—Estaré allí en un par de horas —le respondió a Souza.

—¡Un par de horas! ¿No se está tomando esto con demasiada calma?

—Créame que no es así. En este momento estoy inmerso en otro caso igual de importante.

—De acuerdo, pero no se olvide que me prometió su ayuda y me la debe. Sobre todo después de que por culpa de su intromisión, yo perdí a mi principal sospechoso.

—Mi intromisión impidió que cometiera una injusticia contra un hombre inocente.

—Eso está por verse… —respondió Souza en forma insidiosa.

Néstor sintió un vuelco en el corazón con esa afirmación, que le pareció una amenaza velada. Gyula todavía no estaba libre de toda sospecha y si el caso no avanzaba, Souza podía retomar el interés por su amigo. Respiró profundo para calmarse.

—Lo ayudaré en el caso hasta su resolución, Anselmo. Y no dude que atraparemos al verdadero asesino. Encarcelar a un inocente no es una opción.

—Está demasiado convencido de que no fue su amigo.

—Estoy seguro y no es por falta de objetividad.

—Dígame algo, Salazar. Si las evidencias nos condujeran de nuevo a Gyula Moreno. ¿Seguiría adelante? Se lo pregunto porque no estoy dispuesto a alterar los resultados de la investigación, por más que le resulten inconvenientes a usted. Si no es capaz de mantener la objetividad, dígamelo de una vez y terminamos con esta colaboración.

—Si me conociera, sabría que yo tampoco estoy dispuesto a cambiar los resultados de la investigación para favorecer a nadie. Mi convicción de la inocencia de mi amigo no tiene nada que ver con mi proceder mientras investigo, pero tampoco voy a permitir que se acuse a un hombre inocente porque se necesita encontrar un chivo expiatorio.

Del otro lado de la línea hubo un silencio tenso de algunos segundos. Néstor contuvo la respiración. ¿Lo excluiría Anselmo del caso a causa de su amistad con Gyula?

—Buena respuesta, Salazar —afirmó Souza. El inspector soltó el aire, aliviado—. Creo que nos vamos a entender. De cualquier forma, lo que me ha llegado pueden ser buenas noticias para usted. Dependiendo de cómo lo vea.

—¿Podría adelantarme algo?

—Por teléfono, no. Cuando podamos hablar en persona. Si tiene tanto interés, dese prisa en reunirse conmigo.

—Lo haré lo antes posible.

Cuando Néstor colgó el teléfono sentía una mezcla de curiosidad y desasosiego. Souza era un policía legal. Lo había demostrado cuando aceptó retirar los cargos contra Gyula ante las evidencias que él le había presentado, pero comprendió que era un perro de presa y que no soltaría con tanta facilidad el hueso que ya había mordido. Sobre Gyula todavía pendía una "espada de Damocles." Y él era el responsable de desmontarla.

—¿Problemas? —le preguntó Santiago en cuanto Néstor colgó el móvil.

—Los habituales. No te preocupes. Vamos con este asunto.

Antes de que pudieran continuar con la reunión, Lali llamó a la puerta y entró con café para todos. La seguía Beatriz, que avanzaba con paso resuelto hasta que vio a Salazar, entonces se detuvo en seco y se ruborizó. Sofía enarcó las cejas ante la reacción de su nueva compañera y rival. El inspector ni se enteró, pues la cabeza de él estaba concentrada en el acosador.

Lali sirvió los cafés y salió del despacho. Después de los saludos de rigor, Néstor le explicó a Beatriz los detalles del asunto que iban a tratar. Fue entonces cuando ella comprendió el motivo de la investigación que le había encargado. En cuanto la nueva subinspectora estuvo al día, Santiago y Sofía pasaron a exponer los nulos resultados de sus correspondientes indagaciones. Por el lado de Sofía, ninguno de los amigos del comisario que compartieron su experiencia como rehenes había sufrido mayores consecuencias por ello. Al contrario, Francisco Ramírez supo sacarle beneficio, otorgando entrevistas exclusivas a algunos periodistas y exaltando su papel de víctima. Ninguno de ellos tenía razones para albergar deseos de venganza contra Santiago.

Con respecto al propio comisario, el estudio de los informes policiales y judiciales no aportó más información de la que ya sabían. No encontró ni un triste hilo del cual tirar.

—Todo esto nos conduce al entorno de Eladio y Jóvito Gutiérrez —afirmó Salazar—. Cada vez me convenzo más de que el acosador proviene de ese ecosistema.

—¿Familiar o amigo? —preguntó el comisario.

—No descartaría a ninguno, pero una inquina sostenida por más de treinta años me inclina a pensar en un familiar.

—¿La esposa de Eladio, tal vez? —sugirió Sofía.

—Ella no puede ser —sentenció Beatriz—. Murió hace más de veinticinco años.

Sofía frunció el ceño ante la forma tan poco elegante de Araya de desmentirla. La novata le devolvió la mirada con aires de superioridad. Garay comprendió enseguida que la silenciosa lucha de voluntades no tenía nada que ver con el caso, sino que se centraba en despertar la admiración de Néstor, que por otro lado, no se había enterado de nada. Si aquella niñata creía que con esos alardes de suficiencia iba a conquistar al inspector jefe, estaba muy equivocada.

—De acuerdo, Beatriz —dijo de repente Salazar, saliendo de su ensimismamiento—. ¿Qué has podido averiguar del entorno de los Gutiérrez?

—Bien, como usted me pidió, hice una búsqueda de todas las personas relacionadas con Eladio y Jóvito Gutiérrez que pudieran haber resultado perjudicadas por la muerte de cualquiera de ellos…

—¿Encontraste algo importante? —le preguntó Santiago.

—Me llevó tiempo porque tuve que remontarme muchos años en la búsqueda, pero al final sí encontré algunas personas que podrían haberse visto afectadas debido a su relación con ellos.

—¿Qué encontraste? ¿De quiénes se trata?

—Eladio y Jóvito eran tío y sobrino. Jóvito era soltero. Eladio estaba casado con María Paredes y tuvo dos hijos con ella: chico y chica; mellizos. Cuando su padre murió tenían cinco años.

—¿Había otros familiares? —preguntó Santiago con impaciencia—. ¿Abuelos, tíos, primos?

—No señor. Ni por el lado de los Gutiérrez, ni por el de los Paredes. Sin embargo sí hay una persona que pudo tener relación con Eladio y sentirse

afectado por su muerte.

—¿De quién se trata, Beatriz? —intervino Néstor.

—El nombre del sujeto es Herminio Pérez. Compartió celda con Eladio durante una de sus condenas, además de que residían en la misma calle a la fecha de la muerte de este. Eso hace muy probable que mantuvieran una amistad.

—¿Qué sabemos de él? —preguntó Santiago.

—Al día de hoy es septuagenario. Vive en una residencia para ancianos en Logroño. Su última condena la cumplió hace veinte años. Desde entonces se ha mantenido limpio, o al menos no se le ha relacionado con ningún delito.

—Vale la pena investigarlo —afirmó el comisario—. Sofía.

—Sí, señor. Me haré cargo.

—Dices que la esposa de Eladio también falleció —precisó Salazar.

—Sí, señor. Murió por una sobredosis cinco años después que Eladio.

—¿Tenemos información sobre familiares o amigos de ella?

—Nadie en particular. Aunque tal vez sería conveniente indagar entre sus vecinos.

—De acuerdo —intervino Ortiz—. Tú misma te encargarás de interrogar a los vecinos, Araya.

—Sí, señor.

—¿Qué pasó con los niños? ¿Qué ha sido de ellos?

—Después de la muerte de su madre, los Servicios Sociales se encargaron de ellos, señor. Desaparecieron en el sistema.

—¿Adoptados?

—Es posible. En cualquier caso, la información llega hasta ese momento. A partir de allí están cerrados los archivos por orden judicial.

—Los chicos tenían cinco años cuando murió Eladio —argumentó el comisario—. Lo más probable es que ni siquiera supieran bien lo que le ocurrió a su padre. ¿Crees que vale la pena investigarlos?

—Tenían cinco años cuando murió su padre —reconoció Néstor—, pero diez cuando quedaron huérfanos de madre. Es suficiente edad para haber escuchado un relato de lo que ocurrió en el billar. Ese relato pudiera ser una versión poco fidedigna de los hechos. Por otro lado, esos "niños" hoy tendrían treinta y cinco, o treinta y seis años. Creo que es muy importante investigarlos.

—Además, si nuestras sospechas son ciertas y el acosador es una mujer, podría tratarse de la hija de Eladio —opinó Sofía.

—Me convencisteis. ¿Te encargarás tú mismo, Néstor?

—Yo me ocupo. ¿Sabes los nombres de los chicos? —le preguntó a Beatriz.

—Elvira y Jorge Gutiérrez.

—De acuerdo —afirmó Salazar tomando nota—. ¿Has encontrado algo más?

—Creo que hay una persona más que puede resultar de interés, señor —respondió Araya, como si hubiera guardado lo mejor para lo último.

—¿De quién se trata?

—Estaría relacionado con Jóvito. Fue su compañero de celda y según los informes de la prisión, mantenían una relación sentimental.

—Interesante. ¿De quién se trata?

—Su nombre es Jaime Campos. Cumplió condena por asalto con lesiones contra un ex compañero. Sin reincidencias. Ahora está empleado como cerrajero en una empresa de seguridad.

—Buen trabajo, Beatriz —reconoció Santiago—. Yo mismo me ocuparé de investigar al cerrajero.

Capítulo 28.

Disponer de nuevas líneas de investigación animó a Santiago. Había muchas probabilidades de que una de las personas mencionadas en su despacho fuera el acosador. Aunque hasta el momento el sujeto se había limitado a enviar notas anónimas, los policías sabían que si se había atrevido a presionar de esa forma a un comisario de la Policía Nacional, era porque se trataba de alguien peligroso, que en cualquier momento podía avanzar en su arremetida. Todo dependía del nivel de resentimiento que albergara contra su víctima. Néstor sospechaba que había un fuerte odio por parte del perpetrador. La nota entregada en manos de Lucas así se lo indicaba.

Al salir de la oficina de su hermano, Salazar le preguntó a García si algún agente que estuviera cerca podía darle un aventón hasta la Jefatura Superior. La respuesta fue afirmativa. Y llamó nada menos que al agente Echevarría. El inspector no supo si alegrarse o lamentarlo. Si bien no había nadie que lo pudiera llevar en menos tiempo, también debía reconocer que cada viaje con el entusiasta Ander era un salto al vacío. Si fuera gato, con cada aventón hubiera perdido una vida.

En efecto, a los pocos minutos de esperar junto a la puerta de la comisaría apareció Echevarría con su motocicleta y su eterna sonrisa. Nada satisfacía más al agente que cumplir funciones de chófer para alguno de sus jefes. En especial si tenían prisa. Claro, que, ahora que lo pensaba bien, él era el único merluzo que solía pedírselo.

Después de explicarle su predicamento, Néstor hizo acopio de valor y subió a la motocicleta de Ander como paquete. Aunque no era practicante de ninguna religión, se persignó. No había terminado de sujetarse cuando ya veía el asfalto pasar a toda velocidad bajo sus pies. Cinco gritos de terror y otros tantos recuerdos a muertos varios después, llegaron por fin a su destino. Salazar se apeó haciendo un esfuerzo, pues las piernas le temblaban como gelatina.

—¿Desea que lo espere para llevarlo de vuelta, señor? —preguntó Ander, sin disimular su entusiasmo.

El "no, gracias" asomó a los labios de Néstor, pero entonces recordó que Santiago podía estar en peligro, y que el tiempo apremiaba en la captura del acosador.

—Sí, gracias, Echevarría —respondió contra su voluntad—. Tengo que hacer otra entrevista antes de que termine el día. Me vendrá bien que me acerques. No creo que demore mucho aquí.

—Descuide, señor. García me relevó de mis guardias de hoy. Estoy a su completa disposición. Aquí lo espero.

Salazar asintió, maldiciendo a García por ser tan "colaborador" con él. Sabía que el muy rencoroso se regocijaba cada vez que tenía que emplear los servicios del agente Echevarría como chófer. Y todo por una simple broma de nada que le había jugado, cuando lo llamó para decirle que se había ganado un coche en un concurso de la radio. García se emocionó, hasta que cayó en la cuenta de que él no escuchaba la radio, ni había participado nunca en ningún concurso y se cabreó. Había gente que no tenía sentido del humor. García nunca tuvo la certeza de que el autor de la broma fuera Néstor, pero siempre lo sospechó. Así que ahora, cada vez que el inspector necesitaba un aventón por parte de un agente, el oficial de la comisaría procuraba que Ander fuera el elegido.

Salazar por fin recuperó el control de sus piernas y pudo ingresar al edificio de la Jefatura Superior. Llegó hasta la oficina de Souza, quien lo invitó a entrar en cuanto llamó a la puerta.

—¡Ah, Salazar! Que bien que ya ha llegado. Pase y siéntese, que le tengo novedades.

—¿De qué se trata? —preguntó el inspector, un poco suspicaz por la actitud de su colega.

—Dígame, ¿qué tan bien conoce a los Moreno?

—Soy amigo de Gyula desde que éramos niños, cuando ambos crecimos en el Centro de Acogida. Ellos siempre fueron bastante atentos conmigo, así que diría que los conozco muy bien y también los aprecio.

—¿A todos?

—¿Adónde quiere llegar, Anselmo? ¿Cuál es esa información tan explosiva por la que me ha hecho venir hoy hasta aquí?

—Véalo por usted mismo —afirmó Souza, mientras le entregaba una carpeta que se encontraba sobre el escritorio.

—¿Qué es esto?

—Es una póliza de seguro.

Néstor levantó la mirada antes de abrir la carpeta, esperando que su colega se explicara. Como no dijo una palabra comenzó a leer.

—Pero… ¡No es posible! —exclamó en cuanto comprendió de qué se trataba.

—Apuesto a que nadie se lo mencionó cuando entrevistó a la familia. ¿No es así? Convendrá conmigo en que esto lo cambia todo.

A su pesar, Salazar asintió. Releyó el documento para convencerse de que no se había equivocado en su interpretación. Se trataba de la póliza de un seguro de vida de Jovanka Moreno; residente en Haro, La Rioja; de sesenta y tres años de edad; quien había superado satisfactoriamente las pruebas médicas exigidas por la Compañía de Seguros. La única beneficiaria era su hija Luminitsa. La póliza había sido contratada hacía un año, por la suma de un millón de euros.

—¿Cómo llegó este documento a sus manos? —preguntó Néstor para darse tiempo a asumir la información, pues ya sospechaba la respuesta.

—Cuando la Aseguradora supo de las circunstancias violentas de la muerte, se comunicaron conmigo y me enviaron esta copia. Estaban muy interesados en saber si se trataba de un accidente, un suicidio, o un homicidio, pues si la muerte no había sido accidental, congelarían el pago hasta que concluyeran las investigaciones.

—Y usted, por supuesto, les confirmó que se trata de un homicidio.

—Por supuesto. Así que la reclamación de la familia no procede.

—¿Ya han hecho la reclamación? —preguntó Néstor desconcertado, mientras recordaba a Lumi llorando sin consuelo.

—Solicitaron el pago el mismo día que se descubrió el deceso. Ni siquiera dieron tiempo a que se enfriara el cuerpo. Esto, como ya supondrá, pone a los Moreno en el punto de mira. En especial a la hija, Luminitsa. ¿Puede hablarme de ella?

—Es una buena mujer —afirmó Néstor, que todavía no podía creer lo que Anselmo sospechaba. Y sin embargo, todo apuntaba en esa dirección —. Tiene alrededor de treinta años. Casada, sin hijos.

—¿Sin hijos? —preguntó Souza con sorpresa—. Creí que en su comunidad era muy importante tener una familia.

—La familia es lo primero, pero por supuesto cada persona tiene derecho a decidir cómo quiere llevar su vida. Al igual que en cualquier comunidad. El "Tío", don Joaquín, quien es el patriarca de la familia, es un hombre de mente bastante abierta para su edad y en general respeta las decisiones menos tradicionales de los más jóvenes.

—Comprendo. Así que esta Luminitsa ha decidido no tener hijos. ¿Sabe por qué?

—No es asunto mío, así que nunca lo he preguntado.

—Hábleme más sobre ella.

—Es guía turística. Trabaja para un hotel del centro.

—¿Y su esposo? ¿Qué sabe de él?

—No mucho, la verdad. Están casados desde hace unos cinco años. Él trabaja como mecánico en el taller de don Joaquín.

—Bien, inspector, convendrá conmigo que la existencia de esta póliza le da un giro inesperado a este caso. Ahora tenemos un posible móvil. Uno de los más clásicos y antiguos de la historia: el dinero. Debemos centrar la investigación en la hija de la víctima ¿Está conmigo?

—Comprendo que es la línea correcta y lógica de investigación, aunque hay algo que chirría.

—¡No me joda, Salazar! ¿Con qué me va a salir ahora?

—En primer lugar, el resultado de las pruebas médicas. Para la fecha en la cual fue contratada la póliza, Jovanka se encontraba bajo tratamiento por cáncer, pero según este informe su estado de salud era satisfactorio

—¿Está seguro de eso?

—Por completo. Fue la misma Luminitsa quien me lo contó.

—Entonces alguien falsificó el informe.

—Lo que significa que hay algo turbio en todo este asunto. Además, me preocupa el monto por el que Jovanka fue asegurada.

—¿Por qué? ¿Cree que un millón de pavos no es un fuerte motivador para que un malnacido decida lanzar a alguien escaleras abajo?

—No. A lo que me refiero es a que este tipo de póliza no puede ser contratada por cualquiera. ¿Ha visto el monto de las cuotas?

—Treinta mil euros al año. ¿Qué esperaba? ¿Que fuera barata?

—Estamos hablando de dos mil quinientos euros al mes. ¿Cree que sus sueldos les hubieran permitido pagar estas cuotas y además vivir?

—Sí, la verdad es que ni aunque fueran genios de la economía —reconoció Souza, bajando un poco su entusiasmo—. ¿Adónde quiere llegar, inspector?

—A que en todo este asunto debe haber un tercer elemento. Alguien con la suficiente capacidad económica para asumir estas cuotas.

—¿El mismo que falsificó el informe?

—Es posible.

—¿Por qué lo haría?

—Como inversión —respondió Salazar, sintiendo un escalofrío en la espalda ante la sangre fría del supuesto individuo.

—Es un punto interesante —reconoció Anselmo—. Me gusta. Tal vez el viejo Quintero tenga razón con respecto a usted después de todo —Néstor levantó la mirada sin saber cómo interpretar el comentario—. En cualquier caso, creo que debemos tener una seria conversación con la señora Luminitsa y su esposo. Y también con su agente de seguros.

Capítulo 29.

Después de decidir cómo se distribuirían el trabajo, Néstor abandonó la Jefatura Superior. Aunque lamentaba que las evidencias apuntaran a los primos de Gyula, no tenía otra alternativa que reconocer que Anselmo tenía razón: Eran los sospechosos más evidentes. Su cercanía con la familia hacía poco conveniente que fuera Salazar quien se ocupara de interrogarlos. De manera que él se comprometió a citar al corredor de seguros, mientras Souza entrevistaba a los Romero.

Como el inspector temía, Ander lo esperaba en la puerta de la Jefatura Superior. Esta vez comenzó a persignarse mientras se acercaba. Ninguna precaución era excesiva.

—¿Adónde lo llevo, señor?

Néstor le dio la dirección del Centro de Acogida. Según la información recopilada por Araya, los hijos de Eladio habían crecido en la misma institución donde él pasó gran parte de su infancia y toda su adolescencia. Siendo él un poco mayor, era posible que los hubiera conocido, aunque no le venía a la memoria ninguna pareja de mellizos de diferente sexo.

El viaje entre la Jefatura y el Centro transcurrió como esperaba; con el corazón en la garganta y una maldición a flor de labios. Sin embargo llegó vivo, que ya era ganancia. En cuanto bajó de la motocicleta le agradeció a Echevarría su buena disposición y lo envió de vuelta a la comisaría. Esperaba regresar a casa después de la entrevista con don Alejandro, el director del Centro, así que ya no tendría prisa.

Aquel edificio le traía muchos recuerdos y aunque su permanencia allí había sido el resultado de una desgracia en su vida, debía reconocer que también había pasado buenos momentos tras esas paredes. Lloró mucho por los rincones, pero también había reído en numerosas ocasiones, una vez que aprendió a aceptar su nueva realidad. Allí había conocido a Gyula; su mejor amigo, su hermano de crianza. Ambos habían puesto del revés la cotidianidad del lugar más de una vez con sus travesuras. El corazón se le rebelaba a Néstor cada vez que cruzaba ese umbral.

Respiró profundo y se encaminó con paso seguro hacia la oficina del director, de la cual conocía muy bien el camino. Había tomado la precaución de llamarlo desde la Jefatura Superior y sabía que lo estaría esperando.

En efecto, la secretaria lo hizo pasar enseguida. Don Alejandro se puso de pie en cuanto lo vio entrar y desplegó una amplia sonrisa.

—¡Néstor, hijo! ¡Qué bueno volver a verte! ¿Cómo estás? He leído mucho sobre ti en los periódicos en los últimos meses. Si ya casi eres una celebridad en Haro.

—Ya será menos, don Alejandro. Solo he hecho mi trabajo. Otro asunto es que los últimos casos que hemos llevado en la comisaría han sido sonoros para la prensa.

—Y que lo digas, hijo. Todavía se me pone la piel de gallina cada vez que me acuerdo del individuo ese que hacía que los chicos se suicidaran. Y el pobre Eduardo… Bueno, pero eso ya pasó. Dime, ¿qué te trae por aquí?

—Necesito información sobre dos chavales; chico y chica, hermanos, que fueron admitidos aquí en 1992.

—¿Información?

—Alguno de ellos, o ambos, podrían estar relacionados con un caso que investigo en este momento. Necesito localizarlos para hablar con ellos.

—Bien. Si me proporcionas los datos veré que hay en los archivos, pero recuerda que hay muchos expedientes que están cerrados por orden judicial para protección de los menores. El tuyo mismo, sin ir más lejos. Si fuera el caso, tendrías que conseguir una orden judicial para poder acceder a toda la información.

—Soy consciente de ello, don Alejandro, pero quisiera que comprobara de qué datos podemos disponer en este momento. Le confieso que una persona muy cercana a mí podría estar en peligro.

—Por supuesto que te ayudaré en todo lo que pueda, hijo. Espera un momento.

El director usó la centralita para comunicarse con su secretaria, quien entró a la oficina de inmediato.

—Gertrudis, por favor encuentre los expedientes de las personas cuyos datos le va a proporcionar el inspector.

—Sí, señor. ¿Se encuentran en el Centro, o ya egresaron?

—Egresados —aclaró Salazar—. En este momento deben tener treinta y cinco, o treinta y seis años. Debieron ser admitidos en 1992, a la muerte de su madre. Su padre había muerto cinco años antes.

—¿Sabe sus nombres?

—Elvira y Jorge Gutiérrez. También puedo decirle que eran mellizos.

—De acuerdo. Revisaré el archivo. Con estos datos no debería ser difícil encontrarlos.

La secretaria se ausentó y mientras esperaban, don Alejandro se dedicó a recordar anécdotas de los tiempos en que Néstor y Gyula hacían de las suyas por aquellos pasillos. El director le reconoció a Salazar que se divertía mucho con sus ocurrencias, aunque siempre trataba de disimularlo y adoptar una actitud severa para que no se le subieran a las barbas.

Quince minutos después, Gertrudis regresó con dos carpetas.

—Aquí las tiene, señor —le dijo a su jefe, mientras le entregaba los expedientes—, aunque me temo que no hay mucha información.

El director comenzó a ojear las carpetas y asintió.

—Tienes razón. Ambos ingresaron al Centro en 1992 a causa de la muerte de su madre por sobredosis. No tenían ningún familiar que pudiera ocuparse de ellos. Sus nombres eran Elvira y Jorge Gutiérrez. En el momento de su ingreso tenían diez años recién cumplidos.

—¿Conservaron sus nombres? —preguntó Néstor, consciente de que los jueces de menores cambiaban la identidad de muchos de los chicos que terminaban allí, si consideraban que era necesario para protegerlos. Él mismo había sido admitido como Lucas Ortiz.

—Así fue en el caso de la chica. Elvira fue adoptada a los seis meses de su ingreso. Por supuesto que asumió el apellido de la familia que la acogió.

—¿Solo el apellido?

—El expediente no refleja esa información. Algunas familias de adopción deciden cambiar también el nombre de los chicos. Aunque por lo general suele ser en el caso de los más pequeños.

—¿Podría proporcionarme esos datos, don Alejandro?

—Lo lamento, hijo. La información es reservada por orden judicial. Lo solicitó la familia de adopción en vista de la disfuncionalidad del hogar del que provenía la chiquilla.

—Comprendo. ¿Qué hay de Jorge?

—Él sí conservó el nombre. Su caso es más triste. Era muy unido a su hermana, pero no fue posible mantenerlos juntos, así que cuando adoptaron a Elvira, el muchacho manifestó algunos problemas de conducta. Lo he visto antes. En general no estamos de acuerdo en separar a los hermanos, por supuesto, pero… Bien, a veces no es nuestra decisión, Y negarles la posibilidad de un hogar a estos niños…

—¿Es normal que separen a dos hermanos, siendo tan mayores?

—Me temo que en este caso hubo ciertas… Influencias de la familia que adoptó. Ahora que leo los expedientes, recuerdo el caso. Yo me oponía. Quiero decir, no a que la niña fuera adoptada, por supuesto, sino que separaran a los chicos. Ya habían sufrido demasiado.

—¿Por qué se hizo, entonces?

—La pareja a quien se le concedió la adopción vino con la intención de llevarse un bebé, como la mayoría, pero Elvira era… No sé cómo explicarlo, tenía un encanto especial. Esa niña parecía un ángel. Además de que era muy inteligente. La familia se quedó tan impresionada que hicieron todo lo posible para que les entregaran a Elvira. No es necesario que te diga que disponían de mucha influencia. Cuando fui informado de su decisión, traté de convencerlos de adoptar también al chico, pero no quisieron ni oír hablar de ello. La separación fue devastadora para Jorge.

—¿De qué forma?

—Se encerró en sí mismo y comenzó a actuar con rebeldía. Tuvo que ser atendido por nuestros psicólogos, quienes recomendaron ubicarlo en una familia de acogida. No se adaptó. Al cabo de dos meses regresó aquí. Huyó antes de cumplir los dieciocho años. Desde entonces no supimos más de él.

—¿Conservó su nombre?

—Mientras estuvo con nosotros sí, pero después de su huida todos los esfuerzos por encontrarlo fueron infructuosos, de manera que es posible que haya conseguido una falsa identidad. Es todo lo que sé. Lamento si no puedo proporcionarte toda la información que necesitas.

—Gracias, don Alejandro, no importa. De alguna manera lo averiguaré. Me ha ayudado usted mucho. Como siempre.

Capítulo 30.

Salazar decidió regresar a su casa en autobús. Ese día ya había tenido suficiente velocidad para una buena temporada y prefería terminar la jornada con un largo paseo que le permitiera meditar acerca de los acontecimientos de las últimas horas. Además, llegar a su casa significaba que volvería a estar solo. Mientras se mantuvo ocupado trabajando no había pensado mucho en ello, pero ahora, a punto de enfrentarse de nuevo a las cuatro paredes vacías de la buhardilla, afloraba a su conciencia la ausencia de Paca. Entonces recordó a Kavi y sus primos. ¿Habrían tenido suerte y lo estarían esperando con la sorpresa de haber encontrado a su gata?

La simple esperanza alegró el corazón de Néstor, que comenzó a sentir apremio por llegar a "San Miguel". Y al mismo tiempo, el miedo a desilusionarse le hacía desear retrasar el momento todo lo posible. En fin, que no sabía lo que quería. Bueno sí, quería recuperar a Paca.

Por fin llegó al barrio, se apeó del autobús y recorrió las calles empedradas hasta llegar a su portal. El bar de Gyula estaba abierto y en plena actividad, así que encaminó sus pasos hacia allí. En cuanto puso un pie en el interior del local, que a esa hora estaba a tope, vio a Gyula detrás de la barra sirviendo copas y tapas, mientras Dika distribuía las órdenes entre las mesas. En cuanto notaron su presencia, sus amigos desplegaron una amplia sonrisa y se acercaron a él, cada uno por su lado.

—¡Hola, Néstor! —lo saludó el tabernero—. Te ves cansado. ¿Quieres cenar? Tengo ahí un bonito con tomate que está para chuparse los dedos.

—¡Eh!, gracias Gyula, pero lo cierto es que tengo poco apetito. He tenido un día de aúpa. ¿Por qué no me preparas un bocata para subírmelo a la buhardilla y comerlo un poco más tarde?

—Que como sigas alimentándote así, vas a quedar en los huesos, gachó —intervino Dika—. Pero espera, que ya te preparo yo un "campero," como no lo has comido nunca.

—Gracias, Dika.

—Por cierto, por ahí te están esperando el Kavi y los chicos, que quieren verte.

—¿Encontraron a Paca? —preguntó Néstor con ansiedad.

—Pues no estamos seguros —respondió Gyula, mientras Dika entraba en la cocina para preparar la cena de su amigo.

El inspector no supo cómo interpretar esas palabras, así que se encaminó hacia la mesa que le indicó Gyula, donde los chavales daban buena cuenta de un plato lleno de croquetas, que acompañaban con bebidas gaseosas. En cuanto lo vio, Kavi se limpió los dedos con una servilleta y tragó con prisa los últimos restos de la croqueta que se estaba comiendo.

—¡Néstor! ¿Qué pasa, tronco? ¿Un mal día?

—Digamos que ha sido un día movido. ¿Y vosotros, qué tal?

—Pues esa gata tuya nos ha tenido corriendo de un lado a otro. ¿Tienes idea de cuántos gatos negros hay en el barrio?

—Pero, ¿la habéis encontrado?

—Pues eso tendrás que decírnoslo tú.

—¿De qué hablas? —preguntó Salazar, que tal vez a esa hora ya estaba un poco espeso, pero no comprendía nada.

—Ven. Acompáñame a la oficina de Gyula y verás a qué me refiero.

Kavi se levantó, mientras el resto de los chavales, que seguían comiendo a dos carrillos, cogieron una o dos croquetas por cabeza y los siguieron con expresión orgullosa.

Cuando el primo de su amigo abrió la puerta del despacho, el inspector se quedó de una pieza. En la oficina había al menos diez gatos negros. Algunos reposaban sobre las superficies, cual monarcas en espera de sus súbditos. Otros deambulaban de un lado a otro con paso elegante, nada conformes con su encierro. Sobre el escritorio, con actitud despectiva reposaba un hermoso gato blanco de angora.

—¿Qué es esto? —preguntó Néstor, confundido.

—Es que no estábamos seguros de reconocer a tu gata —argumentó uno de los chavales—, así que decidimos traer a todos los gatos negros que encontramos por el barrio.

—Pero os dije que a Paca es fácil reconocerla porque le falta la punta de una oreja —protestó el inspector.

—Pues a ninguno de estos le falta —reconoció el mismo chaval—. Es que pensamos que le podía haber crecido.

—¡Que es una gata, no una lagartija! ¿Y ese gato blanco? ¿Pensabais que era Paca con el pelo teñido?

—Es que a mí me pareció más bonito que los gatos negros y por eso lo traje. A ver si servía —confesó Curro, el chaval más joven, que no debía contar más de doce años.

—Este es un gato de raza, Curro —afirmó Néstor—. Supongo que debe ser costoso. Dime por favor que lo encontraste en la calle.

—Bueno sí. Bueno, casi.

—¡Qué quieres decir con "casi"?

—Bueno, sí. Estaba en la calle, o cerca —Salazar le clavó la mirada, esperando que se explicara—. Es que como los chicos se ocuparon de San Miguel y la plaza, yo me subí a la calle Soledad. Allí había un chalé con jardín y bueno, el gato estaba en el jardín, pero más cerca de la calle que de la casa —se apresuró a agregar ante el fruncimiento de ceño del inspector —. Así que técnicamente estaba en la calle, ¿no?

—¿Me estás diciendo que robaste este gato de un chalé de la calle Soledad?

—Robarlo, robarlo, no —se defendió el chaval encogiéndose de hombros.

—Curro, este gato no es callejero. Es una mascota de raza que alguien compró y es muy costoso.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Ahora me explico.

—¿Qué te explicas? —preguntó Néstor, sintiendo que un sudor frío le recorría la espalda.

—La señora que me gritó y trató de correr detrás de mí cuando cogí al gato.

—¡La madre que me parió! —exclamó Salazar—. ¿Y no se te ocurrió pensar que el gato tenía dueño y que te lo estabas robando?

—No creí que un gato pudiera valer mucho dinero. Quiero decir, es un gato, ¿no? Hay montones por la calle que no son de nadie. ¿Por qué alguien querría pagar mucho dinero por tener uno? No lo entiendo.

—Curro. Dejemos esas consideraciones para otro momento. Ahora quiero que cojas a ese gato blanco y lo regreses al lugar donde lo encontraste —le ordenó el inspector con expresión seria—. Y si te encuentras a esa señora le pides disculpas y le dices que te equivocaste de gato y creías que era otro que buscabas. Kavi, acompáñalo, por favor. Si tenéis algún problema me llamáis.

—Yo solo quería ayudar, Néstor —dijo el chico, encogiendo un hombro y con expresión de estar a punto de llorar.

El inspector se sintió un canalla. Aquellos chavales ocuparon todo el día en buscar a Paca solo por ayudarlo. Aunque se hubieran equivocado, él no tenía ningún derecho de enfadarse con ellos. Él era el único responsable de todo aquel desaguisado. Relajó las facciones y apoyó la mano en el hombro del chiquillo.

—Lo sé, Curro y te lo agradezco mucho, pero no se trata de traer un gato por otro. Mucho menos si ya tiene dueño. Alguien que debe estar tan preocupado por su mascota como yo por Paca. Sin embargo, sé que tus intenciones fueron buenas y te lo agradezco, pero cuanto antes lo regresemos a su verdadero hogar, será mejor para todos. ¿Lo comprendes?

—¿No estás enfadado conmigo?

—No, claro que no. Si alguien cometió un error fui yo, por no haberme explicado bien esta mañana.

Curro desplegó una sonrisa de alivio, cogió el gato de angora y miró a Kavi dispuesto a seguir las instrucciones de Néstor.

—Decidme, chicos, ¿hay más gatos aquí que tienen dueño?

—A los demás los encontramos en la calle —respondió otro de los chavales—, pero quién sabe —reconoció mientras encogía un hombro.

—Bien, en ese caso, por favor dejadlos en el mismo lugar donde los habéis encontrado. Me temo que ninguno de ellos es Paca.

—¿Y no te sirve cualquiera de estos? —preguntó el mismo chico, que parecía bastante espabilado—. Después de todo, son gatos negros.

—Os lo agradezco, pero no es lo mismo. Paca es Paca.

—¿Y qué tiene de especial esa Paca? —indagó Curro con curiosidad.

—Que sabe escuchar.

Capítulo 31.

Los chavales recogieron los gatos y salieron a la calle, dispuestos a devolverles la libertad. Néstor confiaba en que aquellos que tenían dueño supieran regresar a casa. Curro y Kavi se ocuparían del gato de angora y las correspondientes disculpas. Resuelto el malentendido, Néstor recogió su bocata, dio las gracias a sus amigos, después de confirmarles que Paca no había caído en la redada felina y salió del bar con rumbo a su casa.

Subió las escaleras con paso lento y cansado, sin muchas ganas de llegar. Cuando alcanzó el último tramo de la escalera se detuvo en seco. Frente a la puerta de la buhardilla, con actitud despreocupada, Paca se dedicaba a acicalarse mientras esperaba. En cuanto lo vio detuvo su tarea y lo miró con esos ojos amarillos que parecían farolas.

—Miau —le soltó. Y en ese maullido Néstor interpretó un reclamo por haberla hecho esperar.

—¡Paca! ¡Has vuelto!

Salazar subió corriendo el último tramo de las escaleras y a toda prisa cogió en brazos a su gata. Por si se le ocurría volver a escapar. Era capaz la muy truhana.

—Meumeu —protestó Paca por los modos poco sutiles de su humano. ¡Que una gata merecía un trato más cuidadoso!

El inspector abrió a toda prisa, aunque por su agitación las llaves se le cayeron dos veces al suelo. Sin soltar a Paca, que ya daba muestras de impaciencia ante su torpeza y comenzaba a revolverse, Néstor por fin consiguió abrir la puerta.

Una vez adentro, puso a Paca sobre el sofá y comenzó a revisarla con cuidado. Quería asegurarse que no tuviera ninguna herida que quedara oculta por el pelo. Se sintió aliviado cuando comprobó que ella estaba bien. Entonces hizo algo que nunca había hecho: La apretó contra su pecho en un gesto cariñoso, pero que no gustó mucho a la independiente felina.

—Mieeeuuu —volvió a protestar Paca. Aquellos excesos de confianza, apretones y modos bruscos que estaba adoptando su humano no eran de su agrado y se lo demostró lanzándole un zarpazo al brazo que la sujetaba.

—¡Auch! —exclamó Salazar al sentir el arañazo—. Está bien. Ya te dejo en paz. Es que me alegro mucho de volver a verte. Creí que me habías abandonado para siempre.

La gata no respondió. Se limitó a mirarlo con aires de superioridad felina. Néstor respiró varias veces con ánimo de tranquilizarse. ¡Paca había vuelto! ¡La había recuperado! Aunque lo miraba con cierto resquemor.

—Meu.

Ese último maullido era inconfundible. Él sabía muy bien lo que significaba.

—Tienes hambre, ¿verdad?

—Meu —confirmó Paca.

—Por supuesto, tú siempre tienes hambre.

El inspector se apresuró a llenar el comedero de la gata y también le puso un tazón con leche. La felina no perdió el tiempo. Bajó del sofá de un salto y corrió hacia el comedero. Devoró el pienso en pocos minutos. Luego se ocupó de la leche, de la cual no dejó ni una gota. Cuando terminó levantó la mirada hacia el humano, que la contemplaba embelesado.

—Meu.

—¡Más? Te serví una ración mayor que la habitual. No es posible que quieras más.

—Meu —insistió Paca, con actitud enfadada.

Néstor suspiró y dejó caer un poco más de pienso en el comedero. Paca se lo zampó en un santiamén. Después comenzó a lamerse la pata con la que solía acicalarse.

El regreso de Paca y verla comer con tanto apetito, le recordaron a Salazar que no había cenado todavía, así que cogió el bocata que le había preparado Dika y que ella llamaba "campero," lo desenvolvió y comenzó a comer. Paca dejó de lamerse. Lo primero era lo primero. Y olía a jamón. Ninguna gata que se preciara dejaría pasar algo así.

—Meu —reclamó.

—Oye, tú ya comiste. Esta es mi cena —protestó el inspector.

—Meu —insistió Paca en un tono que no dejaba dudas acerca de quién daba las órdenes allí.

Néstor suspiró. La pobre gata debió pasar hambre y frío por su culpa. No podía ser tan rácano como para negarle un poquito de su cena.

—Meu —volvió a decir Paca, dando un paso que la acercaba a él y su bocata.

Salazar se rindió. Gyula tenía razón, cuando se trataba de la gata era un blandengue. Así que le fue dando trocitos de jamón de York a Paca en la medida en que se comía el "campero." Desaparecidos ya los últimos restos

de comida, la felina perdió el interés en su humano y subió al sofá de un salto. A Néstor le pareció que cojeaba de una pata; la misma que insistía en lamer desde su regreso. Decidió hacer algo al respecto. Podía estar lastimada aunque no tuviera heridas visibles, así que lo más prudente sería una visita al veterinario. Además, todavía le preocupaba el extraño comportamiento que había tenido antes de su huida y quería asegurarse de que no estuviera enferma.

Una hora después, Paca se encontraba en la mesa de exámenes de un veterinario enfadado porque habían interrumpido su cena. Después de revisarla con cuidado, el licenciado se encaró con Néstor.

—Aquí está el problema —le dijo a un preocupado inspector—. Tiene una pequeña astilla clavada en una de las almohadillas de la pata. La retiraré, lo desinfectaré y estará bien en un par de días.

El veterinario procedió a curar la pata mientras Néstor la sujetaba. Paca recompensó a su humano con un mordisco rencoroso. ¡Quién se creía que era para someterla a semejantes vejaciones! ¡Que a una gata como ella se la respetaba!

—¡Listo!

—¿Eso es todo?

—Descuide, su gata está muy sana. Solo hay que mantener limpia la pata y se curará muy rápido.

—¿Qué me dice del extraño comportamiento que tuvo antes de escaparse? ¿No estará enferma?

El veterinario miró a Salazar a los ojos y acto seguido soltó una carcajada.

—¿En serio no sabe por qué su gata se comportó así?

—¿Debería saberlo?

—No debe preocuparse, señor Salazar. Paca no está enferma. Solo entró en celo.

—¡En celo?

—Sí, ya sabe… El llamado de la naturaleza. Y para su tranquilidad, tampoco creo que el motivo de su fuga fuera que usted le gritara. Estoy seguro de que su instinto la impulsó a buscar un gato macho que la montara. Y si regresó es porque lo encontró.

Néstor miró de reojo a la gata, que echada sobre la mesa parecía atenta a la conversación.

—¡Casquivana! —le murmuró Salazar.

—Mieeeuuu —respondió Paca en su defensa.

—Pero espere un momento —dijo el inspector, mientras los engranajes de su cerebro comenzaban a moverse—. Si Paca se escapó porque estaba en celo y regresó porque encontró un gato macho que la sirvió, eso quiere decir…

—Que es muy probable que en pocas semanas recibamos otra camada de gatitos —concluyó el licenciado.

—¡La madre que te parió, Paca! —exclamó Néstor, mientras se llevaba la mano a la frente—. ¡Otra vez la mula al trigo!

—Mieeeeuuuu.

Mientras Salazar asimilaba la noticia, el veterinario se quitaba los guantes y se lavaba las manos, riéndose sin disimulo.

—¿Pero estamos seguros de que está preñada?

—Es lo más probable. Se lo podré confirmar en unos quince días, mediante una ecografía.

—¿Eso duele?

—No.

—¿Y qué debo hacer mientras tanto?

—Cambie el pienso por uno para crías. Le proporcionará los nutrientes que necesita. Por otro lado, no haga nada, ni se preocupe. La gata podría cambiar un poco su comportamiento; volverse más cariñosa, o distante. Todo depende de las hormonas.

—Ya —respondió Néstor, todavía en estado de choque.

—Descuide, comenzaré a indagar entre mis clientes para colocar a los gatitos en hogares apropiados.

—Parece muy seguro de la preñez de la gata —afirmó Salazar un poco molesto. Él prefería pensar que el veterinario se equivocaba.

—Digamos que las probabilidades son muy altas, pero tomando en cuenta los inconvenientes que le ocasiona la fertilidad de Paca, tal vez deba considerar la posibilidad de esterilizarla.

—¿Esterilizarla? Necesitaría operarla, supongo.

—Por supuesto.

—¿Y tiene que usar agujas?

—Sí, claro.

—Entonces, no. Odio las agujas. No podría hacerle eso a Paca —sentenció el inspector, mientras acariciaba el lomo de la gata, que parecía ajena a la conversación de los humanos.

—Es su decisión, señor Salazar, pero le advierto que una gata sana como Paca puede tener hasta cuatro celos al año y un promedio de seis crías por parto. Lo cual significaría que tendríamos que buscarle hogar a veinticuatro gatitos por año…

Ante semejantes operaciones aritméticas, Néstor abrió los ojos como platos y su imaginación le regaló la estampa de una buhardilla plagada de gatos.

—¿Cuándo lo hacemos? —le preguntó al risueño veterinario.

Capítulo 32.

De vuelta en casa y ya con la tranquilidad de saber que Paca estaba bien, Néstor se preparó para concluir ese largo día. Se sentía muy cansado, así que dejó a su gata sobre el sofá, metió el gabán en la cesta donde lo guardaba para que estuviera arrugado al día siguiente, dejó el móvil junto al juguete de la gata y se fue a dormir. Paca lo siguió, pues en la cama de su humano estaría más calentita que en su cesta.

Salazar quedó dormido como un ceporro en cuanto puso la cabeza en la almohada y no despertó hasta que su impertinente felina comenzó a lamerle una oreja para que le sirviera su tazón de leche matutino. El inspector se levantó murmurando imprecaciones contra su gata, pero en el fondo se sentía feliz porque la había recuperado. Había echado de menos esos despertares intempestivos.

Después de darse una ducha, rasurarse y vestirse, hizo una rápida caricia en el lomo de Paca a modo de despedida y salió, teniendo mucho cuidado de que ella no volviera a escaparse. Antes de encaminarse a la comisaría, se detuvo en el bar de Gyula para disfrutar de un buen desayuno y avisarles a sus amigos que Paca había regresado. Mientras daba cuenta de la segunda taza de café y terminaba el plato de rosquillas, Salazar le pidió a Gyula que lo acompañara un momento en la mesa. Sabía que Souza citaría a la Jefatura a Cappi y Lumi mediante orden judicial y no quería que lo tomara por sorpresa.

—¿No pensarás en serio que Lumi tuvo algo que ver con la muerte de Jovanka? Es tan absurdo como pensar que lo hice yo.

—Como amigo estoy seguro de que hay una buena explicación, pero como policía debo guiarme por la evidencia. Y la aparición de esa póliza de vida tan abultada, siendo ella la única beneficiaria… Sería impensable que no lo investigara, Gyula. Lo siento.

—Sí, ya. Comprendo que ese es tu trabajo y conociéndote sé que lo harás bien, pero me preocupa que os equivoquéis con ella, como ocurrió conmigo. Tal vez en su caso también puedas encontrar una prueba de que es inocente —le sugirió, animándose con la idea.

—De momento será Souza quien se encargue de investigarlos a ellos. Es lo correcto.

—¿Cómo es que sí pudiste ocuparte de demostrar mi inocencia y no puedes hacerlo con mi prima? —preguntó el tabernero, comenzando a enfadarse.

—En tu caso todas las pruebas eran circunstanciales, Gyula —le explicó el inspector con paciencia—. Tuviste la oportunidad, pero no había ningún móvil razonable y los medios eran discutibles. Por eso pude demostrar que era dudosa tu participación y por ello no debías ser acusado.

—¿Dudosa? ¿Me estás diciendo que no quedé libre de toda sospecha? —preguntó Gyula, palideciendo.

—Me temo que nadie relacionado con el caso está libre de sospecha hasta que atrapemos al verdadero asesino —confesó Néstor—. Te prometo que lo haremos.

—¿Por qué no puedes ayudar a Lumi como me ayudaste a mí?

—La situación de Lumi es diferente. La póliza le atribuye un motivo poderoso. Todavía no sabemos si tuvo los medios y la oportunidad. Es parte de lo que Souza deberá determinar.

—Que pudiera hacerlo no significa que lo hiciera —protestó el tabernero.

—Lo tenemos claro. Descuida, Gyula. No permitiré que ningún inocente sea acusado por la muerte de Jovanka, pero debes tener paciencia y dejarme hacer mi trabajo. No puedo decretar la inocencia de nadie. Debo basarme en evidencias y testimonios.

—Tienes razón. Lo lamento, Néstor. Soy un malagradecido. Estoy seguro de que harás todo lo que esté en tu mano para que este feo asunto no salpique a Lumi.

—Has abogado por Lumi y eso lo comprendo porque es tu prima, tu familia y estás seguro de su inocencia… —Gyula asintió sin comprender adónde quería llegar su amigo—. ¿Por qué no has mencionado a Cappi? También es sospechoso por la misma razón que ella y no has dicho una sola palabra en su defensa.

—Estoy seguro de que Lumi no hubiera sido capaz de hacer el menor daño a Jovanka…

—Pero no tienes la misma certeza con Cappi. ¿No es así?

—Conozco a Cappi desde hace poco tiempo… ¿Quieres que sea sincero?

—Por favor.

—Cappi es bastante reservado. Nunca se ha integrado del todo a la familia, pero no es eso lo que me incomoda de él…

—¿Qué es lo que te molesta, entonces?

—No quiero ponerte sobre una falsa pista por algo que quizá no tenga nada que ver con el homicidio.

—Todo lo que me puedas decir me ayudará a descubrir la verdad, Gyula. Sin importar si Cappi está involucrado o no en el homicidio de tu tía, conocer su carácter y valorar su personalidad me puede dar pistas para incluirlo entre los sospechosos, o descartarlo.

—Está bien. Te lo diré. Hace unos meses, Jovanka me pidió que hablara con Cappi. No quería involucrar al "Tío" todavía, porque decía que su hermano ya tenía bastantes problemas, para que ella lo cargara con los de sus hijos.

—¿De qué tipo de problema estamos hablando? ¿Maltrata a Lumi?

—¡Por supuesto que no! Te aseguro que si lo hiciera, ya no tendría dientes.

—De acuerdo, entonces ¿qué?

—Es ludópata. Se juega hasta los gayumbos. La pobre Luminitsa pasa muchas dificultades para llegar ya no a fin de mes, sino al día quince.

—Es por eso que ha decidido no tener hijos.

—Sí. Tener descendencia en esas circunstancias sería irresponsable.

—Eso que me dices es interesante, porque los ludópatas suelen tener deudas con gente poco recomendable.

—¿Gente que puede tirar a alguien escaleras abajo para cobrar su dinero?

—Podría ser —admitió Salazar, pensativo—. ¿Sabes si tiene una deuda como esa en este momento?

—Lo lamento, Néstor. Solo sé lo que me contó Jovanka y no creo que ella tuviera mucha más información.

—De acuerdo. Lo investigaremos.

En cuanto el inspector salió del bar llamó a Anselmo y le informó acerca de lo que Gyula le había contado. Era un dato muy interesante y podía ser la clave para resolver el homicidio. Cuando entró a la comisaría saludó a García. Iba a pasar de largo, pero el oficial lo detuvo.

—Inspector. Buenos días.

—Buenos días, García. ¿Ya llegó el comisario?

—Todavía no, señor. Antes de que suba quiero informarle de una novedad.

—Pues tú dirás.

—Es que hay una ola de robos en el barrio.

—¡Vaya! Lo que nos faltaba —Se quejó Néstor, preguntándose a quién le asignaría ese nuevo caso. Ya todos los inspectores estaban bastante ocupados—. ¿De qué se trata? ¿Roban pisos, chalés?

—No, señor. Roban gatos.

—¡Gatos? —repitió el inspector sintiendo un escalofrío en la espalda mientras pensaba en Kavi y los chavales—. ¿Quién querría robar gatos? ¿Para qué?

—Eso mismo me preguntaba yo. No lo sé. Tal vez se trate de alguna gamberrada de chavales, porque de otra manera no me lo explico. He escuchado que usted tiene una gata. ¿Es cierto?

—Sí. Es cierto.

—Espero que la tenga a buen recaudo. Digo, para que no sea víctima de estos truhanes.

—Descuida. Paca está a salvo.

—¿Es negra su gata?

—¿Cómo dices?

—Que si su gata es negra.

—Pues sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque casi todos los gatos que han sido robados son negros. ¿No le parece curioso?

—Mucho.

—¿Qué hacemos, señor?

—¿Sobre qué?

—Sobre el robo de los gatos. ¿Qué medidas cree que debemos tomar?

—Pues yo creo que debemos esperar un poco.

—¿Esperar? ¿No cree que deberíamos investigar y encontrar a los rateros de gatos?

—¡Rateros de gatos! —exclamó Salazar con una falsa sonrisa—. ¡Qué cosas tienes, García!

—¿Está usted bien, señor? Lo noto un poco extraño.

—¡Nada! —Se apresuró a replicar el inspector—. Todo está bien. Mucho trabajo. Y sí, eso es. Todos tenemos mucho trabajo. Casos

importantes. No podemos distraernos con gatos. Seguro que se trata de la broma de algunos chavales.

—Parece muy seguro, inspector.

—Sí… Eh… La experiencia, García. Vamos a darle unas horas. Si siguen llegando denuncias yo mismo me ocuparé, pero ya verás que se resuelve solo.

El oficial miró a Salazar con curiosidad. Si no conociera la rectitud del inspector jefe, juraría que tenía algo que ver con el robo de los gatos. Pero eso no era posible. ¿Qué sentido tendría? Diciéndose a sí mismo que le estaba buscando cinco patas al gato, nunca mejor dicho, decidió seguir las instrucciones de su jefe y dejar estar el asunto por el momento. Después de todo, Salazar tenía fama de equivocarse muy poco.

Antes de que García cambiara de opinión, Néstor subió las escaleras a toda prisa. Debía redactar el informe para conseguir la citación a la comisaría del corredor de seguros que tramitó la póliza de Jovanka. Su nombre era Félix Rivero y el inspector consideraba que tenía mucho que explicar.

Capítulo 33.

Néstor llegó hasta el segundo piso. Aunque como inspector jefe disponía de su propio despacho, en muchas ocasiones prefería redactar los informes en alguno de los ordenadores de la sala común, donde laboraban sus compañeros. Eso le permitía mantener la comunicación con ellos e intercambiar impresiones cuando era necesario. Paca lo había despertado más temprano que de costumbre, así que la sala estaba vacía, o casi.

El inspector entró sin ver a nadie, dispuesto a usar el ordenador de Diji, o de Sofía.

—Buenos días, Néstor —dijo una voz aguda a sus espaldas, que le hizo dar un salto por el susto. Él volteó, todavía con el corazón desbocado y se encontró con Araya, quien llevaba en la mano una humeante taza del café de la comisaría. ¡Esa chica era valiente!

—Ah, hola Beatriz. No te había visto. Has llegado temprano.

—Sí, es que soy alondra —Ante la mirada de incomprensión de Salazar, la subinspectora se apresuró a explicarse—. Quiero decir, que funciono mejor por las mañanas. ¿Y tú eres alondra, o búho?

Néstor parpadeó ante la extraña pregunta, hasta que por fin le encontró el sentido.

—Supongo que me conformo con ser un simple mirlo común.

—Eres muy gracioso —afirmó ella con una sonrisa. Ante la expresión de sorpresa de él, se corrigió—. Quiero decir, que eres muy simpático. No te imaginaba así. Creí que me encontraría con alguien más rígido, distante. Después de todo, eres una celebridad.

Las palabras de la novata dispararon las alarmas del inspector, que además se sintió desconcertado.

—Hablas como si te hubieras hecho una idea de mí antes de conocerme.

—Eh… Sí, bueno no. Quiero decir… En todas las comisarías hay un inspector jefe, ¿no? Y casi siempre son rígidos y distantes y yo… Mejor regreso a mi ordenador para preparar el informe sobre los interrogatorios a los vecinos de María Paredes, antes de que nos reunamos con el comisario.

La actitud de Araya dejó todavía más inquieto a Salazar.

—Espera, Beatriz. Te he observado. Eres brillante, tienes una capacidad de trabajo impresionante y manejas tecnologías para las cuales la mayoría de nosotros somos unos cazurros. Podrías haber encontrado plaza en

cualquier Jefatura Superior de cualquier capital de provincia. Sin embargo estás aquí, en una comisaría secundaria de una ciudad normal. Me gustaría saber por qué.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué Haro y no Logroño? ¿Por qué "San Miguel" y no la Jefatura Superior? ¿Por qué no, Madrid?

Ante una pregunta tan directa, Beatriz suspiró. Dio un sorbo a su café para ganar tiempo.

—¿Te apetece un café, Néstor?

—El café de esta comisaría solo lo tomo "*in extremis,*" o cuando mi sacerdote me lo ordena como penitencia, pero en las últimas semanas no he cometido pecados tan graves.

La joven sonrió y tomó otro sorbo.

—A eso me refiero —argumentó ella—. Tú eres muy cercano.

—Sí, gracias, pero preferiría que no cambiáramos el tema de conversación, Beatriz. Dime, ¿por qué aceptaste venir a "San Miguel"?

—Por ti —respondió ella sonrojándose y volviendo a esconderse detrás de la taza de café.

—¡Por mí? ¡No comprendo! —admitió Néstor, mientras todas sus alarmas comenzaban a dispararse sin control. ¿En qué nuevo lío se habría metido ahora?—. ¿Puedes explicarte?

Beatriz suspiró. Entonces se decidió a confesar la verdad.

—He seguido tu carrera por la prensa desde que apareció la entrevista en la cual desafiabas al Asesino de la Rosa. En ese momento pensé que lo que hacías era muy valiente y me causó admiración. No me he perdido ningún artículo sobre ti y los casos que has resuelto. Cuando supe que había quedado libre una plaza en esta comisaría, la solicité.

—¡Quieres decir que estás aquí por mí?

—Te admiro mucho, Néstor. La verdad es que me enamoré de ti —afirmó ella, mientras dejaba la taza de café sobre uno de los escritorios y daba un paso adelante para acercarse. Salazar se paralizó. Por más que quería, no era capaz de mover un solo músculo.

Araya cobró un repentino valor, se acercó con lentitud y le plantó un beso en la boca. Néstor abrió los ojos como platos porque no se lo esperaba. Por encima del hombro de Beatriz vio la inconfundible figura de Sofía, que en ese momento entraba a su lugar de trabajo y se quedó petrificada en el umbral, mientras fulminaba a la pareja con la mirada.

Cuando Sofía apareció, Salazar se separó de Beatriz como si le hubieran quemado los labios. Lo hizo con movimientos torpes, por lo que perdió el equilibrio y casi se cae. Tuvo que apoyarse en la mesa más cercana.

—Espera, Beatriz… Yo… No…

Araya también quedó desconcertada ante la reacción de su jefe y su propia conducta. Había actuado por impulso, algo muy poco habitual en una persona tan cerebral como ella, pero tampoco esperaba un rechazo tan evidente. Siguió la mirada de Néstor y comprendió que había alguien a su espalda. Cuando volteó, pudo ver a la estirada de Garay, quien los miraba como si los hubiera pillado cometiendo un crimen.

—Lo lamento. No me gusta ser inoportuna —dijo Sofía, con un tono de voz que hubiera podido congelar un géiser—. Voy a tomarme un café.

La subinspectora acompañó sus palabras con un rápido giro y comenzó a alejarse de la sala común, con una expresión que hubiera asustado a "*Freddy Krueger*." Salazar se recompuso del susto y comenzó a seguirla, pero entonces comprendió que no ganaría nada tratando de justificarse en ese momento. Sería mejor esperar a que su compañera se calmara un poco. Así al menos tendría la oportunidad de hablar con ella y conservar la cabeza sobre los hombros.

En lugar de eso, decidió que debía aclarar la situación con Beatriz. En cuanto él se apartó de ella, la joven comprendió que se había precipitado en expresar sus sentimientos, los cuales se dio cuenta que no eran correspondidos. Ahora sentía un extraño calor en el rostro. ¿Vergüenza? ¡Menudo papelón había hecho!

—Lo lamento, Néstor. Quiero decir, señor… Es decir —balbuceó.

—Está bien, Beatriz. Mejor vamos a calmarnos para que podamos aclarar esta confusión.

—¿Confusión?

—Sí. Tengo la impresión de que has confundido tus sentimientos y es evidente que también los míos.

—Escuche, señor. Néstor… Tienes razón en que no valoré bien tus sentimientos hacia mí, pero te puedo asegurar que tengo muy claros los míos. Estoy enamorada de ti desde que leí aquel primer artículo.

—A eso me refiero. No puedes enamorarte de alguien por una entrevista en un periódico. Eso no es amor. Es simpatía, afinidad, tal vez admiración, pero no amor.

—Pero…

—Te agradezco mucho el alto concepto que tienes de mí. Y estoy seguro de que el trabajo diario creará lazos de afecto entre nosotros como buenos colegas, pero debo ser sincero contigo, Beatriz. Para mí siempre serás una compañera y amiga, como pueden serlo Diji, o Remigio. No creo que pueda verte de otra forma más… Más cercana. ¿Lo comprendes?

—Porque ya hay otra persona a quien le reserva ese sentimiento, ¿No es así? —Néstor asintió—. Sofía. ¿No es verdad? Ella es a quien realmente quieres.

—¿Tanto se nota?

—Entiendo que ella es una belleza, capaz de atraer a cualquier hombre y que yo soy una más del montón, pero…

—Eh, eh, eh. Detente ahí. No se trata de eso. Te lo aseguro. Eres una gran chica, que cualquiera con dos dedos de frente se sentiría orgulloso de tener a su lado, pero en los sentimientos uno no se gobierna. Lo que yo siento por Sofía no tiene nada que ver con su aspecto físico —Beatriz lo miró como si fuera un redomado mentiroso—. Bueno, reconozco que en un principio algo sí tuvo que ver, pero en la medida en que hemos trabajado juntos y cultivado una amistad, los lazos se han ido fortaleciendo y cambiando hasta convertirse en algo más… Más…

—¿Entonces por qué no estáis juntos?

La pregunta cogió por sorpresa a Salazar, pues él mismo no se lo explicaba.

Capítulo 34.

Cuando Salazar redactó el informe para que el juez citara a comisaría a Félix Rivero, el corredor de seguros, su mente estaba en otra parte. Por suerte el documento era rutinario.

No dejaba de darle vueltas a lo ocurrido minutos antes con Beatriz. Estaba claro que la joven había confundido sus sentimientos y no sería él quien se aprovecharía de ello. Tendría que mantener las distancias y el tiempo pondría cada cosa en su lugar. Quien le preocupaba era Sofía. ¿Cómo explicarle que lo que había visto no era lo que ella creía? Pero por otro lado, entre ellos solo había un beso espontáneo que surgió después de compartir un día de celebración, cuando él la llevó a conocer la "Batalla del vino." Un solo beso. ¡Pero qué beso! Néstor no podía olvidarlo. Era un recuerdo que lo emocionaba y al mismo tiempo lo asustaba, así que incapaz de aclararse había optado por ignorar lo que ocurrió. Sofía debió hacer otro tanto, pues tampoco lo había vuelto a mencionar.

En eso estaba pensando cuando Lali apareció en el umbral de la sala común.

—Inspector jefe. Supuse que lo encontraría aquí. Lo esperan en la oficina del comisario para una reunión.

—De acuerdo, Lali, enseguida bajo.

La menuda secretaria asintió y se fue. El inspector terminó el informe, lo imprimió y la siguió. La encontró en la antesala del despacho de Santiago, hablando con Diji. Néstor se sintió orgulloso del subinspector, pues estaba cumpliendo sus órdenes al pie de la letra en su tarea de proteger al comisario.

—Buenos días, Diji.

—Buenos días, jefe —respondió Cheick—, ¿puedo hablar con usted un minuto antes de que entre a la reunión?

—Sí, desde luego. Lali, por favor envía este informe al Juzgado para que emitan una citación a este ciudadano. ¿Ya llegaron los demás convocados para la reunión?

—Sí, señor —confirmó la secretaria, mientras cogía el documento de manos del inspector—. Adentro están el comisario, la subinspectora Garay y la subinspectora Araya.

La mención de las dos mujeres hizo sentir un nudo en el estómago a Salazar. Lo último que necesitaba era estar encerrado en una habitación con Sofía y Beatriz, con su hermano como testigo. Respiró profundo y trató de tranquilizarse. Ambas eran profesionales y no dejarían que sus sentimientos personales interfirieran con su trabajo. ¿Verdad? En ese momento le hubiera gustado consultarlo con Paca, quien para ser una gata daba buenos consejos.

En fin, primero lo primero, hizo un gesto a Diji para que saliera con él al pasillo y le dijera eso tan importante que quería comentarle en privado. El subsahariano se puso de pie y siguió a Néstor. Pese a que el inspector era un hombre alto, el encorvamiento de hombros que adoptaba como parte de su imagen, y su natural delgadez hacían que pareciera pequeño junto a la enorme humanidad del subinspector Cheick, a quien se le podía describir como dos metros de puro músculo.

—Dime Diji. Pareces preocupado.

—Es que lo estoy, señor. He cumplido la tarea que me asignó y no me he separado del comisario, ni he permitido que nadie se le acerque. Anoche dormí en el sofá de su casa. Él fue muy amable al ofrecerme la habitación de huéspedes, pero yo preferí quedarme en la sala porque desde allí podía vigilar mejor el adosado.

—Hiciste muy bien, Diji. Sabía que podía confiar en ti, pero supongo que no es eso todo lo que querías decirme.

—No, señor. Es algo más importante: Cuando nos dispusimos a coger el coche para venir hacia aquí, encontramos las cuatro llantas vacías. Las habían acuchillado con saña. El comisario pareció preocupado, pero no sorprendido. Llamó a Científica para que se hicieran cargo y nos vinimos en un taxi. También me pidió que no le dijera nada a usted.

—Comprendo —afirmó Néstor, sintiendo un escalofrío en la espalda. Ese asunto ya estaba escalando a otro nivel. No era lo mismo dejar un anónimo amenazante, que apuñalar una llanta. ¿Qué sería lo próximo? ¿Atentar en forma directa contra Santiago?—. Te agradezco que hayas sido honesto conmigo.

—Considero que lo más conveniente es informarle de la situación, pues su mayor interés es proteger al comisario, pero me gustaría que me explique de qué se trata este asunto, señor. Después de todo, haré mejor mi trabajo si estoy en conocimiento de lo que tengo que enfrentar.

—Tienes razón, Diji. Y te pido disculpas por lanzarte al ruedo sin la información completa. Este asunto toca muy de cerca al comisario y por eso

te ruego discreción.

—Por supuesto, señor.

En los siguientes minutos, Néstor le explicó a su subalterno el asunto de la toma de rehenes en el billar y el papel que desempeñó Santiago en ello. No mencionó su parentesco con el comisario. No era un dato que influyera en la tarea de Cheick. Diji quedó sorprendido y reiteró a su jefe que se mantendría cerca de Ortiz y en estado de alerta.

Después de la corta conversación con Diji, Salazar se dispuso a entrar al despacho. Le preocupó que su hermano le pidiera a Cheick que guardara el secreto sobre la última agresión del acosador. Sabía que Santiago quería protegerlo, pero en su intento de mantenerlo al margen, se ponía a sí mismo en peligro.

El ambiente dentro del despacho era tenso, por decir poco. Sofía y Beatriz se miraban entre sí como dos gatas en defensa de su territorio. Paca se hubiera sentido orgullosa de ellas. Detrás de su escritorio, un preocupado Santiago estaba concentrado en sus pensamientos, ajeno a la actitud hostil que prevalecía entre sus subalternas. En cuanto Salazar entró, el comisario levantó la mirada. Las subinspectoras pretendieron ignorarlo.

—Hola, Néstor. Qué bueno que estás aquí. Ya podemos dar inicio a la reunión.

—Antes de que comencemos, quiero que me digas por qué le pediste a Diji que me ocultara el asunto de las llantas.

—¿Te lo contó? ¡No tenía a Cheick por un cotilla!

—No es un cotilleo, comisario —protestó Salazar con seriedad—. Se trata de un asunto muy grave del que todos debemos estar enterados.

El inspector les explicó lo que Diji le había informado, para que pudiera ser tenido en cuenta de cara a las decisiones que se tomaran en aquella reunión. Al terminar le dio la palabra a Sofía, tratando de imprimir orgullo y confianza en su tono de voz. La subinspectora comenzó su exposición sin disimular su cabreo. Salazar pensó que tendría que ensayar más con Paca aquella entonación de la voz. Al menos con Sofía, no había funcionado.

—Visité a Herminio Pérez, el compañero de celda de Eladio, en la residencia para ancianos donde vive, en Logroño. Me dijo que había sido amigo de Gutiérrez desde que compartieron celda. Eso fue unos cuatro años antes de la toma de rehenes en el billar.

»Eladio solía asaltar pequeñas tiendas, bares y lugares con poca seguridad. Se llevaba lo que hubiera en la caja registradora, además de las

carteras y joyas de los clientes, mientras los amenazaba con armas, pero hasta el día de su muerte nunca las había empleado. Según Herminio, en ocasiones ni siquiera estaban cargadas, pues no disponía de dinero para comprar las municiones...

—Así que según él, su amigo solo jugaba a asaltar incautos. ¿Es eso? —la interrumpió Ortiz—. Es evidente que Pérez trata de despenalizarlo, pero os aseguro que el 14 de abril su arma estaba cargada y él muy dispuesto a disparar.

—¿Consideras que Herminio podría ser el autor de los anónimos? —le preguntó Néstor a Sofía, quien lo miró con franco desprecio. En ese momento, Néstor comenzó a comprender un cuento que leyó muchos años atrás en el que un tío amanecía convertido en un repugnante insecto. Ahora sabía cómo se sintió el protagonista de la historia. Suspiró. Conseguir que Sofía lo perdonara le costaría mucho tiempo y paciencia. Era una suerte que él nunca se diera por vencido.

—Supongo que no podemos descartar por completo a Herminio, pero yo lo pondría al final de la lista —respondió Garay.

—¿Por qué? —Quiso saber Santiago.

—Siente el suficiente resentimiento para odiar a todos los que tuvieron alguna relación con la muerte de Eladio, aunque fuera en forma indirecta, pero es un anciano. Aunque conserva la mente lúcida, sus manos están incapacitadas casi por completo por la artritis. Necesita ayuda de una enfermera, incluso para comer. Considero que le resultaría muy difícil escribir una nota, mucho menos hacerla llegar a este despacho, o a la casa del comisario. Y tampoco podría acuchillar una llanta.

—A menos que cuente con un cómplice —apuntó Beatriz, ganándose una mirada furibunda de su colega.

—Es por eso que lo pongo al final de la lista y no lo descarto por completo.

El tono empleado por las subinspectoras hizo que el comisario se diera cuenta por primera vez de la tensión y rivalidad que existía entre ambas. Como no comprendía nada, levantó la mirada hacia su hermano, que tenía una elaborada actitud despistada, lo que hizo comprender a Santiago que él era el responsable de lo que ocurría allí. Fuera lo que fuera. Frunció el ceño y carraspeó. Como buen policía, él también tenía sus trucos para manipular a la audiencia. No serían tan elaborados como los de Néstor, pero servían.

Ambas policías dejaron de desafiarse con la mirada para centrar su atención en su jefe. Comprendieron entonces que aquel no era el lugar, ni el momento y se relajaron, o aparentaron hacerlo. Salazar continuaba haciéndose el sueco. El comisario tomó la palabra.

—Muy bien. Beatriz, ¿qué averiguaste con los vecinos de María Paredes?

Capítulo 35.

La subinspectora Araya explicó los resultados de sus interrogatorios en el barrio donde vivía la familia Gutiérrez. Según sus vecinos, María Paredes era una mujer poco comunicativa, de actitud sumisa, que dependía por completo de su esposo. Sin embargo, pese al oficio poco edificante de él, llevaban una vida normal. Los chicos iban a la escuela y el dinero alcanzaba por poco, pero alcanzaba. Cuando Eladio murió, María se derrumbó, cayendo en drogas y alcohol. Los chicos dejaron de estudiar y sobrevivían gracias a la caridad de los vecinos, porque su madre ya no se ocupaba de ellos. En varias ocasiones los habían visitado los servicios sociales, así que ya avanzaba un procedimiento judicial para retirarle la guarda y custodia a la madre, cuando un mal día ella murió por sobredosis. Entonces los niños fueron enviados a un Centro de Acogida y los vecinos no supieron más de ellos.

—¿No tenían otros familiares? —preguntó Santiago.

—Nadie.

—¿Los vecinos te hablaron sobre los chicos? —preguntó Néstor con interés.

Beatriz lo miró y bajó los ojos como si sintiera vergüenza, pero se sobrepuso y respondió:

—No me dieron mucha información al respecto, aunque comentaron que eran inseparables. Alguno me dijo que la niña parecía un ángel, tanto en su aspecto físico, como en su trato y su inteligencia. Su hermano la idolatraba. La seguía a todas partes y hacía lo que ella decía sin discutir.

—¿Por qué te interesan tanto los chicos, Néstor? —preguntó el comisario—. ¿Averiguaste algo importante sobre ellos?

Salazar les contó la entrevista que tuvo con don Alejandro. Ortiz se mostró muy interesado.

—Si eran tan unidos y los separaron a la fuerza después de perder a su familia, eso podría ser un motivo para buscar venganza en alguien —afirmó Santiago—. Es una línea de investigación interesante.

—Hay algo más que me comentó una de las vecinas de María, que era muy cercana a la mujer de Eladio —afirmó Beatriz. Todos le prestaron atención—. Según ella, la señora Paredes estaba convencida de que su esposo había sido asesinado por el hijo de un policía que se encontraba en

el billar. También decía que los compañeros de su padre lo habían protegido y por eso no había pagado por su crimen. Lo lamento, señor. Fueron sus palabras textuales.

—No tienes que disculparte, Beatriz —la excusó el comisario—, eso complementa la información que me proporcionó Jaime Campos, el compañero de celda de Jóvito.

—¿Qué opinas de él? —intervino Néstor un poco más tranquilo. Por suerte, la discusión del caso había templado los ánimos de sus compañeras. ¡Bendito fuera el trabajo!

—No sé qué decirte —confesó Ortiz—. Campos no es un delincuente como tal. Cumplió condena por lesiones. Al parecer, sus preferencias sexuales lo hacían víctima de acoso por parte de un grupo de compañeros de trabajo. Un día el asunto llegó a las manos, se defendió y uno de ellos terminó con una herida que le dejaría una cicatriz permanente en la cara. Denunció a Campos y este terminó en la cárcel. Allí conoció a Jóvito, cuyas preferencias eran iguales a las de Jaime. Se hicieron pareja.

—Parece un buen candidato para querer vengarse —sugirió Sofía.

—Tal vez, pero si os soy honesto, no me parece el tipo de persona que sea capaz de acosar a un policía. Estuvo dos años en prisión, salió y no ha vuelto a tener problemas con la ley desde entonces. Trabaja, vive su vida. Tiene una pareja estable.

—¿Pudiste descubrir algo interesante sobre Jóvito?

—Bien, según el cerrajero, Jóvito fue inducido al delito por su tío en cuanto cumplió catorce años. Cuando ingresó en prisión apenas había alcanzado la mayoría de edad y se sentía muy asustado. Por eso se unió a una de las bandas carcelarias. Buscaba protección.

—Y lo que encontró por ello fue la muerte. ¿Qué opina Campos sobre lo que ocurrió en el billar? —preguntó Néstor—. Supongo que Jóvito le daría su versión de los hechos.

—Es lo mismo que dijo Beatriz. Casi textual.

—Lo que significa que era la versión que creía María Paredes, quien tal vez repetía en casa lo que decía Jóvito. ¿Lo visitó en alguna oportunidad?

—Lo iba a ver una vez al mes.

—De manera que tenemos una versión de los hechos muy poco favorecedora para ti —razonó Salazar, mirando a su hermano.

—Ese es un relato muy sesgado y bastante apartado de la verdad —se defendió el comisario.

—Eso no importa ahora —le refutó Néstor—. Era la versión que creía y repetía Jóvito, la que aceptaron Campos, María Paredes y por supuesto, sus hijos. Así que, fallecida María, debemos centrarnos en Jaime y en los chicos Gutiérrez.

A esa hora, en un viejo piso de la calle La Paz, Jorge esperaba con paciencia que Elvira terminara de quitarse el maquillaje. La miró a través de su reflejo en el espejo.

—¿Era necesario? —le preguntó.

—Desde luego que era necesario —respondió ella, con esa voz que conservaba el tono infantil—. Tiene que pagar por lo que nos hizo.

—¡Es un comisario de la Policía! —protestó él.

—¡Es un malnacido! Asesinó a nuestro padre. ¿O es que ya lo has olvidado?

—Elvira, han pasado muchos años. Hemos rehecho nuestra vida. ¿No podríamos dejarlo estar? Pasemos página, sigamos adelante.

—¡Siempre has sido un pusilánime! —le gritó su hermana, mientras se limpiaba los últimos restos del lápiz labial—. ¡Un cobarde! ¿Acaso olvidas todo lo que hemos tenido que sufrir por culpa de ese sujeto? Pues déjame que te lo recuerde: asesinó a nuestro padre, nuestra madre terminó destruida por su culpa, quedamos huérfanos y nos separaron. ¿Lo recuerdas? ¡Nos separaron!

—Lo sé, pero… ¡Es un policía! Nada menos que un comisario. ¿Qué pasará si nos descubren? Terminaríamos como Jóvito. Además, nos volverían a separar.

—Eso no va a ocurrir. ¿De acuerdo? —le aseguró Elvira—. ¡Ni siquiera imaginan lo cerca que estamos!

—Pero si nos encuentran… Si te vuelven a alejar de mí… No lo soportaría… —argumentó Jorge, lloriqueando.

—No nos volveremos a distanciar uno del otro. Estaremos juntos. ¡Siempre!

—¿Lo prometes?

—Por supuesto. Eres mi hermanito, ¿no?

—Solo soy media hora más joven que tú —la corrigió Jorge.

—Sigues siendo mi hermanito y siempre voy a protegerte. No dejaré que te pase nada malo.

—Pero lo que hiciste hoy… Fue muy arriesgado. ¿No tuviste miedo?

—Por supuesto que no. Fue muy sencillo, ¿sabes? ¡Y si hubieras visto su cara cuando encontró las llantas vacías y comprendió lo que había ocurrido! Solo por eso valió la pena.

—¿Y ahora, qué?

—No podremos seguir con el plan contra su mujer y sus hijos. El muy maldito los envió lejos, pero él se quedó aquí. Así que iremos contra él.

—Pero… Es policía y mucho más corpulento que tú y yo. Además ahora anda siempre con ese tío grandote que no lo pierde de vista —protestó Jorge, temeroso de la audacia de su hermana, que parecía no tenerle miedo a nada.

—Eso no importa —replicó Elvira—. Actuaremos con astucia. No lo verá venir. Para cuando quiera saber qué pasó, ya será demasiado tarde.

—Yo… No me atrevo.

—Descuida. No es necesario que tú hagas nada. Ya me ocuparé yo.

Capítulo 36.

Antes de concluir la reunión, los policías se repartieron las tareas. Después del acto de vandalismo sobre el coche del comisario, Néstor opinó que su hermano debía mantenerse al margen de la investigación, pues no sabían todavía a quién se enfrentaban, o hasta donde sería capaz de llegar el acosador y no le parecía buena idea que Santiago terminara haciéndole una entrevista a solas en el transcurso de las indagaciones.

Después de protestar, Ortiz al fin entró en razón y aceptó dejar el asunto en manos de Néstor y las subinspectoras. Salazar le pidió a Sofía que se hiciera cargo de investigar a Campos, mientras él buscaría a los mellizos Gutiérrez. A Beatriz le encargó revisar los registros existentes relacionados con todos los sospechosos.

Ya se disponían a salir del despacho cuando llegó la secretaria con un sobre en la mano.

—Disculpe la interrupción, comisario. Acaban de traer esto del laboratorio de Científica.

—Está bien, Lali. Lo estaba esperando.

Ella le entregó el documento en la mano sin responder. Él abrió el sobre y desplegó el papel que había en su interior.

—Si no me necesita para nada más, comisario…

—No, gracias, Lali. Eso es todo.

—¿Hay algo que enviar al laboratorio, aprovechando que está aquí el mensajero? —insistió ella.

Santiago miró a Néstor, haciéndole partícipe de la pregunta. El inspector hizo un leve gesto de negación con la cabeza.

—De momento, no. Gracias —le confirmó Ortiz.

—Muy bien, entonces me retiro.

Lali salió del despacho, mientras el comisario leía el informe.

—¿De qué se trata? —preguntó Salazar.

—Nada nuevo. Ya Barros me había enviado una copia por correo electrónico esta mañana. Se trata de los análisis de los anónimos. No encontró ninguna huella digital, por supuesto. Papel común y corriente. Tinta de impresora de una marca de uso habitual. Algunos rastros de sustancias químicas.

—¿Qué tipo de sustancias?

Santiago se encogió de hombros.

—No lo precisa. Al parecer se encuentran en cantidades tan pequeñas que no las pudieron identificar en las pruebas rutinarias. Casimiro no las considera significativas. Dice que no es extraño que aparezcan este tipo de rastros en algunas superficies.

—¿A qué se las atribuye?

—No lo explica.

—De acuerdo, pero en vista de la escasez de evidencias que hay en este caso, creo que valdría la pena indagar un poco más sobre el asunto. Le haré una visita a Casi en cuanto pueda.

—Como quieras —aceptó Santiago sin mucho entusiasmo, mientras guardaba la nota en el sobre. Tener que mantenerse al margen lo ponía de los nervios.

En cuanto dieron por terminada la reunión, cada uno se encaminó a ocuparse de sus asuntos. Beatriz apuró el paso hasta llegar al segundo piso, refugiándose detrás del ordenador. Al pasar junto a Néstor, ni siquiera volteó en su dirección. Sofía le dirigió una mirada de estudiada indiferencia al inspector, antes de abandonar la comisaría para investigar a Jaime Campos. Salazar, después de un suspiro cargado de autocompasión, se fue a su despacho para elaborar un informe que le permitiera conseguir una orden del juez para que le abrieran los archivos de los hermanos Gutiérrez. Eso le permitiría aprovechar el tiempo mientras esperaba al citado Félix Rivero, el agente de seguros de Jovanka.

Quince minutos después, García le avisó que Rivero había llegado con su abogado. Después de llamar a Santiago por la centralita y sostener con él una corta conversación, el inspector ordenó que los subieran a la sala de interrogatorios, donde debían esperarlo. Entonces salió de la comisaría. Le vendría bien tomarse un buen café en el bar de Gyula, mientras dejaba "en remojo" al sospechoso. Si el corredor de seguros tenía algo que esconder, aquellos minutos lo pondrían nervioso, volviéndolo más comunicativo. Y para asegurarse, ya Néstor había tomado algunas medidas.

Salazar llegó a "La Callecita", donde lo recibió una sonriente Dika. La malagueña había recuperado el ánimo en el momento en que Gyula fue liberado. Desde entonces se veía pletórica de energía.

—Hola, Néstor. ¡Qué bueno verte por aquí! —le dijo en cuanto lo vio entrar—. Has venido temprano hoy. Todavía no tenemos listos los almuerzos. Solo te puedo ofrecer alguna tapa.

—Gracias, Dika, pero solo he venido a tomarme un café.

—Cargado, con poca leche y una cucharadita de azúcar —anunció ella, mientras comenzaba a servirlo.

—Exacto. ¿Puedes llevármelo a la mesa de los chicos, por favor? —le pidió, mientras le señalaba el lugar donde Kavi y Curro se ponían morados a magdalenas.

—Anda, ve y siéntate, que ya te lo llevo.

Néstor se acercó a los chavales, quienes sonrieron en cuanto lo vieron. Al parecer, la devolución del gato de angora no había tenido mayores consecuencias.

—¿Qué hay, chicos? ¿Todo bien?

—Hola, Néstor. Siéntate —lo invitó Kavi—. ¿Quieres una magdalena?

—¡Están buenísimas! —afirmó Curro, con la boca llena.

—¿Las hizo Dika? —preguntó él, mientras cogía una. En ese momento llegó la susodicha con la taza de café y se la puso al frente.

—Estas no son mías. Que las mías son más esponjosas —afirmó con orgullo—. Aquí las trajeron los chavales, que se las dio no sé qué vecina.

—La señora del gato —le informó Kavi—. Las horneó esta mañana para sus nietos y nos regaló algunas.

—¿Os regaló magdalenas después de que Curro le robó el gato?

—¡Pues claro que no, listo! —le corrigió el chaval, antes de darle un buen mordisco a otra magdalena—. Nos las regaló porque le devolvimos el gato.

Salazar se quedó mudo, pues no comprendía nada.

—Es que resulta —explicó Kavi—, que la señora es miope, pero miope, miope.

—Vamos, que no ve tres montados en un burro cuando no tiene puestas las gafas —precisó Curro.

—Y no las usaba cuando esta calamidad se llevó a "Bigotes."

—¿Bigotes?

—Es como se llama el gato blanco —le aclaró el chaval, echando mano de otra magdalena.

—De manera —continuó Kavi—, que la señora no pudo ver bien al ladrón, así que cuando regresamos con el gato estaba tan feliz, que ni siquiera sospechó que Curro era quien se lo había llevado.

—Nos felicitó y nos pidió que regresáramos hoy para regalarnos unas magdalenas —explicó el chaval.

—Pues vaya suerte habéis tenido. Ni siquiera os ha caído una bronca.

—No nos la irás a echar tú, ¿verdad, Néstor? —preguntó Curro con cierto resquemor.

—No, acepto que fue mi culpa por no haberos explicado bien de qué iba la búsqueda, pero espero que no se vuelva a presentar una situación como esta —advirtió mirando a Curro—. La próxima vez, no quiero saber que se le haya robado nada a nadie, bajo ninguna circunstancia. ¿Estamos?

—Palabra de honor —afirmó muy serio Curro, mientras alzaba la mano en gesto de compromiso.

—De acuerdo —aceptó el inspector, mirando el reloj—, entonces seguid disfrutando las magdalenas, que tengo que continuar con el trabajo.

—¿Es verdad que recuperaste a tu gata? —le preguntó Kavi.

—Sí. Regresó sola. La encontré en la puerta.

—Son buenas noticias.

Salazar se despidió de los chavales y de Dika antes de salir del bar, de vuelta a la comisaría. Ya Santiago y Diji habrían tenido tiempo de hacerle el favor que él le había pedido a su hermano.

Mientras él compartía café y conversación con los chavales, Santiago y Diji habían subido a la sala de interrogatorios. El comisario por sí solo imponía temor por su estatura, su corpulencia y su expresión severa. Diji, aunque en general tenía una fácil sonrisa que lo hacía amigable, cuando quería componer una expresión seria no se quedaba atrás con respecto a su comisario. Ambos policías juntos, en plan cabreado, ahuyentarían a una manada de leones. Esa fue la estampa que Rivero y su abogado vieron entrar por la puerta de la sala de interrogatorios.

—Así que este es el tío que buscamos por el homicidio —afirmó Ortiz con su vozarrón.

—Sí —respondió Diji en el mismo tono, mientras abría una carpeta y hojeaba su interior—. García me dijo que estaría aquí. Tenemos todas las pruebas. Asesinar a una anciana no es poca cosa. Le caerán muchos años.

—Espere, ¿de qué hablan? Yo no he matado a nadie —protestó el corredor de seguros, mientras palidecía.

—¡No me vengas con historias, ni me hagas perder el tiempo! ¡Lo sabemos todo! —gritó Santiago, mientras golpeaba la mesa. Félix se retrajo en el asiento y el abogado dio un salto en la silla por el susto.

—¿De qué pruebas está hablando? —preguntó el leguleyo con voz de falsete—. Mi cliente está aquí por una citación relacionada con su trabajo.

—¡Eso es mentira! —protestó Cheick en un tono de mala leche que sorprendió incluso al comisario—. ¡Lo hemos citado por el homicidio de una anciana y tenemos las pruebas!

—¡Yo no tuve nada que ver con eso! —Se quejó Rivero, con el rostro desencajado y a punto de llorar—. Yo solo vendí las pólizas y cambié los informes médicos, pero no maté a nadie. Todos fallecieron por causas naturales. Por sus enfermedades. ¡No soy un asesino!

Diji dejó aflorar su sonrisa, lo que alejó todo rastro temible de su rostro. Por su lado, Santiago se relajó y también sonrió, aunque en su caso, eso lo hacía más inquietante.

—¿Pólizas? ¿Informes médicos? —preguntó el comisario— ¿De qué está hablando? ¿No es usted Manuel Gómez?

—¡Claro que no! Mi nombre es Félix Rivero.

El comisario se volteó hacia Diji, sin dejar de sonreír.

—Cheick, ¿no me dijiste que teníamos aquí al detenido por el asesinato de la anciana durante el asalto a esa tienda?

—Fue lo que me dijo García, señor —afirmó Diji, encogiéndose de hombros.

Desde el ordenador del comisario, Lali se aseguraba de hacer un respaldo del vídeo que acababa de grabarse en la sala de interrogatorios. Le encantaba ese tipo de encargo, pues le hacía sentir más policía que secretaria.

En la sala de interrogatorios, Félix abrió la boca desconcertado, mientras el abogado se llevaba las manos a la cabeza.

Capítulo 37.

Néstor vio por tercera vez el vídeo con la confesión del corredor de seguros. Entonces dio una palmada en el hombro de Santiago con satisfacción.

—Diji y tú habéis hecho un excelente trabajo. Esperaba que el tío bajara la guardia, pero esta confesión es mucho mejor. Sois un gran equipo.

—Sí, debo reconocer que me divirtió bastante la representación. Y me ayudó a olvidar el otro asunto por un rato.

—Tienes madera de actor, Santiago —lo elogió el inspector.

—O de engatusador. Debe ser algo que llevamos en los genes.

—¡Oye, que yo no soy ningún engatusador! —protestó Salazar, pero ante la mirada que le dedicó Santiago, decidió que debía defenderse —. Que no, que solo cambio un poquito la realidad de vez en cuando…

—Por cierto, nunca me has contado cómo conseguiste apestar mi oficina para que te la cediera.

—¡Yo? ¿Quién dice que fui yo? Debió tratarse de una cañería tapada.

—No hay ninguna cañería cercana a ese despacho, Néstor, y tú lo sabes. Además, aunque fuera cierto, ¿cómo es que se resolvió en cuanto te cedí la oficina?

—¿Karma? —Ante la mirada de desaprobación de su hermano, Néstor decidió recurrir a la vieja táctica de huir con elegancia y cobardía—. No tuve nada que ver. Esa es mi historia y yo no la cambio. En fin, qué importa el cómo. Lo que cuenta es que se resolvió. Ahora tenemos asuntos mucho más importantes que atender, así que subo a conversar con el señor Rivero, para que me cuente más acerca de esas pólizas que menciona.

Antes de que el comisario tuviera tiempo de responder, Néstor cogió el pincho donde Lali había copiado el vídeo de la confesión y salió a toda prisa del despacho.

Cinco minutos después entraba a la sala de interrogatorios con el portátil bajo el brazo y su mejor sonrisa cínica. Esa que Paca tanto le alababa. Rivero y el abogado cuchicheaban cuando él cruzó el umbral. Levantaron la mirada hacia el recién llegado y en sus rostros se dibujó un rictus de inquietud, que hizo comprender a Néstor que ya los tenía en el bote.

—Buenos días. Soy el inspector Salazar. Antes que nada, quiero comprobar que usted es Félix Rivero, habida cuenta del error de identidad que ocurrió hace unos minutos.

El sospechoso miró a su abogado antes de atreverse a asentir para corroborar su identidad. Así habría sido el rapapolvo después de la pifia de su defendido.

—Mi cliente ha decidido acogerse a su derecho a no declarar —afirmó el letrado, desafiante.

—Hombre, un poco tarde. ¿No cree?

—No sé a qué se refiere.

—A ver, el señor Félix Rivero, aquí presente, le confesó a mis compañeros que había alterado informes médicos de clientes que contrataron pólizas. Y que esos clientes habían fallecido "de sus respectivas enfermedades," lo cual hace suponer que ha sido partícipe de una estafa sistemática a las empresas de seguros con las cuales trabaja.

—¡Esos policías mienten! —gritó Félix—. ¡Yo no he confesado nada! Llegaron aquí con engaños y malinterpretaron mis palabras.

—¿Quiere callarse de una vez? —le gritó el abogado, mientras le lanzaba una mirada fulminante. Salazar sonrió para sus adentros. Aquello iba bien.

—¿Entonces niega usted haber participado en una estafa a las compañías de seguros con las cuales trabaja?

Rivero estuvo a punto de abrir la boca para negar las acusaciones del policía, pero la expresión del rostro de su abogado lo convenció de que era mejor no decir nada. Se limitó a bajar la cabeza, evadiendo la mirada del inspector.

—Mi cliente no tiene nada que declarar.

—Por suerte, no es necesario —afirmó Néstor, mientras comenzaba la reproducción del vídeo que había grabado Lali.

Tanto Rivero como el abogado palidecieron. Al letrado, sin embargo, había que reconocerle que se recuperó con rapidez.

—Esa grabación solo prueba que aterrorizaron a mi cliente para tenderle una trampa, induciéndolo a confesar delitos que no cometió. Este vídeo no tiene validez. Ningún juez lo aceptaría.

—En eso se equivoca, abogado —respondió Salazar, con toda la calma que pudo imprimirle a su voz—. Verá, por razones evidentes, todo lo que ocurre en esta sala es registrado para los archivos. No solo para conservar

confesiones que después son negadas, sino también para demostrar que los derechos de los interrogados han sido respetados. De manera que la existencia del vídeo solo prueba que en esta comisaría somos cuidadosos con nuestro trabajo. Por otro lado, mis compañeros ni siquiera se acercaron a su cliente, no lo amenazaron, ni lo presionaron para que confesara. Él lo hizo "*a motu proprio*."

—Lo engañaron. ¡Le hicieron creer que tenían pruebas contra él por el asesinato de una anciana! ¿Le parece poco?

—Una simple confusión de identidad. Creían que se trataba de otro sospechoso. Lo interesante es que la mención del asesinato de la anciana desencadenara esa reacción en su defendido. En especial si tenemos en cuenta que el caso por el cual lo citamos, también involucra el homicidio de una anciana.

—¡Yo no tengo nada que ver con eso! —volvió a decir Félix, quien estaba pálido y sudoroso.

—¡Que se calle! —volvió a gritarle el abogado.

—Tal vez deba seguir el consejo de su defensor, señor Rivero. Después de todo, es quien debe saber lo que es mejor para usted. Por cierto, tiene mala cara. ¿Desea que le traigan un vaso de agua?

—¡Estoy bien! —afirmó el corredor de seguros, antes de que el letrado lo mandara a callar de nuevo—. Lo único que quiero es salir de aquí. No sé nada y no voy a hacer ninguna declaración. ¿Puedo irme?

—Me temo que no es tan sencillo, señor Rivero. Verá, aunque se haya acogido a su derecho de no hablar, la verdad es que les confesó un delito muy grave a mis compañeros y como podrá suponer, nosotros, que somos los encargados de proteger a la comunidad y evitar la comisión de delitos, no podemos dejar pasar algo así.

—¿De qué está hablando?

—Bien, lo citamos para solicitarle información sobre la póliza de seguros de la señora Jovanka Moreno, quien fuera asesinada en su lugar de trabajo. Se trataba de una recolección de información rutinaria, pero en vista de su confesión, nos vemos obligados a detenerlo por el delito de estafa.

—¡Esa confesión no es válida! —protestó el abogado— Fue obtenida con engaños.

—Ese argumento se lo puede plantear al juez durante la audiencia.

—Ricardo… —dijo Rivero con la voz quebrada, dirigiéndose a su abogado.

—¡Calla, Félix! ¡No tienen nada!

Salazar se recostó en la silla con actitud satisfecha y sonrió. A Rivero, la pose del silencioso policía le pareció más preocupante que si se hubiera puesto a gritarle acusaciones. Era la actitud de quien tiene todo atado y muy bien atado.

—¿Qué me puede pasar si el juez me encuentra culpable? —le preguntó el corredor a su abogado.

—Eso no va a ocurrir. ¡No tienen ni una maldita prueba!

—Bien. Hace apenas pocos minutos tuvimos noticia de este presunto fraude, pero ya uno de nuestros mejores detectives, el inspector Remigio Toro, ha comenzado las investigaciones. En este momento debe estar en la primera de las aseguradoras donde usted actuó como intermediario, con una orden judicial para solicitar todas las pólizas contratadas por el señor Rivero. No tengo que decirle que las estudiaremos con lupa. Con especial atención a los informes médicos de los asegurados. Sabemos dónde buscar, así que conseguir las evidencias solo es cuestión de tiempo.

—¿Ricardo? —volvió a preguntarle Rivero al letrado.

—Sí, eso es cierto —admitió el abogado a regañadientes—. Tienen suficiente justificación para solicitar una orden judicial y para investigar.

Félix apoyó los codos en la mesa y ocultó la cabeza entre sus manos. Su expresión era de pura desesperación. Por fin dejó caer los brazos y miró a Salazar.

—¿Tendría algún beneficio si colaboro?

—¡Félix, espera! No te apresures.

—¡Cállate, Ricardo! ¿Inspector?

—Se lo comentaríamos al juez. No le prometo nada, pero si colabora con nosotros podría hacerle considerar que usted está arrepentido y obrar en su favor a la hora de la sentencia.

—Por supuesto que estoy arrepentido. Nunca debí aceptar meterme en este sucio asunto, pero supongo que ya es demasiado tarde —reconoció Rivero—. Pregunte lo que quiera, inspector. Le responderé con la verdad.

Capítulo 38.

Cuando Salazar salió de la sala de interrogatorios ya había pasado la hora del almuerzo. Las declaraciones del corredor de seguros habían sido muy interesantes y dejaban claro el motivo por el cual empujaron a Jovanka escaleras abajo. Había sido un asesinato despreciable y cruel. El caso comenzaba a tomar giros inesperados que le hicieron comprender que el asunto era mucho más complejo de lo que había parecido en un principio. Néstor llamó a Remigio, quien ya se encontraba en una de las aseguradoras y le comunicó la información que precisaba para facilitarle el trabajo.

Un rugido de sus tripas le recordó que no había comido nada desde la mañana, así que se detuvo en el primer bar que encontró. Se comió un par de tapas, que no tenían punto de comparación con las que preparaba Dika, pero que servirían para acallar el concierto que se desarrollaba en su interior.

Satisfecha su necesidad de alimentarse, llamó a Anselmo para comprobar que se encontraría en su despacho y se encaminó hacia la Jefatura Superior. Como quería tener tiempo para meditar acerca de lo que había descubierto, decidió coger el autobús.

Al llegar frente a la puerta de Souza ya había ordenado sus ideas. A la secretaria no se la veía por ninguna parte y su colega lo invitó a entrar en cuanto llamó a la puerta.

—¡Hombre, Salazar! Me alegra que haya venido. Así podremos comparar notas y avanzar.

—Por eso estoy aquí. ¿Interrogó a los Romero?

—Ya lo creo que sí. Y debo decirle que fue muy esclarecedor.

Las palabras de Anselmo hicieron que Néstor sintiera un escalofrío recorriéndole la espalda. ¿Sería posible que Lumi tuviera algo que ver con la muerte de su madre? Ella era la única beneficiaria de la póliza de seguros. Póliza, que ahora sabía que había sido contratada con malas artes. ¿Cómo podría decírselo a Gyula si resultaba que su prima era culpable? Respiró profundo. Lo mejor sería escuchar a Souza y no adelantar conclusiones.

—¿Qué averiguó? —le preguntó a Anselmo.

—Usted primero.

Néstor le contó los detalles del interrogatorio al corredor de seguros, la estrategia que había empleado para que confesara y todo lo que reveló cuando se vio descubierto. Souza soltaba una carcajada tras otra ante los métodos poco convencionales, pero efectivos de su nuevo amigo.

—Ahora comprendo por qué don Braulio lo tiene en tan alta estima —confesó, todavía riéndose—. ¡Es usted la repanocha!

—Solo trato de hacer mi trabajo lo mejor posible.

—Ya. De manera que este Félix Rivero hacía contratos de pólizas para personas con enfermedades terminales, falsificaba los informes médicos y eliminaba toda referencia a problemas de salud, por lo que las aseguradoras creían que sus clientes estaban más sanos que robles, cuando en realidad se estaban muriendo.

—Sí, en eso consistía la estafa.

—¿Quiénes eran los beneficiarios de las pólizas? —preguntó Anselmo.

—Los familiares más cercanos a los asegurados. Según el corredor, alguien los contactaba y les hacía una propuesta. Por lo general eran familias que estaban pasando por situaciones económicas difíciles. Muchas veces a causa de la misma enfermedad del futuro asegurado.

—¿Cuál era la propuesta exacta?

—Los estafadores se encargarían de contratar el seguro, falsificar los informes médicos y pagar las cuotas. El beneficiario siempre sería el familiar más cercano. Cónyuge, hijo, ya sabe, quien menos pudiera llamar la atención. Cuando el enfermo moría, el beneficiario hacía la reclamación. Al cobrar la póliza, esta persona debía entregar el 85% de los beneficios recibidos a los complotados. Conservaría un 15% por prestar su nombre.

—Parece un porcentaje pequeño para un riesgo tan grande —opinó Anselmo—. El beneficiario siempre sería quien quedaría más expuesto.

—Tenga en cuenta que estamos hablando de pólizas que rondan el millón de euros, por lo cual el familiar recibía ciento cincuenta mil euros "sin hacer nada." O al menos eso era lo que les decían estos delincuentes. Así los convencían.

—¿El corredor delató a sus cómplices?

—Me dio un nombre: Pío Cuéllar. Al parecer es el falsificador. Aún no he tenido tiempo de investigarlo.

—Déjelo de mi cuenta. Yo me encargo —anunció Souza, mientras escribía el nombre en su libreta—. ¿Alguien más?

—No, según Rivero. ¿Qué descubrió usted?

—Bien. Hice venir a los Romero. La chica estaba muy asustada y su esposo nervioso, pero eso no significa mucho. Después de todo, que te cite la Policía por una investigación de asesinato impone a cualquiera.

—¿Qué averiguó?

—Calma. No se me ponga nervioso usted también. Interrogué primero a la señora… ¿Cómo se llama…? ¡Luminitsa! —Afirmó triunfal, después de consultar sus notas—. Dijo no saber nada acerca de la póliza de seguros y mucho menos que fuera beneficiaria. Y aunque me cueste reconocerlo, le creí.

Néstor suspiró aliviado.

—Así que la considera inocente.

—No tan deprisa, Salazar. Recuerde que no es un asunto de impresiones. Admitió lo que usted me comunicó que le confesó su amigo: su esposo es un jugador empedernido y pasan grandes apuros económicos por ello. De manera que después de hablar con la dama interrogué a su marido. Y aquí el procedimiento dio más frutos.

—¿Cappi está involucrado?

—¡Ya lo creo! Este señor fue quien presentó la reclamación a la Aseguradora después de la muerte de su suegra.

—No parece muy inteligente de su parte.

—Eso le comenté. Me confesó que estaba hasta las cejas de deudas de juego y que no tenía alternativa. Y cito textual: "si no quería que me rompieran las piernas."

—¿Sabemos a quién le debe?

—Se negó a decirlo. Le aterroriza siquiera pensarlo. Según su versión, aceptó que se contratara el seguro de su suegra porque necesitaba con urgencia el dinero. También confesó que ni su esposa, ni la propia Jovanka sabían nada sobre esta póliza.

—Todo esto es muy interesante —dijo Néstor, mientras meditaba el asunto—. Espero que no le importe, Anselmo. Le pedí a uno de los inspectores de la comisaría que investigara este asunto de las pólizas fraudulentas. Ahora mismo está recorriendo las aseguradoras con las que trabajaba Rivero para investigar esos casos.

—No me molesta. Toda ayuda es bienvenida. Supongo que los infractores van a caer como moscas, pero mi principal interés se centra en resolver el homicidio.

—¿Sospecha que pudo ser alguno de los Romero? —preguntó Néstor, pese a que temía la respuesta.

—Supongo que le gustará saber que ambos tienen coartada. A la hora del crimen, Luminitsa se encontraba de guía en un autobús que hacía visita turística a la "Ermita de San Felices." Con respecto a su marido, trabajaba en el taller rodeado de los demás mecánicos. Todavía debo corroborar ambas coartadas, pero supongo que no son tan estúpidos para mentirme con algo así.

—De manera que debemos buscar otros sospechosos.

—Tampoco descartaría por completo a los Romero. Siempre existe la posibilidad de que contrataran a alguien para cometer el homicidio. Además, debemos tener en cuenta la urgencia con la que él necesitaba el dinero.

—Sí, supongo que tiene razón —reconoció Néstor a regañadientes—. De cualquier manera, podemos comenzar por lo más sencillo.

—¿Lo cual sería…?

—Comparar las huellas dactilares que encontramos en el cuello de Jovanka con las de todos los sospechosos. Incluidos el corredor de seguros y el falsificador. Al menos así podremos averiguar si alguno de ellos estuvo presente en la escena del crimen.

Capítulo 39.

Néstor ya suponía lo que Souza le informó: Cappi había sido detenido a causa de su participación en la estafa al seguro. A Lumi la enviaron a casa después de la entrevista. De momento se había librado de ser acusada, gracias a la declaración de su esposo que la exculpaba, al reconocer que ella no sabía nada acerca de la póliza y por el hecho de que a pesar de ser la beneficiaria, ella no había presentado la reclamación.

Salazar esperaba que Luminitsa quedara al margen y no tuviera nada que ver con aquel feo asunto, pues la consideraba su amiga. Por eso prefería dejar esa línea de investigación a Souza, quien al no tener lazos afectivos con los sospechosos, podía hacer un mejor trabajo policial.

Después de planificar las siguientes líneas de investigación con Anselmo, Néstor regresó a la comisaría. Allí encontró a Beatriz detrás de su ordenador. La subinspectora separó por un momento los ojos de la pantalla cuando él cruzó el umbral de la sala común, murmuró un saludo y regresó a su tarea. Néstor también se sentía un poco incómodo después de lo ocurrido aquella mañana, pero se suponía que era un profesional y que debía reprimir cualquier emoción que turbara su trabajo. ¿No era así? ¡Así era! ¡Que no se dijera que no podía mantener sus emociones a raya! ¡Que…! Bueno, en fin, que cuando dejó de sentir calor en el rostro y las manos ya no le temblaban, se animó a dirigirle la palabra a la subinspectora Araya.

—¿Has podido averiguar algo, Beatriz?

—Me temo que no demasiado, señor.

Salazar estuvo a punto de recordarle que podía tutearlo, pero guardó silencio y se lo pensó mejor. Tal vez convenía dejar que las emociones se asentaran antes de retomar un trato de más confianza.

—¿Hay algo que puedas decirme? —insistió.

—Con respecto a Herminio Pérez, confirmé que fue vecino de la familia Gutiérrez hasta dos años después de la muerte de Paredes, cuando fue detenido por tráfico de sustancias ilícitas y permaneció tres años más en prisión, después de lo cual se residenció en otro barrio. Hasta donde sé, perdió todo contacto con la familia de Eladio.

—¿Él se mantuvo limpio después de salir de prisión?

—O se volvió más cuidadoso, pues no se le relacionó de nuevo con ningún delito. Comenzó a sufrir de artritis hace diez años. Se encuentra

viviendo en la residencia para ancianos en Logroño desde hace cinco.

—Muy bien. ¿Qué puedes decirme de Campos?

—El caso de Jaime Campos es muy triste. Terminó en la cárcel a consecuencia de una trifulca. Tres compañeros de trabajo decidieron "darle una lección" debido a sus preferencias sexuales. Él se defendió. Eran tres contra uno, así que usó una navaja que siempre llevaba como protección. En el forcejeo cortó la cara de uno de sus agresores, dejándole una cicatriz permanente. El lesionado lo denunció y a Campos lo sentenciaron a veintitrés meses.

—Pero si fue en defensa propia —protestó Néstor.

—Al parecer, el juez también tenía sus prejuicios.

—¿No apelaron?

—Sí. Y ganaron la apelación, pero ya había pasado quince meses en la cárcel.

—Y fue allí donde coincidió con Jóvito.

—Exacto. Desde entonces, Campos ha sido un ciudadano ejemplar. No hay registro ni de una simple multa de tránsito.

—Lo cual no significa que no pueda albergar resentimiento contra el comisario.

—Eso depende de cómo lo vea, señor.

—¿A qué te refieres?

—Por supuesto que el comisario no tiene la culpa de que Jóvito terminara en prisión. Después de todo, fue él mismo quien decidió asaltar el billar con su tío y participar en una toma de rehenes, que fue la verdadera razón por la que acabó en la cárcel. La muerte de Eladio no tuvo nada que ver con su sentencia…

—Tienes razón. No lo había analizado desde esa perspectiva. Continúa, por favor.

—Bien, el asunto es que si Jóvito no hubiera sido encarcelado, Campos nunca lo hubiera conocido y por lo tanto no habrían sido pareja —argumentó la subinspectora, más animada por la atención con la que Néstor la escuchaba—. Así que no creo que Campos le guarde rencor al comisario. No tendría sentido. En todo caso, su resentimiento sería contra quiénes asesinaron a Jóvito en prisión.

—Pues sí, tienes razón. Tu argumento es válido y creo que podemos poner a Campos al final de la lista, pero no lo descartaría por completo. Las

emociones humanas son demasiado complejas para que obedezcan a lineamientos razonables.

—¿A qué se refiere, señor?

—Jóvito murió porque entró en una banda carcelaria. Formaba parte de esa banda porque estaba preso. Y estaba preso porque el asalto al billar salió mal. Jóvito culpaba de ello al comisario. De manera que si Campos aceptó la versión de los hechos de Gutiérrez, podría albergar resentimiento y deseo de venganza contra Ortiz.

—¿Por qué ahora, después de tantos años?

—Esa es una buena pregunta. Y creo que es válida para cualquiera. Así que tenemos a Herminio y a Jaime como sospechosos poco probables. ¿Encontraste algo sobre los hermanos Gutiérrez?

—¿Los mellizos? —Salazar asintió—. Tenían diez años cuando murió su madre y entraron al sistema. De cualquier forma, los servicios sociales estaban a punto de retirarle la guarda y custodia a María Paredes por el abandono que sufrían.

—Abandono que fue consecuencia de la muerte de su padre.

—Sí, antes del asalto al billar, ambos chicos acudían a la escuela y disfrutaban de una vida normal. Es a partir de ese momento que la situación se hizo difícil para los ellos.

—De manera que hubo un quiebre en su vida. Antes de la muerte de su padre eran felices. Cuando falleció Eladio comenzaron a vivir un "*via crucis*," que terminó con la muerte de su madre y su ingreso a una institución, donde además los separaron. No creo que sea algo que hayan podido olvidar.

—¿Entonces los considera sospechosos probables?

—Los pondría a la cabeza de la lista.

—¿Al chico, o a la chica?

—Tomando en cuenta que la nota que llegó a través del hijo del comisario fue entregada por una mujer, me inclino por la hija. Sin embargo, siempre hay que considerar que Jorge pudo usar una tercera persona para esa tarea con la intención de despistarnos.

—Entonces es importante que averigüemos los nombres que usan ahora.

—Por suerte, el nombre de Jorge no fue cambiado. Eloísa sí tiene una nueva identidad como consecuencia de la adopción. La información debe estar en los archivos del Centro de Acogida, pero necesitaremos la orden de un juez para que nos permitan acceder a ellos.

—Descuide, señor, escribiré un informe con el que ningún juez podrá negarse. También indagaré para saber qué ha sido de Jorge y dónde está ahora.

—Perfecto. Confío en ti, Beatriz.

Una llamada que entró al móvil de Salazar lo salvó de ver cómo la subinspectora se ruborizaba y que a él le pasara lo mismo. Escuchó con atención las malas noticias. Se insultó a sí mismo por no haberlo previsto. Debió imaginar que algo así podría suceder. Después de escuchar a su interlocutor preguntó lo que más le preocupaba.

—¿Hay heridos?

—No, por suerte ocurrió cuando no había nadie adentro. No nos explicamos cómo.

—¡No toque nada, don Alejandro! Voy para allá de inmediato.

Néstor colgó la llamada. Tenía una expresión seria y preocupada que Araya nunca le había visto, pero que le hizo comprender la gravedad del asunto por el que lo habían llamado.

—¿Qué ocurre, señor?

—Me acaban de llamar del Centro de Acogida. Soy amigo de su director. Hace una hora se desató un incendio en sus archivos. Los bomberos consiguieron apagarlo y no hay heridos, pero se han perdido todos los folios.

Capítulo 40.

Cuando Salazar salía de la comisaría, se cruzó con Sofía, que llegaba en ese momento. La subinspectora seguía albergando resentimiento contra él y su intención era pasar a su lado sin siquiera mirarlo, pero al verlo tan preocupado pudo más la curiosidad.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—¡Sofía! Me alegro de que estés aquí. Me gustaría que me acompañaras. Podemos hablar por el camino.

—El camino a dónde.

—Al Centro de Acogida. Esta tarde se desató un incendio en los archivos. Se perdieron todos los expedientes que almacenaban allí.

—¿Y tú crees que fue deliberado?

—Puede ser una coincidencia —reconoció el inspector—, pero no lo creo. Estaba a punto de pedir una orden judicial para averiguar la identidad actual de los hermanos Gutiérrez.

—De acuerdo. Voy contigo.

Salazar llevaba en la mano las llaves del Corsa blanco, el vehículo de incógnito de la comisaría. Se las había pedido a García, pues a esas alturas ya el acoso al comisario había dejado de ser una investigación al margen, para convertirse en un caso en toda regla. A Santiago no le había gustado la idea de que sus pifias de adolescente fueran conocidas por sus subalternos, pero Néstor lo convenció de que ese asunto era mucho más grave que descubrir al autor de un par de anónimos, de manera que tendrían que emplear todos los recursos disponibles para encontrar al responsable. El tiempo le daría la razón.

Mientras soportaban los atascos, la subinspectora le confirmó que Campos era un sospechoso muy poco probable. Después de salir de prisión fue contratado en otra empresa de seguridad y recanalizó su vida. Una vez superado el duelo por Jóvito encontró a alguien de quien se enamoró y un año atrás había formalizado su relación contrayendo matrimonio. Según Jaime, Jóvito era un triste recuerdo. Lo describía como un chico confundido, pero con buen fondo, que fue víctima de las circunstancias. Le confesó a Sofía que su relación con el joven Gutiérrez, más que amor había sido necesidad de compañía y afecto en un ambiente hostil. Lamentó mucho su muerte, pero comprendió que debía seguir adelante. Sí, Jóvito hablaba

mucho acerca del hijo de un policía que asesinó a su tío, y también estaba convencido de que se había librado por la intervención de los amigos de su padre. Sin embargo, Campos afirmaba no tener idea de quién era este hombre, ni dónde podía encontrarse ahora. A Sofía le pareció sincero.

Cuando terminó de escuchar la exposición de su compañera, Salazar le explicó con lujo de detalles toda la información que acababa de proporcionarle Beatriz. Ella estuvo de acuerdo con las conclusiones a las que habían llegado y también con la sospecha de él acerca del "oportuno" incendio que se había desatado en el Centro de Acogida.

Después de compartir la información sobre el caso, Sofía cayó en un mutismo que no era normal en ella. Durante el trayecto, Néstor se devanó los sesos buscando cómo penetrar la barrera invisible que su compañera había levantado. Sofía adoptó una actitud seria y concentrada que no invitaba a la conversación. Sin embargo, él sabía que era posible que no se le volviera a presentar una oportunidad como esa en mucho tiempo, así que superando sus temores inició una conversación, haciendo gala de sus dotes de oratoria:

—Sofía… Yo… Eh… Quería decirte… Bueno… Ya sabes…

Ella lo miró, de nuevo con estudiada indiferencia. ¡Qué buena era esa expresión! Tendría que comenzar a ensayarla con Paca, pues le podría resultar muy útil. Se centró de nuevo en su objetivo. Sabía que disponía de pocos minutos antes de llegar a destino.

—Verás, Sofía —continuó, ya con más aplomo—. Lo que viste esta mañana no es lo que parece.

Néstor se preguntó si de verdad había dicho eso. ¿Era todo lo que se le ocurría? ¿Un triste cliché que no hubiera convencido ni a Paca? Bueno, en realidad a Paca menos que a nadie. Con su gata casi siempre pinchaba en hueso, pues no se conmovía con facilidad. Ya volvía a dispersarse. ¡Céntrate zoquete, que te estás jugando mucho!

—No sé a qué te refieres, Néstor —respondió ella, con una voz que hubiera congelado el aliento de un dragón.

—Ya sabes… Beatriz y yo… El beso… En fin… Que estás equivocada.

—Vi que ambos se estaban besando. ¿No fue eso lo que ocurrió?

—Sí, eso fue lo que ocurrió, pero te juro que no significa nada.

—Es posible que para ti un beso así no signifique nada, aunque no te hubiera creído tan frívolo, pero estoy segura de que la novata no opina lo mismo.

—Fue un malentendido.

Sofía enarcó las cejas mientras volteaba a mirarlo de frente. Era la viva estampa de la incredulidad. ¡Mala táctica, Néstor! ¡Piensa deprisa, besugo!

—Beatriz confundió sus sentimientos. Creyó que estaba enamorada de mí, pero no es así. Es joven, impresionable… Leyó sobre mí en la prensa y creyó que la admiración profesional era algo más… Más personal. Ya sabes. Por eso pidió traslado a "San Miguel" y cuando nos quedamos solos me besó, pero ya se lo aclaré… Un malentendido sin importancia —concluyó el inspector, dibujando una sonrisa de inocencia, demasiado estudiada para ser creíble.

—¿Me estás diciendo que esa mosquita muerta solicitó la vacante de Manuel para estar cerca de ti, y que a la primera oportunidad se te abalanzó para plantarte un beso en los morros?

—Eh… Bueno, yo no lo diría con esas palabras, pero sí, supongo que esa es la idea central.

—¿Y tú no tuviste nada que ver con ese "malentendido"?

—Por supuesto que no. Nada en absoluto. ¡Te doy mi palabra!

La expresión de la subinspectora le hizo comprender que no la había convencido.

—Tal vez me estés diciendo la verdad —reconoció ella—, pero en realidad no tienes que darme explicaciones.

—¡Claro que sí…! Tú y yo…

—¿Tú y yo, qué, Néstor? ¿Nos dimos un beso en un momento de euforia? ¿Cuánto tiempo ha pasado desde entonces? ¿Cuántas veces hemos hablado de ello? Tal vez fue otro de esos "malentendidos" tuyos.

—¡Claro que no! ¡Eso fue diferente! Fue…

—¿Y por qué no has vuelto a mencionarlo? Desde entonces te has mantenido más distante que nunca de mí. ¿Por qué debería creer que es diferente de lo que pasó entre tú y Beatriz esta mañana?

—Te juro que fue diferente. Es que yo… No lo sé. Supongo que después de besarte me asusté por lo que sentí…

—¿Te asustaste? ¿Qué crees que soy? ¿Una vampira que va a chuparte la sangre?

—No es eso… No eres tú, soy yo. Me asusta el compromiso…

—Eso no tienes que jurarlo. Te lo creo. Mira, ya hemos llegado.

En efecto, concentrado como estaba en la difícil conversación mientras conducía en forma automática, ni siquiera se había percatado de que ya

estaban frente al Centro de Acogida. La calle parecía una zona de guerra, con un camión de bomberos aparcado al frente y todos los habitantes del Centro, adultos y niños esperando en una esquina de la calle con expresión confundida y atemorizada. El humo apenas comenzaba a dispersarse y el olor irritaba los ojos y las gargantas. En cuanto el inspector detuvo el coche, Sofía se apeó, dando por concluida la conversación. Néstor comprendió que no había estado muy brillante y que no consiguió convencerla de nada.

Mientras se acercaban al grupo reunido en la esquina, él se planteó el mismo interrogante que acababa de hacerle su compañera: ¿Por qué no había avanzado en su relación con ella después de aquel beso? ¿Por qué permitió que lo que estaba naciendo entre ellos se enfriara si ya no tenía dudas de que ella le correspondía?

Ya se había hecho esa pregunta con anterioridad. Tenía miedo. Le angustiaba la idea de tener algo que pudiera perder. Volver a pasar por la experiencia de que su mundo se hiciera pedazos de un momento a otro. No tener nada lo mantenía en su zona de confort. Era más seguro no alcanzar la felicidad, porque así no podría perderla.

Se detuvo en seco a mitad de la calle. Al darse cuenta, Sofía volteó a mirarlo.

—¿Ocurre algo? —le preguntó ella.

La comprensión de que prefería no ser feliz porque así nunca experimentaría la pérdida de esa felicidad fue como un mazazo en su ánimo. ¿En realidad era tan cobarde? Su compañera continuaba mirándolo con curiosidad y un punto de ¿preocupación?

—Nada —respondió él—. Es que se me acaba de meter una basurita en el alma.

Capítulo 41.

Por supuesto que Sofía no comprendió la enigmática respuesta de Salazar. Y si no lo hubiera conocido tan bien, hasta hubiera podido pensar que había bebido, pero esa posibilidad estaba descartada cuando se trataba de Néstor, quien nunca probaba el vino y solo muy de vez en cuando se permitía un vaso de sidra. La subinspectora llegó a la conclusión de que el extraño comportamiento de él era una nueva artimaña, así que decidió ignorarlo.

En medio del trasiego de los bomberos, nadie pareció darse cuenta de la llegada de los dos policías hasta que estuvieron bastante cerca. Don Alejandro fue el primero que les salió al paso.

—¡Néstor! ¡Me alegra mucho verte! Gracias por atender tan rápido a mi llamada —lo saludó el director del Centro con visible alivio. Luego se dirigió a Sofía—. Buenas tardes, subinspectora.

—Me tranquiliza ver que está bien, don Alejandro. Espero que no haya ningún herido.

—Todos estamos bien, aunque todavía desconcertados por lo ocurrido. Por suerte, Gertrudis no se encontraba en el Centro. Es mi secretaria y quien se ocupa del archivo —añadió, dirigiéndose a Sofía, por si no lo recordaba —. No quiero imaginar lo que hubiera ocurrido si el fuego se hubiera desatado mientras ella se encontrara trabajando.

—¿Se sabe algo de cuáles fueron las causas del incendio?

—Los bomberos están en eso. Es muy extraño, porque no había nadie presente. Como si hubiera sido algo espontáneo —Ante la mirada de escepticismo de Salazar, el director se corrigió—. Ya sé que no es posible. Las cosas no estallan en llamas por sí solas, pero no lo sé… Tal vez un cortocircuito y entre tanto papel…

—Sí, es posible que fuera eso. ¿Se perdieron muchos archivos?

—Me temo que casi todo lo que se sustentaba en papel. Como ya supondrás, un material tan inflamable… No creo que haya quedado ninguno de esos documentos. Y eso incluye el tuyo, Néstor, lo lamento.

—No es ese el expediente que me preocupa, don Alejandro —reconoció Salazar—. ¿Existen copias de esos documentos en algún lugar?

—Había algunos que tenían una copia digital en el sistema. Ya sabes, para facilitar el acceso a la información, pero solo en el caso de los más

recientes. Con respecto a los antiguos, debería conservarse una copia en los juzgados, o en los servicios sociales, aunque eso ya dependería de la trayectoria que hubiera seguido el caso.

—Comprendo. ¿Cree que podríamos entrar?

—Ya controlaron el incendio, pero nos pidieron que mantuviéramos a los chicos fuera del edificio hasta que se haya despejado el humo y los expertos comprueben que no hay daños estructurales. Estoy esperando instrucciones del Ayuntamiento con respecto a dónde alojar a los muchachos esta noche. Creo que van a habilitar el gimnasio de una escuela, o algo así.

Néstor observó a los chavales que acababan de ser desalojados de lo que ahora era su hogar. Había reacciones diversas. Algunos lloraban pues se sentirían confundidos y asustados, otros reían y bromeaban. Se lo tomaban como una aventura. Esos eran los mejor adaptados al lugar, los que con toda probabilidad no conocían otra cosa. Había un tercer grupo que no lloraba, ni celebraba, sino que se limitaba a observar todo con atención. Eran los más listos, los que sabían que debían prepararse para los cambios, previéndolos. Ninguno de ellos debería estar pasando por algo así.

—Si le parece bien, me gustaría entrar al Centro y hablar con el jefe de los bomberos acerca de las posibles causas de este incendio.

—Espera, Néstor. ¿No creerás que haya sido intencionado? —le preguntó don Alejandro, sin poder evitar cierto temblor en su voz.

—Es una posibilidad. ¿Recuerda los chicos por los que le pregunté hace unos días?

—Los mellizos. Sí, lo recuerdo. ¿Crees que esto tiene que ver con ellos?

—Estaba a punto de solicitar una orden judicial para acceder a la información de sus archivos. Algo que ya no será posible.

—¿Son sospechosos de algo?

—Eso me temo.

—No te envidio la profesión, Néstor. ¡Lo que tendrás que ver! Vamos, los acompaño.

Ambos policías se encaminaron al interior del Centro acompañados por don Alejandro, quien dejó encargados de cuidar a los chicos a tres maestros que habían acudido a ayudar en cuanto se enteraron de lo ocurrido.

Con alivio, Salazar comprobó que el edificio no había sufrido grandes daños. Era evidente que los bomberos habían actuado con rapidez y

eficiencia. Sin embargo, conforme se acercaban a la sala de archivos, el aire se iba enrareciendo más y más, hasta hacerse casi irrespirable.

Aunque un par de bomberos trataron de detenerlos en su avance, argumentando que ese lugar era peligroso si no contaban con la protección adecuada, Néstor aplacó sus quejas al identificarse. De manera que uno de ellos le proporcionó a cada uno un casco con visor y equipo de protección respiratoria, para que pudieran hacer su trabajo minimizando los riesgos. De aquella guisa, el inspector no sabía si sentirse un astronauta, o un alienígena, pero en todo caso, debía reconocer que respiraba mejor.

Por fin llegaron a la habitación donde se había iniciado el fuego. El aire estaba enrarecido por una espesa nube de humo y por todas partes había restos chamuscados de papel. Don Alejandro tenía razón. Ningún documento se había salvado. Tres bomberos se encontraban allí examinando el lugar con detenimiento. A Néstor le recordaron a sus compañeros de Científica. Cuando el jefe los vio entrar y comprendió que no formaban parte de su equipo, frunció el ceño y abandonó su tarea.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen aquí? No pueden quedarse. Este lugar está restringido hasta nuevo aviso.

Salazar se identificó y le explicó la razón de su presencia al preocupado bombero.

—Soy Héctor Soler, el jefe de esta unidad. Será mejor que conversemos en otro lugar, inspector. El equipo que están usando no es suficiente para protegerlos y no deberían estar aquí.

Rechazando la sugerencia del director de usar su despacho, pues aún no habían determinado si el edificio había sufrido daños estructurales, Soler los condujo al campo de fútbol que había junto al Centro. Se sentaron en las gradas y se quitaron los cascos y las máscaras. Al haber llevado a sus visitantes a cielo abierto, Héctor se sintió más relajado.

—Muy bien. Supongo que si la Policía nos visita antes de que la hayamos llamado, es porque sospechan que este incendio no fue accidental.

—Tenemos buenas razones para creer que pudo ser provocado —reconoció el inspector—. Con esos documentos se quemó información a la que esperábamos acceder para la resolución de un caso. ¿Tiene usted idea de qué lo provocó?

—Todavía es pronto para decirlo con certeza, pero encontramos los restos de un periódico enrollado en uno de los estantes. Creemos que fue el punto cero de inicio del fuego.

—Entonces sí fue provocado.

—La presencia de ese periódico es sospechosa, sí. Ya lo envié al laboratorio para averiguar si estuvo en contacto con algún acelerante.

—Aunque el laboratorio no encontrara nada. ¿No sería suficiente para un pirómano enrollar el periódico, prenderle fuego y dejarlo en contacto con los papeles de las estanterías?

—Por supuesto, pero por la rapidez con la que se extendió el fuego, yo apostaría por la presencia de un combustible. No solo en contacto con el periódico, sino repartido sobre toda el área.

—¿Qué le hace pensar eso? —Quiso saber Sofía.

—La forma en la que se extendieron las llamas. Hubo algunas estanterías que quedaron reducidas a cenizas. Y hablo en sentido literal.

—De manera que querían asegurarse de que de esos documentos no quedara ningún rastro —sugirió Salazar—. ¿Es eso lo que quiere decir?

—Justo eso. El incendio consumió todo lo que había en la habitación, pero en algunas zonas las llamas se extendieron con la rapidez e intensidad propias del efecto de una sustancia combustible, de manera que solo quedaron cenizas.

—¿Cuándo podremos enviar a nuestros equipos a hacer las experticias policiales?

—Primero debemos comprobar que la estructura no ha sufrido daños, y si los ha sufrido, apuntalarla para que puedan entrar a trabajar sin riesgos. Por otro lado, en cuanto tenga la certeza de si fue provocado o no, les haré llegar un informe detallado. Supongo que eso les servirá para comenzar.

Néstor asintió. Sabía que las experticias del departamento de bomberos tenían prioridad sobre las policiales en esta ocasión. No podía enviar a Casimiro y su equipo a revisar un área que no fuera segura para ellos. Así que no tenía otra alternativa que esperar.

Después de asegurarse la cooperación de Soler y una vez que este regresó a sus labores, Néstor decidió hacerle algunas preguntas a don Alejandro, que ya parecía más calmado.

—¿Por qué no estaba Gertrudis en el Centro, don Alejandro? Todavía no terminaba su jornada laboral.

—Es porque tuve que enviarla al Ayuntamiento para un trámite. Fue una suerte. No quiero ni pensar por lo que hubiera pasado la pobre de haber estado cerca del incendio cuando se desató.

—¿Es eso normal? Quiero decir, que Gertrudis deba acudir al Ayuntamiento.

—En realidad, no. Pero llamaron para darnos la buena noticia de que alguien había hecho una donación anónima al Centro de Acogida. Solo que debíamos recoger la documentación, pues en ese momento no tenían disponible a nadie para enviarla.

—¿Corroboró usted esa llamada?

—¿Qué quieres decir?

—¿Quién los llamó? Me refiero a la persona.

—Una secretaria. Lo lamento, estaba tan contento por la noticia que no le pregunté el nombre.

—¿Se comunicó usted con el Ayuntamiento para comprobar que eran ellos quienes lo habían contactado?

—Pues ahora que lo dices, no —reconoció el director, comenzando a comprender el hilo de razonamiento de Néstor y sintiéndose como un estúpido—. ¡Es posible que me hayan engañado como a un imbécil!

—No se fustigue, don Alejandro. Usted no tenía por qué sospechar nada —lo animó Sofía.

Salazar lamentaba el mal rato que estaba pasando el director al saber que lo habían manipulado, pero necesitaba aclarar la situación. Por eso formuló la siguiente pregunta:

—¿Recibió hoy la visita de alguien extraño al Centro de Acogida? ¿Alguien que no hubiera visto antes?

—No, claro que no. Fue un día de lo más normal. Recibimos la documentación de un chico que servicios sociales nos traerá en los próximos días y… ¡Espera! ¡La trabajadora social es nueva! Nunca la había visto antes. Dijo que la contrataron hace una semana.

—¿Recuerda su nombre?

—¡María! ¡María Pérez! ¿Crees que…?

—Creo que debemos averiguar si la oficina del Servicio Social ha hecho contrataciones en los últimos días, y si hay una María Pérez en su nómina. Mientras tanto, me gustaría que nos ayudara a hacer un retrato hablado.

El móvil de Néstor los interrumpió. Respondió sin detenerse a mirar la pantalla.

—¡Lali! ¿Qué ocurre?... No, no estoy cerca de "San Miguel"… ¿Cuándo?... Pero, ¿Están bien?... ¡Sí, vamos para allá de inmediato! ¡Que no traten de entrar, que no toquen nada, envía dos patrullas para que

desalojen a los vecinos y acordonen el área! Llama también al TEDAX para que asuman el control.

Cuando Salazar colgó el teléfono estaba pálido, miró a Sofía, quien lo observaba con preocupación al comprender que algo grave había ocurrido.

—Debemos irnos. Ha habido un atentado contra el comisario con explosivos.

Capítulo 42.

La forma en que condujo Néstor entre el Centro de Acogida y el adosado de Santiago no tuvo nada que envidiarle al estilo del agente Echevarría, aunque necesitó emplear la sirena. Gracias a ello llegaron a Cantarranas en tiempo récord.

Ya los patrulleros habían acordonado toda el área, al margen de la cual vecinos y curiosos se agolpaban preguntándose unos a otros qué era lo que ocurría. Salazar identificó a Santiago y Cheick, que estaban sentados en la parte trasera de una ambulancia. Él y Sofía fueron a su encuentro. El inspector llevaba el corazón en la garganta. Aunque Lali le había asegurado que ninguno había sufrido heridas serias, al parecer una esquirla había alcanzado a Diji.

—¡Néstor! —lo llamó el comisario en cuanto lo vio—. Has llegado muy pronto. ¿Estabas cerca?

—Más o menos —respondió él, sin entrar en detalles—. ¿Estáis bien? ¿Qué ha ocurrido?

—Yo salí ileso gracias al subinspector Cheick —reconoció Ortiz—. A él le alcanzó una esquirla.

—Nada serio. Solo un rasguño —dijo Diji mientras le mostraba la mano derecha cubierta con una venda.

—¿Queréis contármelo?

—Decidí regresar pronto a casa y Cheick me acompañó siguiendo tus órdenes. Yo no noté nada anormal, pero cuando introduje la llave, Diji vio algo que le llamó la atención.

—Había un polvo extraño en el suelo —explicó el subinspector—, así que pensé que podía haber una trampa conectada a la puerta.

—Yo usé la llave y cuando comencé a girar el picaporte, Cheick me tiró al suelo con un placaje. Fue entonces cuando escuchamos la explosión. Yo salí ileso, pero una esquirla le alcanzó a Diji en la mano.

—No es nada —insistió el subinspector.

—Esto ya no se trata solo de acoso —opinó Néstor—. Los riesgos están escalando con demasiada rapidez.

—Sí, debo reconocer que nunca me hubiera imaginado que el autor de las notas se atrevería a tanto. Me alegra haber enviado lejos a Carmela y los niños.

—Debemos extremar las medidas para protegerte.

—¿En qué estás pensando?

—Diji debe recuperarse de su herida, así que será mejor que se vaya de baja hasta que se reponga.

—Estoy bien, señor —protestó Cheick—. Solo es un rasguño que no me impide hacer mi trabajo.

—Con la mano derecha herida no podrás usar tu arma si es necesario, Diji. No, lo lamento, pero por tu seguridad y la del comisario deberás irte a casa hasta que los médicos te autoricen a regresar. Por otro lado —continuó dirigiéndose a Ortiz—, asignaré turnos entre el personal de mayor confianza para tu protección. Incluyéndome.

—¿Olvidas que el acosador tuvo acceso a la comisaría? No sabemos en quién confiar —argumentó el comisario, a quien no le gustaba la idea de tener guardaespaldas.

—Ahora sabemos un poco más. Todavía no comprendo cómo el acosador, o acosadora, consiguió que la segunda nota terminara en tu despacho. Tal vez se le escabulló a García en un descuido, pero sí estoy convencido de que no es nadie del equipo de investigadores.

—¿Cómo estás tan seguro?

Salazar les explicó lo que había averiguado sobre los mellizos Gutiérrez y lo ocurrido en el Centro de Acogida.

—Entonces la sospechosa más probable sería Elvira Gutiérrez.

—Todo apunta en ese sentido —confirmó Néstor—. Ya sospechaba de ella después de las primeras indagaciones, pero el incendio en los archivos del Centro de Acogida me lo confirma. Debemos encontrar a Elvira Gutiérrez, cualquiera sea su nombre en este momento.

Uno de los especialistas del TEDAX se encaminaba hacia ellos. Llevaba en la mano una bolsa de pruebas con algo en su interior. Cuando estuvo cerca pudieron ver que se trataba de un tubo de plástico con una de las bocas expandida y derretida, como si hubiera explotado. Enseguida los policías comprendieron que se trataba del artefacto explosivo.

—¿Comisario Ortiz? —preguntó el explosivista.

—Soy yo.

—Soy el comisario Miguel Castillo, jefe de la unidad del TEDAX de la Policía Nacional, asignado a La Rioja. Es un placer conocerlo —añadió, estrechando la mano del policía, quien a su vez le presentó a los demás.

—¿Es ese el artefacto explosivo, comisario?

—Es correcto. Tiene una fabricación sencilla, pero está diseñado para causar bastante daño.

—Parece solo una cañería de plástico —señaló Sofía.

—Policloruro de vinilo, mejor conocido como P.V.C. —aclaró el especialista—. Y sí, se trata de una simple cañería, pero en este caso fue rellenada con material explosivo, tal vez pólvora, tal vez una sustancia más sofisticada. Nuestros laboratorios lo determinaran. Luego le agregaron tuercas y clavos y le colocaron un detonador para que se activara al girar el picaporte. Su puerta tiene ahora un bonito boquete. Si no se hubiera apartado a tiempo, no lo hubiera contado, comisario. Ha sido usted afortunado.

—Si estoy vivo es gracias al subinspector Cheick, que supo reaccionar a tiempo.

Diji desvió la mirada con timidez y de no haber sido por el tono de su piel, se hubiera ruborizado.

—Permítame una pregunta, comisario Castillo —intervino Néstor—, ¿se necesitan conocimientos especiales para elaborar un artefacto como este?

—Como señalé con anterioridad, construirlo es bastante sencillo. Me temo que hasta existen tutoriales en Internet.

—¡En serio?

—No en los canales regulares, por supuesto, pero sí en la red oscura.

—¿Significa entonces que cualquiera con un poco de interés pudo fabricar este artefacto? —insistió Salazar.

—Bien, cualquiera con interés sobre el tema, pocos escrúpulos y una fuerte motivación. Atentar contra un comisario no es un asunto banal, pero en cuanto a fabricar este artefacto, no es necesario que sea un experto.

—¿Cuándo podré regresar a mi casa? —preguntó Santiago.

—Supongo que en cuanto repare la puerta, por seguridad. Por otro lado, hemos revisado toda la casa y los alrededores con perros y no encontramos más rastros de explosivos. De manera que nuestro trabajo aquí ha terminado. En cuanto tengamos los resultados del laboratorio sobre este juguete se los haremos llegar.

Dicho esto, Castillo se retiró y comenzó a recoger a su equipo. Después de inspeccionar en persona toda la zona, Néstor ordenó a los patrulleros reducir el área acordonada limitándola al adosado y permitir que los vecinos volvieran a sus casas.

Cuando el inspector regresó junto a sus compañeros, ya la ambulancia también se había marchado. Néstor le ordenó a Diji que se fuera a casa y llamó a Remigio para que asumiera el primer turno de protección del comisario. La segunda llamada fue a Casimiro, a quien le pidió que se presentara con su equipo y registrara la casa de su hermano. Tal vez encontraran alguna pista que los condujera a Elvira.

—Bien, si me disculpan, tengo que preparar la habitación de huéspedes para Remigio —anunció Santiago.

—Ni lo pienses —dijo Néstor—. Tú no puedes quedarte en esta casa.

—Esta es mi casa. ¿Dónde quieres que vaya?

—A un hotel, a una pensión, a casa de Remigio, o a mi casa. Tú lo decides, pero aquí no te puedes quedar. Piénsalo, Santiago, acabas de salir bien librado de un atentado. De no haber sido por Diji, el agujero que hay en tu puerta hubiera estado en tu humanidad. La acosadora no está jugando. Va muy en serio. ¿De verdad quieres estar localizable para ella en una casa que no tiene cerradura en la puerta? Además, si pudo ponerte esa trampa es porque de alguna forma consiguió entrar. Y si lo hizo una vez, puede hacerlo de nuevo. Antes de que regreses a tu casa debemos averiguar cómo lo consiguió.

—Está bien, supongo que tienes razón, buscaré una pensión. Solo vosotros sabréis dónde me alojo.

—Eso está mejor. Vete a descansar en cuanto llegue Remigio. Yo esperaré a los chicos de Científica. Sofía, coge las llaves del Corsa y vete a casa, que mañana tendremos mucho que hacer.

Capítulo 43.

Casi dos horas después, Néstor cogía un taxi para regresar a su casa. Por suerte, Santiago había seguido sus instrucciones y después de preparar una pequeña maleta, se había marchado con Remigio en busca de una pensión donde alojarse. Sofía también se retiró y él se quedó con los agentes a la espera de los expertos en el análisis de la escena del crimen.

Por supuesto que Casimiro llegó refunfuñando, como siempre, y recordándole al inspector que todavía le debía la cena que le había prometido. Salazar le confirmó que cumpliría y después de pedirle que también enviara un equipo al Centro de Acogida, decidió retirarse él también a descansar. Aquel había sido uno de los días más complicados de los que tenía memoria. Era evidente que la acosadora escalaba niveles de audacia y peligrosidad con una rapidez sorprendente.

Néstor tenía la certeza de que se trataba de Elvira Gutiérrez, pues todas las evidencias y testimonios señalaban en esa dirección, pero con los archivos del Centro de Acogida convertidos en cenizas, descubrir su identidad después de la adopción sería un trabajo difícil.

Cuando llegó al portal de su casa ya era noche cerrada. Se acercó al bar de Gyula. Quería saber si su amigo estaba enterado de las últimas novedades sobre el caso de Jovanka y cómo se sentía con respecto a la participación de Cappi en ese sucio asunto. Cuando cruzó el umbral, Salazar pudo sentir el cambio de temperatura con respecto al exterior. Aunque ya el invierno iba quedando atrás, todavía las noches eran frías y ventosas. Agradeció el calor, no solo con respecto al termómetro, sino también el que sosegaba la soledad, por la presencia de clientes conversando con buen ánimo frente a un chato de vino y unas tapas. El tintineo de platos, vasos y copas era un sonido familiar que le hacía sentir en buena compañía.

Gyula, detrás del mostrador servía copas y raciones, mientras Dika y el camarero trasegaban entre los clientes, atendiendo sus pedidos. La mesa favorita de Salazar estaba ocupada, pero esa noche no tenía intenciones de detenerse mucho tiempo, pues se sentía muy cansado, así que se quedó de pie junto a la barra.

—¡Néstor! No te vi entrar —le dijo su amigo—. Creo que no hay mesas desocupadas, pero si esperas un poco, te doy la primera que quede libre.

—No es necesario, Gyula. No me quedaré mucho tiempo.

Dika se acercó a ellos con un nuevo pedido, saludó a Salazar con entusiasmo y volvió a ocuparse de atender a sus clientes. El inspector comprendió que no había escogido un buen momento para hablar. Gyula se dirigió a él mientras preparaba la comanda.

—¿Has cenado? —Néstor negó con la cabeza—. Entonces llévate un tupper con un bacalao a la vizcaína que preparó Dika, que está para chuparse los dedos.

La mención de la comida hizo que al inspector le sonaran las tripas, por lo cual comprendió que tenía hambre, así que aceptó la oferta del tabernero.

—Te agradezco la cena, Gyula, pero en realidad he venido por otro asunto —confesó Néstor, mientras su amigo le preparaba el tupper—. Quería hablar contigo acerca de los avances del caso de Jovanka.

—¿Te refieres a Cappi?

—¿Te has enterado?

—Sí, desde luego. Lo primero que hizo ese sinvergüenza fue llamar al "Tío" para que lo ayudara contratando un abogado. ¿Habías visto semejante descaro? Por supuesto que el "Tío" me llamó para contarme lo sucedido y preguntarme mi opinión.

—¿Y qué le dijiste?

—Lo lamento por Lumi, pero ¡qué se las arregle con un abogado de oficio! Contratar un seguro de vida para Jovanka, aprovechándose de su enfermedad sin que ni ella, ni su propia esposa supieran nada al respecto… Es un canalla. Merece que lo encierren y tiren la llave.

—Veo que lo tienes claro —dijo Salazar aliviado, mientras cogía el tupper con su cena de manos de su amigo. Había albergado el temor de que Gyula se enfadara con él, por no haber podido evitar que uno de los miembros de su familia se viera involucrado en el caso.

—¡Desde luego! Cappi es un impresentable, pero dime Néstor, ¿crees que esto salpicará a Lumi? Estoy seguro de que ella no tiene nada que ver.

—Todavía no puedo responderte esa pregunta, Gyula, pues es pronto y las investigaciones están en desarrollo, pero yo también pienso que ella es inocente. Si no participó ni de la estafa, ni del homicidio de su madre, haré lo posible para que no resulte salpicada. El problema es que Cappi la puso a ella como beneficiaria. Es decir, que utilizó su nombre.

—¡Será cobarde! Te juro que si me lo encuentro…

—Es poco probable, a menos que consiga una fianza, pero si eso llegara a ocurrir, me haces el favor, te das media vuelta y lo ignoras por completo.

—¡Merece perder un par de dientes!

—No podría estar más de acuerdo, pero no serás tú quien se los saque. Ya tengo bastantes problemas como para también tener que salvarte de la cárcel por agredir a un ciudadano. Aunque sea una escoria como tu primo.

—De acuerdo —se rindió Gyula alzando las manos—. Tú ganas. No haré nada, pero te juro que me hierve la sangre. Dime algo, Néstor, ¿crees que ese seguro fue el motivo por el que asesinaron a Jovanka?

—Es una causa muy probable, aunque todavía no tenemos la certeza.

—¿Me mantendrás informado?

—Hasta donde sea posible.

—¿Puedo hacer algo por ayudar?

—De momento, lo mejor que puedes hacer es apoyar a Lumi, que es la más perjudicada con todo esto.

—Descuida, lo haré.

Néstor se despidió de Gyula y de Dika, salió del bar y entró a su portal. Subió las escaleras con lentitud, llevando el preciado tupper con su cena en la mano. Cuando entró, Paca acudió corriendo a saludarlo restregándose contra la pernera de sus pantalones. No era habitual que se mostrara tan cariñosa, por lo que el gesto lo conmovió.

—A mí también me alegra verte, Paca —le susurró, mientras le acariciaba detrás de las orejas. La gata emitió un ronroneo de placer—. ¿Qué tal tu día?

La respuesta la tuvo cuando levantó la vista y pudo comprobar que el último adorno de cerámica que había sobrevivido con estoicismo sobre la mesita de centro, yacía ahora hecho añicos en el suelo. Salazar suspiró. La verdad era que prefería la casa limpia de esas fruslerías que su casero le había impuesto, pero se preguntó cuánto le costaría esta vez la intolerancia decorativa de Paca. El buen don Aurelio, el dueño de la buhardilla, siempre atribuía marcas refinadas a las espantosas figurillas destruidas por la gata. Si atendía a sus afirmaciones, la humilde vivienda había estado plagada de esculturas de Lladró y Capodimonte de incógnito, por supuesto, porque ninguna de esas firmas estaría dispuesta a reconocer la autoría de semejantes adefesios.

Resignado, Néstor dejó el tupper sobre el mesón de la cocina y se dispuso a recoger los restos de la malograda figurilla. Paca lo miraba con

curiosidad, sin comprender por qué su humano dejaba a un lado la comida para dedicarse a esas actividades extrañas que hacía de vez en cuando. Comenzó a maullar para hacerle saber cuáles eran las prioridades de una gata. ¡La comida primero, por supuesto!

El inspector ya reconocía los diferentes maullidos de Paca y sabía lo que quería, pero se hizo el tonto mientras terminaba de recoger los restos de cerámica, pues no quería que Paca se lastimara otra pata. Él también tenía apetito y podía comprender la premura de la felina, pero lo primero era lo primero. Subió a Paca al sofá y le examinó la pata que se había lastimado en su aventura callejera. Curaba bien, por suerte. Ya la gata caminaba sin cojear, lo cual lo tranquilizó.

Después de quitarse el gabán y dejar el teléfono junto al juguete de Paca, para mantenerlo a salvo y que no siguiera la suerte de la figurilla, Néstor se dispuso a servir la cena. Gyula tenía razón, el bacalao estaba para chuparse los dedos. Compartió su comida con la gata, pues todavía se sentía culpable por el hambre y el frío que ella había tenido que sufrir cuando se escapó por su descuido.

Terminada la cena, mientras él lavaba los platos, Paca se relamía de gusto los últimos restos del pescado. ¡Por fin su humano iba comprendiendo como se trataba a una gata!

Salazar encendió la televisión pero le dejó el volumen bajo. Lo hacía desde que descubrió que las imágenes en la pantalla le hacían compañía. Paca se subió al sofá, acomodándose junto al calor del cuerpo de su humano para que le acariciara el lomo, algo que ya el inspector hacía en forma automática.

—No sabes cuánto me alegra que hayas vuelto, Paca. Extrañaba nuestras conversaciones. Te confieso que tengo mucho que contarte.

Capítulo 44.

Paca se acomodó mejor en el espacio entre su humano y el respaldo del sofá, mientras ronroneaba de placer por las caricias en el lomo que este le prodigaba. Él era bastante lento en aprender, pero poco a poco lo iba entrenando para que le proporcionara el trato que merecía una gata como ella.

—No sabes cuánto me tranquiliza que hayas regresado sana y salva de tu aventura. Debes prometerme que no volverás a escaparte. ¡Dónde vas a estar mejor que aquí!

—Maauuu.

—Sí, bueno, ya sé. La llamada de la naturaleza y todo eso que dijo el veterinario, pero después de que tengas tus gatitos te llevaré con él para que te esterilice y no tendrás más ese problema.

—Mieeeeuuu.

—Sí, ya sé que tendrá que usar agujas, pero yo estaré allí contigo en todo momento. No sentirás nada, te lo prometo —argumentó el inspector, sin poder evitar sentirse culpable.

—Meumeu.

—No es un capricho, ni comodidad, pero no puedo ocuparme de dos docenas de gatitos al año. Debes comprenderlo.

Paca se movió para acomodarse mejor, mientras la imaginación de Salazar le envió la imagen de un viejo solterón, viviendo solo en una buhardilla invadida por gatos. Sintió un escalofrío en la espalda.

—Será mejor que cambiemos de tema. Ya hablaremos del asunto de la operación cuando se acerque la fecha.

—Brrrr.

—No seas intransigente, Paca. Es necesario y según el veterinario será bueno para ti.

—Meuuu. Meu.

—No deberías expresarte así de él. Siempre te ha tratado bien, a pesar de que tú no haces sino arañarlo y morderlo cuando lo ves.

Silencio culpable.

—¿No dices nada en tu defensa? Bien, hablemos de otra cosa. Quería pedirte tu consejo, ya que por lo visto eres experta en llamados de la naturaleza. Tengo un problema con Beatriz y Sofía.

—Mau.

—Es verdad, no te he hablado todavía de Beatriz. Es la nueva subinspectora que vino a cubrir la plaza de Manuel. Es un poco… Extravagante, aunque parece buena persona y muy inteligente. Además se maneja muy bien con los ordenadores.

—Meuuu.

—¡No me vengas tú también con eso! Mis alabanzas son en un sentido profesional. Parece buena chica, pero no me atrae para una relación. Sabes muy bien que estoy coladito por Sofía.

Silencio y acomodo para cambiar el lugar de las caricias.

—El problema es que Beatriz me tiró los tejos. ¿Qué opinas?

—Mau.

—¡Oye! No es necesario ofender. ¡Tampoco es tan difícil de creer!

—Meumeu.

—De acuerdo, resumiendo, que Sofía nos pilló cuando ella me besaba. Y ahora está enfadada conmigo.

—Mieuuu.

—¡Que no! Que no di pie para que lo hiciera. Ella confundió sus sentimientos. ¿De parte de quién estás tú?

—Brrrr.

—Sí, claro, supongo que los gatos no tenéis esas dificultades. Os complicáis menos la vida. El problema es que no sé qué hacer para que Sofía me perdone.

Paca se volteó y alzó las patas, abrazando la mano de él, juguetona.

—Agradezco tu solidaridad. Supongo que tendré que tener paciencia y esperar que a Sofía se le pase el cabreo y me pueda perdonar.

—Meu —dijo Paca, jugando con los dedos de él.

Néstor supuso que el cambio de humor de su gata, mostrándose más cariñosa y juguetona, se debía a los cambios propios de su preñez. Cuando ella se relajó, él volvió a acariciarle el lomo.

—También estoy preocupado por Santiago. El asunto este de la acosadora se está volviendo demasiado peligroso. Además, Elvira se nos adelantó al quemar los archivos del Centro de Acogida.

—Mieeuuu.

—Sí, tienes razón. No podemos darnos por vencido por eso. Tenemos que averiguar cuál es su nombre de adopción. Veamos, según don Alejandro, hay archivos que están digitalizados, pero son los más recientes,

así que lo más probable es que los de los chicos Gutiérrez no se encuentren entre ellos.

—Maauuuu.

—Sí, ya sé. No podemos darlo por hecho. Mañana le preguntaré a don Alejandro si existe algún respaldo digital. También enviaré a Sofía a buscar en Servicios Sociales y a Diji en los Juzgados. Es posible que en alguno de esos archivos se guarden copias de esos expedientes.

—Rrrrrr —dijo Paca, cuando él comenzó a acariciarle detrás de las orejas.

—¿Yo? Yo me ocuparé de meterle caña a Casi. Tal vez Elvira haya dejado alguna evidencia cuando causó el incendio, o cuando instaló el artefacto explosivo. Si te soy honesto, esa mujer me pone la piel de gallina. Hace falta sangre fría, odio y audacia para comportarse como lo hace.

—Miaaauuuu.

—Sí, es verdad. Por eso me gusta hablar contigo, Paca. Sabes ver lo esencial. El comportamiento de Elvira no es normal, así que es posible que existan consultas a psicólogos, o psiquiatras durante su permanencia en el Centro de Acogida, e incluso después de ser adoptada. Tal vez don Alejandro lo recuerde.

—Meu, meu.

—También hay que reconocer que es muy astuta. Solo hay que ver cómo engañó al director para acceder al archivo e iniciar el incendio. Lo que no me explico es cómo pudo entrar a la casa de Santiago. Supongo que mañana sabré si forzaron alguna cerradura, pero no lo parecía a simple vista.

—Mieeeuuu.

—¿Qué cuál es el problema? Bien, supongo que es difícil de comprender para un gato, porque vosotros os podéis colar por cualquier agujero, pero en este caso, para colocar el explosivo como lo hizo, tuvo que estar dentro de la casa. ¿Cómo entró? Estoy seguro de que Santiago es muy cuidadoso con la seguridad de su hogar. En especial después de la experiencia con el secuestro de Lucas.

—Maaauuuu.

—Sí, tienes razón. Hay un cerrajero entre los sospechosos, pero yo diría que está al final de la lista. Aunque no podemos descartar que podría estar colaborando con Elvira. Tal vez sea interesante interrogarlo, aunque ya

Santiago y Sofía hablaron con él y ambos coinciden en que no creen que tenga nada que ver.

Silencio. Paca comenzaba a quedarse dormida.

—¿Te aburro? Si es así, me lo dices, ingrata. Este asunto es algo serio y necesito tu consejo.

La gata se estiró cuan larga era, pero no pronunció ni un simple miau. Acababa de comer pescado y tenía el estómago lleno, estaba calentita, además de que su humano le acariciaba el lomo y ¡detrás de las orejas! ¡El nirvana gatuno! Así que comenzaba a sentir sueño, pese al incesante parloteo del simio sin pelo.

—De acuerdo. Te comprendo. Yo también estoy cansado. Supongo que tirar figuritas al suelo debe ser un trabajo muy pesado —le recriminó él con sarcasmo. Paca no se defendió. Estaba demasiado ocupada conciliando el sueño.

—Tengo que averiguar cómo entró Elvira a la casa de Santiago —murmuró Néstor para sí mismo, pues ya Paca se había quedado dormida—. Y el explosivo. ¿Cómo fabricó el explosivo? Según el comisario Castillo no reviste dificultad: una cañería de plástico, pólvora, o un material explosivo, tuercas y clavos. ¡Y un detonador! —dijo en voz alta, abriendo mucho los ojos, pero sin moverse para no despertar a la gata. ¡Desde luego! El detonador no pudo fabricarlo, debió comprarlo en alguna parte. En el mercado negro, por supuesto.

Mientras Paca profundizaba en su sueño, Salazar decidió que al día siguiente le pediría ayuda a Gyula y a don Braulio. Tenía que averiguar quién había comprado un detonador en el mercado negro en los últimos meses. Tal vez así encontraría a Elvira.

Capítulo 45.

A la mañana siguiente, Paca despertó a Salazar más temprano que de costumbre para que le sirviera su tazón de leche. Si ya era tragona en condiciones normales, con la preñez su apetito se había vuelto insaciable. Recurrió al infalible procedimiento de lamerle la oreja. No había quien pudiera dormir con esa lija pasando una y otra vez por el pabellón auditivo, así que el inspector se resignó y cumplió los deseos de su tiránica gata. Todavía no amanecía, pero él no se sentía capaz de volver a la cama. Tenía demasiado trabajo pendiente.

Después de una ducha revitalizadora, un traje limpio y convenientemente arrugado, la corbata mal anudada y las gafas que corregían su leve astigmatismo, recuperó el oscuro gabán de la cesta y se lo puso. ¡Listo! Ningún sospechoso que se preciara lo tomaría en serio. La mejor forma de que bajaran la guardia. Consultó el reloj y decidió desayunar en el bar de Gyula, que estaría abriendo en ese momento. Así también aprovecharía para hablar con él.

En efecto, detrás de la barra, su amigo se preparaba para recibir a los primeros clientes del día. A diferencia de la noche anterior, el local estaba vacío, pero de alguna forma conservaba el ambiente cálido y acogedor. No vio a Dika, pero sabía que estaría en la cocina elaborando algún manjar para ofrecer en el desayuno.

Después de aceptar que le sirvieran el café y "unas galletas caseras que Dika preparó con una receta de su abuela, y que estaban de rechupete," Néstor se instaló en su mesa favorita. Gyula comprendió que deseaba hablar con él a solas, por lo que le llevó el desayuno y lo acompañó.

—¿Qué ocurre? —le preguntó con preocupación—. ¿Hay novedades acerca de Cappi, o Lumi?

—No, no es eso. En realidad, necesito tu ayuda para otro caso.

—Pues tú dirás.

Sin entrar en muchos detalles, el inspector le habló acerca del atentado que Santiago sufrió el día anterior.

—¡El detonante para un explosivo? —repitió Gyula, y Néstor le hizo gestos para que bajara la voz, aunque el bar seguía vacío—. No es algo que se mueva con frecuencia. Es demasiado… Ya sabes, se trata de material

muy controlado, con el asunto del terrorismo y todo eso. Nadie en sus cabales pide algo así.

—A menos que tenga intenciones de cometer un acto terrorista —apuntó el inspector.

—En esos casos suelen ser grupos organizados… Suelen tener sus propios medios para proveerse…

—Lo sé, pero sospecho que aquí estamos hablando de un lobo solitario, o mejor dicho, una loba solitaria.

—¿Crees que el autor del atentado fue una mujer? —preguntó el tabernero, sin ocultar su sorpresa—. Pues no te digo que no sea posible, pero una mujer preguntando por un detonador no pasaría desapercibida.

—Debemos ser amplios de criterio, Gyula. Que la principal sospechosa sea una mujer no significa que no pudiera tener un cómplice. En realidad, quiero información de cualquiera que se haya interesado por un detonador en el mercado negro.

—Muy bien, veré que se escucha por ahí. ¿Algo más?

—Si me respondes a eso, me estarás ayudando bastante. Con respecto a lo otro, a Jovanka, espero que hoy tengamos algún avance. Te mantendré informado en la medida en que me sea posible. ¿Cómo está Lumi?

—La pobre está destrozada. Ella ya estaba enterada del problema de Cappi con el juego y sabía que era un "pieza", pero de ahí a que resultara un estafador y que es probable que haya causado la muerte de Jovanka, va un abismo. Anoche Dika fue a hacerle compañía, pero me confesó que fue poco lo que pudo consolarla. Además, tiene miedo de verse involucrada, por el uso que ese malnacido hizo del nombre de ella como beneficiaria.

—Sí, es un mal asunto, pero te prometo que lo resolveremos y encontraremos la verdad. Aunque Cappi ya está perdido, pues está metido hasta las cejas en esto, haremos lo posible para que Lumi no resulte perjudicada. Estoy seguro de que ella también es una víctima, así que debe haber evidencias que la exculpen.

—Gracias, Néstor. Contar con tu ayuda nos tranquiliza a mi familia y a mí.

—Nada, que es mi trabajo —respondió el inspector, mientras se terminaba la última galleta y bebía lo que quedaba de café.

—Por cierto, y ¿qué tal la Paca?

—¡Preñada! La muy libertina se fue de picos pardos porque estaba en celo, y regresó con bombo.

—¿En serio? —preguntó Gyula, echándose a reír—. ¿Así que de nuevo vas a ser padre de una camada de gatos?

—¡No me lo recuerdes! Que todavía no he superado la última, que bastante que me costó colocarlos a todos.

—Descuida, Néstor. Te ayudaremos. Hablaré con Dika, con Kavi y los chavales, que seguro…

—Te lo agradezco, Gyula, pero mejor no involucramos a los chavales, que son capaces de montar un mercado persa de gatos en la plaza, sin permiso del Ayuntamiento.

El inspector le contó a su amigo la que se había liado con la búsqueda de Paca.

—Está bien, dejaremos a los chavales fuera de esto —le prometió el tabernero, sin dejar de reír—. Y no te preocupes, que ya Dika y yo le proporcionaremos cuidados especiales a la futura madre.

Después de agradecer a Gyula por su ayuda y despedirse de él, Néstor salió del bar, preguntándose si esos "cuidados especiales" agravarían los aires principescos de su gata. En fin, lo resolvería llegado el momento.

Aunque ya asomaban los primeros rayos del sol a través de la fina niebla, hacía mucho frío en la calle. Salazar se arrebujó en el gabán y apuró el paso, más por entrar en calor que por prisa. Cuando llegó a la comisaría, García lo recibió como siempre. Algunas veces, Néstor sospechaba que el buen oficial vivía de incógnito en algún rincón insospechado del edificio. Después de los saludos de rigor, subió las escaleras hasta el segundo piso. La sala común estaba vacía, así que se refugió en su despacho.

Antes de planificar el día, el inspector hizo un par de llamadas. Envió a Sofía al edificio de Servicios Sociales en busca de una copia del expediente de Elvira. Con la misma intención llamó a Diji, y después de asegurarse que su mano sanaba bien, le pidió que preguntara en el Juzgado. Néstor no estaba dispuesto a darse por vencido con tanta facilidad. En algún lugar debían quedar rastros de aquella adopción. Estaba decidido a identificar a la escurridiza hija de Eladio.

Miró el reloj por tercera vez desde que llegó a la comisaría. Demasiado pronto. Tendría que tener una seria conversación de hombre a gata con Paca. Ella lo despertaba cada vez más temprano y de seguir así, terminaría levantándose antes de haberse podido acostar. Se detuvo un momento ante lo absurdo de semejante idea. Aquellos madrugones se tenían que acabar. Si

bien era cierto que el día le rendía mejor, muchas veces se veía en la obligación de esperar a que el resto del mundo se pusiera en movimiento.

Le urgía hablar con Casimiro, pero sabía que tenía que darle tiempo a que hiciera su trabajo, de manera que decidió encaminarse a la calle Conde de Haro. Antes de que pudiera alcanzar la puerta sonó su móvil. Era Souza. ¿Habría interrogado al falsificador? ¿Tendría nuevas pistas? Salazar debía reconocer que después de liberar a Gyula y con la preocupación del riesgo que corría Santiago, había dejado un poco de lado a su colega. Con cierto sentimiento de culpa, respondió.

—Buenos días, inspector Souza. Se levanta usted temprano.

—Salazar. Me alegra encontrarlo despierto. Y no es que me levante temprano, es que casi no he dormido.

—¿Ha ocurrido algo?

—¿Qué si ha ocurrido? ¿Recuerda al tío de la furgoneta que adelantó a su amigo en el Barrio Estación? ¿El pintor?

—Sí, claro.

—Pues esta madrugada lo encontraron en el piso donde estaba trabajando. Está muerto.

—¿Homicidio?

—Si haber recibido un martillazo en la cabeza es motivo para hablar de homicidio, entonces sí, se trata de un homicidio.

Capítulo 46.

Salazar no demoró mucho tiempo en llegar a la calle San Felices, donde había trabajado Flores y donde fue asesinado. El piso estaba acordonado, por supuesto, por lo que Néstor tuvo que identificarse. Aunque llevaba sus credenciales en la mano, uno de los oficiales que custodiaban el perímetro, un joven con más mística que sentido común le impidió el paso. Miró al inspector de arriba abajo con cierto desprecio y se llevó la identificación hasta el centro del rellano, donde había una lámpara encendida que le permitía examinarlo con más detalle. Salazar se armó de paciencia. Si bien mantener una apariencia descuidada era un buen recurso frente a los sospechosos, en ocasiones como esta era un latazo.

Por suerte, Souza apareció en ese momento y haciendo esfuerzos para no reírse de su colega, se dirigió al puntilloso policía.

—No te esfuerces, Rojas. Lo conozco. La credencial es auténtica y aunque parezca mentira, sí es un inspector jefe de la Policía.

El aludido levantó la mirada del documento y miró en forma alternativa a Néstor y a Anselmo con la incredulidad reflejada en su rostro. Entonces le devolvió la credencial a Salazar y balbuceó una disculpa, mientras se sonrojaba.

Néstor cogió su identificación y la guardó en el bolsillo interno del gabán con un suspiro. Después de saludar a su colega y dirigir una sonrisa irónica al confundido Rojas, acompañó a Souza al interior del piso. La vivienda estaba vacía por completo y el lugar olía a pintura fresca. La mitad tenía un color blanco deslavado y sucio, y la recién pintada era un ocre claro bastante feo. Néstor pensó que seguro que a Paca no le hubiera gustado. Su gata era muy exigente con respecto a la decoración.

Junto a una de las paredes a medio pintar había una escalera, y tendido al pie se encontraba el cadáver de Marcos Flores boca arriba, con un pie todavía enganchado al último peldaño. Tenía los ojos abiertos y de su cabeza salía un hilo de sangre que apenas manchaba el suelo. No había sangrado mucho, así que murió pronto. Junto al cuerpo había un martillo con la cabeza también manchada de sangre: el arma homicida.

—Pedí que no tocaran nada hasta que usted pudiera ver la escena del crimen con sus propios ojos. Ya el fotógrafo hizo la serie completa, y el juez está por llegar para que levantemos el cuerpo.

—No esperaba el ataque —comentó Néstor.

—Dígame algo que no sepa —refunfuñó Anselmo—. Es evidente que lo golpearon por la espalda cuando bajaba la escalera.

—Conocía a su agresor.

—¿Qué le hace pensar eso? El asesino pudo sorprenderlo acercándose por detrás.

—Piénselo bien. No creo que Flores tuviera la puerta abierta. ¿Trabajaba solo?

—Tenía un ayudante; un chico de nombre Martín Pavía. Él fue quien descubrió el cadáver y nos llamó. Lo envié a la Jefatura Superior con uno de mis inspectores para que preste declaración. Me pareció que lo mejor era sacarlo de aquí cuanto antes. ¿Qué tiene eso que ver con que Flores conociera o no a su atacante?

—Observe las ventanas; están todas abiertas, así que la puerta debió estar cerrada, o el frío hubiera sido insoportable. Lo que nos deja dos opciones.

—¿Qué serían…?

—El asesino tenía llave y entró por su cuenta. Lo cual señala al ayudante como principal sospechoso. Aunque también podría tratarse del dueño del piso, o cualquier otro obrero que estuviera contratado en esta remodelación.

—Ya había pensado en eso —reconoció Souza—. Tengo a un hombre averiguando quiénes tienen llave de esa puerta.

—De acuerdo. Lo más probable es que el occiso conociera a todos los que disponían de copias de la llave.

—Tiene lógica —admitió Souza.

—La otra opción es que el propio Flores le abriera la puerta al asesino.

—El pintor estaba en la escalera cuando murió —razonó Anselmo—. Si él mismo le abrió la puerta…

—Significa que ambos habrían entrado y Flores volvió a subir a la escalera para continuar con su trabajo, mientras hablaba con su visita. En un momento del intercambio, él comenzó a bajar, tal vez porque le interesaba más el sujeto de conversación que la pintura de la pared, y antes de que pudiera dar el frente a su interlocutor, este le asestó un martillazo mortal en la cabeza.

—Debo reconocer que es una teoría que encaja con el escenario del crimen. Sí, tiene razón. El pintor debía conocer a su asesino y tener la

suficiente confianza en él como para darle la espalda.

—Me pregunto si este homicidio tiene relación con el caso de Jovanka y la estafa del seguro.

—Por eso solicité que me lo asignaran —confesó Souza—. Reconocí el nombre de la víctima cuando se hizo la llamada. Considerando que este sujeto estuvo por el área cuando asesinaron a Jovanka, no es disparatado deducir que tuvo algo que ver con ese crimen.

—De acuerdo. Me ocuparé de investigar a Flores —Se ofreció Néstor, al mismo tiempo que se preguntaba de dónde sacaría el tiempo, pero le había prometido a Anselmo que lo ayudaría en ese caso y él siempre cumplía con su palabra.

—Muy bien. Siendo así, le propongo que nos reunamos esta noche para compartir notas. Sé que me está ayudando al margen de su trabajo rutinario y supongo que no le sobra el tiempo, pero tenemos un compromiso.

—Desde luego. ¿Ha interrogado ya al falsificador?

—¿Cuéllar? Ha sido bastante escurridizo, pero gracias a un informante lo encontramos esta madrugada. Mis hombres lo llevaron a la Jefatura y lo tengo esperando en una celda. En cuanto acabe aquí tendremos una agradable conversación. Por cierto, el primo de su amigo ha resultado un hueso duro de roer. Confesó su participación en la estafa con el seguro de su suegra, pero solo ha delatado al corredor que le vendió la póliza, a Rivero. No hemos conseguido que nos diga el nombre del financista, el que pagaba las cuotas. Creo que le tiene más miedo que a nosotros, o a los años que le pueden caer en prisión.

—Estoy casi seguro de que ese sujeto es el cabecilla de la banda. Y debe tratarse de alguien muy peligroso.

—¿Alguna idea para identificarlo?

—Bien, si Cappi no quiere hablar, deberíamos probar suerte con el falsificador. En este momento es nuestra mejor baza.

—¿Cree que lo asesinaron para silenciarlo? —preguntó Anselmo, señalando el cadáver.

—Es pronto para decirlo. En realidad, no sabemos casi nada del pintor, ni de sus asuntos, pero si su presencia cerca del lugar de los hechos cuando murió Jovanka no fue casual, y si formaba parte de la banda, tal vez el mismo asesino cometió ambos homicidios.

—¿No cree que eso es suponer demasiado?

—Es posible. De cualquier manera, creo que vale la pena incluir las huellas dactilares de Flores entre las que se compararán con las encontradas en el cuello de Jovanka.

—Delo por hecho. ¿Alguna otra sugerencia?

—Estemos atentos a las evidencias que surjan. Tal vez Científica encuentre algo en esta escena.

—Eso espero, porque en la escena del primer crimen no encontraron nada.

—¿Ya sabemos cómo entró el asesino en la casa de la familia Arriola?

—Romero, el yerno de la víctima, confesó que había hecho copia de las llaves de los jefes de su suegra. También que le entregó esa copia a uno de los involucrados con los estafadores.

—¿No dijo quién se las pidió?

—El hombre que lo metió en este asunto. Ese cuyo nombre no nos quiere revelar.

—El financista —concluyó Salazar—. Entonces todo obedeció a un plan. No hubo espacio para la improvisación.

—¿En qué está pensando?

—Veámoslo desde este punto de vista —argumentó Néstor—. Esta banda de estafadores se dedicaba a asegurar personas desahuciadas con la complicidad de sus familias, aprovechando las dificultades económicas de estas.

—Sí, eso está claro.

—¿Cómo sabían a quién podían tentar? ¿Quiénes estaban tan desesperados como para arriesgarse a participar en un asunto como este?

—Deben tener acceso a la información financiera de estas familias.

—Es correcto. Una posibilidad es que cuenten con un empleado de algún banco que les proporcione esa información. En este supuesto, lo más probable es que todos los involucrados tuvieran cuenta en una sola entidad financiera, pues no es fácil infiltrar a alguien capaz de proporcionar semejantes datos.

—Muy bien. Averiguaré dónde tenían sus cuentas las familias que participaron de la estafa en el momento en que les fue propuesta —afirmó Souza, mientras tomaba nota en su libreta—. ¿Alguna otra idea?

—Una que me parece más probable. Tal vez porque hay deudas de juego involucradas en el caso de Cappi: un prestamista.

—Eso tiene sentido.

—Digamos que hay involucrado un prestamista, que está al corriente de familias con problemas financieros tan graves, que se ven obligadas a acudir alguien como él.

—Tendría la información de primera mano.

—Y podría presionar. "Si quieres pagarme, te hago una propuesta a la que no te puedes negar…" De manera que este sujeto sabía que en esa familia había un enfermo terminal, lo aseguraban, falsificaban el informe médico y esperaban el desenlace. Luego cobraban la póliza. Limpio y sin mucho riesgo.

—¡Joder! Es maquiavélico.

—En este caso, el problema se presentó cuando Jovanka, contra todo pronóstico, venció al cáncer y sobrevivió a su enfermedad.

—Desde luego. No lo esperaban.

—Habían invertido mucho dinero para mantener la póliza, pero la asegurada se recuperó, así que se vieron en un callejón sin salida. Jovanka podía vivir muchos años, lo cual hacía que no fuera rentable continuar pagándole el seguro de vida, pero si cesaba el pago, perdían lo invertido. Así que…

—Si sufría un accidente y moría, entonces podían cobrar. ¡Menudas ratas!

—Debemos identificar al jefe. Es probable que alguna de las familias involucradas esté dispuesta a colaborar, a cambio de que hablemos con el juez.

—Déjemelo a mí. Usted ocúpese de investigar al occiso —dijo Anselmo, mientras señalaba el cadáver de Flores.

Rojas se asomó a la puerta con cierta timidez.

—Lamento interrumpir, señor. Ya están aquí el juez, el forense y Científica. Vienen a revisar la escena del crimen y a llevarse el cadáver.

Capítulo 47.

Al salir del piso donde asesinaron al pintor, Néstor retomó su plan inicial y se encaminó a la calle Conde de Haro. Después de entrar en el viejo y desvencijado edificio y subir las escaleras mal iluminadas, alcanzó la oficina del detective. Evelia lo recibió con la expresión de disgusto de siempre. Cada vez que llamaban a la puerta, ella tenía la esperanza de que fuera un cliente, así que la aparición de la conocida figura del inspector era motivo de desilusión. Si bien una botella de buen vino regalada en Navidad le había permitido limar asperezas con la secretaria, Salazar sabía que él no era santo de su devoción.

—¡Ah, es usted!

—Buenos días, Evelia —la saludó el inspector con su sonrisa más hipócrita. La que tanto enorgullecía a Paca—. ¿Está don Braulio?

—¿Quién es, Evelia? —preguntó el aludido, mientras abría de golpe la puerta de su despacho. Ante la expresión de disgusto de su secretaria agregó —; Sí, ya sé que para preguntar eso está el interfono, pero detesto ese chisme.

—¡No me diga!

—Buenos días, chaval —saludó el detective cuando vio a Néstor—. ¿Me tienes algún encarguillo? —agregó, mientras se frotaba las manos anticipando la emoción—. ¿En qué puedo serte útil?

—Eh, sí, don Braulio. Buenos días. Si no está muy ocupado, me gustaría hablar con usted unos minutos sobre…

—¡Por supuesto! Desde luego que estoy ocupado. Ya sabes, un pilón de casos pendientes —alardeó el viejo ex policía, mientras su secretaria ponía los ojos en blanco—, pero siempre tengo tiempo para ayudar a un colega y amigo. Pasa, anda, y tómate un café conmigo. Evelia…

—Sí, ya sé. Les llevo café.

—Gracias. Eres una magnífica secretaria. Pasa, chaval, pasa —insistió dirigiéndose a Salazar.

Néstor obedeció. Don Braulio le inspiraba sentimientos singulares, pues con él se sentía como un chiquillo frente a su padre. Obedeció al detective y entró al despacho, mientras Evelia iba a por el café.

—A ver, pareces preocupado. ¿De qué se trata esta vez? ¿Anselmo te ha dado problemas? Solía ser bastante testarudo.

—No, don Braulio. Gracias a su intermediación, Souza y yo hemos podido engranar nuestros esfuerzos en el caso y estamos trabajando bien juntos.

—¿Estáis trabajando juntos en el mismo caso? —preguntó sorprendido—. Eso sí me resulta extraño. Anselmo siempre fue un lobo solitario. Cuando yo era comisario y él estaba bajo mi autoridad, yo tenía que imponerme para que aceptara la colaboración de algún compañero. Siempre prefería trabajar solo. ¿De quién fue la idea?

—Pues suya. Después de que conseguí demostrarle la inocencia de mi amigo, me exigió que lo ayudara a resolver el caso, pero no es esa la razón que me trae hoy.

—¿Ah, no? —preguntó el detective. Ambos hicieron una pausa mientras Evelia entraba con una bandeja y dos tazas de humeante café. En cuanto la secretaria salió, don Braulio retomó la palabra—. Dime, chaval. ¿En qué puedo ayudarte?

Salazar le habló sobre el caso de los anónimos y el atentado que sufrió Santiago de parte del acosador.

—Mal asunto ese. Cuando alguien es tan audaz como para atentar contra un comisario de la Policía, el problema debe tratarse con la gravedad que corresponde.

—Sí, eso mismo pienso yo.

—¿Y tenéis alguna idea de quién puede ser el acosador?

Néstor le contó lo que sabían sobre los hijos de Eladio y sus sospechas acerca de Elvira.

—Pues no te digo que no sea posible, pero no parece el tipo de atentado que suele perpetrar una mujer.

—Y sin embargo, todo apunta en esa dirección: fue una mujer quien entregó el anónimo al hijo del comisario. También sospechamos que el incendio en el Centro de Acogida fue causado por una mujer. Lo que no descarta que pueda tener a un hombre como cómplice.

—El hermano —sugirió don Braulio.

—Es posible, aunque no tenemos ningún indicio de que Jorge Gutiérrez esté involucrado.

—Sí, supongo que tienes razón. Elvira Gutiérrez es vuestra mejor sospechosa. Pero dime en qué te puedo ayudar, chaval, porque supongo que no has venido hasta aquí para contarme todo esto.

—Siempre valoro su opinión, don Braulio —lo alabó Néstor con descaro—, pero en realidad estoy más interesado en sus contactos.

—Ya. Quieres que te busque información. ¿No es así?

—No se pueden desperdiciar más de treinta años de trabajo policial en las calles. No sé de nadie que conozca mejor que usted lo que se cuece allá afuera.

—A ver, deja de hacerme la pelota y dime de una vez qué es lo que quieres de mí, chaval, que con tanto rodeo ya me tienes mareado —Se quejó el ex policía, quien en el fondo disfrutaba todo aquel preámbulo.

—El artefacto explosivo que pusieron en la casa del comisario fue de elaboración casera, pero el detonador debieron encontrarlo en algún lugar. Es previsible que fuera en el mercado negro.

—Comprendo, quieres que te averigüe quién compró un detonador en los últimos qué, ¿seis meses?

—Ese parece un buen margen de tiempo.

—Déjalo de mi cuenta. Supongo que no debe ser muy frecuente que alguien busque algo así. El hampa común no suele usar explosivos en sus "trabajillos", y los grupos terroristas, que serían los interesados en este tipo de material, tienen otras vías para aprovisionarse. ¿Algo más?

—Ahora que lo menciona. Con respecto al caso que investigo con Souza, ha surgido un nuevo elemento, aunque todavía no tenemos la certeza de que esté relacionado.

—Como no te expliques mejor…

—El día que asesinaron a Jovanka había un vehículo en la zona que pertenecía a un pintor, a quien encontraron muerto esta mañana. Alguien lo golpeó en la cabeza con un martillo.

—Y supongo que tú y Souza pensáis que ambos homicidios están relacionados.

—En el caso del ama de llaves hay una trama de estafa al seguro. Y sí, sospechamos que puede haber una relación.

—¿Y en qué podría yo ayudarte?

—De nuevo necesito sus contactos. El nombre del pintor era Marcos Flores y era dueño de una empresa registrada como "Pintharo." Me gustaría saber si tenía un historial en las calles.

—Preguntaré por él —dijo el detective mientras tomaba notas en una libreta con evidente entusiasmo—. ¿Algún otro encargo?

—Creo que de momento es suficiente. ¿Tiene usted alguna sugerencia para mí, después de lo que le he contado?

—Con respecto al asunto del acosador, te aconsejo que procures una buena protección para tu comisario. Y también para tu equipo y para ti mismo. Un sujeto que es capaz de atentar por su propia cuenta con un explosivo contra un comisario, debe albergar un odio cerval hacia su objetivo. Será implacable con él, o con cualquiera que se interponga en su camino.

—Lo tomaré en cuenta, don Braulio. Y tendremos cuidado.

—Muy bien. Entonces, después de que te tomes el café te largas, que necesito hacer algunas llamadas si quiero responder a tus preguntas.

Antes de que Salazar pudiera decir algo, los interrumpió el timbre del interfono. Don Braulio apretó un botón, pero no era el correcto, por lo que llamó a Evelia, en lugar de escucharla. Presionó otro, pero con este solo consiguió bloquear el aparato.

—¡Detesto este chisme!

Néstor sonrió al escuchar una frase que ya asociaba con su veterano amigo. Después de tomar el último sorbo de café y dejar la taza en el platillo, Salazar ofreció su ayuda con gestos. Don Braulio asintió con resignación. El inspector desbloqueó el interfono y apretó el botón de comunicación con la secretaria, haciéndole un gesto a su amigo para que hablara. El detective se acercó al interfono como si este fuera un micrófono.

—Sí, Evelia. Te escucho. ¿Qué pasa?

—¡Don Braulio? ¿Es usted? ¡Ha respondido por el interfono!

—Con un poco de ayuda —confesó el detective con resignación—. ¿Qué deseas?

—Es que ha venido un cliente.

—¡Un cliente?

—Sí, señor. No tiene cita pero…

—¿Estás segura? ¿No se equivocó de oficina? ¿No será que en realidad busca el bufete del tercer piso?

—No, señor. Ha preguntado por don Braulio Quintero. Por usted.

El detective se volvió hacia Néstor con una mirada de desconcierto en el rostro. El inspector sonrió, se puso de pie y se excusó diciendo que tenía mucho trabajo pendiente. Don Braulio lo acompañó hasta la puerta. En la salita de espera había un hombre que ya había alcanzado la edad de

jubilación y que miraba en todas direcciones como si se sintiera confundido.

—Muchas gracias, don Braulio —dijo Salazar, mientras estrechaba la mano del detective—. Ha hecho usted un magnífico trabajo. Me alegra mucho haberlo contratado. El amigo que me lo recomendó tenía razón. Si alguien podía ayudarme, ese era usted.

Don Braulio miró a Néstor como si este se hubiera vuelto loco de repente. Evelia sonrió al comprender lo que el policía estaba haciendo. Después de unos segundos, el detective también cayó en cuenta.

—Ha sido un placer poder ayudarlo, señor Salazar.

—Lo tendré en mi lista de profesionales desde ahora, detective Quintero. Ha sido un placer.

En medio de alabanzas por su alta calidad profesional, Néstor se despidió de don Braulio y de Evelia, como si fuera un cliente satisfecho. El jubilado ya parecía más confiado cuando se levantó de la silla y se encaminó al despacho, obedeciendo a un gesto de la secretaria. El inspector se marchó, contento por haber realizado una buena obra. Aquella noche se lo contaría a Paca. Tal vez así lo tendría en mejor estima. Aunque a decir verdad, lo único que conmovía a su gata eran las galletas con sabor a sardina.

Capítulo 48.

Mientras Salazar visitaba al detective, Diji bajaba de su coche, el cual había aparcado frente a los Juzgados. Se trataba de un "Smart Fortwo" que le había comprado a su primo, quien lo puso a la venta a la mitad de su precio para poder casarse. Aunque el pequeño coche no concordaba con sus dos metros de humanidad, el subinspector consideró que no podía dejar pasar una oportunidad como esa, así que invirtió sus ahorros en el pequeño vehículo.

Para poder apearse tuvo que agachar la cabeza hasta que la barbilla le tocó el pecho, hacerla pasar por debajo del arco de la puerta y entonces sacarla del coche. Luego apoyó uno de los pies en el suelo, y se impulsó, desplazando el cuerpo fuera del diminuto habitáculo. Un chaval, que iba en camino a la escuela con su morral a la espalda, se detuvo a mirarlo con la boca y los ojos muy abiertos, tratando de comprender lo que veía: un subsahariano de dos metros saliendo de un mini coche. Era como ser testigo de las maniobras de un tiburón para abandonar una lata de sardinas. Diji fijó la vista en el chiquillo con expresión seria y el ceño fruncido, lo que hizo que el muchacho abriera todavía más los ojos y saliera corriendo. Al verlo poner pies en polvorosa, el subinspector se rió entre dientes. Él también encontraba divertida la situación.

Después de cerrar su coche, Diji se encaminó a los Juzgados. Sus preguntas lo condujeron al archivo, donde la encargada escuchó sus requerimientos con atención y le pidió que esperara. Al cabo de unos minutos de consultar el ordenador, la archivista lanzó un suspiro de resignación.

—No entiendo por qué los policías no se comunican entre ustedes —le reprochó con amargura—. Si lo hicieran, nos evitarían pérdidas de tiempo como esta.

—Disculpe, ¿a qué se refiere?

—Los archivos que solicita ya han sido retirados.

—¿Por quién? ¿Cuándo? —preguntó Cheick, comenzando a preocuparse.

—Veamos… Según esto, los solicitaron hace seis meses desde la Jefatura Superior. Un detective… A ver, sí… El inspector Leandro Santillán envió la orden de un juez para retirar esos archivos.

—¿Por qué no los han retornado después de tanto tiempo?

—Es verdad. Es extraño. Tal vez no han cerrado la investigación por la que fueron solicitados, aunque si así fuera deberían haberlos copiado para el archivo de casos sin resolver y haber devuelto los originales.

—¿Puede proporcionarme el nombre del juez que autorizó el retiro de los archivos, por favor?

—Sí, se trata del juez Alfaro.

—¿Podría indicarme dónde está su oficina para hablar con él? Me interesa recibir información acerca del caso por el que fueron solicitados.

—No creo que eso sea posible, subinspector…

—Cheick. Diji Cheick.

—Muy bien, subinspector Cheick. El juez Alfaro ya no vive en La Rioja. Adoraba Haro, pero siempre se quejaba del frío y la humedad de nuestra ciudad, los cuales le afectaban mucho porque sufría de artrosis. Así que cuando le llegó la jubilación se fue a vivir al sur.

—En ese caso, tal vez deba hablar con el inspector… Santillán.

—Creo que será lo mejor.

Diji se despidió de la archivista, después de agradecerle la información que le había proporcionado. No quería presentarse ante Salazar con las manos vacías, así que se volvió a embutir en su mini coche y enfiló en dirección a la Jefatura Superior. Una vez allí mostró su identificación en la recepción, donde le señalaron cuál era la oficina del inspector Santillán.

A diferencia de "San Miguel", en la Jefatura Superior cada inspector tenía su propio despacho, pese a lo cual, él no cambiaría su querida comisaría por ningún otro destino, pues allí se sentía como en casa.

Distraído en esos pensamientos, llegó hasta la oficina de Santillán. Tuvo la suerte de encontrarlo en ella, ocupado en redactar un informe. El inspector era un hombre de mediana edad, enjuto y de ademanes nerviosos, que no pudo evitar una expresión de sorpresa en su rostro cuando vio frente a él a Diji, mostrándole su identificación.

—Así que es usted subinspector. ¿Puedo preguntar de qué comisaría?

—"San Miguel."

—¡Vaya! Por fin conozco a uno de los legendarios detectives de la comisaría de "San Miguel". Sí que las habéis liado en los últimos tiempos. Puedo tutearte, ¿verdad chaval? —le preguntó, obviando que ya lo había hecho.

—Sí, desde luego, inspector.

—Menos formalidad. Puedes llamarme Leandro. Me gusta la forma en que trabajáis, pero dime, ¿en qué te puedo ayudar?
—Se trata de unos archivos que solicitaste hace seis meses a los Juzgados. Los necesitamos para resolver uno de nuestros casos, pero aún no han sido devueltos.
—¿Qué me dices? Eso no es posible. Aunque el caso no se hubiera resuelto, habríamos hecho una copia y devuelto los originales.
—Pues en los Juzgados no están, y ellos afirman que vosotros los tenéis.
—¿Sabes cuál fue el caso por el que los pedimos?
—Es uno de los datos que me gustaría tener. Solo sé que fueron retirados del archivo de los Juzgados hace seis meses.
—¿Cuáles son esos documentos que buscas?
—Se trata de la guarda y custodia de dos hermanos. Uno corresponde a Jorge Gutiérrez. La decisión del juez estaría relacionada con el ingreso a un Centro de Acogida. El otro pertenece a Elvira Gutiérrez. Aquí se trataría de una adopción.
—Con el correspondiente cambio de nombre, por supuesto. ¿Por qué estáis interesados en estas dos personas?
—Podrían estar involucradas en el atentado a un comisario.
Santillán lanzó un largo silbido, consciente del peso de las palabras del subinspector.
—En ese caso, déjame comprobar qué ha ocurrido con esos archivos.
Leandro regresó al ordenador y comenzó a abrir carpetas, las cuales estaban clasificadas por fecha. Después de unos minutos miró a Cheick.
—Debe haber un error en alguna parte. Entre mis casos de hace seis meses no consta que haya sido solicitada información sobre estas personas.
—¿Estás seguro? —preguntó Cheick inclinándose hacia adelante en el asiento.
—Por completo.
—¿Quieres decir que tú no solicitaste información sobre los mellizos Gutiérrez?
—Si te soy honesto, ninguno de esos nombres me resulta familiar. Yo no hice esa solicitud.
—¿No tienes duda al respecto?
—Creo que lo recordaría. ¿Quién fue el juez que firmó la orden?
—Alfaro. Según la archivista, se jubiló hace tres meses.

—En ese caso te puedo asegurar que yo no hice esa solicitud. El juez Alfaro y yo tuvimos un altercado hace un año. Gracias a él pasé tres días en prisión por desacato. Él no podía verme en pintura y yo me habría cortado las venas antes de solicitarle una orden.

—Entonces, ¿quién retiró los archivos de los hermanos Gutiérrez?

—Me parece que acabas de sumar una incógnita más a tu investigación.

Después de despedirse del inspector Santillán, Diji regresó a los Juzgados. Estaba claro que Elvira, o tal vez su cómplice, había sido capaz de burlar la seguridad para conseguir unos documentos que estaban restringidos. ¿Cómo lo había conseguido?

Cuando la archivista lo vio, no pudo evitar la expresión de incomodidad en su rostro. Ya volvía aquel subinspector pelma a hacerle perder el tiempo. Diji le explicó su predicamento.

—Pues yo solo puedo decirle lo que señalan la información almacenada en el ordenador y el libro de retiros.

—¿Libro de retiros?

—Subinspector, esto no es una biblioteca donde cualquiera pueda venir a solicitar una carpeta con documentos y llevársela prestada a voluntad. Para poder llegar hasta donde usted está ahora, la persona debe estar autorizada. Debe pertenecer a la Policía, o al Juzgado. También es necesario que cumpla ciertos requisitos. Debe traer una orden firmada por un juez. Además, cuando se le entregan los documentos debe firmar en un libro donde constan los retiros.

—¿De quién es la firma en este caso? —preguntó Diji, esperanzado.

—Ya se lo dije. El nombre que aparece es el del inspector Leandro Santillán.

—¿Y está segura de que fue él quien retiró los documentos en persona?

—No conozco al inspector, pero por lo general comprobamos la identidad antes de hacer ninguna entrega.

—¿Qué significa por lo general?

—Bien, hay personas a quienes ya conocemos porque debido a la naturaleza de su trabajo deben venir a solicitar archivos con frecuencia. A esos no les pedimos identificación, por supuesto. No es necesario.

—¿Quiénes son esas personas?

—Algunas secretarias y mensajeros de la Jefatura Superior, o de los propios Juzgados. Sus superiores suelen enviarlos a buscar los documentos que necesitan, así que es frecuente verlos por aquí.

—¿Podría proporcionarme una lista de esas personas?

—No. Lo que usted me pide es que señale a compañeros cuya única falta ha sido cumplir con su trabajo. No voy a hacer algo así.

—También es posible que una de esas personas haya sustraído documentos con argucias y ahora esté relacionada con el atentado a un comisario.

—No tiene ninguna prueba de lo que afirma. Tal vez el inspector Santillán sí haya solicitado los archivos y ahora no lo recuerde, o puede que los haya perdido y por eso prefiere negar que alguna vez los tuvo. Es su nombre el que aparece en el libro de retiros.

—Pero usted misma admite que no lo conoce en persona.

—También es posible que no lo recuerde. Seis meses es mucho tiempo —respondió ella, mientras cruzaba los brazos.

Diji, que era un buen interrogador, comprendió que la mujer se había cerrado en banda y de momento no lograría hacerla cambiar de opinión, así que se despidió y se fue. Debía informar de la situación a Salazar. Tal vez a él se le ocurriera alguna forma de que la archivista les proporcionara los nombres de esos compañeros que tanto protegía.

Capítulo 49.

Al salir de la oficina de don Braulio, Néstor consultó el reloj. Ya era casi mediodía, así que seguro que Casimiro tendría resuelta alguna de las tantas experticias pendientes, que correspondían a los dos casos que llevaba en ese momento. Antes de llegar a la Jefatura Superior, Salazar se detuvo en un bar cercano, donde compró una gaseosa y algo de bollería. Eso debería ser suficiente para ablandar a Barros.

El inspector bajó al laboratorio y en cuanto Casimiro lo vio entrar, el jefe de Científica puso los ojos en blanco, simuló que volvía a concentrarse en el microscopio que tenía delante, y le habló al recién llegado con tono cortante:

—¿Qué haces aquí? ¿Ya vienes a tocarme las narices? Antes de que abras la boca, déjame decirte que tengo mucho trabajo. Además, hoy amanecí con poca paciencia y muy mal humor, así que mejor te das media vuelta y te regresas por donde viniste.

—Yo también te aprecio mucho, Casi —respondió Néstor con su sonrisa más hipócrita—, por eso te traje bollos y una gaseosa, pero si quieres que me vaya…

Barros se apartó del microscopio y miró a Salazar con resentimiento.

—¡Trae aquí, anda! —le dijo, mientras le arrancaba de la mano la bolsa con los dulces y la gaseosa—. A ver, ¿qué es lo que quieres?

—Poquita cosa. Saber qué has encontrado en relación con el caso de los anónimos que recibe el comisario Ortiz. Ah, y también si tienes algún resultado con respecto al asesinato de Jovanka Moreno.

—De a dos —Se quejó Barros, mientras masticaba la mitad del primer bollo, la cual ya se había zampado de un mordisco—. Así, como si no fuera suficiente soportarte cuando llevas un solo caso.

—Ya me conoces. No puedo estar mano sobre mano —respondió el inspector, componiendo una expresión de inocencia más falsa, que una escalera de atrezo.

—Uno de estos días, alguien te va a romper esa nariz patricia que tu madre te puso en medio de la cara. ¿Por dónde quieres que comience?

—La escena del crimen de Jovanka.

—De acuerdo. Me temo que estaba bastante limpia. El asesino debió permanecer en la casa muy poco tiempo. Y usó guantes, por supuesto.

—Los cuales se quitó para comprobar el pulso en el cuello de la víctima…

—Sí, debo reconocer que ahí estuviste fino —lo alabó Casimiro, comenzando a morder el segundo bollo y tomando un trago largo de gaseosa—. El tío debió creer que no sería posible obtener huellas dactilares de la piel de un cadáver.

—¿Has podido compararlas con las de los sospechosos?

—Con todas las que me ha traído Anselmo. Ninguna coincide. Me temo que todavía no le habéis echado el guante.

—Ya caerá. Ya —afirmó Salazar con seguridad—. ¿Y no había ningún rastro en la escena? Eso sí es extraño.

—No había fibras, ni cabellos, ni huellas, ni nada similar —afirmó Barros con cierto titubeo en la voz, que no se le escapó al inspector.

—Pero había algo.

Por toda respuesta, Casimiro suspiró.

—Ni siquiera estoy seguro de que tenga alguna relación con el asesino.

—Tú, dímelo —insistió Salazar.

—De acuerdo. La casa estaba bastante limpia, pero en el piso superior encontramos rastros de grasa en el suelo.

—¿De grasa?

—Siendo más específico, en las alfombras de una de las habitaciones había rastros de un compuesto de petróleo refinado y polialfaolefinas.

La expresión de absoluto desconcierto de Néstor mejoró el humor de Casimiro. Eso y el tercer bollo, al que atacó de un certero mordisco. Después de masticar y tragar, disfrutando esos segundos en los que había dejado al listillo de Salazar como a un besugo, resumió el hallazgo en tres sencillas palabras:

—Aceite de motor.

—¡Ah!

—Te advierto que tal vez no tenga relación con el asesino. Ese aceite podría venir de la suela de los zapatos de cualquiera de los miembros de la familia.

—Desde luego, pero lo tendremos en cuenta. ¿Encontrásteis algo más?

—Nada en absoluto. Esa casa estaba más limpia que una patena. En cuanto a pistas se refiere.

—De acuerdo. Supongo que todavía no has tenido tiempo de examinar las evidencias de la casa del pintor.

—¡Que no ha pasado ni medio día, joder!

—Está bien, está bien —aceptó Néstor, levantando las palmas en gesto conciliador—. Esperaré a que podáis procesar las muestras.

—Yo te mando el informe cuando esté listo. Así que no vengas aquí a meterme caña. ¿Estamos de acuerdo?

—De acuerdo, Casi. No te enfades. Ahora me gustaría saber si tienes algún resultado del caso de los anónimos.

Barros suspiró de nuevo. Estaba claro que no sería tan fácil librarse de Salazar. Además, ya se había comido todos los bollos. Le pidió que lo siguiera hasta otra de las mesas del laboratorio, donde reposaban algunas carpetas. Cogió una de ellas, después de comprobar que era la que le interesaba.

—No hay mucho que decir acerca de los anónimos. Tinta de una impresora de uso común, papel corriente de los que se pueden adquirir en cualquier tienda. Redacción muy básica, sin errores ortográficos, pero tampoco hacía falta ser un erudito para escribir esas pocas líneas. Sí hay, sin embargo, un detalle que nos llamó la atención.

—¿Cuál?

—Hay restos de una sustancia química en una de las notas. Para ser más concreto, en la tercera.

—¿Una sustancia química? ¿Sabes lo que es?

—Óxido de hierro y parabenos.

Esta vez fue a Salazar a quien le correspondió suspirar para hacer acopio de paciencia.

—Y eso significa…

—Maquillaje.

—¿Maquillaje? ¿De qué tipo?

—Del común y corriente que se puede comprar en cualquier perfumería, o salón de belleza.

—¿Cómo pudo llegar algo así a la nota?

—¿No te lo imaginas? Es evidente que vuestro sospechoso cogió la nota después de maquillarse y por eso la dejó impregnada con los químicos de los cosméticos.

—Pero no encontrasteis huellas dactilares —argumentó el inspector—, lo cual significa que usó guantes.

—Pudo tener los guantes ya puestos mientras se maquillaba, o pasarse la mano por la cara antes de coger la nota.

—Sí, es muy posible que sucediera así —reconoció Néstor—. Además, creemos que el acosador es una mujer.

—Aunque muchos hombres también se maquillan, debo reconocer que es más frecuente su uso en mujeres.

—¿Qué me puedes decir de las escenas de los crímenes en este caso? Me refiero a la sala de archivos del Centro de Acogida y a la casa del comisario Ortiz.

—¡Eres más pesado que un tanque a pedales! Con respecto a la casa del comisario, no encontramos nada reseñable. Lo que sí puedo decirte es que no había cerraduras forzadas, aunque el explosivo fue colocado en el lado interior de la puerta principal.

—Así que el perpetrador tuvo que entrar a la casa y es evidente que tenía llave.

—O manejaba muy bien las ganzúas.

—No lo creo. Recuerda que las puertas del adosado de Ortiz tienen cerraduras de seguridad. Las mandó a poner después de que sufrió el secuestro de su hijo.

—Sí, lo recuerdo. Mal asunto ese. De cualquier manera, lo que sí te puedo decir es que no hubo forzamiento de ninguna puerta. Y por cierto, las ventanas también estaban intactas.

—¿Cómo entró entonces el acosador?

—Pues te tocará a ti averiguarlo. Yo ya he hecho mi trabajo.

—¿Y el incendio en el Centro de Acogida?

—Todavía estamos examinando las muestras. Recuerda que tuvimos que esperar a que los bomberos nos autorizaran para visitar la escena. Lo que sí te puedo decir, porque ellos nos lo informaron, es que el incendio fue provocado y que usaron un combustible en algunas zonas del archivo.

—¿Sabes qué usaron? Y por favor no me menciones nombres impronunciables. Que te entienda.

—Pues no es tan difícil —Se defendió Casimiro, con sonrisa satisfecha —. Avivaron el fuego con gasolina.

Capítulo 50.

Salazar pasó por el bar de Gyula en su camino hacia la comisaría. Por una vez decidió concederse unos minutos para almorzar. Su amigo le sirvió unas milanesas napolitanas con puré de patatas y una ensalada como para alimentar a una familia. El inspector comió con apetito. Mientras saboreaba el café le pidió a Gyula que se sentara un momento con él. El tabernero lo complació, pese a que a esa hora el bar estaba a tope.

—¿Qué? ¿Te gustó el nuevo menú que preparó Dika?

—Estaba delicioso. Felicítala de mi parte.

—Por supuesto, pero no me has pedido que me siente aquí para eso, ¿no es así?

—¿Por quién me tomas? —preguntó el inspector, simulando sentirse ofendido—. ¿Acaso crees que me mueve algún interés?

—Vamos, Néstor. Que nos conocemos demasiado bien. A otro se la podrás colar, pero yo he sido testigo de tus argucias desde antes de que te saliera bigote, así que suéltalo de una vez.

—¡Cuánta desconfianza! —le recriminó Salazar al tabernero con expresión dolida. Estaba seguro de que le había salido bien, pero era evidente que Gyula no le creía, así que se relajó, se inclinó hacia adelante en la mesa y habló sin cortapisas—. De acuerdo, tú ganas. Sí quiero pedirte un favor.

—Te escucho.

—¿Recuerdas la furgoneta que te adelantó en el barrio Estación el día que mataron a Jovanka?

—Sí, por supuesto.

—Bien. La conducía un hombre llamado Marcos Flores. Pintor de brocha gorda. Esta mañana apareció muerto en el piso donde estaba trabajando.

—¡Jooodeeeer!¿Y creéis que tiene relación con el asesinato de Jovanka?

—Todavía es pronto para saberlo. Tal vez la presencia del pintor ese día cerca de la casa de los Arriola solo sea una coincidencia y se trate de un caso diferente, pero…

—Tú no crees en las coincidencias —Salazar negó con la cabeza para confirmar la aseveración de su amigo—. ¿En qué puedo ayudar? Porque supongo que hay una buena razón para que me cuentes esto.

—Desde luego. Necesito información sobre el pintor. Saber en qué ambientes se movía, con quién se relacionaba. Si tuvo algo que ver con la estafa al seguro, o con alguno de los implicados en ella.

—De acuerdo, preguntaré.

—Hazlo con cuidado, Gyula. Hemos hecho algunos avances, pero todavía no tenemos al jefe, al que empujó a Jovanka por las escaleras. Lo único que sabemos de él, es que se trata de un sujeto muy peligroso.

—Descuida, seré muy discreto.

—De acuerdo. Y por favor no le digas ni una palabra a nadie más.

—Puedes estar tranquilo.

Después de terminar el café y la conversación, Salazar salió del bar camino de la comisaría, saludó a García y subió las escaleras hasta el segundo piso. Allí encontró a toda la plantilla, excepto a Miguel. Al cabo de un par de minutos, Santiago apareció en el umbral, seguido por Pedrera, que hacía su turno de guardia para proteger al comisario.

—Veo que ya habéis llegado todos, así que podemos iniciar la reunión —afirmó Ortiz.

—Comienza tú, Sofía —le ordenó Néstor con voz meliflua, acompañada de una sonrisa como para conmover a un inspector de Hacienda.

No funcionó. La subinspectora le dirigió una mirada tan fría, que Salazar sintió que se le helaban los huesos. Era evidente que continuaba enfadada. ¡Que tampoco era para tanto! ¡Que solo había sido un beso de nada! Por reflejo, Salazar miró de reojo a Beatriz y descubrió que ella lo contemplaba embelesada. Él se movió en dirección a la puerta, para quedar detrás de la enorme humanidad de su hermano, pero estaba tan nervioso que tropezó con una de las papeleras y casi se va de bruces al suelo. Suerte que Santiago lo sujetó antes de que cayera.

—¿Estás bien, Néstor?

—Sí, bien. Muy bien —respondió el inspector, esforzándose en recuperar la calma. ¡Que ya no era un chaval! Tenía que controlarse y ser profesional. Se quedó de pie contra la pared, en un ángulo donde no podía ser visto por la nueva subinspectora, pues el comisario se interponía entre ambos.

Ortiz lo miró, frunciendo el ceño con extrañeza, pero prefirió no preguntar. Ya estaba acostumbrado a las excentricidades de Néstor. En

cambio, con un asentimiento de cabeza animó a Sofía para que iniciara su exposición.

—¿Encontraste algo en los Servicios Sociales?

—Me temo que no —confesó la subinspectora—. Los documentos de los mellizos Gutiérrez fueron trasladados en su momento al Centro de Acogida donde recibieron a los niños. También enviaron una copia a los Juzgados para que se tramitara la guarda y custodia de ambos. En los Servicios Sociales solo quedan referencias de estos envíos.

—¿Tuviste más suerte? —preguntó el comisario a Diji, esperanzado al escuchar que en el archivo de los Juzgados reposaba una copia.

—No tengo buenas noticias, señor. Lo lamento —confesó Cheick y en pocas palabras explicó su periplo entre los Juzgados y la Jefatura Superior.

—¿Cómo pueden desaparecer documentos de un archivo como ese? —Se preguntó Santiago, entre preocupado y enfadado.

—¿Dices que la firma del libro de retiro es de Santillán, pero que él niega haber solicitado nunca esos documentos? —puntualizó Néstor.

—Así es, señor.

—O el inspector Santillán miente, o alguien lo suplantó —opinó Remigio.

—Eso lo podemos precisar con facilidad —afirmó Salazar—. Diji, solicita al juez Aristigueta una orden para que se le realice una experticia al libro de retiros. Necesitamos que un grafólogo determine si la firma fue falsificada, o si es auténtica.

—Sí, señor. Me pongo a ello de inmediato.

—¿Cree usted que el perpetrador pueda ser el inspector Santillán? —le preguntó Beatriz.

—Es una posibilidad. Después de todo, por la facilidad que el acosador ha tenido para acercarse al comisario, es muy probable que esté relacionado con el mundo policial, o judicial.

—¿No considerábamos a Elvira la principal sospechosa? —intervino Sofía.

—Y la seguimos considerando, pero es posible que tenga un cómplice. Tal vez su hermano, tal vez un novio, un amigo. De cualquier manera, debemos asegurarnos de que Santillán nos dice la verdad.

—Estoy de acuerdo —opinó el comisario—. ¿Tú has descubierto algo, Néstor?

El inspector les contó sobre su visita al laboratorio de Científica y las conclusiones a las que llegó en consecuencia. También les informó que había movido sus contactos en la calle para descubrir quién compró el detonador.

—Ese puede ser un buen hilo del cual tirar —opinó Remigio.

—También es muy importante que identifiquemos la verdadera identidad de María Pérez, la falsa trabajadora social. Es seguro que fue ella quien incendió los archivos del Centro de Acogida —dijo Ortiz.

—Yo apostaría a que se trata de Elvira —opinó Néstor.

—¿Qué te hace pensar eso?

—El nombre que escogió: María. María Pérez. Es demasiado parecido a María Paredes. ¿No os parece?

—Pues, ahora que lo dices…

—Aun así, no tenemos idea de cuál es el nombre actual de Elvira —señaló Sofía—. Aunque comprobáramos que se trata de ella, no nos serviría de mucho.

—Al menos Jorge sí conservó su nombre —les recordó Salazar—. ¿Encontraste algo sobre él, Beatriz?

—Lo siento, inspector. No hay nada sobre Jorge Gutiérrez desde que escapó del Centro de Acogida. Parece que se lo hubiera tragado la tierra.

—Es posible que se fuera del país —sugirió Remigio.

—Tampoco hay registro de su salida —discrepó Beatriz—. Y por lo visto, ya no existe ninguno de los documentos que pueda permitirnos conocer el nombre de adopción de Elvira. Estamos en un callejón sin salida —dijo Beatriz con desaliento.

—La identificaremos —afirmó Salazar—. Y daremos con ella. ¿Puedes investigar a la falsa trabajadora social, Sofía? —La subinspectora asintió—. Hay algo más que me preocupa en todo esto.

—¿De qué se trata? —preguntó Ortiz.

—¿Cómo consiguió el acosador entrar en tu casa? ¿En algún momento has perdido tus llaves, o han quedado fuera de tu vista? ¿Alguien más tiene copia de ellas?

—Siempre llevo mis llaves en el bolsillo y no me he separado de ellas, ni las he perdido de vista. Solo Carmela, mi esposa, tiene otro juego, pero ella ni siquiera está en Haro en este momento —explicó el comisario desconcertado, a sus subalternos.

—Creo que debes llamar a Carmela y preguntarle si en algún momento dejó sus llaves al alcance de alguien más —opinó el inspector jefe—. Es evidente que el acosador ha preparado esto con bastante antelación.

—Tienes razón —reconoció Santiago—. Al terminar la reunión la llamaré y lo aclararemos.

—Tampoco debemos perder de vista que hay un cerrajero entre los sospechosos —les recordó Salazar—. Aunque ya casi lo habíamos descartado, tal vez deberíamos reconsiderarlo. ¿Podrías volver a hablar con él, Remigio? Me gustaría saber dónde estuvo el día de ayer.

—Dalo por hecho.

Haciendo un esfuerzo para superar sus temores, Néstor se dirigió a la nueva subinspectora:

—Beatriz. Continúa indagando en las redes en busca de alguna pista que nos ayude a encontrar a cualquiera de los mellizos.

—Sí, señor.

—De acuerdo —intervino el comisario—, si ya todos sabéis lo que tenéis que hacer, vamos a trabajar.

Capítulo 51.

Después de la reunión, Salazar se encerró en su despacho. Faltaban pocas horas para su encuentro con Souza y él le había prometido que investigaría al pintor. Una hora más tarde tenía un boceto aproximado de quién era Marcos Flores. Había nacido en Briones, pero se residenció en Haro cinco años antes. Era soltero, sus padres fallecieron hacía mucho tiempo y no tenía hermanos, así que se trataba de un hombre solitario.

La empresa Pintharo estaba registrada desde hacía cuatro años y todo parecía en regla, incluyendo el pago de impuestos. Eso no hubiera sorprendido al inspector de no ser por los antecedentes del occiso. Hasta ese momento, Marcos había sido un matón de poca monta que solía trabajar como portero de burdeles y garitos. También se desempeñó como brazo ejecutor de sujetos relacionados con actividades ilícitas. Desde los dieciséis años estuvo entrando y saliendo de la cárcel, como quien pasa unas vacaciones en un Resort, siempre por cargos de agresión. Tampoco quedaba muy claro dónde consiguió el capital para fundar Pintharo, por lo que el inspector comenzó a sospechar que se trataba de un parapeto que servía para lavar dinero. Además, el pintor era propietario de un piso de lujo en la calle Ventilla y de una finca rural en Ezcaray, lo cual no podía justificarse con su trabajo. En fin, que Marcos Flores era todo un ángel, pero caído. Con semejante historial no resultaba difícil relacionarlo con la estafa a los seguros.

Después de imprimir la ficha policial de la víctima con todos sus antecedentes, el inspector elaboró un informe completo para discutirlo con Anselmo. Cuando estuvo preparado para su encuentro con Souza, Néstor revisó su correo electrónico. No lo defraudó. Aunque todavía no estaba listo ninguno de los informes que Científica tenía pendientes, el comisario Miguel Castillo sí había terminado el suyo.

Según el explosivista del TEDAX, el artefacto instalado en la puerta de Santiago era de elaboración casera, como ya había señalado en su primera apreciación. Utilizaron una cañería de plástico cerrada en ambos extremos, la rellenaron con pólvora, explosivo plástico, tuercas y clavos y la conectaron a un detonador que se accionaba al girar el picaporte. El mecanismo era tan sencillo y efectivo, que Salazar sintió un escalofrío en la

espalda cuando imaginó lo que pudo haber ocurrido, si Diji no hubiera visto los restos de pólvora junto a la puerta.

Se preguntó cómo habrían llegado esos residuos al lado de afuera de la casa, si la trampa con el explosivo había sido colocada en el interior. Concluyó que el mismo perpetrador los transportó hasta allí en la suela de sus zapatos. Tal vez quiso cerciorarse de que la trampa no era detectable desde el lado de afuera de la puerta, por lo que su exceso de celo hizo fallar su plan.

Néstor miró el reloj. El tiempo se le había echado encima, así que apagó el ordenador, cogió el expediente que había preparado sobre el pintor y salió del despacho. En la recepción de la comisaría, García conversaba con Ander, quien ya había terminado su turno. El inspector pretendió pasar de largo con un simple "hasta mañana," pero cuando García vio la carpeta en su mano, comprendió que la jornada de Salazar no terminaba todavía y sonrió con malicia.

—¿Tiene que ir a alguna parte, inspector jefe? —le preguntó con toda su mala leche—. El agente Echevarría acaba de terminar su turno y estoy seguro de que está dispuesto a darle un aventón en su motocicleta.

—Por supuesto, señor —confirmó Ander con entusiasmo—, así podré mostrarle lo veloz que es mi nueva "burra."

Tuvieron que pasar unos segundos antes de que Salazar comprendiera que el agente se estaba refiriendo a su ciclomotor.

—¿Tienes nueva motocicleta?

—Me costó una bronca con mi novia y no es una Ducati, pero una Kawasaki ZZR1400 tampoco es moco de pavo. Además, un colega me la vendió casi nueva por un buen precio. Claro, que todavía tengo que revisarle los frenos, pero mi bestia alcanza los doscientos noventa y ocho kilómetros por hora si le doy caña. ¿No es genial?

—Genial —murmuró Néstor, palideciendo bajo la mirada malévola y divertida de García. ¿A quién le recordaba esa expresión?— ¿Y dices que necesitas revisarle los frenos?

—"Nah", es una tontería de nada. Mi colega, que es "un agonías". Según él, le fallaron cuando venía desde San Sebastián a traérmela, pero seguro que fue idea suya.

—¿Cómo puede ser idea de alguien que le fallen los frenos?

—Es que pasaba de los doscientos veinte kilómetros por hora y claro, a esa velocidad… Que no se puede pasar de doscientos a cero en un segundo,

que si lo hiciera, el piloto terminaría volando hasta Soria por la inercia. Es normal que tarde un poquito en frenar, ¿no cree usted?

—Desde luego —Néstor cayó en cuenta; la expresión de García era la misma que tenía "el Joker" en sus peores momentos.

—¿Qué? ¿Se anima a probar mi "bestia"? —insistió el agente—. Así la llamo, ¿sabe? Puedo dejarlo en cualquier lugar que necesite en un santiamén.

—En un santiamén me dejarías visitando a San Pedro —murmuró Salazar para el cuello de su camisa.

—Disculpe, señor, no entendí lo que dijo.

—Que otro día será, Ander, gracias, pero hoy no me interesa llegar pronto. Más bien quiero tener tiempo de pensar por el camino.

—Vamos, jefe, que usted es un hombre muy ocupado y esos minutos que se va a ahorrar, seguro que le vienen bien —intervino García—. Además, no le va a hacer un feo al chaval, que se ofrece a llevarlo con tan buena voluntad.

Néstor lanzó una mirada asesina al oficial, mientras este se contenía para no soltar la carcajada, ante los apuros por los que estaba haciendo pasar a su jefe.

—Vamos, inspector jefe. Anímese, seguro que no se arrepentirá —le dijo Ander—. Ya el oficial García me ha comentado que usted también es un fororo de la velocidad.

—¿Eso te dijo?

—Bueno, tampoco hay que obligar al inspector jefe, Echevarría —se retractó García, al comprender que había sido descubierto y que se había pasado siete pueblos. La forma en que lo miraba Salazar comenzó a asustarlo, por primera vez desde que lo conocía.

—Tal vez en otra ocasión, entonces —aceptó el agente, con aire desilusionado.

—Seguro, en otra ocasión. Ahora debo marcharme. Os veo mañana —El inspector salió de la comisaría, y al pasar junto a García frunció el ceño.

Salazar se sintió afortunado cuando alcanzó la calle y pudo buscar un taxi. Siendo hora pico, tardó lo suyo en llegar hasta la Jefatura Superior, pero a cambio, su corazón mantuvo su ritmo normal y en ningún momento su vida pasó ante sus ojos.

Llegó cuando la luz declinaba y la mayoría de los trabajadores de la sede comenzaban a abandonarla. Sabía que Souza estaría esperándolo en su

despacho y hacia allí se dirigió. Su colega lo recibió con entusiasmo y una taza de café, casi tan malo como el de "San Miguel." Néstor bebió un sorbo y en cuanto su anfitrión se descuidó, vació el resto en una maceta que albergaba una planta ornamental, cuyo nombre desconocía. Lo lamentaba por el vegetal, pero aquel brebaje era imbebible.

—Me temo que tengo malas noticias, Salazar. Ha ocurrido una desgracia.

—¿De qué se trata?

—Es sobre el detenido, Romero. No está muy claro qué fue lo que sucedió. Estaba en el patio de la prisión, hubo una trifulca y lo apuñalaron.

—¿Está…?

—Malherido. Lo trasladaron al hospital "San Juan," en Logroño. Lo tienen en la U.C.I.

—¿Se salvará?

—Todavía no lo saben.

—¿Ya avisaron a…?

—Por supuesto. En cuanto lo supe fui a darle aviso a su mujer. En este momento se encuentra con él.

—Tú tampoco crees que se trató de una simple reyerta entre presos, ¿verdad?

—Estás pensando en el jefe de la banda.

—Desde luego —confirmó Néstor—. ¿Has conseguido alguna información importante del falsificador?

—Ninguna. Al igual que el corredor de seguros, tiene más miedo que vergüenza.

—Lo que me pregunto es… ¿Por qué atentaron solo contra Cappi, cuando también están detenidos esos dos miembros de la banda?

—Quizá es el único del cual desconfían.

—Es posible —reconoció Néstor—, o tal vez es el único que está en capacidad de identificar al hombre que buscamos.

Capítulo 52.

Salazar y Souza intercambiaron información de sus correspondientes pesquisas. El corredor de seguros confesó que se había involucrado en la estafa porque le pareció que era una forma fácil de ganar dinero que "no perjudicaba a nadie," sino que beneficiaba a aquellas familias que pasaban por una dificultad económica, a causa de la enfermedad de uno de sus miembros.

—No, si al final vamos a tener que darles las gracias —ironizó Néstor—. Y supongo que no tomaron en cuenta el perjuicio a las propias aseguradoras y la repercusión que eso tendría en el costo de las pólizas de otros clientes.

—No creo que ese detalle les preocupara.

—Desde luego que no. ¿Cómo seleccionaban a los pacientes terminales que iban a asegurar?

—Tanto el corredor de seguros, como el falsificador niegan saberlo. Por lo visto, recibían la información de parte de su contacto. Félix Rivero visitaba a la familia, cuyos datos le proporcionaba este misterioso personaje a quien ellos no quieren identificar. Una vez contratada la póliza, entraba en escena Cuéllar, el falsificador, quien escribía un informe certificando la perfecta salud del asegurado. Luego los pagos se cumplían con puntualidad y solo les restaba esperar al desenlace para cobrar.

Souza le explicó a Salazar los resultados de su investigación sobre Rivero y Cuéllar. El primero era un corredor de seguros sin ningún antecedente criminal. Le ofrecieron el "negocio" cuando pasaba por un bache económico. Aceptó con la intención de timar a la aseguradora una sola vez, pero cuando quiso retirarse, sus cómplices lo presionaron. Además, el dinero ingresaba a su cuenta con mucha facilidad y poco riesgo.

El caso de Cuéllar era diferente. Declaró que había conocido a su contacto cuando estuvo en prisión por la falsificación de un cheque. Hacía cuatro años lo habían contratado para este "trabajito," que encajaba muy bien en sus habilidades.

—Así que ese misterioso "contacto" estuvo preso y tiene antecedentes penales —señaló Néstor.

—¿Eso te da alguna idea?

—Ambos detenidos se niegan a identificarlo porque le temen, lo cual significa que se trata de un sujeto muy peligroso.

—Dime algo que no sepa.

—¿Podría tratarse de alguien como nuestra víctima?

—¿Te refieres al pintor?

—¿Por qué no? Después de todo, Flores no tenía reparo en romper huesos por encargo.

—Es una idea interesante —reconoció Anselmo.

—Salgamos de dudas. Entrevista de nuevo a esos dos, pero esta vez, muéstrales una fotografía del pintor y notifícales que está muerto. Tal vez eso los anime a hablar.

—Me parece bien. Lo haré por la mañana.

Souza acordó con Néstor mantenerlo informado y dieron por terminada la reunión. Salazar cogió un taxi que lo dejó en "San Miguel." Ya la oscuridad cubría las calles y un cuchillo de viento frío le cortaba la piel cada vez que alcanzaba una esquina. El inspector llegó hasta su portal. Debía hablar con Gyula para comprobar si tenía alguna información para él, pero el día había sido largo y difícil, así que decidió dejarlo para la mañana siguiente.

Cuando entró en la buhardilla, Paca, que esperaba junto a la puerta maulló con entusiasmo en cuanto lo vio. Tanta devoción lo sorprendió hasta que recordó que el cambio de actitud de su gata se debía a su preñez. Después de servirle un tazón de leche y buscar algo que comer en el refrigerador, Néstor se recostó en el sofá.

Paca ocupó su lugar junto al respaldo y el inspector comenzó a acariciarle el lomo. Aquel gesto lo relajaba y le permitía sobrellevar mejor su soledad. Miró a su gata. Observó el pelaje negro y reluciente, los ojos amarillos llenos de confianza y fue consciente del lugar que la pequeña felina ocupaba ahora en su vida. Recordó el día en que la rescató, herida y maltrecha. En aquel momento su intención había sido curarla y regresarla a la calle. Ni se le pasaba por la cabeza tener una mascota, pero la gata supo ganarse un espacio en sus afectos y llenó el vacío de una vida solitaria. Ahora había alguien que lo esperaba cuando volvía a casa. Alguien a quien comunicarle sus pensamientos, en lugar de hacerlo frente a un espejo.

—Hoy ha sido un día duro, Paca.

La gata se acomodó mejor.

—Necesito tu consejo. ¿Qué puedo hacer para que Sofía me perdone?

—Meeeuuu.
—Ya. Supongo que es cuestión de tiempo y de paciencia.
—Mau.
—Que no, que no fue mi culpa. Beatriz me cogió desprevenido.
—Meu, meu.
—¡Deberías creerme, gata desconfiada! ¿Por qué iba a mentirte a ti? Sería como engañarme a mí mismo.
Nuevo acomodo sin decir ni miau.
—También me preocupan los casos que estoy investigando. No esperaba que atacaran a Cappi, pero tal vez debí preverlo. Si esa gente fue capaz de tirar a una anciana escaleras abajo, ¿por qué no iba a quitar del medio a un posible testigo? Me siento culpable por no haberle proporcionado protección al esposo de Lumi. ¿Y ella? La pobre debe estar pasándolo fatal.
—Maauuu.
—Sí, tienes razón. Tal vez por eso no fui capaz de entrar al bar esta noche. No estaba de ánimo para verle la cara a Gyula, después de fallarle a su familia como lo hice.
Paca se mantuvo en silencio.
—Por lo que veo, hoy no estás muy comunicativa. Luego está el asunto del acosador de Santiago. Espero que don Braulio y Gyula encuentren alguna información útil que nos permita llegar hasta quien armó el explosivo. Estoy convencido de que Elvira está detrás de todo esto. Lo que no tengo claro es si actúa sola, o si cuenta con algún cómplice, pero es evidente que ha planificado su venganza con bastante antelación. Se ocupó de desaparecer todos los documentos por los que podría haber sido identificada con su nuevo nombre.
—Mieeeuuu.
—A mí también me sorprende que haya podido acceder a esos expedientes. El archivo del Centro de Acogida era más accesible para cualquiera, y fue muy astuta a la hora de engañar a don Alejandro para desencadenar el incendio, pero con respecto a los Juzgados… Eso no me lo esperaba.
—Brrrr —protestó Paca, cuando él dejó de acariciarla por un momento.
—De acuerdo, ya sigo. ¡Cómo está el patio! Lo que quiero decir es que la entrada al archivo está restringida, así que, quien se llevó el documento

debió estar relacionado con el mundillo judicial, o policial. Eso está claro. Así que debe estar muy cerca. Demasiado.

Paca ya se había quedado dormida. Néstor suspiró y continuó su soliloquio.

—Es fundamental que encontremos a Elvira. Ella se ocupó de hacer desaparecer su rastro documental, pero alguien debe recordar algún detalle de su adopción.

La voz de Salazar ya era un murmullo que apagaba los leves ronquidos de Paca. Como siempre le ocurría cuando comenzaba a quedarse dormido, la solución lo asaltó despertándolo. Esta vez cuidó no moverse para no molestar a la gata.

—¡Eloísa! —exclamó en voz alta.

Si alguien podía recordar a los mellizos Gutiérrez, esa era la gobernanta del Centro de Acogida.

Capítulo 53.

A la mañana siguiente, Paca despertó a Néstor temprano como ya era costumbre. En esta ocasión el inspector omitió su habitual protesta, pues no estaba de humor para conversar con la gata. Le pesaba el ataque sufrido por Cappi, del cual se sentía culpable. Se decía a sí mismo que debió haberlo visto venir. Por eso cuando llegó al portal se detuvo dubitativo. No sabía si entrar al bar de Gyula a desayunar como siempre, o continuar en dirección a la comisaría.

Después de pensarlo un momento, comprendió que su amigo merecía una explicación de su parte. No podía ser tan cobarde como para evitar afrontar las consecuencias de su error. Respiró profundo y entró en el bar. Gyula lo recibió con su habitual sonrisa. Después de saludarlo, lo invitó a ocupar su mesa favorita.

—Hoy Dika hizo magdalenas. Enseguida te las llevo con el café.

Cuando el tabernero se acercó a la mesa, Salazar le pidió que se sentara. Comenzó a comer sin ganas porque no quería desairar a sus amigos. También aprovechó esos minutos para reunir el valor que le permitiera plantear la difícil conversación.

—¿Ya sabes lo de Cappi?

—Sí. Lumi nos avisó ayer —admitió el tabernero.

—Lo lamento mucho, Gyula. Debí ordenar protección para Cappi, debí prever que algo así podía ocurrir…

—No te fustigues, Néstor. No es tu culpa. Cappi se metió solo en ese lío. Por su culpa asesinaron a Jovanka, que sí era inocente. Por supuesto que lamento lo que le ocurrió, pero él es el único responsable de su propia desgracia.

—¿Cómo está Lumi?

—Preocupada, desconcertada… ¿Qué te puedo decir? En este momento su madre la acompaña. Dika irá al hospital dentro de un par de horas para relevarla. Esta mañana el "Tío" consiguió convencerla de que debe descansar para poder sobrellevar la situación.

—Quiero que sepas que Souza redobló la seguridad para proteger a Cappi, pero si puedo hacer algo más…

—Ya lo sé, aunque supongo que en este momento solo resta confiar en los médicos y esperar.

—Gracias por tu comprensión, Gyula —afirmó el inspector aliviado, mientras daba el último sorbo a la taza de café y rodaba hacia atrás la silla para irse.

—Espera. Todavía no te he contado lo que supe anoche.

—¿Ya tienes algo para mí? No dejas de sorprenderme —reconoció Néstor, mientras volvía a rodar la silla y se inclinaba hacia adelante para escuchar mejor a su amigo—. ¿De qué se trata?

—Todavía no sé nada acerca del detonador, aunque ya he mandado a hacer las preguntas a las personas adecuadas, pero sí te puedo adelantar información sobre el pintor. El tal Flores.

—Te escucho.

—La razón por la que obtuve respuestas tan pronto es porque Flores hizo contacto con algunas familias de la comunidad. Kavi estuvo aquí anoche y cuando le pregunté, me confesó que él ya había escuchado hablar de ese tío.

—Así que Jovanka no fue la única asegurada dentro de la comunidad.

—Kavi me dijo que a la hermana de uno de sus amigos le diagnosticaron que tenía cáncer, poco después del nacimiento de su segundo hijo. La enfermedad fue muy agresiva y le dieron pocas esperanzas de superarla. Por supuesto que el diagnóstico resultó devastador para la familia. Flores se presentó en la casa de los padres de ella a las pocas semanas. Les propuso hacerle un seguro de vida por un millón de euros. Él se encargaría de todo: contrataría la póliza, les conseguiría un informe médico que certificara que ella estaba sana, y también se ocuparía de pagar las cuotas del seguro. Les propuso poner por beneficiarios a sus dos hijos. Lo único que debían hacer era reclamar el pago cuando ocurriera el deceso, y transferirle el ochenta por ciento a una cuenta en el exterior. A cambio, ellos se quedarían con el veinte por ciento restante.

—Sí, es más o menos la información que manejábamos sobre el "modus operandi" de los estafadores. Ahora sabemos quién era el contacto. ¿Qué le respondieron?

—El padre de la chica lo echó a patadas de su casa. Le dijo que era inmoral que les propusiera beneficiarse de la muerte de su hija de una forma tan rastrera.

—Bien por él. ¿Conoces su nombre?

—Sí, desde luego. Se llama Ramiro Díaz. Tiene una pequeña confitería en la calle Arrabal.

—Gracias Gyula —dijo Néstor, mientras anotaba los datos en una libreta—. Hablaré con él lo antes posible. Las familias que sí aceptaron y se beneficiaron de la estafa no han sido muy comunicativas.

—No me sorprende.

Después de despedirse, Salazar dirigió sus pasos hacia la comisaría. Lo tranquilizó comprobar que su amigo no lo culpaba de las heridas de su primo. Apenas despuntaba el día. El frío no había abandonado la ciudad desde la noche anterior, pero el viento sí amainó. A cambio, una fina niebla se extendía por las calles empedradas y la plaza, imprimiendo un aspecto fantasmal a la iglesia. El inspector se arrebujó en su gabán y apuró el paso para entrar en calor.

García lo recibió con una sonrisa de oreja a oreja y alabó su aspecto. Luego lo elogió por ser siempre el primero en llegar al trabajo. Néstor se encogió de hombros, lo saludó al paso y siguió su camino hasta su despacho. El agente lo vio alejarse con inquietud. Esperaba que sus ocupaciones lo hicieran olvidar la pequeña broma del día anterior.

Una vez en su despacho, Néstor abrió el ordenador. Como suponía, en su bandeja de correo ya había varios informes esperando por él. Comenzó por el de los bomberos. Sin duda alguna, el incendio había sido provocado. El punto de ignición estaba en el centro del archivo, donde usaron un mechero de cuerda, lo envolvieron en periódicos y lo dejaron junto a las carpetas. También había restos de gasolina distribuida por todos los estantes, pero en mayor cantidad en el espacio correspondiente a las letras F, G y H, las cuales quedaron reducidas a cenizas. Aunque los bomberos llegaron a los pocos minutos de dispararse la alarma de incendios, no fueron tan rápidos como para evitar la pérdida de los archivos,

Según el informe, el incendiario arrojó el combustible sobre las estanterías, colocó el periódico con el mechero prendido y salió. El artilugio le había concedido al menos veinticinco minutos para alejarse del Centro de Acogida. Suficiente para evitar ser detenido. Néstor no pudo menos que sorprenderse ante la astucia de su adversario, lo cual lo preocupó. Santiago podía correr mayor peligro del que habían supuesto hasta ese momento.

Comenzó a leer los informes de Científica sobre la escena del crimen, tanto del Centro de Acogida, como de la casa del comisario. En el primero, los hallazgos confirmaban las conclusiones del Departamento de Bomberos. Se trataba de un incendio provocado, donde se utilizó combustible y un

dispositivo de ignición de fabricación casera. No encontraron más evidencias.

En cuanto a la casa del comisario, el informe confirmó que el perpetrador no forzó ninguna cerradura, puerta, ni ventana, por lo que era muy probable que hubiera usado una llave. Esta afirmación le puso la piel de gallina a Néstor, pues significaba que el acosador estaba demasiado cerca de Santiago. Tanto, que su presencia pasaba desapercibida pese a que todos estaban concentrados en buscarlo. De manera que Elvira, o su cómplice, había entrado al adosado usando una llave, colocó el artefacto explosivo en la puerta para que se activara cuando alguien girara el picaporte, regresó al frente para comprobar que no fuera detectable y se fue.

De no haberse desprendido restos de pólvora de las suelas de sus zapatos y si Diji no los hubiera visto… Salazar se estremeció. Había faltado poco para que su hermano no lo contara y eso significaba que el acosador lo quería muerto. Una idea escalofriante en cualquier caso, pero en especial cuando el sospechoso era tan inteligente.

No había más archivos adjuntos, pero en el texto del correo, Casimiro le había escrito una nota:

"*Antes de que vinieras a tocarme las narices, decidí apresurar las experticias de la escena del crimen del pintor. Todavía no tengo los resultados definitivos, pero extraoficialmente te puedo decir que también encontramos aceite de motor, así que será mejor que vayas preparando esa invitación a cenar*." Casimiro.

Salazar sonrió. Desde luego, "Casi" se había ganado esa cena. Gracias a él, ahora podía afirmar que el asesino de Jovanka y el del pintor eran la misma persona.

Capítulo 54.

Todavía faltaban algunas horas para la reunión pautada en la comisaría, así que Néstor decidió aprovechar la mañana haciendo algunas indagaciones en el Centro de Acogida. La peligrosidad del acosador lo apremiaba. Le pidió a García las llaves del Corsa blanco. Siendo la hora pico, tuvo que armarse de paciencia con los atascos de la mañana. La demora le sirvió para pensar. Aunque le resultaba más fácil ordenar sus ideas cuando las exponía en voz alta, nunca lo hacía fuera de casa. Ya tenía suficiente reputación de loco y excéntrico, como para que además lo vieran hablando solo. Claro, que las charlas con su gata tampoco eran muy normales. ¿O sí? Había leído en alguna parte que la mayoría de las personas con mascotas "conversaban" con ellas, aunque no solían confesarlo. Así que tal vez él no era tan extraño. Se lo había comentado a Paca. A ella por supuesto, no le sorprendía que un humano hablara con su mascota, pero seguía pensando que él sí era peculiar. O al menos eso interpretó en la mirada de la gata.

Mientras repasaba en su cabeza los dos casos que le preocupaban llegó a su destino. Aparcó el Corsa y en cuanto entró al Centro de Acogida se fue a la dirección, con la intención de hablar con don Alejandro. Gertrudis, la secretaria, lo recibió con una sonrisa y le confesó que se sentía muy angustiada desde el incendio. Por supuesto que la supuesta donación con la cual la acosadora la obligó a salir esa tarde, era falsa. Cuando Gertrudis llegó al Ayuntamiento, allí nadie sabía de qué estaba hablando.

Después de desahogarse, la secretaria lo hizo pasar al despacho de don Alejandro, donde el director lo recibió con entusiasmo.

—Néstor, hijo, ¡qué alegría verte por aquí! ¿Me traes alguna noticia? ¿Ya sabéis quién incendió el archivo y por qué?

—Tenemos algunas sospechas, don Alejandro. Creemos que tiene relación con un caso que estamos investigando, pero necesitaré su ayuda.

—Por supuesto que puedes contar conmigo, pero este asunto me sobrepasa. No entiendo por qué alguien querría incendiar un archivo lleno de documentos que solo podrían tener valor para los propios chicos a quienes pertenecen.

—Y sin embargo, son muy importantes. Nos podrían servir para identificar los actuales nombres de esos chicos, por ejemplo.

—¿Quieres decir que alguien destruyó esos papeles para no poder ser identificado? ¿Alguien que estuvo aquí durante su infancia?

—Es lo que sospechamos. De hecho, creemos que podría tratarse de Elvira Gutiérrez.

—¿La chiquilla por la que me preguntaste el otro día? Pero si era un ángel.

—Perdóneme, don Alejandro, pero yo dejé de creer en ángeles hace tiempo. La niña que usted conoció, ahora es una mujer y eso implica muchos cambios.

—Sí, supongo que tienes razón. Me suele ocurrir que pese a los años, os sigo viendo como a los chicos que fuisteis cuando estuvisteis aquí.

—No es de extrañar. No ha pasado mucho tiempo desde mi última visita y usted pudo leer ese documento que quedó reducido a cenizas. ¿Recuerda los apellidos de la familia que adoptó a Elvira? Si es necesaria una orden judicial para que me lo revele, después de las evidencias que hemos encontrado, puedo conseguirla.

—Lo lamento, hijo. Soy un desastre para los nombres. No lo recuerdo. Aunque me esforzaré a ver si esta memoria responde.

—No se preocupe, don Alejandro. Si llega a recordarlo, por favor llámeme. No importa la hora del día, o de la noche.

—Puedes estar seguro de que lo haré.

—Bien, eso es todo por el momento —anunció Salazar, poniéndose de pie y estrechando la mano del director a modo de despedida—. Me gustaría hablar con Eloísa. Si usted no tiene inconveniente.

—Por supuesto. En este momento debe estar en la cocina.

Después de despedirse de don Alejandro y de Gertrudis, el inspector se encaminó en busca de la gobernanta.

Como cualquier cocina institucional en horas previas a la comida, aquello era un maremágnum de actividad. Más de media docena de personas entre cocineros y pinches corrían de un lado al otro vigilando cacerolas, agregando ingredientes y lavando ollas. Se hablaban a gritos por encima de un murmullo de conversaciones intrascendentes para pedir la pimienta, o algún otro ingrediente olvidado. Por debajo de los sonidos humanos, Néstor escuchó la banda sonora inconfundible del entrechocar de platos que le hizo recordar al bar de Gyula. En medio de ese torbellino estaba Eloísa, una mujer robusta de mediana estatura, recién peinada y

teñida en la peluquería, que mantenía un ojo en cada empleado de la cocina y de vez en cuando disparaba una orden.

—¡Carlos, no le pongas curry a ese plato, que a la mayoría de los chicos no les gusta! ¡Clarisa, cuidado que se te quema el pollo! Pon más atención, ¿quieres?

—¿Eloísa? —La llamó Salazar, casi con timidez. Ella volteó con el ceño fruncido, preguntándose quién podría ser tan impertinente como para interrumpirla en medio de la preparación del almuerzo. ¡Qué tenía más de cien niños que alimentar!

—¿Qué…? ¡Néstor! —exclamó al reconocerlo, mientras relajaba los músculos de la frente y desplegaba una sincera sonrisa—. ¿Qué haces aquí?

—Necesito hablar contigo, Eloísa. ¿Tienes un minuto?

—Pues no sé qué decirte —Se excusó ella haciendo un gesto abanicando la mano para señalar la cocina en plena actividad—. No me pillas en buen momento.

—Lo sé. Y no te lo pediría si no fuera importante.

Eloísa meditó unos segundos y buscó a alguien con la mirada.

—¡Carlota! ¿Puedes venir un momento?

Una joven latina se acercó sonriente. A Néstor esa sonrisa franca le recordó a Diji y la chica le simpatizó de inmediato.

—Diga usted, señora Eloísa. ¿En qué puedo servirle?

—Carlota, debo ausentarme un momento. ¿Podrías sustituirme mientras regreso?

—Por supuesto, señora. Lo que usted diga.

—Cuida sobre todo de los dos pinches nuevos. Todavía no tienen suficiente experiencia.

—Descuide, no les quitaré ojo de encima.

Después de agradecer a la joven, Eloísa condujo a Néstor hasta el comedor de los empleados. Allí le sirvió un café, tal como a él le gustaba: poca leche y una cucharadita de azúcar. Era la razón por la que el inspector quería hablar con ella. Tenía una memoria prodigiosa que le permitía recordar detalles de todos los chicos que habían pasado por el Centro. Salazar tenía la esperanza de que pudiera darle alguna pista que le permitiera encontrar a Elvira.

—¿Elvira Gutiérrez? Déjame pensar un poco, que el nombre se me hace familiar, pero así de buenas a primeras, no la recuerdo —reconoció Eloísa un poco frustrada, porque aquello no le ocurría con frecuencia.

—Según don Alejandro, fue adoptada poco tiempo después de llegar aquí. Su hermano, sin embargo, creció en el Centro. Eran mellizos y creo que muy unidos.

—¿Y permitieron que los separaran?

—Al parecer, fue por influencia de la familia que adoptó a la niña.

—Espera… Que creo que recuerdo algo. Sí. Ahora que lo mencionas. Del chico me acuerdo más, aunque era de los pocos que mantenían la distancia conmigo. Bueno, conmigo y con todos. Creo que incluso tuvo que ser atendido por el psicólogo del Centro porque tenía algunos problemas. De hecho, era bastante conflictivo.

—Eso por aquí no es extraño —argumentó Néstor, pues él tampoco había sido ninguna "perita en dulce."

—No, esto era diferente. No era como tú, o Gyula, que hacíais travesuras y bromas, pero sin malicia. No, este chico era retraído hasta el punto de no llevarse bien con nadie, se ofendía con mucha facilidad y reaccionaba en forma exagerada, muchas veces con violencia. No me gusta decir esto de ningún chaval, pero cuando abandonó el Centro fue un alivio.

—Es comprensible que te sintieras así, Eloísa. No tienes que excusarte. ¿Qué me puedes decir de la chica?

—A ella la recuerdo menos. Lo que sí puedo decirte es que tenía un rostro angelical. Y mira que yo he visto chiquillos, pero esta era diferente. Además, al contrario de su hermano, era una niña muy dulce.

—¿Recuerdas algo de la familia que la adoptó?

—Lo lamento, Néstor. Ha pasado demasiado tiempo —reconoció la gobernanta, negando con la cabeza. Salazar vio escapar su última esperanza de encontrar a su sospechosa—. Aunque espera… Hay algo, pero no sé si te resultará útil.

—Inténtalo —la animó el inspector.

—Recuerdo que mientras esperaban los trámites de adopción, los futuros padres le regalaron algo a la niña. Era una cadena con un dije. Me acuerdo que ella vino a mostrármela con mucha ilusión.

—¿Ese dije revelaba algo? —preguntó Néstor, sintiendo sus esperanzas renovadas—. ¿Un nombre, una inicial?

—No, era más bien un escudo.

—¿Un escudo?

—Sí, la familia era de alcurnia, ya sabes, apellidos importantes, árbol genealógico, ese tipo de cosas. Le regalaron un collar con el escudo de su

familia. Le dijeron que era para que se fuera habituando.

—¿Recuerdas algo de ese escudo?

—Más o menos —reconoció la vieja gobernanta—. No podría dibujártelo, porque no sé dibujar, pero puedo describírtelo si quieres.

Salazar pensó con rapidez.

—Eloísa, me ayudaría mucho que fueras a la comisaría para hablar con el dibujante, ¿recuerdas lo suficiente para que él pueda reproducir ese escudo?

—¿Por quién me tomas? —preguntó ella, simulando sentirse ofendida—. ¡Por supuesto que puedo hacerlo! ¡Y desde luego que lo haré!

Capítulo 55.

Ya casi era la hora del almuerzo cuando Néstor regresó a la comisaría. Al salir del Centro de Acogida se había encaminado a la calle Arrabal, donde sostuvo una conversación con Ramiro Díaz, el padre de familia que rechazó la propuesta de Flores. Era un hombre de avanzada edad, que se enorgullecía de su honestidad y rectitud. Llevaba luto por su hija, quien había fallecido hacía pocos meses. Le habló a Salazar sin trabas acerca del pintor y su intento de involucrarlos en la estafa. El señor Díaz todavía se indignaba cuando recordaba aquel sucio asunto. Negó haber conocido a Flores con anterioridad. No tenía idea de quién era, o cómo se había enterado de la enfermedad de la joven, pero Ramiro estaba seguro de que el pintor era "un mandado." Detrás de ese oscuro personaje había alguien que se movía en las sombras. El inspector había llegado a la misma conclusión. Existía un cabecilla que todavía no habían identificado; el mismo que asesinó a Jovanka y a su propio cómplice.

Una vez en "San Miguel," Salazar saludó a García al pasar. El oficial le respondió con una sonrisa y un "Buenos días, inspector jefe". Demasiado amable, pero Néstor tenía problemas más importantes de los cuales ocuparse. Subió al segundo piso, donde encontró a toda la plantilla con excepción de Santiago, quien debía estar en su despacho. Por supuesto que lo ignoraron, con excepción de Diji, que se limitó a saludarlo con un gesto de la mano, antes de volver a concentrarse en su ordenador, y de Beatriz, que le dirigió una mirada soñadora antes de darle los buenos días con voz de comercial de radio. Sofía se limitó a lanzarle una mirada que hubiera hecho temblar al mismo Gengis Kan.

Por suerte, en ese momento el inspector escuchó una voz atronadora a su espalda, que desvió la atención hacia el recién llegado:

—Buenos días. Me alegra encontraros a todos aquí. Así podremos celebrar la reunión —En esta oportunidad, todos respondieron al saludo. Ignorar a Goliat no era tan fácil—. De acuerdo, vamos a comenzar. Cuanto antes resolvamos este incómodo asunto, mejor.

—Creo que esto es más que un "asunto incómodo," —protestó Néstor —. El explosivo que el acosador colocó ayer en tu casa, lo lleva a otro nivel.

—No quisiera tener que decir esto —reconoció Miguel—, pero estoy de acuerdo con Salazar.

—Como sea, veamos qué habéis averiguado. Beatriz.

La nueva subinspectora dio un respingo en el asiento cuando escuchó su nombre pronunciado con la voz del comisario. Y es que Santiago imponía. Ya se acostumbraría. Con cierto nerviosismo, Araya respondió.

—He tratado de encontrar a Jorge Gutiérrez en los registros de empadronamiento. Existen dos personas con ese nombre en La Rioja, pero ninguno de ellos corresponde a la edad aproximada del sospechoso. A nivel nacional, tengo constancia de seis homónimos, pero viven demasiado lejos para que pueda ser uno de ellos.

—Eso no los descarta —argumentó Pedrera—. El hijo de Eladio podría vivir en el otro lado del mundo y haber venido a La Rioja para amenazar al comisario y cobrar su venganza.

—Ya pensé en eso —se defendió Beatriz, mientras miraba iracunda a su compañero—. No hay constancia de nadie con ese nombre que haya llegado a La Rioja por avión, o tren, o que se haya registrado en un hotel de la zona en el último año.

—Eso reduce bastante el cerco —opinó Remigio—, pero podría haber llegado en coche particular y albergarse en casa de un conocido.

—O haber alquilado un piso —agregó Sofía.

—Investigué los alquileres. Negativo —ripostó Araya, mirando con rencor a Garay.

—¿Cuántos de esos "Jorge Gutiérrez" coinciden con la edad del hijo de Eladio? —preguntó Diji, quien no se había dado cuenta de la tensión en el ambiente.

—Dos.

—¿Dónde se encuentran esos dos? —intervino Néstor.

—Uno vive en Málaga y el otro en Madrid.

—Bien, Veamos si tienen coartada —sugirió el comisario—. Ocúpate tú misma, Beatriz.

La subinspectora asintió sin decir nada.

—Diji, ¿qué puedes decirnos acerca del libro de retiros del Archivo de los Juzgados?

—El juez Aristigueta me firmó la orden en cuanto le entregué el informe. Científica recogió el libro y me prometieron la respuesta para esta tarde.

—Bien, pronto sabremos si el inspector Santillán solicitó esos documentos, o si alguien falsificó su firma —señaló Santiago—. Sofía…

—Esta mañana visité los Servicios Sociales. Por supuesto que entre su personal no existe nadie con el nombre de María Pérez, así que me fui al Centro de Acogida —La subinspectora miró a Néstor al decir estas palabras. Él comprendió que se habían cruzado. Ella habría llegado al Centro después de que él ya iba en dirección a la calle Arrabal—. Estuve hablando con las personas que vieron a la falsa trabajadora social. Me proporcionaron una descripción. Les pedí que vinieran para que el dibujante haga un retrato robot.

—Buena idea —la felicitó el comisario.

—Debemos suponer que María Pérez es la propia Elvira Gutiérrez. ¿No es así? —opinó Diji.

—Es lo más probable —Le confirmó Salazar—. ¿Cómo te la describieron, Sofía?

—Alta, muy delgada, cabello largo, rubio y rizado, rasgos afilados, mandíbula recta, muy maquillada.

Al escuchar este último detalle, Néstor recordó los restos de maquillaje en la tercera nota y comprendió que estaban sobre la pista.

—De acuerdo. Necesitamos ese retrato robot lo antes posible —ordenó Santiago. Luego miró a Néstor. El inspector jefe expuso los resultados de los informes que había recibido por la mañana, y también lo que averiguó en su conversación con Eloísa.

—Identificar el escudo heráldico de la familia que adoptó a Elvira puede ser de gran ayuda —reconoció Ortiz—. ¿Podemos confiar en la memoria de la gobernanta?

—Más que en la de cualquiera de nosotros —afirmó Salazar.

—De acuerdo, esperemos que esa pista nos ayude a encontrar a Elvira. Por otro lado, me temo que descubrí cómo el acosador consiguió entrar en mi casa sin forzar ninguna cerradura —Les informó el propio comisario.

—¿Temes?

—Ayer hablé con Carmela, mi esposa —aclaró Santiago, para quienes no la conocían—. Ella no ha perdido sus llaves, ni ha entregado copia a nadie, pero desde hace seis meses acude a un Gimnasio y guarda su cartera en los vestuarios mientras realiza el entrenamiento. En una taquilla cerrada con llave por supuesto, pero…

—Esas cerraduras tienen una seguridad simbólica —afirmó Néstor—. Cualquiera puede abrirlas. De manera que el acosador pudo haber hecho una copia de las llaves de Carmela mientras ella hacía su rutina de ejercicios. Sofía, ¿podrías…?

—Me ocuparé de investigar al Gimnasio y sus clientes.

El tono del móvil del inspector jefe interrumpió la reunión y él miró la pantalla. Era el número de la oficina de don Braulio. Ignorando el ceño fruncido de Santiago, se excusó, se apartó un poco del grupo y respondió a la llamada. Los demás esperaron a que terminara, mientras se establecía un silencio incómodo entre ellos. Después de una corta conversación, Néstor se acercó al grupo.

—Me acaba de llamar uno de mis informantes. En estos momentos hay una investigación en curso de Asuntos Internos en la Jefatura Superior que los tiene muy nerviosos a todos. Desde los patrulleros hasta los mandos.

—¿De qué se trata? —preguntó Ortiz, volviendo a fruncir el ceño.

—Ayer se llevó a cabo el inventario rutinario del Archivo de pruebas de la Jefatura Superior. Han desaparecido evidencias de un caso antiguo relacionado con una red de contrabandistas que suplía a un grupo terrorista.

—¿Por qué te lo informaron a ti? ¿Qué tiene que ver con nosotros? —Quiso saber Remigio.

—Me está avisando por la naturaleza de las evidencias que desaparecieron. Se trata de plástico explosivo y un detonador.

—¡El artefacto que colocaron en mi casa!

—Es correcto.

—¿Hay alguna pista de quién pudo sustraer esos componentes?

—Todavía no. Apenas se inician las investigaciones. Mi amigo puede mediar para que me entreviste con el inspector de Asuntos Internos a quien le fue asignado el caso.

—Ese amigo tuyo parece influyente. Ese no es el tipo de rumor que se escucha en la calle —observó Remigio.

—Tiene buenos contactos —reconoció Salazar—, pero lo más interesante en este asunto no son las influencias de mi informante, sino las que parece tener nuestro sospechoso.

—¿A qué te refieres? —preguntó Pedrera.

—Veámoslo en perspectiva: el acosador, bien sea Elvira, Jorge, o un cómplice, ha sido capaz de retirar documentos que tienen carácter confidencial, nada menos que del Archivo de los Juzgados. Para ello

falsificó la firma del Juez que emitió la supuesta orden, y es posible que también lo hiciera con la rúbrica del inspector Santillán. No solo le entregaron los expedientes, sino que además, a nadie le pareció que hubiera nada extraño, pese a que se trata de un personal que está entrenado para no ser confiado. Por otro lado, en el Archivo de pruebas de la Jefatura Superior desaparecen nada menos que plástico explosivo y un detonador. Es muy probable que el procedimiento para robar ese material haya sido el mismo que en el caso anterior. También el personal pecó de confiado, al punto de que no se detectó la falta hasta que se llevó a cabo el inventario…

—Me temo que comprendo lo que estás sugiriendo, Néstor —reconoció su hermano—, pero confírmame a dónde quieres llegar

—La persona que buscamos no solo está cerca, sino que pertenece al Cuerpo Policial. Además debe tener la capacidad de retirar documentos y pruebas sin disparar ninguna alarma.

—Un mando —concluyó Pedrera.

—Es probable —reconoció el inspector jefe—. En todo caso, un policía.

—A veces me da miedo preguntarte cuáles son tus conclusiones —reconoció el comisario—. En especial porque sueles estar en lo cierto.

Capítulo 56.

Terminada la reunión, acordaron encontrarse de nuevo aquella misma tarde para volver a comparar notas. Tanto Santiago, como Néstor, sentían la urgencia que solía acompañar a las investigaciones en las cuales había inocentes en peligro. Ortiz la experimentaba desde que supo que el acosador compartió el mismo espacio con su esposa en el Gimnasio, pues la idea de que hubiera podido hacerle daño al estar tan cerca, le causaba terror. En cuanto a Néstor, experimentaba ese apremio desde el acto vandálico sobre el coche de su hermano, incluso antes de que explotara la bomba. Sabía que no se trataba de una simple gamberrada, sino del recurso de un psicópata para avisar a su víctima de que iba a por él.

Repartidas las tareas, se pusieron manos a la obra. Beatriz se concentró de nuevo en su ordenador, después de dirigirle una sonrisa a Néstor. Diji se dispuso a esperar al dibujante que enviarían desde la Jefatura Superior, quien debía reunirse con los testigos que vieron a María Pérez, y con Eloísa para que le describiera el escudo heráldico. El técnico trabajaría en el despacho de Salazar. Por otro lado, Remigio ofreció hacer indagaciones con sus informantes en la calle. Tal vez pudieran proporcionarle algún dato de interés. Sofía salió rumbo al Gimnasio donde se ejercitaba Carmela, sin siquiera voltear a mirar a Néstor. Pues sí que estaba enfadada con él. Por lo visto le iba a costar lo suyo que lo perdonara.

En cuanto a Salazar, le urgía hablar con el investigador de Asuntos Internos sobre la desaparición de las evidencias, así que llamó a don Braulio, quien ya se le había adelantado en sus intenciones. El inspector, de nombre Augusto Mata, lo recibiría en su despacho en una hora. Salazar le pidió las llaves del Corsa a García y se puso en camino.

Sofía bajó del taxi frente al Gimnasio. El local ocupaba la planta baja de un elegante edificio rodeado por una balaustrada de piedra. "La Villa", leyó la subinspectora en un letrero muy discreto. Cruzó la puerta y fue recibida por una chica que rondaba la veintena, ataviada como si estuviera lista para saltar sobre la primera bicicleta estática que se le cruzara. La recepcionista le sonrió, como solo puede hacerlo quien está entrenada para ello.

—Buenos días. Bienvenida a "La Villa." ¿Desea información sobre nuestros servicios? Contamos con los mejores equipos y nuestros entrenadores proporcionan atención personalizada. También podemos

ofrecerle sesiones de Spinning, Pilates, GAP y Bodystyling para los adultos. Además contamos con clases de Taekwondo dos tardes a la semana, para niños entre cinco y doce años. El costo será de 75 euros si realiza sus pagos mensuales, pero obtendrá un descuento del 15% si se decide por abonos trimestrales, semestrales, o anuales…

Sofía desplegó su identificación para detener la verborrea de la joven, quien había soltado su palabrerío sin hacer pausa, ni siquiera para respirar. La recepcionista guardó silencio en el acto, cogió el carné de la subinspectora y lo leyó con cuidado, sin disimular su sorpresa.

—Es usted muy amable —le dijo Garay—, pero como podrá comprobar, no estoy interesada en contratar sus servicios. Sin embargo, le agradecería mucho su colaboración.

—¿Policía? ¿Qué puede querer la Policía con nosotros? Todos nuestros permisos están en regla y…

—Descuide, no estamos interesados en el Gimnasio, sino en uno de sus clientes.

La recepcionista la miró con desconcierto. Su entrenamiento no había cubierto aquella eventualidad, así que no sabía muy bien cómo afrontar la situación.

—¿Qué debo hacer?

—En primer lugar, me gustaría saber su nombre.

—Soy Paulina —respondió, ya un poco más tranquila.

—Muy bien, Paulina. ¿Podría mostrarme los vestuarios?

—Por supuesto. Sígame por aquí.

La recepcionista guió a Sofía por un pasillo. Al fondo, una doble puerta de vidrio dejaba ver a media docena de clientes entrenándose en las diferentes máquinas, mientras dos hombres y una mujer, que parecían salidos de una revista de "fitness," iban de uno a otro dando instrucciones. En el lado derecho había una puerta batiente de madera con un letrero que la identificaba: "Vestuarios".

Paulina empujó la puerta y entraron en una habitación amplia, donde Sofía pudo ver cuatro hileras de casilleros y algunos bancos de madera entre ellos. Al fondo había una puerta cerrada, donde se podía leer "Duchas." Un hombre de mediana edad, que estaba sentado en uno de los bancos amarrándose los zapatos volteó a mirarlas sorprendido. Terminó de calzarse y salió con cierta prisa, mientras murmuraba un saludo al paso.

—Es aquí donde los clientes guardan sus pertenencias. Junto a las duchas hay dos vestidores, que es donde se cambian de ropa. Si desea verlos, puedo comprobar si están desocupados.

—En realidad, estoy más interesada en los casilleros —respondió la subinspectora acercándose a ellos. Había dos taquillas por estante, una arriba de la otra y estaban numeradas. Todas se encontraban cerradas, pero junto a la puerta había un tablero del que colgaban algunas llaves que tenían como llavero una tablilla, en la cual se leía un número. En ese momento faltaban media docena de llaves.

—Los clientes escogen el casillero que desean usar, guardan sus pertenencias y se llevan la llave —explicó Paulina cuando vio el interés de Sofía en el tablero.

—¿Disponen de algún tipo de seguridad?

—¿A qué se refiere?

—¿Hay cámaras, o alguien que haga una ronda por esta habitación? Después de todo, sus clientes guardan aquí sus pertenencias.

—Nada de eso. Nunca hemos tenido problemas —argumentó la recepcionista a la defensiva—. Hasta ahora, ninguno de nuestros clientes se ha quejado de que le faltara nada.

La detective examinó las cerraduras. Néstor tenía razón. Cualquiera podría abrirlas. Ni siquiera necesitaría ganzúas, pues con una simple horquilla sería suficiente.

Iba a comentárselo a Paulina, cuando el tono de su móvil le anunció que tenía un mensaje. Sofía se excusó, sacó el teléfono y desbloqueó la pantalla. Diji le enviaba una fotografía por wasap. En cuanto la abrió comprobó que se trataba del retrato robot. No podía haber sido más oportuno. En la pantalla del teléfono pudo ver una mujer de rostro delgado, rubia, de cabello largo y rizado, con facciones angulosas.

—Paulina, ¿conoce a todos los clientes?

—A casi todos. Trabajo desde las siete de la mañana hasta las tres de la tarde. Mi compañera me releva a esa hora y se ocupa del horario vespertino hasta las once de la noche, pero algunas veces nos hemos intercambiado los turnos por motivos personales.

—¿Esta mujer le resulta familiar?

La recepcionista cogió el móvil y observó la fotografía con detenimiento por unos segundos, hasta que por fin asintió.

—La he visto… Sí, estoy segura de que es cliente, pero no es muy asidua. Quiero decir, tal vez la he visto una, o dos veces… Lo que no podría precisar es cuando…

—¿Ustedes llevan un registro de los clientes?

—Sí, por supuesto. Cuando se inscriben les entregamos un carné, que es el que usan para entrar. Tiene un código de barras que podemos escanear para saber si están al día con los pagos.

—Pero, ¿les piden algún documento de identidad para inscribirlos? ¿Les solicitan la dirección?

—Escaneamos su DNI para elaborar su ficha personal en el momento de la inscripción. En esa ficha también se registran datos personales como dirección, teléfono y correo electrónico.

—¡Excelente! ¿Y está segura de que esta mujer es cliente del Gimnasio?

—Debe serlo, porque la he visto por aquí y no pertenece a la plantilla de empleados de ninguno de los turnos.

—¿Cree que pueda ver su ficha?

—No lo sé… Necesitaría su nombre para poder localizarla en el sistema.

—En ese caso, por favor muéstreme primero el registro de clientes.

Paulina regresó detrás de la recepción, e hizo clic un par de veces. Ante ellas apareció una lista de nombres. Sofía le pidió que le imprimiera una copia y mientras la chica lo hacía, ella comenzó a leer la lista. En la tercera página dio con el nombre que buscaba, así que llamó la atención de la recepcionista.

—¿Podrías encontrar la ficha de esta persona?

—¿María Pérez? Sí, desde luego, un momento.

Paulina volvió a hacer clic y en la pantalla del ordenador se desplegó la imagen escaneada de un DNI, con una foto muy parecida al retrato robot, bajo el nombre de María Pérez. El año de nacimiento era 1980, que coincidía con el de Elvira. Debajo de la imagen se desplegaban todos los datos personales de la mujer.

—Necesitaré la información que contiene esta ficha, así que solicitaré la orden de un juez y se la enviaré. Cuando la reciba, usted le entregará copia impresa de este documento al agente. ¿De acuerdo? —explicaba la subinspectora, mientras anotaba el número del DNI, la dirección y el teléfono de María Pérez.

La joven asintió con conformidad. Sofía no podía creer que hubiera sido tan fácil.

Capítulo 57.

Una vez en la Jefatura Superior, Salazar subió al tercer piso, donde estaba la oficina del inspector Mata. Don Braulio le había insistido en que fuera puntual. Al parecer, el inspector de Asuntos Internos era puntilloso en ese aspecto. En efecto, su colega miró el reloj sin disimulo en cuanto Néstor cruzó el umbral. ¡Y no se había retrasado ni dos minutos!

Augusto Mata era un hombre robusto de mediana edad, con una frente tan amplia que le llegaba a la coronilla. Usaba anteojos con montura metálica que se le resbalaban en la nariz, por lo cual había adquirido el hábito de empujarlos hacia atrás. Saludó a su colega sin mucho entusiasmo, mientras lo invitaba a sentarse frente a él con un gesto de la mano.

—Don Braulio me pidió que lo recibiera lo antes posible. No me gusta que detectives ajenos se entrometan en mis casos, pero por respeto al ex comisario Quintero, haré una excepción.

—Le estoy muy agradecido por su deferencia, inspector Mata. Mi interés por su caso se debe a que podría estar muy relacionado con mi investigación. Tal vez este encuentro resulte beneficioso para ambos.

—¿Me está diciendo que tiene idea de quién sustrajo esas evidencias del archivo? —preguntó Augusto inclinándose hacia adelante, pues la entrevista comenzaba a interesarle.

Néstor le explicó todo lo que había ocurrido desde que Santiago recibió el primer anónimo. Mata lo escuchó con interés antes de intervenir:

—Así que, según usted, el ladrón fue uno de los hermanos Gutiérrez, o tal vez un cómplice, de manera que tanto el explosivo como el detonador habrían sido usados para poner una trampa al comisario Ortiz. Atentado que falló, por cierto.

—Así es.

—Perdóneme, pero si usted está en lo cierto me quitaría un peso de encima —admitió Mata, mientras se pasaba la mano por la calva en un gesto inconsciente—. La cantidad de explosivo plástico que se robaron fue pequeña, pero podría hacer mucho daño si se usara con fines terroristas. Como comprenderá, yo debo partir de la premisa de que ese material todavía no ha sido utilizado.

—Por supuesto. Es lo correcto, pero le agradecería si me proporciona los detalles que tenga acerca de la sustracción de las evidencias del archivo.

—No hay mucho que decir. Se realizan inventarios rutinarios para evitar que este tipo de situaciones pasen desapercibidas, aunque es la primera vez que algo como esto ocurre, así que hasta ahora estábamos convencidos de que el Archivo era inexpugnable.

—¿Cuándo se realizó el último inventario anterior a este?

—Hace quince días. No faltaba nada.

—¿Hubo exceso de confianza por parte del personal del Archivo?

—Todavía lo estamos investigando, pero si le soy sincero, no lo creo. Ambos son agentes muy responsables y experimentados.

—¿Ambos? Entonces saben quiénes estaban de guardia en el momento en que desapareció el material explosivo.

—Por supuesto. Se trata de un sargento y un agente. Los dos tienen un historial impecable. Según el libro de registros, entregaron la caja con las evidencias respaldados por una orden emitida por el juez Alfaro, a solicitud del inspector Leandro Santillán. En la orden precisaban que tenían relación con un caso que investigaba Santillán.

Los nombres del inspector y el juez alertaron a Néstor, quien le informó a Mata sobre lo ocurrido en el archivo de los Juzgados con el expediente de Elvira, antes de formular la siguiente pregunta.

—Si cumplieron con el protocolo para retirar esas evidencias, ¿por qué se dio la voz de alarma?

—El contenido de la caja debió ser devuelto intacto al cabo de tres días y cuando se realizó el inventario ya había transcurrido más de una semana. El sargento Ríos llamó al inspector Santillán para recordarle que debía devolver las evidencias, pero este le respondió que nunca había hecho esa solicitud.

—¿Ha interrogado al inspector Santillán?

—Lo haré en cuanto termine de hablar con usted. Ha sido suspendido mientras lo investigamos, pero él niega tener conocimiento de la solicitud. Sin embargo, por lo que usted acaba de contarme, no es la primera vez que el inspector se ve involucrado en un asunto parecido.

—Sí, da que pensar que se trate de la misma persona que retiró los documentos en los Juzgados —opinó Salazar.

—Así es. Dudo que sea una coincidencia. Las evidencias señalan al inspector. Podría estar relacionado con esos mellizos que usted está buscando.

—Tal vez. O tal vez alguien decidió usarlo como chivo expiatorio. Supongo que el peritaje de grafología nos sacará de dudas.

—Sí, tiene razón. Solicitaré la misma experticia para el libro de registros de nuestros archivos. Si alguien falsificó la firma de Santillán, sabremos que dice la verdad. Pero en ese caso, ¿tiene usted idea de a quién buscamos?

—Si es uno de los mellizos, podría tratarse de un hombre, o una mujer. Tendría treinta y cinco años. El nombre de él es Jorge Gutiérrez, aunque lo hemos buscado y pareciera que se lo ha tragado la tierra al salir del Centro de Acogida, lo cual significa…

—Que vive con un alias, tal vez con documentación falsa y por lo tanto, no tenemos idea de su identidad.

—Es correcto.

—¿Y la mujer?

—Adoptada. Los documentos donde aparece su nuevo nombre han desaparecido.

—De acuerdo, inspector. En ese caso, continúe usted con sus investigaciones, que yo continuaré con las mías. Si encuentra alguna información que pudiera resultarme de utilidad, le agradezco que me lo comunique. Yo haré lo mismo —afirmó, mientras se levantaba y le estrechaba la mano.

Salazar se despidió de su colega, salió al pasillo y encendió el móvil. Al momento se escuchó el aviso de un nuevo mensaje. El inspector desbloqueó la pantalla y lo buscó. Era el retrato robot de Elvira. ¿Dónde había visto ese rostro? Sabía que no conocía a la mujer, pero estaba seguro de que le resultaba familiar. Ya meditaría sobre eso más tarde. Guardó el teléfono y bajó dos pisos para visitar a Souza. Tal vez tuviera nueva información acerca del caso de Jovanka. Después de esperar diez minutos, Anselmo lo hizo pasar.

—¡Vaya, Salazar! Me alegra verlo por aquí. ¿Tiene algo para mí?

Néstor le informó acerca de la nota que Casimiro le había enviado sobre la presencia de aceite de motor en el piso en el que murió Flores y su relación con la casa de los Arriola, donde encontraron a Jovanka. Anselmo estuvo de acuerdo en que ese indicio señalaba a un mismo autor para ambos crímenes. Souza recibiría la información por las vías oficiales cuando el laboratorio concluyera el procedimiento.

—Bien, ya lo sabe usted también. No le cuente a Casimiro que se lo dije, porque la bronca que me caería sería de campeonato.

—¿Quién es Casimiro? —preguntó Anselmo.

—Casimiro Barros. El jefe del departamento de Científica.

—¡Ah, Barros! ¿Es amigo suyo?

—Diría que mantenemos una relación gastronómica-laboral interesante —Souza lo miró con expresión de desconcierto—. Nos llevamos bien, aunque me insulta cada vez que me ve, pero eso no importa ahora. ¿Tiene algo nuevo que contarme sobre el caso?

—Me temo que no es mucho lo que puedo decirle. Como usted nos aconsejó, mostramos la fotografía del cuerpo de Flores al corredor de seguros y al falsificador. Ambos confirmaron que era su contacto dentro de la banda. Se encargaba de señalarle a Rivero quienes eran los "clientes" captados para que les hiciera la póliza del seguro de vida. También era quien contactaba a Cuéllar para que falsificara el informe médico. Cuando el asegurado moría, Rivero debía facilitar que el seguro pagara. Luego el pintor les depositaba la cantidad acordada. Ambos parecieron aliviados cuando supieron que estaba muerto.

—Marcos Flores era el brazo ejecutor —concluyó Néstor—. Es probable que entre sus deberes estuviera intimidarlos, para que no se salieran del carril.

—Sin duda alguna.

—Pero no creo que fuera la cabeza pensante. ¿Saben ellos para quién trabajaba Flores?

—Ambos afirman no tener idea. Y a mi pesar, me parecieron sinceros.

—Entonces…

—Estamos como al principio —reconoció Souza con resignación.

—¿Ha averiguado algo sobre las llaves?

—¿Se refiere a…?

—Las llaves del piso donde murió el pintor. ¿Sabe quién más las tenía?

—Pues eran varios quienes tenían copia. Uno era el propio Flores, por supuesto, también el ayudante, el dueño del piso y el contratista.

—¿El contratista? —preguntó Salazar, porque a su memoria acudió el recuerdo de la entrevista que había realizado en un chalé del Barrio Estación, muy cerca de la casa donde murió Jovanka cuando buscaba pruebas que exculparan a Gyula.

—Sí, se trata de Feliciano Valdéz —respondió Anselmo, mientras consultaba una libreta—. Era quien le conseguía la mayoría de los contratos a Flores como pintor, incluyendo ese piso.

—Creo que sería interesante interrogar al señor Valdéz —opinó Néstor. Luego le explicó a su colega cómo había conocido al contratista.

—De acuerdo —confirmó Souza—. Si es así, yo me haré cargo.

Capítulo 58.

Al salir de la Jefatura Superior, Salazar llamó por el móvil a don Braulio para agradecerle su intermediación con Mata. Estaba seguro de que el inspector de Asuntos Internos no hubiera sido tan receptivo si Néstor no hubiera contado con el respaldo moral del ex comisario. Don Braulio quedó muy complacido, pues aquellos pequeños favores le hacían sentirse policía de nuevo. Antes de regresar a la comisaría, el inspector se detuvo en el bar de Gyula para comer algo y hablar con su amigo. Ya había pasado la hora pico del almuerzo, así que el bar comenzaba a vaciarse.

Néstor esperó a que el tabernero se desocupara, mientras él comía un plato de boquerones en vinagre, preparados por Dika al estilo de su tierra. Debía reconocer que estaban para devorar hasta el plato. Sonrió cuando recordó una ocasión en que se había llevado una ración para comérsela en casa, y después de servírsela en un plato se entretuvo respondiendo el teléfono. Paca, tan glotona como siempre, aprovechó el descuido de su humano para comerse el pescado, hasta que sintió el sabor del vinagre y comenzó a hacer gestos sacudiendo la cabeza para librarse del regusto ácido. Nunca la había visto beber tanta agua como aquel día. Aunque a Salazar en el fondo le dio lástima y trató de ayudarla a librarse del sabor con un par de galletas para gatos, tenía que reconocer que le había estado bien empleado. Desde entonces, la gata se escondía debajo del sofá, cada vez que el menú incluía los boquerones de Dika.

—Ahora te ríes solo —bromeó Gyula sentándose en su mesa—. Sería lo único que te faltaría para terminar en el loquero. Después de todo, ya hablas con una gata.

—No es cualquier gata. Es Paca.

—Pues yo a Paca la veo muy corrientilla.

—Eso es porque no vives con ella. Me gustaría verte conviviendo con una mascota, a ver si no vas a terminar tú también hablando con ella.

—Pues aquí tengo los dos hijos de Paca que me regalaste de la primera camada, y todavía no hemos sostenido nuestra primera conversación.

—Porque no les prestas suficiente atención.

—Pues no, la verdad es que suele ser Dika quien se ocupa de ellos. A mí solo me interesa que mantengan alejados a los ratones del bar.

—¿Por qué no te quedas con uno de los gatitos de la nueva camada de Paca para llevártelo a tu casa?

—Quita, quita, que con lo que es Dika con los animales, seguro que me manda al sofá para que el gato pueda dormir en la cama.

—Sus razones tendría —bromeó Néstor—. Seguro que el gato roncaría menos que tú.

—¿A eso has venido? —preguntó Gyula en tono de chanza—. ¿A insultarme?

—Y a comer boquerones —confesó el inspector—. No, ya hablando en serio. Hemos descubierto de dónde salieron el detonador y el explosivo plástico.

—¿De dónde?

—Lo lamento, Gyula, todavía no estoy autorizado a decírtelo.

—De acuerdo, entonces no es necesario que siga preguntando. ¿O tal vez quieres que averigüe que uso quieren darle?

—Ya lo usaron —confesó Salazar, lo cual causó sorpresa en su amigo —. Por suerte no hubo heridos. Solo daños materiales. No, creo que sobre este asunto ya no necesitaré tu ayuda.

—Pero hay algo más que quieres que indague.

Por toda respuesta, Néstor sacó su móvil y lo manipuló hasta que el retrato de Elvira ocupó toda la pantalla. Entonces se lo mostró a Gyula. El tabernero miró la imagen con detenimiento y luego levantó la vista hacia Néstor.

—No la conozco. ¿Quién es?

—Es nuestra principal sospechosa en el asunto de los explosivos.

—¿En serio? Nadie lo diría. Es una chica guapa, aunque tiene algo peculiar. No sé…

—A mí me resulta familiar, pero no consigo ubicarla.

—Pues a mí no. Es la primera vez en mi vida que la veo.

—De acuerdo —aceptó Néstor—. ¿Si te envío este dibujo a tu móvil, podrías preguntar entre tus conocidos, por si alguien la puede identificar?

—Por supuesto.

—Te lo agradezco mucho, Gyula.

—Tú a mandar. ¿Cómo estaban los boquerones? —preguntó su amigo, señalando el plato vacío.

—Inmejorables.

—¿Cómo va el caso de Jovanka? ¿Ya sabéis quién fue el malnacido que la asesinó?

—Me temo que todavía no. Siento no poder darte detalles, pero sí puedo decirte que el sujeto en cuestión es bastante escurridizo. ¿Cómo sigue Cappi?

—Para qué te voy a mentir. Igual.

—¿Y Lumi?

—Sobrellevándolo.

—Dale mis saludos y dile que le prometo que atraparemos al culpable de la muerte de su madre.

Después de despedirse de su amigo, Salazar se encaminó a la comisaría. El turno en recepción lo cubría otro agente. García también debía estar almorzando. El inspector se refugió en su despacho, donde se ocupó de la papelería, para hacer tiempo hasta la siguiente reunión. Algunas veces se preguntaba si Eulalia fotocopiaría los formularios dos o tres veces haciendo crecer la pila, solo para fastidiarlo, porque no había manera de ponerse al día con la burocracia desde que lo ascendieron a inspector jefe. Luego se arrepintió de su propia desconfianza. Lali sería incapaz de hacer algo así. Era demasiado correcta y respetuosa.

Leyó informes, rellenó formularios y firmó memorandos hasta que llegó la hora de subir al segundo piso. Todos los demás ya estaban esperándolo, incluyendo a Santiago, que se paseaba nervioso de un lado a otro.

—Menos mal que llegaste. Ya te iba a mandar a buscar con Lali —le espetó el comisario en cuanto lo vio.

—Lo lamento. Estaba ocupándome de la papelería. No sabía que me había retrasado.

Cuando consultó el reloj, Salazar comprobó que en efecto, había llegado cinco minutos tarde. La reacción de su hermano ante el ligero retraso, le dio la medida de su nerviosismo.

—Bien, ya que todos estamos aquí, vamos a comenzar. Sofía tiene novedades importantes que comunicarnos.

La subinspectora tomó la palabra y les explicó con todo lujo de detalles su visita al Gimnasio, así como la identificación positiva del retrato robot como María Pérez.

—De manera que disponemos de una fotografía y copia del DNI —señaló Pedrera con entusiasmo.

—¿Será ese su nombre actual? —preguntó Diji, más para sí mismo que para los demás—. ¿María Pérez?

—Pérez no parece un apellido de mucha alcurnia —observó Beatriz.

—¿Y el segundo apellido?

—González —respondió Sofía consultando sus notas.

El sentimiento general fue de confusión. Si Eloísa estaba en lo cierto y Elvira había sido adoptada por una familia de abolengo, aquellos no podían ser sus apellidos. ¿Se habrían equivocado de persona?

—Debe tratarse de un nombre falso —opinó Salazar.

—¿Y el DNI?

—Falso también.

—En ese caso, lo que descubrió Sofía no servirá de nada —señaló Santiago mientras se sentaba al borde de uno de los escritorios vacíos. Daba la impresión de un globo que se desinflaba.

—No estoy de acuerdo —discrepó Néstor—. Debemos indagar todo lo que podamos sobre María Pérez: Debemos averiguar dónde fue tramitado este documento, visitar la dirección con la cual se registró y hacer indagaciones sobre la línea telefónica. Es posible que obtengamos algún dato interesante de esas pesquisas. Además, es significativo que haya podido hacerse con un documento como este, si no es auténtico. Nos indicaría que tiene relación con el mercado negro, o que usó su posición dentro de la Policía para conseguirlo.

—Sí, es probable que tengas razón —reconoció el comisario, volviendo a animarse.

—De acuerdo, veamos qué más tenemos hasta ahora —intervino Salazar—. Beatriz, qué puedes decirnos sobre los dos Jorge Gutiérrez sospechosos de ser el que buscamos.

Capítulo 59.

Beatriz informó los resultados de sus investigaciones, después de carraspear un poco para ganar tiempo. Siendo la novata, sentía que debía demostrar su valía. Además, tenía el deseo imperioso de causarle buena impresión al inspector jefe, pese a que era evidente que él no correspondía a la atracción que ella sentía.

—Como señalé en la reunión anterior, hay dos "Jorge Gutiérrez" en España cuyas edades corresponden al hijo de Eladio. Uno vive en Madrid y el otro en Málaga. Ambos acudieron a sus respectivos lugares de trabajo durante el intervalo de tiempo en el cual aparecieron las notas anónimas. Ninguno ha salido de viaje.

—Entonces podemos descartarlos —opinó Remigio—. Estamos como al principio. En la calle tampoco se sabe nada, ni se ha escuchado a nadie mencionando este tema.

—Es evidente que Jorge ha cambiado su identidad —señaló Santiago—. Es muy probable que en este momento sea conocido por otro nombre. Al igual que su hermana.

—Tienes razón —admitió Néstor—, pero Elvira cambió su nombre como consecuencia de una adopción legal. En el caso de Jorge habría un acto delictivo de por medio. Debió falsificar su documentación en algún momento.

—Lo compró en el mercado negro —sugirió Sofía.

—Es probable. O lo hizo él mismo.

—¿Él mismo? ¿Qué quieres decir? —inquirió el comisario.

—Bien, sabemos que se encuentra tan cerca, que tiene acceso a dependencias oficiales exclusivas de la Policía Nacional. ¿Por qué no a una comisaría?

—No lo había pensado, pero tienes razón.

—Además, con los últimos avances tecnológicos incorporados, no es fácil que un DNI pueda ser falsificado. Si estoy en lo cierto, podría haber conseguido un documento de identidad original, pero con datos falsos. Y pudo hacer lo mismo para Elvira, al proporcionarle un DNI a nombre de "María Pérez."

—Eso significaría que ambos son cómplices y trabajan juntos —intervino Diji.

—¿Por qué no? Sabemos que eran muy unidos en la niñez. Pudieron encontrarse siendo adultos y planificar juntos la venganza contra el comisario.

—Es una buena teoría —admitió Santiago—, pero necesitamos comprobarla. ¿Por dónde comenzamos?

—Creo que el mejor hilo del que podemos tirar es el DNI de María Pérez.

—Muy bien, estoy de acuerdo —dijo Ortiz—. Beatriz, averigua todo lo que puedas sobre el número del DNI. Quiero saber en qué comisaría fue emitido ese documento.

—Sí, señor.

—Diji, el número telefónico de contacto que María anotó en la ficha de inscripción del Gimnasio. Ya sabes, quiero toda la información disponible al respecto.

—De acuerdo, señor. Me pongo a ello.

—Néstor, te encargo que investigues la dirección. A ver a dónde nos lleva. Que te acompañe Sofía.

—Muy bien.

—Pedrera, indaga en todos los archivos de la Policía Nacional dentro y fuera de La Rioja. A ver si aparece alguien con ese nombre en el Cuerpo. Que un experto te ayude, porque quiero que también realicen la búsqueda con el rostro.

—Sí, señor.

—Remigio, quiero que tú averigües si alguien ha buscado una documentación falsa en el mercado negro.

—Sí, señor.

—¿Ya el grafólogo concluyó sus pesquisas, Diji? —preguntó Ortiz.

—Sí, señor. Confirmó que la firma del inspector Santillán fue falsificada, aunque reconoce que se trata de un trabajo muy bueno.

—Lo cual quiere decir…

—Quien firmó el libro conocía bien la rúbrica del inspector. La falsificación se parece mucho a la firma original.

—Eso implica que el falsificador no solo conoce bien a Santillán —señaló Salazar—, sino que tuvo la oportunidad de practicar sus trazos.

—Un indicio más de que se trata de alguien que pertenece al Cuerpo.

—Entra y sale como "Pedro por su casa" en dependencias restringidas de la Policía Nacional —puntualizó Pedrera—, elabora un artefacto

explosivo casero y pone una trampa en el interior de la vivienda de un comisario, sin mayores inconvenientes. Ni siquiera sabemos todavía si buscamos a una persona, a dos, a un grupo, si el sospechoso es hombre, o mujer. ¿Quién demonios es este tío?

—Tal vez ahí está el detalle —puntualizó Néstor—. Sabemos que hay una mujer involucrada y todo indica que se trata de Elvira. También sabemos que podría contar al menos con un cómplice y que su hermano, a quien estuvo muy unida en la infancia, se encuentra en paradero desconocido, con nombre falso, desde hace casi dos décadas.

—Lo cual también lo convierte en un sospechoso muy probable —dijo Sofía.

—Elvira y su hermano —intervino Remigio, que se había mantenido pensativo—. Los mellizos terribles, que se reúnen para ejecutar una venganza contra quien consideran responsable de la muerte de su padre. Parece la trama de una película de terror.

—Lo cual me hace preguntarme, ¿por qué ahora? —dijo Néstor—. Han pasado más de treinta años desde que Eladio murió, y casi dos décadas desde que Jorge salió del Centro de Acogida y desapareció. ¿Por qué esperaron tanto tiempo para vengarse?

—Tal vez no se habían reencontrado —sugirió Santiago, recordando su propia historia con su hermano.

—Es una posibilidad. También es posible que no te hubieran encontrado a ti hasta ahora.

—¿Quieres ser más preciso?

—Has vivido casi toda tu vida en Tenerife. Demasiado lejos. Apenas llevas residenciado en Haro poco más de un año, que es cuando te has puesto a su alcance.

—¿Crees que este sujeto está informado sobre los movimientos del personal de la Policía Nacional? —preguntó Remigio.

—No lo creo. De ser así, estos atentados, o al menos los anónimos, hubieran comenzado mucho antes.

—Tal vez necesitaron ese tiempo para planificar su venganza —opinó Sofía.

—Más de un año me parece demasiado. Alguien que actúa con tanta saña tiene una fuerte motivación. Las notas al menos las habrían enviado antes.

—¿Quieres ir al grano de una vez, Néstor? —lo presionó el comisario, perdiendo la paciencia.

—Está bien. Recordad que las navidades pasadas nos enfrentamos al caso de la secta y que fue muy mediático.

—¿Acaso estás insinuando…?

—Que tus acosadores te vieron cuando la prensa te entrevistó por la televisión en diciembre del año pasado, supieron que estabas a su alcance y comenzaron a planificar su venganza.

—Sí, es posible que tengas razón —admitió Santiago con resignación—. Y si fuera así, podría tratarse de cualquiera.

—No. Cualquiera no puede acceder a tu despacho, ni retirar evidencias de los archivos. Seguimos hablando de alguien relacionado con el Cuerpo. Diji, ¿el dibujante pudo reconstruir el escudo heráldico de la familia adoptiva de Elvira?

—Sí, señor. Aunque debo reconocer que a mí no me dice nada —respondió el subinspector, sacando la hoja impresa de un dibujo—. La memoria de la gobernanta es sorprendente, aunque hubo algunos detalles que no pudo precisar.

—Ni te imaginas lo que Eloísa es capaz de recordar —confirmó el inspector, mientras contemplaba un león alado ocupando el centro del blasón, coronado por un yelmo y rodeado por ramas de laurel. A él tampoco le decían nada esos símbolos—. Tendremos que consultar a un experto.

—Yo me ocuparé —intervino Remigio—. Tengo un viejo amigo de la escuela que es aficionado a este tipo de cosas.

—¡Perfecto! Espero que estos elementos sean suficientes para proporcionarnos el nombre de la familia. En ese caso, habríamos localizado a Elvira Gutiérrez.

El comisario dió por concluida la reunión y cada uno se dispuso a ocuparse de las tareas que les habían asignado. Salazar le pidió a Sofía que se reuniera con él en la puerta en quince minutos. Antes de salir en busca de la dirección de María Pérez, quería hablar con Souza acerca del escurridizo jefe de los estafadores.

Capítulo 60.

Néstor se reunió con Sofía a los quince minutos exactos. Se estaba volviendo demasiado puntual para su propio gusto. ¿Sería eso una señal de que ya la madurez tocaba a su puerta? "¡Nah!" Todavía no había de qué preocuparse. Salazar veía la edad madura como una amenazante transformación que lo convertiría en alguien aburrido y predecible, así que le huía como a la peste, tratando siempre de mantener una actitud jovial y desenfadada.

La conversación con Souza lo había dejado preocupado. Todas las investigaciones sobre la estafa estaban llevando a callejones sin salida. Por lo visto, el jefe de la banda era alguien muy astuto, que siempre había actuado a través de Marcos Flores, así que una vez muerto su intermediario no había forma de llegar hasta él. La frustración que sentía Anselmo lo estaba llevando a preguntarse si no había liberado a Gyula demasiado pronto. Después de todo, las pruebas que aportó Néstor no lo habían exculpado, sino que demostraron que el crimen podía haber sido cometido también por otra persona. Es decir, que solo crearon una duda razonable. Salazar comprendió que debía encontrar una forma de resolver el caso, antes de que su amigo volviera a terminar en una celda como principal sospechoso.

En esos razonamientos andaba cuando llegó a la recepción y encontró a su compañera, que lo esperaba con una seriedad intimidatoria. El inspector desplegó su mejor sonrisa, la que practicaba casi todos los días y que estaba destinada a derretir a una piedra. Esa que le había arrancado un maullido de felicitación a Paca. ¿O había sido para pedirle una galleta para gatos? Bueno, en fin, daba igual. De cualquier manera, no pareció servir de nada con Sofía, pues la subinspectora continuó con su expresión de pocos amigos.

Subieron al Corsa en silencio y se encaminaron a la calle Tirón, que era la que figuraba en la ficha rellenada por la falsa María Pérez en el Gimnasio. Néstor se devanó los sesos tratando de encontrar un tema de conversación que rompiera el hielo, pero el enfado de Sofía lo intimidaba y le impedía ser creativo, así que llegaron a su destino de la misma forma que salieron: sin decir una palabra.

Aparcaron a un par de calles y recorrieron la distancia restante a pie, hasta encontrarse frente a un viejo caserón de dos pisos con fachada de piedra, que parecía abandonado y lo estaba. Ninguna sorpresa.

—¡Genial! —exclamó la subinspectora con sarcasmo—. La dirección falsa de una persona que lo más probable es que no exista. Un callejón sin salida.

—Al menos nos confirma lo que sospechábamos. María Pérez es el alias detrás del cual se escondió Elvira para conseguir algunos de sus objetivos —señaló Salazar, siempre optimista—. Y gracias a ti, ahora tenemos su fotografía.

—¿Estás tratando de hacerme la pelota? —preguntó Sofía, mientras fruncía el ceño.

—Por supuesto que no. No sería capaz —fue la respuesta del inspector, al mismo tiempo que maldecía para sus adentros, por haber sido tan obvio.

—¿Y ahora qué?

—Elvira usó este nombre para llegar hasta los archivos del Centro de Acogida y para conseguir las llaves de Carmela en el Gimnasio. Me pregunto si lo habrá utilizado también para sustraer los archivos de los Juzgados y los materiales explosivos de la Jefatura Superior.

—¿No habría llamado demasiado la atención?

—¿A qué te refieres?

—En ambos lugares firmó como Leandro Santillán, siendo mujer. ¿No lo habrían notado los funcionarios de ambos archivos?

—¿Has visto la firma de Santillán? —Sofía negó con la cabeza— Diji anexó una copia en su informe. Santillán firma con un garabato que podría pertenecer a hombre o mujer por igual.

—De acuerdo. Como siempre, tú ganas. ¿Qué sugieres que hagamos?

—Pedrera ya está usando el sistema de reconocimiento facial para ubicar a "María" en el personal de la Policía Nacional, pero tal vez alguien podría reconocerla en alguno de los dos archivos de los cuales sustrajo material. Tal vez ninguno de los funcionarios sospechó de ella porque la conocían.

—Comprendo. Si se trata de una secretaria, u otra funcionaria que solicite documentos y evidencias con frecuencia, la fuerza de la costumbre habría relajado las medidas de seguridad por parte de los responsables de entregar el material.

—¡Ese es mi punto! Me alegra trabajar contigo, porque me comprendes enseguida.

La subinspectora miró a su jefe con el ceño fruncido y una expresión que le dejaba claro que sus halagos no habían colado. Néstor compuso su mirada de cachorro abandonado. Tampoco coló. Sofía avanzó con paso firme en dirección al Corsa y Salazar suspiró con resignación antes de seguirla. Sería más difícil de lo que había creído conseguir que se le pasara el cabreo. ¡Pero si había sido un beso de nada, que ni siquiera le había gustado! ¿No le había gustado? La verdad, era la primera vez que se lo preguntaba a sí mismo y lo había sorprendido tanto, que no estaba seguro de lo que sintió. Quizá lo mejor era no pensar en eso, por si acaso llegaba a la conclusión de que no había estado tan mal.

Una vez junto al Corsa le entregó las llaves a Sofía para que ella lo condujera y le pidió que lo dejara en la parada de autobuses.

—¿No vienes conmigo a comprobar tu teoría sobre María Pérez?

—Me gustaría, pero debo ocuparme de otro asunto.

—Debe ser muy importante.

—Bastante. Tiene que ver con el crimen del que fue víctima la tía de Gyula. Estoy colaborando con el inspector encargado en la Jefatura Superior. Confío en ti. Sé que no me necesitas para esto, así que nos vemos luego.

—De acuerdo.

Salazar se apeó en la parada de autobús y cada uno continuó su camino. Néstor apartó las consideraciones personales acerca de Sofía y Beatriz. La situación se le antojaba complicada y él necesitaba concentrarse en los dos casos que lo ocupaban, pues el acosador amenazaba la vida de Santiago, y la investigación por el asesinato de Jovanka representaba un riesgo para la libertad de Gyula. Estaban en peligro sus dos hermanos, el biológico y el de crianza. No podía fallarles.

Llegó a la Jefatura Superior antes de que terminara la jornada laboral, aunque ya había hablado con Souza para que lo esperara. Cuando llamó a la puerta del despacho de su colega, este lo hizo pasar de inmediato.

—Salazar. Nunca creí que iba a decir esto, pero me alegra verlo.

—Anselmo, lo noté un poco decaído cuando hablamos.

—Es este caso que llevamos, que es una madeja y no encuentro hilo del cual tirar. Todo es un maldito callejón sin salida.

—No será para tanto. A ver, vamos a concretar lo que tenemos.

—Muy bien. Comencemos por el principio —aceptó Souza—. Jovanka, una anciana de origen humilde, resulta muerta al ser empujada escaleras abajo en el chalé donde trabajaba como ama de llaves. No encontramos nada en la escena del crimen que pudiera señalar a su asesino, quien sin embargo cometió el error de tocar el cuello de la víctima sin guantes, dejándonos una huella dactilar que no hemos podido identificar.

—Lo cual significa que el sujeto no tiene antecedentes criminales.

—Es correcto. Buscamos a un "ciudadano honesto", que nunca ha tenido problemas con la ley. ¡Detesto cuando eso ocurre! Pero continuemos. Las investigaciones nos conducen a una banda de estafadores que asegura a pacientes desahuciados y cobra el seguro de vida una vez que el asegurado fallece, teniendo a las familias como cómplices. Este descubrimiento nos lleva hasta el yerno de Jovanka, que fue quien la aseguró sin que ella misma supiera.

—Jovanka fue asesinada porque sobrevivió a la enfermedad contra todo pronóstico y se convirtió en un problema.

—Es correcto. Por otro lado, conseguimos arrestar a algunos miembros de la banda: El corredor de seguros, que era el más expuesto y el falsificador, además de que descubrimos a Marcos Flores, quien actuaba como intermediario del jefe. Aunque debo reconocer que lo identificamos demasiado tarde. El problema principal es que nadie más parece saber nada de este misterioso "capo", quien por lo visto, fue el responsable directo de la muerte de Jovanka y ejecutó en persona a Flores, el único que podría haberlo identificado. Y aquí termina todo. No tenemos ninguna pista de este misterioso personaje.

—Tenemos la huella dactilar en el cuello de Jovanka y el aceite de coche en ambos escenarios del crimen —discrepó Salazar.

—¿De qué nos sirve? La comparativa de la huella ha sido negativa para todos los sospechosos y el aceite en las suelas no significa nada. Tal vez el coche de este sujeto pierde aceite. Tal vez el problema lo tenga el coche de su vecino. ¡No tenemos nada! —exclamó Souza con desesperación, mientras tiraba el boli que tenía en la mano sobre el escritorio.

—Se le olvidó mencionar un detalle importante.

—¿Cuál?

—Cappi. ¿Investigó las circunstancias en las que fue herido?

—Todo indica que se trató de un encargo. Un intento de homicidio que habría que sumar a los cargos del malnacido que perseguimos.

—¿Han interrogado a los que ejecutaron el apuñalamiento?

—Jesús Prieto, mi ayudante, se ha encargado de los interrogatorios y de investigarlos. Son sujetos rudos que no tienen nada que perder. Confesaron que habían actuado por encargo, pero el contrato se hizo de forma anónima con pago en efectivo y por adelantado, así que no hay nada que rascar por ahí.

—No me sorprende. Lo que sí me resulta extraño es que este "capo" se tomara tantas molestias para eliminar a alguien que ni siquiera formaba parte de la banda, sino que es solo un cómplice fortuito.

—¿Adónde quiere llegar, Salazar? —preguntó Anselmo inclinándose hacia adelante con interés.

—Cappi debe representar un riesgo para el asesino. Sabe algo que lo puede exponer y por eso necesita silenciarlo, al igual que hizo con Flores.

—Es un buen punto, pero no nos sirve de mucho. Pese a que Romero no está en peligro inminente, su recuperación podría tardar semanas, o meses. Eso si sobrevive.

—Pero, ¿lo sabe el asesino?

—No, supongo que no. Hemos sido muy prudentes en cuanto a toda la información relacionada con el señor Romero. Solo su esposa sabe dónde y cómo está. Es la mejor forma de protegerlo.

—Bien, pues creo que sería conveniente que se filtrara alguna información.

—Supongo que estará bromeando.

—Desde luego que no. Y cuanto antes lo hagamos, mejor —Salazar miró el reloj—. Digamos que su ayudante, el subinspector Prieto, podría beber más de la cuenta en ciertos bares de la ciudad y tal vez se le podría escapar dónde está ingresado Cappi. Una información que estoy seguro de que será bien pagada por nuestro escurridizo asesino.

Souza miró a Néstor como si se hubiera vuelto loco de repente, mientras el inspector desplegaba su mejor sonrisa de falsa inocencia.

Capítulo 61.

El bien iluminado hospital no era propicio para concluir su tarea, pero él no podía darse el lujo de esperar que las circunstancias fueran más favorables. Su informante le advirtió que Romero había recuperado la conciencia y aunque todavía estaba muy débil para declarar, manifestó su deseo de contarle todo a la policía. Era seguro que ya suponía quién lo había mandado a eliminar en la cárcel.

El hombre avanzaba a paso rápido, embutido en un mono de enfermero. ¿Qué mejor camuflaje podría encontrar en un hospital? Saludó al paso al policía de la puerta, quien lo detuvo con un gesto de la mano.

—¿Quién es usted?

—Soy Arnoldo Buendía. El enfermero de esta guardia —respondió, mientras señalaba el carné prendido a su pecho. El agente asintió con expresión aburrida.

El hombre entró en la habitación. Era medianoche, así que la oscuridad era casi total. Cuando sus ojos se adaptaron a la escasa luz, pudo ver el cuerpo debajo de las sábanas, cubierto hasta la cabeza.

—¿Cappi? —llamó al herido sin obtener ninguna respuesta—. Cappi, ¿me escuchas? Dicen las malas lenguas que me quieres traicionar a cambio de que reduzcan tu condena. Pues lo vas a tener difícil, chaval.

Para sorpresa del intruso, Romero no se movió, ni hizo ningún intento de salir de allí. Era extraño. Debió reconocerle la voz. El hombre continuó avanzando, mientras aferraba con más fuerza el cuchillo que tenía en la mano.

Ya casi estaba encima de Cappi, cuando este se movió como si lo hiciera en sueños. El asesino levantó el cuchillo en toda la extensión de su brazo y apretó la empuñadura, dispuesto a descargarlo sobre su víctima.

Entonces ocurrió lo que nunca hubiera imaginado. Un hombre que le resultaba familiar ocupaba el lugar de Cappi sobre la cama. Después de apartar la sábana de un tirón, quedó al descubierto, mientras le apuntaba con un arma. Entonces el intruso escuchó a sus espaldas una voz muy profunda.

—¡No se mueva! ¡Policía! —gritó Diji. Y hasta Néstor, que ocupaba la cama, se estremeció.

Desconcertado, el intruso se giró por completo y soltó el cuchillo cuando vio a un hombre negro de casi dos metros de altura y lo mismo de ancho que también le apuntaba con una pistola, mientras del sanitario salía un viejo. Al momento, una chica que parecía modelo de pasarela se materializó detrás del subsahariano. En cuestión de segundos, la habitación de su víctima se había llenado de polis, o al menos era lo que parecían. Además de que no había señales del hombre que había ido a matar.

El subsahariano encendió la luz, al mismo tiempo que el viejo lo esposaba y la chica continuaba apuntándole.

—Yo a ti te conozco —dijo el tío de la cama, mientras se ponía un gabán que le quedaba demasiado grande—. ¿Dónde te he visto?

—¡Quiero un abogado! —exigió el frustrado asesino.

—¿Puedes comprobar si lleva encima el DNI, Diji?

El subinspector registró los bolsillos del detenido, después de comprobar que no portaba otras armas escondidas. Al fin dio con su billetera, la abrió y cogió el DNI. Se lo entregó a Salazar.

—Manuel Huerta —leyó el inspector jefe—. ¡Claro! Eres el socio de don Joaquín. ¿No es así? El que puso parte del dinero para el taller. Esto explica muchas cosas.

El detenido guardó silencio. Recordó quién era el poli del gabán. Joaquín le había hablado de él con orgullo, como si fuera de la familia. Manuel creyó que Moreno exageraba, así que no le prestó mucha atención. Ahora se arrepentía.

Algunos minutos después, Souza, que era quien había esposado a Huerta, lo subió a una patrulla que esperaba cerca del hospital para llevarlo a la Jefatura Superior. Tenía la intención de interrogarlo esa misma noche.

Salazar agradeció la colaboración a su equipo y decidió dar por terminada la jornada. Por suerte, el jefe de los estafadores mordió el anzuelo. De otra manera hubiera sido muy difícil atraparlo. Ahora solo restaba cerrar el caso, después de que comprobaran que la huella dactilar en el cuello de Jovanka pertenecía a Huerta. ¿Y si no era así? ¿Si había alguien más involucrado? Trató de relajarse. Ya cruzarían ese puente cuando llegaran a él.

Néstor regresó a casa en un taxi. El bar de Gyula estaba a tope de clientes. Aunque había prometido a su amigo que lo mantendría informado, decidió esperar a que se cerrara el caso, así que evitó entrar en el bar y subió a la buhardilla. Paca lo recibió maullando y enredándose entre sus

piernas. La preñez le estaba cambiando el carácter, así que su comportamiento era más afectuoso que de costumbre. Salazar no se hacía ilusiones. Sabía que era un efecto pasajero de las hormonas y que después de parir a los gatitos volvería a ser la gata egocéntrica y arisca de siempre. Tal vez lo prefería así.

Estaba demasiado cansado para conversar con Paca, así que se acostó y se durmió en cuanto puso la cabeza en la almohada. La gata lo despertó antes del amanecer, lamiéndole la oreja. El inspector se preguntó si terminaría rebajándosela, porque sentía como si le estuviera pasando un papel de lija. Después de cumplir con el ritual de servirle un tazón de leche como desayuno tempranero, Néstor se preparó para salir. Decidió comenzar el día en la Jefatura Superior, pues ya Souza tendría noticias y todavía faltaban algunas horas para la reunión en la comisaría. No se detuvo en "La Callecita". Al igual que la noche anterior, prefería hablar con Gyula cuando confirmara que la acusación contra Huerta estaba bien atada.

—¡Ya lo tenemos! —afirmó Anselmo con una sonrisa de satisfacción cuando Salazar llegó a su despacho y le hizo la pregunta.

—¿Confesó?

—Fue el consejo de su abogado, pues las evidencias contra él no le dejan mucho margen de maniobra. Anoche envié las huellas al laboratorio, e hice venir a Casimiro Barros para que las comparara. Y coinciden. Por cierto, cuando Barros supo que usted colaboraba en este caso, me pidió que le mandara recuerdos a su madre. ¿La conoce?

—Digamos que la tiene muy presente —afirmó Néstor, mientras pensaba que la próxima ración de rosquillas tendría que ser doble para congraciarse con el perito—. De manera que ya podemos imputar a Huerta por los asesinatos de Jovanka y Flores.

—Sin lugar a dudas. El detenido declaró que ideó la estafa hace cinco años. Creía que nada podía salir mal. Es prestamista, así que muchas familias que estaban acosadas por las deudas como consecuencia de la enfermedad grave de uno de sus miembros, acudían a él en busca de un alivio económico. Huerta les prestaba lo que necesitaban a un interés abusivo, como siempre ocurre en estos casos, pero no mencionaba nada acerca de los seguros. Días después, Flores visitaba a estas familias con la propuesta. La mayoría aceptó. Luego bastaba esperar el desenlace para cobrar.

—Solo que Jovanka no siguió el plan previsto.

—La señora Moreno ni siquiera tenía idea de que se había contratado un seguro de vida a su nombre. En este caso, Huerta tampoco siguió el protocolo que él mismo se había fijado. Como conocía bien a Romero, le hizo la propuesta sin intermediarios.

—Por eso Cappi era peligroso —afirmó Salazar—. Sabía quién estaba detrás de la estafa.

—Un conocimiento que casi le cuesta la vida, pero ¿me va a dejar seguir contándole o no? —preguntó Souza, que estaba disfrutando su momento de gloria.

—Usted perdone. Siga, por favor.

—Pues resultó que este caso se le escapó de las manos al estafador, porque contra todo pronóstico Jovanka se recuperó de su enfermedad y al hacerlo dejó a Huerta entre la espada y la pared. Estaba pagando dos mil quinientos euros al mes por el seguro de vida de la señora Moreno, sin saber cuánto tiempo le quedaba. Podían ser años. Y si abandonaba la póliza, perdería lo que ya había invertido.

—Así que quiso acelerar un poco el final.

—Así es. Decidió pasar a la acción y que la señora sufriera un accidente. Le exigió a Romero que le proporcionara copia de las llaves del chalé donde ella trabajaba, y cuando la familia estaba ausente la esperó allí. Cometió el error de empujarla con demasiada fuerza, ella golpeó su cabeza contra la pared antes de rodar escaleras abajo, dejó una mancha de sangre que no se explicaba por una simple caída y nos puso sobre aviso.

—Por suerte, después de todo el asesino resultó ser un chapucero.

—Y tanto. Huerta usaba siempre guantes porque padece psoriasis, una enfermedad de la piel, así que estaba seguro de que no había dejado huellas, pero los guantes de cuero eran demasiado gruesos para que pudiera sentir el pulso, en el caso de que su víctima hubiera sobrevivido.

—Supongo que creía que no podíamos recuperar la huella dactilar del cadáver.

—Así es. Todavía está sorprendido. Había visto en un capítulo de una serie policíaca que no se podía y lo tomó como una verdad irrefutable.

—Bendita sea la libertad creativa.

—Para más desgracia del asesino, su enfermedad de la piel lo obliga a usar cremas hidratantes. Es lo que permitió que la huella dactilar permaneciera el tiempo suficiente para que pudiéramos recuperarla del cadáver con el cianocrilato.

—¿Confesó también el asesinato de Flores?
—Sí. Su abogado le dijo que le convenía contárnoslo todo.
—¡Qué amable!
—Más bien, listo. Tenemos suficientes pruebas para empapelarlo y el leguleyo lo sabe. Como sospechábamos, Flores era la mano derecha de Manuel y el único que podía identificarlo, además de Romero, así que fue a visitarlo al piso donde el pintor trabajaba con la excusa de tener un nuevo encargo para él.
—Entonces fue el propio Marcos quien le abrió la puerta.
—Así es. Huerta comenzó a hablarle de un nuevo negocio, que por supuesto no existía, y esperó a que Flores le diera la espalda. Entonces cogió un martillo que había allí mismo y le asestó un golpe mortal.
—¡Vaya sangre fría!
—Ya lo creo. Este sujeto conversaba con su socio del taller como si nada hubiera ocurrido, cuando él mismo había asesinado a su hermana y corrompido a su sobrino.
—"Caras vemos, corazones no sabemos." —recitó Néstor, mientras le parecía estar escuchando a su madre—. De manera que podemos considerar cerrado el caso.
—Solo faltan los detalles burocráticos, de los cuales yo me haré cargo —afirmó Anselmo, mientras se ponía de pie y extendía la mano. Salazar se la estrechó—. Ha sido un verdadero placer trabajar con usted, inspector.
—Lo mismo digo, Anselmo. Y si a usted no le molesta, me gustaría informar a la familia Moreno que ya hemos atrapado al asesino.
—Por supuesto. Dejo a su discreción lo que quiera contarles. Y puede estar tranquilo con respecto a su amigo. Ya está libre de toda sospecha.
Salazar suspiró con alivio. Decidió que sería conveniente hacer una parada en "La Callecita" antes de regresar a la comisaría.

Capítulo 62.

Gyula se deshizo en halagos cuando Néstor le dio la noticia de que ya habían detenido al asesino de Jovanka, al punto de que consiguió que el curtido inspector se sonrojara. Salazar no le contó todos los detalles, por supuesto, pues tenía que respetar los secretos del sumario, pero sí le dijo de quién se trataba. Su amigo quedó muy sorprendido y le pidió que le permitiera a él hablar con "el Tío", porque sabía que se iba a llevar un disgusto cuando se enterara. Del bar, el inspector se dirigió a la comisaría. Todavía quedaba un caso por resolver. Subió hasta el segundo piso, donde ya lo estaban esperando.

Mientras agradecía a Diji y Sofía la colaboración que le habían prestado la noche anterior, Santiago llegó, dispuesto a dar inicio a la reunión.

—Muy bien. Me alegra que todos estéis aquí —afirmó el comisario—. A ver si podemos terminar con este molesto asunto de una vez. Remigio, ¿qué se sabe en las calles?

—Nada. Aunque parezca mentira, ni siquiera el atentado al comisario ha trascendido. La única explicación que puedo darle es que el perpetrador no tiene contacto con las redes delictivas de la ciudad.

—O sabe guardarse la información —señaló Néstor.

—Como en el caso de un policía —dijo Diji, completando la idea.

—También podría tratarse de alguien relacionado con la institución, aunque no se trate de un oficial —opinó Beatriz.

—¿Quieres explicarte?

—Digamos que Elvira trabaja como secretaria en alguna de las ramas policiales, o judiciales. O como juez, fiscal, o abogada. Tendría acceso a los archivos de las instituciones relacionadas con la Ley, pero no formaría parte del mundo delictivo.

—Es un buen punto —la apoyó Salazar—. Eso explicaría por qué corrió el riesgo de sustraer material del archivo de evidencias, en lugar de buscar esos mismos recursos en el mercado negro, lo cual habría representado un riesgo mucho menor para ella.

—Estoy de acuerdo —afirmó el comisario—. Beatriz, ¿pudiste averiguar algo acerca del DNI?

—Es auténtico —Todos se miraron entre sí sorprendidos y decepcionados, porque si María Pérez era quien decía ser, todas sus teorías

se derrumbarían como un castillo de naipes—… Y al mismo tiempo se trata de una falsificación.

—¿Quieres explicarte mejor? —la enfrentó Ortiz, que comenzaba a cabrearse—. No estamos para bromas, ni juegos de palabras.

—Lo lamento, señor. Lo que quiero decir es que el DNI de María Pérez fue expedido hace seis meses en la comisaría del barrio "San Felices", al oeste de la ciudad.

—Ya todos sabemos dónde queda el barrio. Concéntrate en el DNI.

—Bien. El documento en sí no es una falsificación, porque el número corresponde a los seriales de esa comisaría y me confirmaron que existe un registro de haber sido entregado. La ficha incluye los mismos datos de contacto que la del Gimnasio.

—La dirección es falsa —informó Salazar.

—El teléfono también —dijo Diji.

—De acuerdo, ya hablaréis vosotros. Continúa Beatriz, por favor.

—Sí, señor. Como señalé, el DNI se entregó en una comisaría, así que no se trata de una falsificación, pero en el archivo de "San Felices" no encontraron la copia del registro de nacimiento…

—Con lo cual, el documento emitido habría sido forjado —concluyó Néstor.

—Es correcto, señor.

—Eso significa que tiene un cómplice allí —afirmó Remigio—. Debemos investigar al personal de esa comisaría.

—¿Hubo algún despido, o investigación por irregularidades en San Felices en los últimos meses? —Quiso saber el inspector jefe.

—No, señor.

—¿Solicitud de traslado?

—El único cambio de personal estuvo relacionado con la muerte de un oficial en un accidente hace dos meses. Su nombre era Carlos Salcedo.

—¿Qué tipo de accidente?

—De coche, señor. El oficial estaba de vacaciones y se dirigía a Barcelona cuando su coche perdió los frenos. No sobrevivió a la colisión.

—¿Cuál era la función del oficial dentro de la comisaría?

—Es lo que resulta sospechoso. Tenía a su cargo el procesamiento de los DNI.

—Parece que tenemos un hilo del cual tirar —afirmó Santiago—. Beatriz, averigua todo lo que puedas acerca de ese accidente. Quiero saber

si alguien lo investigó y con qué resultados; cómo ocurrió el siniestro; dónde está el coche ahora.

—Me pondré a ello ahora mismo, señor.

—Es mucho trabajo, que te ayude Miguel.

—¿No tendría que ser al revés, señor? —protestó el aludido.

—¿De qué estás hablando?

—Se supone que yo soy el inspector y ella mi subalterna. ¿No tendría que ser ella quien me ayudara a mí?

—¡No me toques las narices, Pedrera! ¡No estoy para sutilezas jerárquicas! No me interesa quién ayuda a quién. Solo me importan los resultados, y los quiero lo antes posible —El comisario se iba cabreando y subiendo el volumen conforme hablaba, así que Miguel decidió que lo mejor sería callar y no hacer más observaciones—. Remigio, tú te encargarás de investigar a Salcedo. Quiero conocer su historial desde que abandonó el parvulario.

—Sí, señor.

—Diji, ¿dices que el número de teléfono que María Pérez anotó en la ficha no existe?

—Así es, comisario. La compañía telefónica fue enfática al respecto. No solo no existe, sino que nunca le ha sido asignado a nadie.

—¿Y la dirección? —preguntó Santiago, mientras volteaba hacia Salazar.

—Un callejón sin salida. Se trata de un edificio abandonado hace muchos años. No hay nadie allí. Mientras comprobábamos el lugar, nos llegó la fotografía del DNI de "María". Sofía fue a comprobar si reconocían el rostro de la sospechosa en alguno de los archivos de donde se sustrajo material.

—Excelente idea —lo felicitó Ortiz, ya un poco más calmado—. ¿Encontraste algo, Sofía?

—Nadie reconoció a la mujer de la fotografía, ni en los Juzgados, ni en la Jefatura Superior, aunque en ambos me comentaron que les resultaba familiar.

—Pero no trabaja en ninguna de las dos sedes.

—Es seguro que no.

—Tal vez la sustracción fue realizada por el cómplice, para evitar que la relacionaran con el hecho —sugirió Remigio.

—Estoy de acuerdo contigo, pero debemos averiguar cómo engañaron con tanta facilidad a los encargados de ambos archivos —argumentó Néstor—. Solo alguien conocido por el personal pudo sustraer el material con tanta facilidad.

—Pero no fue María Pérez.

—¿Tú has encontrado algo, Pedrera?

—Pues me temo que no lo suficiente. Le pedí ayuda a Toni, el experto en informática de la Jefatura Superior, y usamos el programa de reconocimiento facial. Comparamos el rostro de Pérez con toda la plantilla de la Policía Nacional. La sospechosa no trabaja en la institución.

—¿No hubo ninguna coincidencia? —insistió Salazar.

—Bueno, encontramos cuatro rostros que resultaron positivos. Tres mujeres y un hombre.

—¿Un hombre? —preguntó Remigio, sorprendido.

—Sí, según me explicó Toni, el programa ubica y compara ciertos rasgos, con independencia del sexo del sospechoso. Hay un margen de error. Pequeño, pero existe.

—¿Ninguna de esas personas era María Pérez? —preguntó Santiago, volviendo al tema que le interesaba.

—Por supuesto que al hombre lo descartamos de inmediato. En cuanto a las mujeres, al observar las fotografías comprobamos que se parecen a la sospechosa, pero ninguna es ella.

—De acuerdo, parece que Elvira nos está ganando por goleada —afirmó Salazar—. Remigio, ¿pudiste identificar el escudo heráldico?

—Pues con respecto a eso, yo sí tengo buenas noticias. Aunque mi amigo no está del todo seguro, porque en el dibujo faltan algunos elementos importantes, él cree que se trata del escudo de la familia Alviar de la Sierra.

Pedrera dejó escapar un silbido, que reflejaba la estupefacción de todos al escuchar uno de los apellidos más reconocibles de España.

—El asunto es que estuve indagando un poco —continuó el inspector Toro—, y encontré que los marqueses Alviar de la Sierra, aunque ya tenían un hijo, decidieron adoptar una chiquilla a quien llamaron Jimena. Las fechas coinciden y también la edad de la niña.

—Con un apellido tan renombrado, ¿por qué ha sido tan difícil identificarla? —preguntó Sofía.

—Son una familia conocida, pero no mediática —explicó Remigio—. Los Alviar de la Sierra huyen de la prensa como de un tigre hambriento. En

una ocasión, un paparazzi captó a la pareja en su yate desde la distancia usando un teleobjetivo. La demanda que le cayó lo dejó hasta sin calzoncillos. Nadie volvió a intentarlo. La prueba de eso es que no he podido encontrar ni una sola fotografía de Jimena, aunque la he buscado con ahínco.

—¡Aun así, la tenemos! —afirmó Santiago con emoción—. ¡Hemos encontrado a Elvira!

Salazar hubiera querido compartir la euforia de su hermano, pero su instinto le decía que la Elvira que ellos buscaban, no se los habría puesto tan fácil.

Capítulo 63.

Mientras el resto de la plantilla investigaba a Carlos Salcedo y su extraño accidente, Néstor y Sofía usaron el Corsa para visitar a Jimena. La hija adoptiva de los Alviar administraba un club campestre donde acudían las familias más renombradas de Haro. Se trataba de un negocio que llevaba poco tiempo funcionando, pero que disfrutaba de muy buena acogida en cierto grupo social. Después de una corta llamada, acordaron que Jimena los recibiría esa misma tarde.

Los policías cruzaron la ciudad hasta que los edificios fueron cada vez más escasos. Al final encontraron una desviación, junto a la que un letrero señalaba la entrada al club. A los pocos metros, la vía estaba cerrada por una valla franqueada por una garita. Salazar se detuvo y del habitáculo salió un guardia de seguridad con andares chulescos. Se plantó junto al coche y lo miró casi con tanto desprecio como al inspector. Su expresión cambió a la sorpresa cuando vio a Sofía.

—Buenas tardes. Disculpen, tendrán que dar marcha atrás. Este es un club privado.

—¡No me diga! —exclamó Néstor con sarcasmo, mientras sacaba su identificación y se la mostraba al engreído segurata.

—¿Policía? Debe ser un error. No hemos llamado a la Policía.

—En ocasiones actuamos de espontáneos, como en las corridas de toros.

El guardia se le quedó mirando a Salazar, calibrando si le estaba tomando el pelo. El inspector desplegó su sonrisa de falsa inocencia, porque era eso lo que estaba haciendo.

—Venimos a hablar con la señora Jimena Alviar —intervino Sofía—. Nos está esperando.

—Un momento, por favor.

El segurata regresó a la garita con las identificaciones de los visitantes en la mano. Se comunicó con alguien a través de un teléfono. La respuesta debió ser contundente, porque colgó enseguida y regresó junto al Corsa con una actitud amistosa. Les devolvió sus documentos antes de hablar:

—Pueden pasar. A la derecha encontrarán un aparcamiento. La señora Alviar está en su oficina en el edificio principal. Los está esperando.

—Muchas gracias, chaval.

El vigilante frunció el ceño con resquemor. Ese policía era muy extraño. Levantó la barra y permitió que pasara el Corsa, que desentonaba en aquel club como un carro de bueyes en una competencia de Fórmula 1. Salazar aparcó entre un Audi y un Maserati. Pensó que si el Corsa hubiera tenido sentimientos, se habría echado a llorar.

El edificio principal era un enorme caserón, con amplios espacios destinados al entretenimiento, pero remedando una lujosa finca rural. El salón principal era cómodo y acogedor. Dos hombres y una mujer que estaban sentados en cómodos sofás levantaron la vista de sus móviles para prestar atención a los recién llegados. Salazar se sintió como un fenómeno de circo. Junto a la puerta los esperaba un hombre vestido con un elegante traje gris. Se presentó como Arístides Guerra y dijo ser el secretario de doña Jimena. Después de mirar de arriba abajo a Salazar con desaprobación, los condujo por un pasillo hasta la zona administrativa del club.

Se detuvieron frente a una puerta de roble pulido que se veía bastante sólida. Entraron, después de que una voz femenina los autorizara a hacerlo. El empleado les abrió la puerta y la cerró a sus espaldas. Entonces tuvieron frente a ellos a Elvira Gutiérrez, que los miraba con una mezcla de curiosidad y miedo. No era María Pérez, aunque Néstor tenía que reconocer que se le daba cierto aire… Tal vez con una peluca… No. María era rubia, con el cabello largo, rizado y sus rasgos eran afilados. El cabello de Jimena era castaño, liso y cortado a lo garçon; pero el peinado se podía cambiar con facilidad. Lo más importante era que su rostro era de rasgos redondeados. Se trataba de otra persona.

—¿Inspector Salazar? Por teléfono me dijo que quería hablarme de un asunto importante relacionado con la familia Gutiérrez —Jimena acompañó sus palabras con un gesto que los invitaba a sentarse.

—Así es, señora Alviar. Ella es mi compañera, la subinspectora Garay. Estamos aquí porque nuestras investigaciones nos han revelado que usted fue adoptada por la familia Alviar y que su verdadero nombre es Elvira Gutiérrez. Me gustaría que lo confirmara, por favor.

—Me adoptaron con diez años, inspector. No es ningún secreto. Tampoco creo que sea un delito.

—Desde luego que no. ¿Podría decirme dónde estuvo usted estos días? —le preguntó Néstor, pasándole un papel donde llevaba escritas las fechas en las cuales Santiago recibió las notas y sufrió el atentado.

—Estaba en Madrid —respondió Elvira de inmediato—. Viajé a Madrid hace dos meses y regresé ayer. Me gustaría saber por qué me lo pregunta.

—¿Puede demostrarlo?

—Por supuesto. Me alojé en la casa de mis padres. Tanto ellos como nuestros empleados se lo pueden confirmar. También tengo pruebas de los vuelos que abordé.

Salazar sintió que todo el castillo de naipes que habían construido en torno a la presunta culpabilidad de Elvira, se venía abajo. Si no había sido ella tendrían que replantearse todo el caso y comenzar de nuevo, por lo que necesitarían toda la ayuda posible. En un impulso de sinceridad que sorprendió incluso a su compañera, el inspector le relató a Jimena todo lo que sabían con respecto al acoso y atentado que había sufrido el comisario. Ella escuchó con atención sin decir ni una palabra, hasta que él terminó.

—Parece el estilo de Jorge.

—¿Su hermano?

Elvira asintió.

—¿Está diciendo que pudo ser él? —insistió Salazar—. ¿Por qué lo cree?

—Jorge albergaba un rencor enfermizo contra el hombre que disparó a nuestro padre. Nunca superó su muerte. No era capaz de comprender que Eladio estaba cometiendo un delito, que amenazó con matar a personas inocentes y que sufrió las consecuencias de su mala conducta. La moral nunca fue el fuerte de mi hermano.

—No parece tenerlo en muy buen concepto —observó Sofía—. Creía que eran inseparables.

—¡Inseparables? —exclamó Elvira con una sonrisa irónica—. Diga más bien que él no me dejaba ni a sol, ni a sombra. Me perseguía, me controlaba, yo no podía tener amistad con nadie. Era asfixiante. Todo lo relacionado con Jorge era enfermizo. Fue un alivio dejarlo atrás.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Cuando mis padres me escogieron en el Centro de Acogida, tuvimos algunos encuentros antes de que se concretara la adopción. Ya sabe, para que nos fuéramos conociendo. Ellos me ofrecieron adoptar también a Jorge para no separarnos. Yo les pedí que no lo hicieran.

—¿Nos está diciendo que fue usted quien tomó la decisión de que los separaran?

—Por supuesto. No soportaba más a mi hermano. Entiendo que esto debe sonar muy mal, pero ¿puede imaginar lo que significa crecer con una persona que quiere ser la única en su vida? ¿Qué controla cada uno de sus movimientos? ¿Qué amenaza y hasta lastima a cualquiera que se le acerque? Es un infierno. Y cuando los Alviar decidieron adoptarme, comprendí que esa era mi oportunidad de tener una vida normal. Jorge era mi hermano, mi mellizo, pero algo en su cerebro no funcionaba bien. Lamento tener que decir esto, pero llegué a odiarlo.

—Señora Alviar, en todo este asunto hay una mujer involucrada. De eso no hay duda. ¿Tiene usted idea de quién pueda ser?

—Siento no poder ayudarlos con respecto a eso, inspector. Cuando me alejé de Jorge, ambos teníamos diez años, y él tampoco se relacionaba con nadie. No era capaz de comprender el concepto de amistad. Su única relación era conmigo y se trataba de una obsesión.

—¿Es posible que después de la separación la sustituyera a usted con alguien más?

—No lo sé, pero si es el caso, compadezco a esa pobre mujer. Le puedo asegurar que es una víctima.

—Gracias, señora Alviar. Su declaración nos ha ayudado mucho —le dijo Salazar poniéndose de pie y estrechándole la mano.

—De nada, inspector —respondió Elvira, correspondiendo a su gesto—. Espero que comprenda si les suplico que si encuentran a Jorge…

—Por nosotros no la localizará —prometió Néstor. Elvira sonrió con gratitud.

Capítulo 64.

Los policías salieron del club campestre con el ánimo por el suelo. Por supuesto que tendrían que comprobar la coartada de Jimena, pero no era probable que les hubiera mentido, lo cual significaba que tendrían que replantearse el caso desde el principio. En lugar de buscar a Elvira y un presunto secuaz, tendrían que girar el enfoque 180 grados para tratar de encontrar a Jorge, cuya cómplice sería una mujer. Lo primero que hicieron fue dar aviso del cambio de seña a sus compañeros. Era prioritario que supieran quién era el verdadero objetivo.

Pocas veces se sentía Néstor tan desconcertado que no sabía cuál sería su siguiente paso, pero esta era una de ellas. Regresaron al centro de la ciudad y decidieron detenerse en un bar a comer algo mientras ponían en orden sus ideas. Después de un par de pinchos de tortilla y una ración de berberechos, replantearon la situación.

—Veamos dónde estamos —sugirió el inspector—. Jorge y Elvira son llevados al Centro de Acogida. Él manifiesta un apego enfermizo por su hermana, quien se siente acosada y desea poner distancia. La oportunidad se le presenta a ella cuando un matrimonio decide adoptarla…

—Así que Jorge, huérfano de padre y madre, pierde también a su hermana.

—Son tragos muy duros —afirmó Néstor, al reconocer la similitud con su propia historia—. Supongo que todos tenemos diferentes formas de defender nuestra cordura frente a tragedias como esta, pero si él ya tenía problemas psicológicos como sugiere Elvira, la separación de su hermana pudo ser la gota que derramó el vaso con respecto a su equilibrio emocional.

—¿Estás sugiriendo que está loco?

—Muy normal no creo que sea. Aunque no debemos confundir trastornos emocionales con estupidez. Ha demostrado ser muy astuto. En cualquier caso, lo más importante es encontrarlo antes que concrete su venganza.

—¿Por dónde empezamos?

—Creo que lo más prudente es iniciar las indagaciones donde todo comenzó.

Al salir del bar se encaminaron al Centro de Acogida. No pudieron entrevistarse con el director, pues se encontraba en una reunión en el Ayuntamiento. El inspector le habló a Gertrudis sobre las entrevistas que quería llevar a cabo ese día. La secretaria aceptó, siguiendo las instrucciones de don Alejandro de colaborar con Salazar sin restricciones. Néstor quería entrevistar a Don Hipólito Ibáñez, psicólogo del Centro desde que él era uno de los chavales internos, pero Gertrudis le informó que el licenciado no había llegado todavía, así que los policías decidieron hablar primero con Eloísa. Tal vez ella recordara algo que pudiera ayudarles a localizar a Jorge bajo su nueva identidad, así como había ocurrido con Elvira.

Encontraron a la gobernanta en el comedor de empleados, ocupada en llevar a cabo el inventario de la alacena con la ayuda de Carlota. En cuanto vio a Salazar sonrió con sincera alegría. Néstor siempre había sido uno de sus chicos favoritos, aunque ella se esforzaba en disimularlo, porque no creía que estuviera bien mostrar ningún tipo de preferencia. Pero ¡qué se le iba a hacer! También ella era humana. En cuanto se dio cuenta de la satisfacción que mostraba su rostro, frunció el ceño y compuso una expresión de contrariedad.

—Carlota, ¿por qué no te tomas un descanso y vas al bar del frente a disfrutar de un buen café?

—Pero, si tenemos café aquí —le respondió la joven con desconcierto, pues no había visto entrar a los recién llegados—. Además, sabes que el médico me ha prohibido el café.

—¡Pues entonces anda a contar las baldosas de la manzana! —exclamó Eloísa con impaciencia, mientras señalaba a los policías con los ojos.

Carlota volteó, siguiendo la mirada de la gobernanta y comprendió enseguida.

—Creo que iré a tomarme un café, Eloísa. Nos vemos luego.

Al salir, saludó con cortesía a Néstor y Sofía, quienes ya habían llegado hasta la mesa donde la gobernanta tomaba notas en un cuaderno.

—¿Otra vez aquí? ¿Ya vienes a hacerme perder el tiempo? ¿No ves que estoy ocupada?

—Tú siempre estás ocupada, Eloísa, pero también tienes tiempo para cada uno de tus chicos —argumentó el inspector, desplegando su mejor sonrisa, que en esta ocasión sí fue sincera—. Todavía no sé cómo lo consigues.

Las facciones de la gobernanta se relajaron. Néstor siempre había sido un zalamero, y al parecer esa habilidad se perfeccionaba con los años.

—Está bien, dime lo que quieres mientras os preparo un café. ¿Cómo lo toma usted subinspectora? Que al cazurro este ya le conozco los gustos.

—Con leche y dos de azúcar, Eloísa. Gracias —respondió Sofía.

Los policías tomaron asiento en la mesa, mientras la gobernanta preparaba los cafés. Ella misma también se sirvió una taza.

—Muy bien. Abrevia, que tengo mucho que hacer. ¿Qué quieres saber?

—Jorge Gutiérrez. Necesito descubrir qué identidad adoptó al salir del Centro.

—Pues me temo que ese dato lo desconozco.

—Sí, ya nos lo habías dicho, pero tal vez recuerdes algún detalle que nos permita encontrarlo. Como ocurrió con Elvira.

—¿La habéis encontrado?

—Sí, pero no está involucrada y quiere que la mantengamos al margen.

—Pero… ¿Está bien? ¿Es feliz?

El inspector sonrió. Eloísa no dejaba de preocuparse por sus chicos, sin importar la edad que tuvieran, o el tiempo transcurrido.

—Ella está muy bien, Eloísa. Y sí, creo que es feliz.

—Eso me complace mucho. Estaba convencida de que no tenía nada que ver con todo ese feo asunto.

—Haz un esfuerzo, por favor, Eloísa —le suplicó Salazar—. ¿Recuerdas algo más de su hermano Jorge?

La gobernanta tomó un sorbo de su café, mientras se estrujaba el cerebro para recordar algún dato que le pudiera ayudar a Néstor. Al cabo de unos segundos se relajó.

—No recuerdo nada, pero… Tú sabes que los chicos permanecen aquí hasta los 18 años, cuando deben marcharse con el apoyo de Servicios Sociales, que les ayuda a encontrar un trabajo.

—Sí.

—Por lo general, los muchachos tienen pocas posesiones. Apenas lo que cabe en una maleta. Son objetos de valor más sentimental que material, y suelen llevárselos cuando se marchan.

Salazar asintió. Él mismo había pasado por todo ese proceso.

—También recuerdas que antes de irse, yo les pido que me dejen algo que me permita a mí recordarlos. Cualquier cosa, una fotografía, una nota

en un papel con su firma…Guardo todos esos objetos en mi habitación. Son mi mayor tesoro.

—Sí, es verdad. Lo había olvidado —reconoció el inspector, recuperando el optimismo—. ¿Tienes algún objeto que perteneciera a Gutiérrez?

—Mejor que eso. Jorge se escapó del Centro un año antes de cumplir la mayoría de edad. Dejó aquí todas sus pertenencias.

—¿Y tú las guardaste?

—Sí. Al principio tenía la esperanza de que cambiara de opinión y regresara cuando comprendiera lo difícil que es la vida allá afuera, pero conforme fueron pasando los meses y después los años, supe que no volvería, pero tal vez algún día quisiera recuperar sus cosas. Ya sabéis, como un recuerdo.

—No creo que Jorge sea tan sentimental.

—Tal vez no, pero no me atreví a deshacerme de sus objetos personales. No me sentí con ese derecho.

—Eres una buena mujer, Eloísa. ¿Podríamos ver sus pertenencias?

—Por supuesto. Ahora os las traigo.

Al poco tiempo de salir la gobernanta en busca de los objetos abandonados por Jorge, uno de los chicos entró como una tromba en el comedor. Llegó corriendo y casi sin aliento. En cuanto cruzó el umbral miró a su alrededor. Se detuvo un momento en Néstor, pero sus ojos se desviaron de inmediato hacia Sofía, a quien se le quedó mirando con la boca abierta.

—¿Ocurre algo, chaval? —preguntó el inspector.

—¿Qué?

—¿Nos estás buscando? ¿Ha ocurrido algo?

—¡Ah, sí, el recado! —exclamó bajando de la nube a la que se había subido—. ¿Usted es el inspector Salazar?

—Sí, soy yo. ¿Qué recado es ese tan importante que ya se te ha olvidado?

—Eh… Que le manda a decir Gertrudis que don Hipólito ya llegó y que lo espera en su despacho.

—De acuerdo. Gracias.

El muchacho no se movió. Parecía un conejo paralizado por las luces de un coche. Miraba a Sofía como si quisiera memorizar sus rasgos. Y tal vez fuera así.

—Ya puedes irte, chaval —le dijo el inspector, tratando de sacarlo de su ensimismamiento.

—¿Qué?

—Que deberías estar en clases y Eloísa está a punto de regresar, así que andando, que es gerundio.

La mención de la gobernanta activó algo en el cerebro del muchacho, consiguiendo que se recuperara del efecto de sus hormonas. Antes de que se dieran cuenta, había desaparecido tan abruptamente como llegó.

—Me ocuparé de hablar con el psicólogo —le dijo Salazar a su compañera—. Avanzaremos más rápido si nos repartimos el trabajo. Tú encárgate de revisar las pertenencias de Jorge. Yo veré qué puede decirme don Hipólito de su estado mental.

Capítulo 65.

El inspector dejó a Sofía en el comedor esperando a Eloísa, mientras él se encaminaba a entrevistarse con el psicólogo del Centro. A don Hipólito lo conocía desde sus días de interno. La secretaria que lo aguardaba en la antesala del despacho sí era nueva. Después de comprobar que él era la persona a quien el licenciado esperaba, lo hizo pasar.

Pese a los veinte años que habían transcurrido desde que salió del Centro de Acogida, Néstor hubiera reconocido al señor Ibáñez de haberlo visto por la calle. Era de baja estatura, un poco regordete, con una tonsura, que siendo incipiente veinte años atrás, había ganado un considerable terreno al cabello, ahora encanecido. Usaba anteojos redondos y su sonrisa era afable. Todo el conjunto le proporcionaba al psicólogo un aire bonachón, con el cual se ganaba la confianza de los chicos. Salazar había perdido la cuenta de las veces que visitó ese mismo despacho siendo un chiquillo recién llegado al Centro, después de que su mundo estallara en mil pedazos. Entraba con actitud hostil, todavía enfadado por la indiferencia y el abandono que sufrió por parte de Santiago, así como la sensación de que aquello era un castigo por no haber evitado la muerte de su pequeño hermano Gabriel. Salía después de haber desahogado su ira contra sí mismo y contra la humanidad, de haber llorado a mares y de comprender, un poquito más cada día, que él no era responsable de su desgracia, pero que podía serlo de su propia recuperación. Sí, don Hipólito le había ayudado mucho en el pasado. Y por eso confiaba en él.

El rostro de Ibáñez se iluminó en cuanto lo vio. Se levantó de la silla, rodeó el escritorio y se le acercó.

—¡Néstor, hijo! ¡Qué alegría siento al volver a verte! —le dijo, mientras le daba un efusivo abrazo. El inspector, que esperaba un simple apretón de manos, se sorprendió tanto que apenas respondió al gesto.

—Yo también me alegro de verlo, don Hipólito.

—Gertrudis me dijo que querías hablar conmigo, pero siéntate —lo invitó, mientras deshacía el abrazo y le mostraba una de las sillas frente al escritorio. Él regresó a la suya—. Dime, ¿en qué puedo ayudarte?

Salazar le contó toda la historia, comenzando por el reencuentro con Santiago, su reconciliación y pasando luego al asunto de los anónimos y el acoso.

—Así que sospechas de uno de los chicos que creció aquí.

—Sí. Su nombre es Jorge Gutiérrez, pero sabemos que se lo cambió, aunque no por las vías legales.

—Jorge Gutiérrez —repitió Ibáñez—… Me suena. ¿Fue contemporáneo contigo?

—Debió llegar algunos años después que yo.

—Espera un momento —le pidió, mientras se levantaba y buscaba en uno de los archiveros.

—¿Tiene el expediente aquí, después de tanto tiempo? Creí que se habría quemado en el incendio de hace unos días.

—Hay casos que tienen una importancia académica más allá de la clínica. El de Jorge Gutiérrez es uno de ellos. Sin embargo, no podré compartir contigo la información sin que medie una orden judicial. Recuerda que hay un secreto profesional que debo respetar.

Néstor asintió y rebuscó en el bolsillo interno de su gabán. Por suerte, había guardado allí la orden que le pidió a Aristigueta para revisar los expedientes de los hermanos Gutiérrez, antes de que quedaran convertidos en cenizas. Esperaba que sirviera en este caso. Se la extendió a Ibáñez, quien la desplegó y la leyó con atención.

—Me sorprendes, Néstor. ¿Cómo sabías que ibas a necesitar esta orden?

—Es una larga historia. ¿Puede entonces hablarme de Jorge?

—Según el juez que firmó esto, puedo hacerlo —respondió el psicólogo con un gesto de asentimiento, mientras regresaba a su escritorio con la historia clínica del sospechoso en la mano.

—Lo escucho.

—Bien, es un poco complejo, pero voy a tratar de expresarlo en palabras sencillas. Tal vez ya sepas que Jorge y Elvira llegaron a este centro cuando tenían diez años, después de la muerte de su madre.

Salazar asintió.

—Lo que tal vez no sepas es que el chico sufría abuso por parte de su padre.

—¿Qué tipo de abuso?

—Malos tratos. Jorge nunca quiso ser muy preciso en ese tema, pero le causó un estado de completa inseguridad. Era tímido, e incapaz de relacionarse con nadie que no fuera su hermana melliza.

—A ella la entrevistamos. Afirma que la acosaba y que llegaba a ser agresivo con cualquiera que se le acercara.

—Sí, pero eso fue después.

—¿Después de qué?

—Jorge tenía una personalidad sumisa que exasperaba a su padre, quien quería hacer de él un hombre duro, así que el chico buscaba la protección de su madre y su hermana, lo que enfurecía aún más al padre. Un círculo vicioso, en el cual siempre perdía el niño.

—¿Su hermana no sufría malos tratos?

—No. Según Jorge, Elvira era la favorita de su padre y la única que podía detenerlo cuando se ensañaba con él.

—Vaya cuadro. Pero hay algo que no comprendo. Si Eladio, el padre, era un maltratador, ¿por qué Jorge lamentó tanto su muerte? Al punto de querer vengarla todavía hoy, más de dos décadas después.

—¿Has escuchado hablar de la "identificación con el agresor"?

Néstor negó con la cabeza.

—Se presenta en situaciones en que la víctima siente que no tiene ninguna oportunidad frente a su agresor. Como en el caso de un niño pequeño frente a un adulto que lo fustiga. La reacción normal de supervivencia es tratar de "adivinar", o internalizar los deseos del abusador, haciéndolos propios.

—Busca complacerlo para evitar despertar su ira.

—Más o menos. Esto se une a otros mecanismos de defensa psicológicos como la disociación. Te lo haré más gráfico con un ejemplo. Se trata de un caso que se les explica a los estudiantes de psicología. Un chico es maltratado por su padre porque este desea que se convierta en un hombre rudo.

—Como en el caso de Jorge.

—Así es. Me temo que esta situación se presenta con cierta frecuencia, aunque en cada caso tenga sus matices. A este chico, que llamaré Juan por ponerle un nombre, cuando tenía diez años su padre lo amenazó con degollar a su perro, mientras ponía un cuchillo junto al cuello del pobre animal. Por supuesto que la reacción del niño fue de angustia y llanto, lo cual enardeció más al padre, quien continuó amenazándolo. Entonces ocurrió la identificación. Juan comprendió que su padre quería que fuera duro, así que asumió que la única forma de salvar a su mascota era complacerlo. Entonces mostró una actitud de indiferencia y rudeza que no respondía a sus verdaderos sentimientos. Solo entonces el padre bajó el cuchillo y perdonó la vida al animal. De eso se trata la disociación.

Además, el chico maltratado adopta ciertas características de la personalidad del agresor, que en este caso es uno de los progenitores, para poder sobrellevar el día a día. A esto lo llamamos introyección. Ya en su vida adulta, cuando Juan se sentía acorralado, reaccionaba con la misma rudeza, siendo incapaz de experimentar los sentimientos de empatía y sensibilidad que serían normales en esa situación.

—Comprendo.

—El caso de Jorge fue similar, aunque por supuesto tuvo sus matices. Su personalidad era sumisa, mientras que Elvira era bastante resuelta, sin llegar a ser agresiva, pero como era mujer, su padre no esperaba que fuera ruda. Algo que sí quería inculcarle a Jorge. ¿Por qué él no se sintió liberado cuando murió Eladio? Porque ya el chico había pasado por todo el proceso: identificación, disociación, introyección. Jorge solo se sentía seguro cuando estaba junto a su madre, o a Elvira, que eran las únicas capaces de cambiar la conducta de su padre. De impedir los malos tratos. Por eso mantenía una relación obsesiva con ambas, celándolas al extremo. La sensación de inseguridad sobrevivió a Eladio.

—Supongo que la muerte de su madre debió empeorar su estado psicológico.

—Por supuesto, hizo que concentrara su dependencia en su hermana Elvira.

—¿Pero era sumiso, o agresivo?

—Ambos. En presencia de Elvira era sumiso, pero cuando se sentía acorralado desarrollaba una actitud hostil, como en el caso de Juan.

—¿Qué pasó cuando lo separaron de su hermana?

El psicólogo suspiró, se echó hacia atrás en el asiento y se quitó los anteojos. Néstor notó la tristeza en su mirada.

—Para responderte eso no necesito revisar la historia clínica. Fue una tragedia.

—¿Podría ser más específico?

—Cuando los padres adoptivos de Elvira la escogieron, fueron inflexibles con respecto a negarse a la adopción de Jorge, aunque medios económicos no les faltaban.

—Lo sé. La propia Elvira nos confesó que fue ella quien se los pidió, porque no soportaba más el acoso de su hermano.

Ibáñez se quedó un momento pensativo, sin quitarle la vista de encima a Salazar. Luego asintió.

—También es una reacción normal, pero fue devastador para Jorge. Don Alejandro y yo tratamos de prepararlo para el momento en que su hermana se marchara de aquí, pero él se negaba siquiera a escucharnos. No fue posible hacer que lo comprendiera. Una noche se fueron a acostar, en dormitorios separados, por supuesto. Cuando se levantó, Elvira ya no estaba. Gritó, lloró, nos insultó y nos amenazó. Después de unas horas conseguimos calmarlo. Al principio creímos que lo había aceptado, pero fue entonces cuando hizo crisis.

—¿Qué clase de crisis?

—Comenzó a escuchar voces en su cabeza.

—¿Voces? ¿Esquizofrenia?

—No estoy seguro. Te confieso que ese fue mi primer diagnóstico. Y por eso lo referí a un especialista. Me refiero a un psiquiatra que pudiera recetarle medicación, pues comprendí que las terapias psicológicas que yo podía proporcionarle no serían suficientes.

—¿Pudieron ayudarlo?

—No. Me temo que nada de lo que hicimos funcionó. En ausencia de su hermana la conducta de Jorge cambió, haciéndose cada vez más agresiva, hasta que incluso los maestros le tuvieron miedo.

—¿Desaparecieron las voces?

—Te confieso que no lo sé. Jorge rechazaba cualquier tipo de ayuda, así que solo me habló de ellas una vez, pero no podría asegurarte que hubieran desaparecido.

—¿Quiere decir que las ocultaba?

—Creo que los cambios de conducta que experimentó se debían a ellas, pero es solo una opinión muy personal.

—¿Qué tan peligroso pudiera ser Jorge, don Hipólito?

—Me temo que si no se ha sometido a tratamiento, podría ser muy agresivo. En especial si tiene familia.

—¿Quiere decir que puede tratarse de un maltratador?

—Si fue capaz de formar una familia, sí lo creo.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Las habilidades sociales de Jorge estaban muy comprometidas. No creo que haya podido relacionarse con nadie al punto de tener pareja, o hijos. Ni mucho menos convivir con ellos.

—Sabemos que cambió su nombre cuando salió de aquí. Lo hizo en forma subrepticia, pues desapareció de un día para otro.

—Tampoco me sorprende. Querría deslastrarse del estigma que representaba su historial psiquiátrico.

—¿Tiene idea de cuál podría ser su identidad actual?

—No podría asegurarlo, pero supongo que querría hacer su vida en los términos en que se sintiera más a gusto.

—Disculpe, don Hipólito, pero no lo comprendo.

—Cuando Jorge llegó aquí era sumiso y codependiente con su hermana. Cuando salió se parecía más a su padre. El adulto podría haber asumido cualquiera de estas dos personalidades. Salvo que en el caso de la primera tendría que haber encontrado alguien con quien se sintiera protegido.

—A ver, déjeme entender. ¿Quiere decir que debemos buscar a alguien sumiso y dependiente, o a un sujeto agresivo y despiadado?

—Eso me temo, aunque si me pones a elegir, apostaría por la segunda opción. Es poco probable que su personalidad haya regresado a sus orígenes. Tendrían que confluir muchos factores, además, el Jorge sumiso nunca se hubiera atrevido a atentar contra un comisario de la Policía.

—De acuerdo. Me ha ayudado mucho, don Hipólito —reconoció Néstor, mientras se ponía de pie y le estrechaba la mano al psicólogo—. Estoy muy agradecido.

—Ha sido un placer volver a hablar contigo, Néstor. Mucha suerte y no dejes de visitarnos de vez en cuando.

Capítulo 66.

Mientras Salazar se entrevistaba con el psicólogo, Sofía revisaba los objetos que Eloísa había traído en una caja de cartón. Casi todos eran libros, cuadernos, lápices y otros materiales escolares. También había un reloj infantil que no funcionaba y otros objetos comunes. La subinspectora se concentró en una fotografía vieja, donde un niño delgado abrazaba a una chiquilla rubia de rostro angelical. Ambos sonreían a la cámara, dejando ver un agujero en el espacio que pertenecía a los incisivos. La imagen era enternecedora. Eloísa sintió nostalgia al verla.

—¿Se la tomaron aquí? —le preguntó a la gobernanta.

—No, eran un poco mayores cuando llegaron al Centro.

Sofía asintió y volvió a mirar dentro de la caja. Después de un rato de rebuscar comprendió que allí no había nada. Entonces se le ocurrió una idea y comenzó a ojear los cuadernos.

—¿Era Jorge un buen estudiante?

—No. Sus maestros se quejaban de que prestaba poca atención durante las clases. Sus calificaciones solían ser bastante bajas.

La subinspectora decidió armarse de paciencia y revisar hoja por hoja cada uno de los libros y cuadernos. Todos tenían dibujos, garabatos y palabras en los márgenes. En la mayoría de los casos eran caricaturas de los maestros, su propio nombre, y el de Elvira. Este era el más frecuente. Desde luego, aquel chiquillo tenía tal obsesión con su hermana, que a Sofía le causó un escalofrío solo pensarlo.

Ya iba a pedirle a Eloísa que le permitiera llevarse aquello a la comisaría para revisarlo con más tranquilidad, cuando al pasar la hoja de un cuaderno de matemáticas algo captó su atención. Un nombre estaba escrito en los márgenes, pero no era Jorge, ni Elvira. Garay llamó a la gobernanta.

—Eloísa, ¿le dice algo este nombre?

Después de leerlo y pensar por unos momentos, la buena mujer negó con la cabeza.

—Estoy segura de que no es ninguno de los chicos que pasó por aquí. Lo siento. Ese nombre no me dice nada.

Sofía se preguntó qué podría significar. Jorge, un chaval introvertido y poco sociable, solo interesado en su hermana y él mismo, de repente comenzó a escribir el nombre de una tercera persona en sus cuadernos. La

subinspectora observó el contenido de la hoja. Era materia que se estudiaba en bachillerato, así que debió escribirlo en los últimos meses de su permanencia en el Centro. Una idea comenzó a abrirse camino en el cerebro de Garay. Una idea que le causó una sensación de urgencia. No podía esperar a Néstor.

—Eloísa, debo marcharme —le avisó a la gobernanta—. ¿Puedo llevármelo? —le preguntó refiriéndose al cuaderno.

—Por supuesto, hija. ¿Pero no esperas a Néstor?

—No puedo. Debo hacer algunas indagaciones ahora mismo. Dígale por favor que se lleve el Corsa, que yo regresaré a la comisaría en un taxi.

—Se lo diré. Espero que tengas suerte y encuentres lo que buscas.

—Yo también. Muchas gracias, Eloísa.

Sofía salió del comedor casi a la carrera con el cuaderno en la mano, dejando atrás el resto de las pertenencias de Jorge. Necesitaba llegar pronto a la comisaría y comprobar si su teoría era cierta.

Cuando Salazar entró a los predios de Eloísa buscando a su compañera, solo encontró a la gobernanta con un mensaje. El inspector no pudo evitar cabrearse, por más que le perdonara todo a Sofía. ¡Que así no se hacían las cosas! Antes de despedirse y coger la caja para llevársela consigo, llamó a su compañera por el móvil.

Habían pasado veinte minutos desde que la subinspectora salió del Centro de Acogida y ya subía a toda prisa las escaleras de "San Miguel," cuando el teléfono comenzó a repicar en su bolsillo. Sabía quién era, pero aun así miró la pantalla. En efecto, se trataba de Néstor. Garay tenía la certeza de que su escape le iba a costar una bronca, algo que no le apetecía. Además, no tenía tiempo para justificarse frente al ego de su jefe y colega. De manera que resolvió el asunto apagando el teléfono. Ya le devolvería la llamada más tarde. Siempre podría disculparse. Y si estaba en lo cierto, le demostraría que era más lista que Araya.

Sofía tenía la esperanza de encontrar a Diji en su escritorio para pedirle ayuda, pero la sala estaba vacía. Ni siquiera a la novata se la veía por ningún lado. Y eso que parecía atornillada a la silla. La subinspectora miró el reloj y comprendió. Ya había pasado la hora de salida, así que sus colegas estarían camino de sus casas. Excepto Beatriz, que tenía guardia, pero era probable que estuviera en el servicio, o tomándose un café en la salita de descanso.

Garay se alegró de no tener que dar explicaciones. Así perdía menos tiempo. Se sentó a su mesa y encendió el ordenador. Después de algunos clics y otros tantos tecleos, la información que buscaba apareció en su pantalla.

El corazón se le desbocó cuando comprobó que estaba en lo cierto. Aquello explicaba cómo había conseguido Jorge acercarse tanto y al mismo tiempo pasar desapercibido. Era tan sencillo que parecía mentira que ninguno de ellos se hubiera dado cuenta antes. "Lo obvio es lo más difícil", decía su madre, y ahora Garay comprendió a qué se refería.

Sofía tomó nota en su móvil de la dirección donde vivía el sospechoso. Era en la calle la Paz. Se preguntó si debía llamar a Néstor para informarle sobre lo que había descubierto. En ese momento entró Araya y frunció el ceño cuando la vio. Ninguna podía disimular la antipatía que sentía hacia la otra. Garay apagó el ordenador.

—Hola, Sofía. ¿Qué haces aquí? Ya tu jornada terminó. Te suponía en casa.

—He venido a buscar algo que se me olvidó —mintió Garay—. Tienes guardia, ¿no es así? —Beatriz asintió—. Bueno, que tengas una noche tranquila. Yo me voy.

Después del encuentro con la novata, Sofía decidió que investigaría por su cuenta la dirección del hombre que ella creía que era Jorge. No se le había escapado la admiración que Néstor sentía por la habilidad que Araya tenía con el ordenador y lo lista que era. Pues ella le demostraría que también era una buena policía. Por eso subió al taxi y le dio la dirección que encontró al indagar el nombre que aparecía en el cuaderno.

Se apeó en la calle La Paz y comenzó a andar siguiendo las instrucciones del taxista. El viejo edificio, con fachada en obra sin pintar era estrecho y tenía tres pisos, como la mayoría de las construcciones de los barrios viejos. La calle era muy estrecha y el viento frío cortaba la piel. En la esquina más cercana había un grupo de jóvenes bebiendo. En cuanto la vieron comenzaron a gritarle piropos y obscenidades. Sofía los ignoró. No tenía tiempo que perder en imbéciles como aquellos.

La subinspectora entró a un portal oscuro que olía a coles hervidas. Subió las estrechas escaleras usando la linterna de su móvil hasta el segundo piso, donde a su vez encontró cuatro puertas bastante descascarilladas. La mugre se acumulaba en los rincones y una cucaracha huyó despavorida en cuanto la luz de la linterna se le acercó.

Por un momento, Sofía se preguntó si no estaría cometiendo un error al acudir sola a visitar al sospechoso. No tenía orden de arresto, ni de allanamiento. Además, no le había comentado a nadie sus descubrimientos. Entonces recordó a Beatriz y la autosuficiencia que la caracterizaba. Sus intentos de ganarse la buena voluntad de Néstor. El beso que ambos se dieron y que ella sintió como una traición. No. No dejaría pasar esa oportunidad. Entrevistaría al sospechoso sin alarmarlo, lo tantearía y regresaría con información precisa. Haría un buen trabajo policial sin la tutoría de Salazar. Le demostraría que ella podía ser una policía de primera sin que él tuviera que decirle lo que debía hacer.

Sofía llamó a la puerta. No hubo respuesta. Esperó un par de minutos y lo intentó de nuevo. Tuvo el mismo resultado. Tal vez no estaba en casa, así que tendría que regresar más tarde. Cuando se dio media vuelta para marcharse, sintió un fuerte dolor en la cabeza y perdió la conciencia.

Capítulo 67.

Néstor iba más que cabreado cuando regresó a la comisaría con la caja que le había entregado Eloísa y que pertenecía a Jorge. Según le explicó la gobernanta, su compañera se llevó un cuaderno, que era lo que había captado su interés después de revisar el contenido una y otra vez. El inspector decidió que en cuanto viera a Sofía, lo iba a tener que escuchar. Que un equipo era un equipo, así que ir por libre no era una opción.

Mientras recorría la distancia que lo separaba de "San Miguel" se fue tranquilizando y se preguntó qué habría encontrado Sofía en ese cuaderno, para que hubiera reaccionado de esa manera. Por lo general, Garay no solía ser impulsiva.

Cuando por fin llegó a la comisaría, ya la noche había caído sobre Haro y una espesa niebla invadía la ciudad, hasta el punto de no permitir ver nada a tres metros de distancia. Un viento frío atacó a Salazar al salir del coche, así que apuró el paso con la caja debajo del brazo.

García se sorprendió al verlo, pero no dijo nada. Néstor subió las escaleras hasta alcanzar el segundo piso, donde solo estaba Beatriz. Había olvidado que era el día de su guardia. Ella lo recibió con una sonrisa.

—Inspector. ¿Qué hace por aquí a esta hora?

—Vengo a dejar esta caja, que podría contener evidencias que nos acerquen a Jorge Gutiérrez.

—¿Quiere que lo ayude?

—Eh… No, gracias. Será mejor que yo me ocupe. ¿Has visto a Sofía?

—Estuvo aquí hace un par de horas y luego se marchó —reconoció la novata, al mismo tiempo que fruncía el ceño.

—¿Me dejó algún recado?

—No. Regresó porque se le había olvidado algo y después se fue. Parecía tener prisa.

Las palabras de Araya dispararon las alarmas de Salazar, por lo que usó el móvil para hacer un nuevo intento de comunicarse con su compañera. Nada. Solo pudo escuchar la impertinente grabación que le avisaba que la persona a la cual llamaba no era localizable y lo invitaba a intentarlo más tarde. Un escalofrío recorrió la espalda del inspector antes de que se dirigiera a la joven novata.

—Dime algo, Beatriz. ¿Sofía llevaba un cuaderno con ella?

—¿Un cuaderno? Pues ahora que lo dice, sí. Lo traía en la mano cuando llegó y no lo soltó durante todo el tiempo que estuvo aquí. Lo llevaba con ella cuando salió.

—¿Te hizo algún comentario acerca de ello?

—No. Solo me dijo que había regresado porque se le olvidó algo. Estuvo aquí unos minutos y se marchó deprisa.

Sin esperar más, Néstor volvió a llamar usando el teléfono de la comisaría, pero esta vez lo hizo al piso donde ella vivía. Le respondió el contestador automático. Conforme pasaban los minutos, el miedo iba apoderándose de Salazar. Estaba seguro de que Sofía se había metido en la boca del lobo y necesitaba ayuda. Lo sentía en las entrañas.

Corriendo el riesgo de hacer el ridículo, el inspector le ordenó a Beatriz que llamara a todo el equipo para que se presentaran de nuevo en la comisaría lo antes posible.

—Pero señor, ¿cuál sería la causa de la convocatoria?

—Diles que necesito que vengan. Que aquí les explico.

La subinspectora cumplió la orden de inmediato. Néstor caminaba de un lado al otro de la sala, incapaz de quedarse quieto. ¿Estaría exagerando? Sofía estaba bastante enfadada con él. Tal vez estuviera durmiendo en su casa y no le respondía porque no quería hacerlo. A lo mejor él estaba haciendo una tormenta en un vaso de agua, pero no lo creía. Tampoco respondió cuando Néstor llamó desde la comisaría. Ella no podía saber si la llamada provenía de Lali. No, por más que quisiera encontrar explicaciones alternativas, tenía la certeza de que Sofía estaba en peligro.

Beatriz observaba en silencio al inspector jefe, que actuaba como un león en una jaula, recorriendo la sala de un lado al otro con nerviosismo. El primero en llegar fue Pedrera. Casi de inmediato entraron Diji y Remigio, y unos pasos por detrás venía Santiago.

Por fortuna, cuando Beatriz los llamó estaban juntos, pues como el comisario estaba "de Rodríguez" habían decidido tomarse unas cañas en "La Callecita" para relajarse después de la jornada. La expresión preocupada de Salazar los alarmó.

—¿Qué ocurre? —preguntó el comisario.

—Creo que Sofía encontró a Jorge —afirmó Néstor.

—Esas son buenas noticias.

—No lo son. También creo que él le hizo algo, o la tiene de rehén, porque ha desaparecido.

Las palabras cayeron como un balde de agua fría sobre los policías. Ortiz fue el primero en reaccionar.

—¿Qué te hace pensar eso?

Néstor les explicó todo lo que había ocurrido desde que fueron al Centro de Acogida y lo que averiguaron allí. También les relató su conversación con el psicólogo y la decisión de Sofía de irse por su cuenta.

—No lo comprendo —intervino Remigio—. Sofía es muy prudente. No se le ocurriría actuar sin apoyo en un asunto tan delicado.

—Está enfadada conmigo, Es posible que esa fuera la causa de su reacción —explicó Salazar—, pero eso no importa ahora. Tenemos que encontrarla.

—Si estás en lo cierto —intervino Santiago, reponiéndose de la sorpresa —, la única forma de hacerlo es identificando a Jorge. El primer paso que debemos dar es comprobar que Sofía ha desaparecido. Remigio, dile a García que envíe a uno de los agentes hasta el piso de Garay para asegurarnos de que no está allí. Que nos avise de inmediato.

—Sí, señor.

—Que envíe a Echevarría —sugirió Salazar, pensando que era el ideal para la tarea.

El veterano policía asintió y salió de la sala, encaminándose hacia las escaleras para cumplir la orden.

—Beatriz, Pedrera, registrad esa caja. Si contiene alguna pista que nos permita llegar hasta Jorge, quiero que la encontréis.

—Sí, señor.

—Diji, llama a la telefónica. Que localicen el móvil de la subinspectora.

—Me pongo a ello, señor.

—Es una excelente idea —aprobó Salazar.

—Tú, Néstor. Quiero que te tranquilices. Si quieres ayudar a Sofía, tienes que mantener la sangre fría y poner a trabajar el cerebro.

—Tienes razón. Lo intentaré.

Antes de que el comisario volviera a hablar, Remigio había regresado.

—Estamos de suerte. Echevarría apenas terminaba su turno, así que va en camino del piso de Sofía.

—Muy bien, antes de continuar, veamos qué habéis averiguado hasta ahora. Beatriz, que Miguel siga solo con la caja, tú explícanos qué encontrasteis acerca del accidente de Salcedo.

—Salcedo no era muy querido en "San Felices", porque era propenso a la bebida en exceso y a los sobornos. En varias ocasiones quisieron cesarlo en sus funciones, pero era muy hábil a la hora de transgredir las normas. Nunca lo pillaron excediendo los límites. De manera que sus superiores decidieron ponerlo a trabajar con los DNI. Se suponía que allí podrían vigilarlo mejor.

—¿Y el accidente?

—A eso iba. No fue investigado. Salcedo solicitó unas vacaciones y alquiló un coche, porque tenía la intención de llegar hasta Francia, pero en el camino le fallaron los frenos y volcó. Murió en el acto.

—¿Por qué no hubo investigación?

—Sí la hubo, pero la realizó la DGT y no consideró que hubiera nada sospechoso. El pavimento estaba húmedo, los frenos no respondieron, e iba a mucha velocidad. El resultado era previsible.

—Además, tampoco es que lo extrañaran demasiado —apuntó Pedrera, todavía revolviendo los objetos de la caja. Aquello no era sino basura.

—¿Qué quieres decir?

—Que la muerte de Salcedo fue un alivio para todos.

Capítulo 68.

Después de escuchar lo que Araya tenía que decir, el comisario le dio la palabra a Remigio, quien les hizo una semblanza de Salcedo, el único hilo con el que contaban para llegar hasta María Pérez. Y todo apuntaba a que ella era la cómplice de Jorge.

—Mis conclusiones concuerdan con las de Beatriz y Miguel. Carlos Salcedo era un policía dañado. Mientras trabajó como agente, no perdió oportunidad para sacarle provecho a su posición de autoridad. Hubo denuncias de extorsión y soborno, pero ninguna prosperó porque las evidencias que tenían contra él desaparecieron.

—¿Qué quieres decir con que "desaparecieron."?

—Lo que escuchas. Por extraño que parezca, Asuntos Internos ordenó una investigación, la cual concluyeron al cabo de seis meses. Demostraron que Salcedo había aceptado sobornos y cometido extorsiones. Ya estaban a punto de proceder contra él, cuando todo desapareció: El informe, las grabaciones, los testimonios, las pruebas. Como si nunca hubieran existido. Todo el caso borrado de un día para otro y sin ninguna explicación.

—¿Cómo es eso posible?

—Lo mismo preguntaron los jefes. El impase le costó el trabajo al inspector encargado de la investigación y casi se lleva por delante al comisario.

—Jorge.

—Era en quien estaba pensando —confesó Néstor—, pero ¿qué posición ocupa Gutiérrez dentro de la Jefatura Superior para tener la capacidad de hacer algo así?

—Debe tratarse de uno de los mandos —sugirió Miguel con preocupación.

—En cualquier caso, es alguien que se mueve con libertad en los ámbitos policiales más restringidos —opinó el inspector jefe.

—Ya lo creo —intervino Remigio—. Sustrajo documentos de los tribunales, material explosivo clasificado como evidencia del Archivo de la Jefatura Superior, hizo desaparecer todos los registros de un caso de Asuntos Internos y dejó un anónimo en el propio despacho del comisario en "San Miguel". ¿A quién coño buscamos?

—Ni que fuera el hombre invisible —comentó Pedrera.

—Si no os importa, vamos a centrarnos —les recriminó Néstor, a quién le preocupaban los minutos que pasaban sin saber nada de Sofía—. ¿Qué respuesta te dieron en la telefónica, Diji?

—Están trabajando en eso, señor. Nos darán aviso en cuanto tengan la triangulación.

—Miguel, ¿En la caja hay algo que nos pueda servir? —preguntó el comisario.

—Nada. Esto es solo basura.

—Sofía se llevó un cuaderno con ella —les informó Salazar—. ¿Has revisado las notas de Jorge?

—Son cuadernos y libros de bachillerato. ¿Qué se supone que debo buscar?

—¡Cualquier apunte que haya dejado Gutiérrez cuando planificaba su huida del Centro de Acogida! —Exclamó Néstor, alzando la voz—. Es nuestra mejor opción de encontrar una pista.

Con un suspiro de resignación, Pedrera comenzó a pasar las páginas de los cuadernos, ayudado por todos los presentes. El chaval no debía prestar mucha atención en clases, porque había pocos apuntes escolares y muchas caricaturas. El nombre de Jorge y el de Elvira aparecían escritos en casi todas las páginas, con diferentes adornos y caligrafías. Los policías no vieron ninguna referencia al nombre encontrado por Sofía, pues el día que pensó en ese apelativo le gustó y no volvió a escribirlo, por si sus maestros registraban sus apuntes para encontrarlo.

La precaución del adolescente demostró ser útil para el adulto, pues las pertenencias del sospechoso no arrojaron ninguna pista. Cuando dieron por terminado el registro de la caja, Ander se asomó por la puerta con expresión seria.

—Lamento interrumpirlos, pero vengo de la casa de la subinspectora Garay. Me temo que allí no hay nadie.

—¿Estás seguro? —insistió Salazar.

—Sí, señor. Como no respondieron a la puerta hablé con la portera, quien se ocupa de alimentar a su gato cuando la subinspectora está de guardia, por lo que posee un juego de llaves. En un primer momento se enfadó porque la desperté, pero ella es de Basurto y al reconocer mi acento, cambió su actitud. La señora fue muy colaboradora. Me acompañó al piso y comprobamos que no había nadie.

El inspector jefe miró su reloj. Era más de medianoche, por lo que Sofía ya debería haber llegado a su casa. La comprobación puso más nerviosos a todos, pero en especial a Néstor. Antes de que pudieran reaccionar, el timbre del teléfono de Diji los sacó de sus pensamientos.

Cheick respondió y comenzó a tomar notas. Cuando colgó, miró a sus compañeros y jefes con una mezcla de esperanza y temor.

—Localizaron el móvil de Sofía —les anunció—. En la calle Diputación.

—¡Vamos! —dijo Salazar, encaminándose hacia la puerta.

—No, tú te quedas aquí —ordenó el comisario—. Esperarás conmigo. Remigio, Diji, id vosotros.

Néstor volteó hacia su hermano con resentimiento. Sabía lo que estaba haciendo Santiago. No tenían idea de lo que encontrarían, así que quería evitar que fuera de los primeros en llegar a la escena. Lo estaba protegiendo.

—No puedes pedirme que me quede aquí, mientras Sofía tal vez me necesite allá afuera —le gritó, al mismo tiempo que señalaba a la puerta.

—No te lo estoy pidiendo —respondió el comisario, alzando también la voz—. Te lo estoy ordenando. Tú te quedas aquí. Necesito ese cerebro tuyo trabajando en este asunto. No sabemos si Sofía se encuentra en esa dirección. Si la encuentran, Remigio y Diji nos avisarán para que iniciemos un rescate. Si no es así, todavía tendremos que descubrir su paradero. Serás más útil permaneciendo aquí.

Néstor se quedó mirándolo sin disimular su ira. Sin embargo reconoció que Santiago tenía razón. Aunque su corazón le ordenaba que saliera corriendo en dirección a la calle Diputación, su cerebro le decía que lo mejor para Sofía era seguir las órdenes del comisario. Contra su voluntad, asintió. Santiago suspiró con alivio, e hizo un gesto a sus hombres para que salieran a cumplir sus órdenes.

—Creo que necesitamos calmarnos y reorganizar la información de la cual disponemos —opinó Ortiz.

—De acuerdo. Es evidente que Gutiérrez se ha paseado frente a nuestras narices sin que nos demos cuenta. ¿Qué sabemos de Jorge que pudiera ayudarnos a identificarlo ahora?

—Trabaja con una cómplice —señaló Araya—. Con una mujer.

—Eso significa que el psicólogo del Centro está errado en sus apreciaciones —apuntó Miguel—. Según él, Jorge era tan insociable que

veía poco probable que pudiera establecer ningún tipo de relación con nadie.

—A menos que haya cambiado —opinó Beatriz—. Algunas personas cambian bastante cuando superan la adolescencia. Tal vez si podemos encontrar a María Pérez, ella nos lleve hasta Jorge.

—No hay forma de identificarla —protestó Pedrera—. Cuando usamos el sistema de reconocimiento facial, ninguna de las mujeres que arrojaron similitudes resultó ser ella. Revisamos todo el personal de la Policía Nacional. Tomando en cuenta que María debía ser alguien de la plantilla para poder hacer lo que hizo, la única conclusión a la que se puede llegar es que esa mujer es un fantasma.

—Espera, Miguel —intervino Salazar—. ¿Qué fue lo que dijiste?

—Que no hay forma de identificarla…

—Eso no. Lo otro —Pedrera miró al inspector jefe con perplejidad, sin comprender a qué se refería—. Acabas de decir que ninguna de las mujeres que arrojó el sistema de reconocimiento facial era María Pérez, pero si no me equivoco, entre los rostros similares había un hombre, que fue descartado por su género.

—Por supuesto. Estábamos buscando a una mujer —Se defendió Miguel.

—¿Y si María Pérez es un hombre?

—¿Te has vuelto loco?

—No, espera —intervino el comisario—, creo que comprendo el razonamiento del inspector jefe y podría tener razón.

—La identidad de Jorge nos ha estado volviendo locos desde el principio. Y una de las razones es la existencia de la misteriosa mujer, que ha sido la única que ha dado la cara —razonó Salazar—. Se dejó ver cuando le entregó la nota al chaval, cuando se hizo pasar por trabajadora social en el Centro de Acogida y también cuando se inscribió en el Gimnasio de la esposa del comisario. No le importó que encontráramos su dirección, su teléfono y hasta su DNI.

—Te recuerdo que todas esas pistas eran falsas.

—Excepto la fotografía. Esa la identificó la chica del Gimnasio.

—Una fotografía que no nos ha servido de nada —recalcó Pedrera, en sus trece.

—Porque hemos estado buscando a una mujer, pero ¿qué ocurre si María Pérez no es una cómplice, sino el propio Jorge travestido?

—Es una teoría interesante —opinó Santiago.

—¿Tienes la fotografía del hombre que resultó similar en el sistema de reconocimiento?

—No, para ser honesto, no le di importancia. Tal vez Toni la conserve.

Sin esperar más, Néstor llamó al teléfono personal del informático de la Jefatura Superior.

—¡Maldita sea tu estampa! —Exclamó el técnico en cuanto respondió —. ¿Sabes qué hora es, pesado?

—Toni, soy Néstor, lamento la hora, pero es importante.

—¡Néstor! ¿Qué ocurre? Debe ser grave para que me llames a medianoche.

Salazar le explicó la situación al informático en pocas palabras. En cuanto mencionó a Sofía, y Toni se enteró de que estaba en peligro, desapareció todo rastro de somnolencia.

—Sí, desde luego que conservo la fotografía del sujeto que resultó positivo. Si quieres, te la envío de inmediato.

—¿No estás en tu casa?

—La información importante la guardo en la nube. Es una medida de seguridad.

—Pues te felicito por tu previsión. Envíala lo más rápido que puedas.

—Vale. En cuanto encienda el ordenador. Y no dejes de avisarme cuando aparezca "Sofi."

—Dalo por hecho.

Los siguientes minutos se le hicieron eternos a Salazar. Por fin se escuchó la campanilla que anunciaba la entrada de un mensaje al correo de la comisaría. Mientras esperaban, Beatriz se preparó, cargando la fotografía de María Pérez y abriendo un programa que les permitiera comparar ambas imágenes.

La fotografía que envió Toni mostraba un hombre en la treintena, de complexión delgada. Sus rasgos eran finos y angulosos. Araya usó el programa para superponer las imágenes y buscar coincidencias y diferencias. Pedrera, el comisario y Salazar se colocaron detrás de ella porque querían ver por sí mismos el resultado. El programa escaneó las imágenes superpuestas y a los pocos segundos arrojó una conclusión.

—Coincidencia 99,98 %. Ambas fotografías pertenecen a la misma persona.

—¿Quién es este hombre? —preguntó Néstor.

—Su nombre es Gaspar Cabrera —respondió Beatriz, leyendo la información que acompañaba la fotografía—. Es mensajero de la Jefatura Superior.

Capítulo 69.

Las palabras de Beatriz hicieron que todas las piezas encajaran en la mente de Néstor, por lo que pudo comprender lo que había ocurrido.

—Esto lo explica todo. Tenías razón, Miguel, buscábamos al hombre invisible. Los mensajeros se mueven con libertad, tienen acceso a los archivos, llevan y traen evidencias y visitan todas las dependencias policiales y judiciales, sin que su presencia llame la atención. Todos los conocen, pero al mismo tiempo nadie repara en ellos.

—¡La madre que lo parió! —Exclamó Santiago—. Se ha paseado frente a nuestras narices y seguro que hasta le hemos entregado alguna de las evidencias de este caso, para que las llevara al laboratorio de Científica. ¡Cómo se habrá reído de nosotros el muy cabrón!

Tanto Néstor como Miguel miraron con perplejidad al comisario, quien era enemigo de los tacos, así que debía estar muy alterado para soltarlos con tanta espontaneidad. Mientras Ortiz se desahogaba, Salazar llamó a García y le dijo que quería comprobar el registro de los visitantes durante las dos últimas semanas.

Unos minutos después, el oficial se presentó en la reunión con un cuaderno en la mano.

—Aquí los tiene, señor. ¿Puedo retirarme? Es que no hay nadie que me pueda relevar en la recepción.

—Gracias, García. Sí, puedes irte.

—Yo ya revisé esos cuadernos el día que recibí la segunda nota y no encontré nada —le advirtió el comisario a Salazar.

—¿Qué criterio usaste para identificar al acosador?

—Personas ajenas a "San Miguel", por supuesto.

—¿Consideraste al mensajero de la Jefatura Superior como una persona ajena?

Santiago se le quedó mirando a su inspector jefe por un momento, mientras recordaba.

—¡Tienes razón! Me concentré en quienes no tenían ningún tipo de nexo con nosotros.

—De acuerdo, entonces vamos a revisar de nuevo.

Salazar abrió el cuaderno en las fechas cercanas a la aparición de la nota y allí estaba… Gaspar Cabrera. El mensajero de la Jefatura visitó "San

Miguel" el día anterior a última hora de la tarde, después de que había terminado la jornada. Venía a recoger evidencias del caso de Ovidio Barrios, el hombre que involucraba adolescentes en delitos, por lo que había sido enviado al segundo piso por García.

—Y por supuesto, pasó frente a mi despacho a una hora en la cual no había nadie cerca —recalcó el comisario, cada vez más cabreado—. Y yo no fui capaz de verlo, aunque lo tenía frente a la nariz. ¡Menudo policía estoy hecho!

—No te fustigues, Santiago —le aconsejó Salazar—. El mensajero era un visitante habitual y por eso no sospechaste de él. Jorge encontró el camuflaje ideal para pasar desapercibido.

—Eso explica cómo consiguió sustraer evidencias y documentos en los archivos restringidos —apuntó Miguel—. Si lo hacía con frecuencia obedeciendo a sus jefes, los encargados habrían confiado en él cuando acudió a solicitarlos.

—Estoy seguro de que sucedió lo mismo con Carlos Salcedo. Jorge debió llevar y traer parte de las pruebas que había contra el agente y es seguro que tomó nota de dónde se guardaban —argumentó Néstor—. Habrá contactado a Salcedo para hacer un trato con él. El falso DNI, a cambio de que todos sus problemas desaparecieran. Tenía acceso a las oficinas y dependencias de la Jefatura Superior, de modo que no le resultaría difícil hacer que se perdiera un expediente con todas sus pruebas.

—Ha jugado con nosotros como si fuéramos estúpidos —se lamentó Ortiz.

—En este momento eso no es lo más importante —dijo Salazar, que no hacía sino mirar el reloj. Con las calles vacías de coches, ya Remigio y Diji debían haber llegado a la calle Diputación. ¿Por qué no llamaban?—. Ya sabemos cuál es el alias que emplea Jorge, ahora debemos averiguar su verdadera dirección. Beatriz…

—Me pongo a ello, señor.

Mientras Araya tecleaba, el móvil del comisario comenzó a vibrar. Respondió, bajo la mirada inquisitoria de Néstor, quien trataba de adivinar el mensaje a través de las reacciones de su hermano.

—Sí… Comprendo… No toquéis nada. Y llama a Científica. Por cierto, ya sabemos quién es Jorge. Se trata de un mensajero de la Jefatura Superior, así que tened cuidado en quién confiáis.

En pocas palabras Santiago le explicó a su interlocutor lo que habían descubierto. Luego colgó. El inspector jefe esperó con el corazón en la garganta.

—Sofía no estaba allí —anunció el comisario. Néstor no supo si alegrarse o preocuparse, porque su compañera, la mujer que amaba (ahora lo sabía con certeza), continuaba desaparecida y en manos de un loco peligroso—. Encontraron su móvil en un contenedor, pero no hay ni rastro de ella.

—Es listo —reconoció Salazar en cuanto recuperó la voz—. Además está familiarizado con los procedimientos policiales. Con el móvil nos dejó un señuelo para despistarnos. Debe haberse llevado a Sofía muy lejos del lugar donde se deshizo del teléfono. Si no es que…

—¡Basta! —lo cortó Santiago, comprendiendo lo que su hermano sugería—. Sofía está bien. Solo debemos darnos prisa en encontrarla y rescatarla. Concéntrate en eso, Néstor.

El inspector jefe asintió y trató de controlarse. Si algo le había ocurrido a Sofía… ¿Cuántas veces había tenido oportunidad de confesarle lo que sentía por ella, echándose atrás a causa de sus inseguridades y temores? Si tan solo tuviera una oportunidad más… Contó hasta diez respirando muy despacio hasta que consiguió serenarse. Si quería ayudar a su compañera debía conservar la calma y mantener la cabeza fría.

—Aquí está —anunció Araya—. Gaspar Cabrera, 36 años, natural de Haro, La Rioja; mensajero. Vive en un piso alquilado en la calle La Paz, Número 23.

—¡Vamos! —ordenó Salazar, sin esperar la opinión del comisario, que en esta ocasión se limitó a seguirlo.

Salieron de la comisaría usando dos coches; una patrulla y el Corsa. El agente Ander los acompañó. Por el camino, Ortiz llamó a Remigio para darle la dirección de Gaspar. Debían encontrarse allí. La noche era muy fría y los jarreros se habían refugiado en sus casas, así que llegaron a la calle La Paz en cuestión de minutos. Subieron hasta el segundo piso. El olor a coles hervidas que horas antes había notado Garay continuaba impregnando el ambiente. No llevaban orden de allanamiento, pero tampoco la necesitaban. La presunción de que en el piso había una persona retenida contra su voluntad, cuya vida corría peligro, los eximía de esperar la decisión de un juez.

Néstor quería derribar la puerta y entrar sin más preámbulos, pero Santiago lo convenció de que debían esperar a Remigio y a Diji, quienes llegaron al cabo de diez minutos. Tal vez los diez minutos más largos que Néstor recordaba haber vivido. El comisario y Cheick se plantaron frente a la puerta y a la cuenta de tres, la golpearon con los hombros. Solo fueron necesarios dos intentos para que la débil cerradura saltara por los aires. Los demás policías entraron detrás de los dos hombres que actuaron como arietes. Lo hicieron pistola en mano, mientras registraban todo el piso.

—Vacío —dijo Néstor sin poder disimular su angustia y su decepción —. El malnacido debe haberse escondido en otro lugar.

—¡No toquéis nada! —advirtió Ortiz—. Hay que avisar a Científica.

—¿Estás hablando en serio? —protestó Salazar—. Sabes que pasarán horas antes de que terminen de rastrear el piso en busca de pistas. Para cuando nos dejen entrar de nuevo, ya Sofía podría estar muerta.

Santiago se disponía a responder a Néstor, cuando Ander, quien salía de la habitación mientras guardaba su arma, los interrumpió.

—Creo que les conviene ver lo que hay en el dormitorio, señor.

El comisario miró a Salazar dubitativo. El inspector le devolvió una mirada desafiante. Ortiz dudaba sobre lo que tenía que hacer. Si obedecía el reglamento, debía ordenar el desalojo del piso y llamar a los equipos de Científica, pero Néstor tenía razón, el rastreo podía tardar horas y tal vez Sofía no contara con tanto tiempo.

—Está bien. Veamos que hay allí.

Antes de que terminara de pronunciar esas palabras, el inspector jefe ya se encaminaba al dormitorio de Jorge. Entró seguido por su hermano y ambos se quedaron de una pieza.

En la habitación había dos camas individuales. Una de ellas tenía un cobertor de color rosa. A un lado había un tocador con un espejo y sobre él abundaban cremas y maquillaje. También había una peluca sobre un soporte. Era rubia, de cabello natural, largo y rizado. Salazar abrió los armarios. Junto a los pantalones y camisas del uniforme de mensajero de la Jefatura, había vestidos, faldas y blusas de la misma talla.

—Creo que hemos encontrado a Jorge —anunció en un murmullo—. Y también a nuestra Elvira.

Capítulo 70.

Después de comprobar que allí no había ninguna pista que les señalara dónde estaba Sofía, Santiago decidió desalojar el piso y llamar a Científica. Le caería una buena bronca por no haber seguido al pie de la letra el reglamento, pero estaba seguro de que habían hecho lo correcto.

Desde el rellano, Salazar llamó a Beatriz y le pidió que indagara si Jorge, o su familia, poseían más propiedades en La Rioja. Debía buscar bajo su verdadero nombre y también por el alias: Gaspar Cabrera. Luego llamó a don Hipólito, para consultarle acerca de lo que habían descubierto sobre Jorge. Cuando terminó de hablar, el psicólogo se quedó pensativo por un momento.

—¿Estás seguro de que Jorge actuó travestido y que su habitación está dispuesta como si la ocuparan dos personas?

—Así es. Un programa de reconocimiento facial nos permitió reconocer las facciones de Jorge en la fotografía del DNI de una mujer.

—Lo que me describes es muy interesante —reconoció el psicólogo—, y me trae remembranzas de algunas de sus afirmaciones durante las sesiones. ¿Recuerdas que te comenté acerca de que afirmaba escuchar voces dentro de su cabeza?

—Sí. ¿Cree usted que es esquizofrénico? —preguntó Néstor aterrorizado, al pensar que Sofía estaba en manos de ese hombre.

—No estoy tan seguro. Claro que las alucinaciones auditivas casi siempre se asocian con esquizofrenia, pero el trauma infantil, la forma en que Jorge hablaba acerca de las voces, como si hubiera mantenido conversaciones con alguien cercano… Si a eso sumamos lo que me acabas de contar, las dos camas, el maquillaje y la peluca... Representar a otra persona para cometer los delitos… Todo eso junto me hace preguntarme… No puedo afirmarlo, Néstor, pues tendría que retomar su caso, pero estoy pensando que podría tratarse de un "Trastorno de identidad disociativo."

—Perdone, licenciado, pero ¿podría ser más explícito?

—Disculpa. Me refiero a que Jorge puede sufrir de un problema de múltiple personalidad.

—A ver si me entero. ¿Quiere decir que este sujeto actúa usando más de una personalidad?

—No solo actúa. Se "convierte en más de una persona." Significa que comparte su cuerpo con varias personalidades.

—¿Eso no es una leyenda urbana?

—Me temo que no. Es un trastorno psicológico muy real y más frecuente de lo que la mayoría imagina.

—Supongo que tiene una hipótesis que lo acerca a esa conclusión.

—Desde luego. El "Trastorno de identidad disociativo" aparece en la infancia y es más frecuente entre los niños que han sufrido abusos…

—Que es el caso de Jorge.

—Exacto. Pueden coexistir muchas personalidades en un solo individuo, pero suelen ser unas pocas las que toman el control.

—¿Y todas las personalidades se enteran de lo que hacen las demás?

—No, muchas veces la persona que padece el trastorno pasa por períodos de amnesia, que son aquellos en los cuales toma el control otra personalidad. En otras ocasiones, sin embargo, puede haber interacción entre algunas de ellas.

—Como si se tratara de personas diferentes.

—Es correcto.

—¿Cómo podemos saber si Jorge sufre de esa enfermedad?

—Hay algunos indicios clínicos, pero te repito que tendría que entrevistarme con él para poder afirmarlo. Solo te estoy sugiriendo una teoría, pero no tengo suficientes elementos de juicio para afirmarlo, o negarlo.

—Lo conozco, don Hipólito. Sé que no se hubiera atrevido a plantearme esa hipótesis si no estuviera convencido de ello. En cualquier caso, necesito saber más acerca de cómo funciona la mente de Gutiérrez. Tiene a mi compañera en su poder y no sabemos hasta dónde sería capaz de llegar.

—Eso depende de la personalidad dominante, que yo apostaría que es Elvira.

—¿Se refiere a su hermana? Pero ya hemos comprobado que ella no tiene nada que ver con todo esto.

—No, no me refiero a su hermana, sino a la personalidad que Jorge desarrolló para sustituirla. Recuerda que su padre lo maltrataba y era su hermana quien más lo protegía. A raíz de esto, él desarrolló una codependencia con Elvira. Pese a su agresividad, Jorge siempre fue sumiso. Cuando su hermana desapareció de su vida, debió sufrir un quiebre psicológico.

—¿Quiere decir que se desdobló?

—Ese es mi punto. Habría desarrollado una personalidad autoritaria, la cual se manifiesta como voces en su cabeza. Voces que representan la de su hermana. Así él puede continuar sintiéndose protegido.

—Por eso se disfraza de Elvira, con la peluca que imita el cabello como él lo recuerda, el maquillaje y los vestidos.

—No es que se disfraza, Néstor. En ese momento, él es su hermana, o más bien, lo que Elvira representa para él en su mente. Ella controla su cuerpo. Él puede estar de acuerdo o no. Eso es irrelevante. No sabes cuánto lamento no haberme dado cuenta de lo que le ocurría cuando todavía era un chiquillo. Ahora tal vez es demasiado tarde.

—No se culpe, don Hipólito. No debe ser fácil hacer un diagnóstico semejante.

—Desde luego que no lo es, pero tampoco puedo considerarlo una excusa.

—Licenciado, este hombre se ha llevado a mi compañera y no sabemos a dónde. Usted conoce su mente. Lo atendió como psicólogo cuando era un niño. ¿Puede darme alguna pista de dónde podría encontrarlo?

Ibáñez se quedó pensando un largo rato, al punto que Salazar creyó que se había cortado la comunicación.

—El mayor problema de Jorge es su inseguridad. Eso explicaría la aparición de la personalidad de la mujer, que estoy seguro de que representa a su hermana. Siendo así, lo más probable es que se refugie en un lugar donde se haya sentido seguro en algún momento de su vida.

El inspector le agradeció a don Hipólito su ayuda y colgó el teléfono. Santiago, de pie a su lado, hacía lo mismo. El comisario fue quien habló primero.

—Era Beatriz. Esa chica es extraordinaria con la informática. Buscó los registros de propiedad a nombre de los Gutiérrez, los Paredes, Gaspar Cabrera y María Pérez, en Haro y sus alrededores. También comprobó los contratos de alquiler. Me temo que el resultado es negativo. La única propiedad relacionada con el mensajero es este piso, el cual tiene alquilado desde hace cinco años.

Los demás policías se reunieron con ellos. Todos se sentían preocupados y desconcertados. Encontrar a Jorge era urgente. Aunque nadie mencionaba a Sofía, el miedo se podía oler en el ambiente.

Néstor les explicó su conversación con el psicólogo, lo que aumentó el nivel de preocupación, porque no sabían cómo podía reaccionar una persona que padeciera semejante trastorno, que a ellos les parecía producto de la fantasía.

—¿Qué lugar puede resultar seguro para un tío que comparte su cuerpo con quién sabe cuántos más? —preguntó Remigio.

—Ese es el meollo del asunto —argumentó Salazar—. Fue su inseguridad la que dio paso a la formación de esas nuevas personalidades.

—¿Podría haber más, aparte de la de la hermana?

—Pueden ser muchas más de las que imaginamos.

—Así que el tío podría creerse Charles Manson —dijo Pedrera.

—Supongo que podría tener una personalidad con tendencias asesinas —reconoció el inspector jefe—, pero hasta ahora solo tenemos evidencias de la existencia de la personalidad de María Pérez, que el licenciado Ibáñez cree que representa a Elvira. No sé a ustedes, pero a mí me basta con eso para que se me ponga la piel de gallina.

—¿En qué nos ayuda todo este asunto de la personalidad múltiple para encontrar a Sofía? —preguntó Remigio, a quien los análisis psicológicos no lo convencían.

—¿Dónde pueden haberse sentido seguros Jorge y Elvira en algún momento de su vida?

—En la casa que compartían con su madre —respondió Diji.

Néstor lo miró, mientras asentía con la cabeza para manifestar su aprobación. El comisario tocó la tecla de remarcado y esperó la respuesta de Beatriz. Le dio instrucciones y volvió a colgar. Cinco minutos después, la subinspectora devolvía la llamada.

—Después de la muerte de su padre, los hermanos Gutiérrez vivieron con su madre en la calle Colón —les informó Araya—. En este momento, el edificio está abandonado.

Capítulo 71.

El comisario repitió las palabras de Araya para que las escuchara todo el equipo, lo cual cambió el estado de ánimo general. Al menos tenían una idea más clara del lugar donde Gutiérrez habría llevado a Sofía. Ahora debían actuar con celeridad.

—Si el malnacido se ha escondido en un edificio abandonado en plena ciudad, no va a ser fácil sorprenderlo —advirtió Pedrera.

—Lo primero que debemos hacer es comprobar que se encuentra allí.

—Y ser más listos que él.

—De acuerdo —intervino Santiago—. Diji, regresa a la comisaría, que García te entregue los visores térmicos y los llevas a la calle Colón lo antes posible.

—Sí, señor.

—Los demás, acompañadme. Debemos encontrar un piso cercano desde el cual podamos establecer la vigilancia del sospechoso. Cuando hayamos reconocido el terreno, elaboraremos un plan. ¿Alguna idea más, Néstor?

—Estoy de acuerdo. Me parece la mejor línea de acción.

—En ese caso, Echevarría, quédate a esperar a Científica y asegúrate de que se respeta el perímetro.

—Sí, señor.

Todavía era noche cerrada cuando salieron del piso de Jorge. Diji se encaminó a la comisaría, el resto a la calle Colón. Con la ciudad vacía llegaron a su destino en pocos minutos. Aparcaron en la calle Linares Rivas y se acercaron en parejas, o solos. Santiago se quedó junto al coche. Mantuvo el contacto con su equipo gracias a los radios de comunicación encriptada. Decidieron que coordinaría la operación a distancia, pues si se acercaba corrían el riesgo de que Jorge lo reconociera. Salazar se ocuparía de dirigir el procedimiento sobre el terreno.

Pasaron de largo frente al inmueble objeto de su interés. El inspector jefe ordenó a los demás que visitaran los edificios vecinos y localizaran un piso que pudiera servir de atalaya para observar lo que ocurría en la antigua vivienda de los Gutiérrez.

Los hombres de la comisaría de "San Miguel" obedecieron de inmediato, con lo cual se ganaron más de un fruncimiento de ceño y alguna que otra protesta por parte de los vecinos que visitaron, dada la hora a la

que llamaban a sus puertas. Se excusaban, pedían permiso y después de recibir la autorización del dueño de la casa, entraban para comprobar el ángulo de visión con respecto al supuesto escondite de Jorge.

Fue Remigio quien dio aviso de haber encontrado un punto de observación satisfactorio. Se trataba de un segundo piso ubicado en diagonal con respecto a la construcción abandonada. Eso les permitiría observar sin ser vistos, pues no querían correr el riesgo de que Jorge se pusiera nervioso y atentara contra Sofía. En el caso de que ella continuara con vida.

El vecino que les permitió convertir su piso en un centro de observación era un empleado del Ayuntamiento que vivía con su madre. Esta última, quien dijo que su nombre era María de la Concepción del Valle Molina y Zúñiga, pero que ellos podían llamarla Chochi, refunfuñó por haber sido despertada de forma tan desconsiderada. Se quejó desde que Remigio les tocó la puerta, hasta que terminó el procedimiento, pero al mismo tiempo les ofreció café, hacerles la cena y hasta unas galletas que había horneado aquella misma tarde y que eran famosas en el barrio.

Los policías solo aceptaron el café. La buena mujer se apresuró a preparárselos y servírselos aún en bata y zapatillas. Su queja por la intrusión de las fuerzas oficiales no le impedía disfrutar de la aventura. Además, ahora tendría algo interesante que contar en la próxima reunión con sus amigas para jugar a la Brisca.

Veinte minutos después llegó Diji con los visores térmicos. En el edificio abandonado no se veía movimiento, ni tampoco luces de ningún tipo. Si Jorge estaba allí, era muy cuidadoso. Pero no había manera de que se escondiera de los visores térmicos.

Néstor los cogió de manos del subinspector y los usó para hacer un escaneo completo del objetivo. Allí estaban, en el segundo piso. Dos figuras humanas que irradiaban calor. Una se movía con libertad, mientras que la otra permanecía inmóvil, sentada en una silla. Salazar dejó escapar un suspiro de alivio. Sofía debía ser la figura de la silla, lo cual significaba que continuaba con vida, pero necesitaban ser muy cuidadosos durante el rescate, pues no sabían cómo reaccionaría Jorge si se sentía acorralado.

Para alivio de Salazar, no había más personas en el lugar. Eso solo podía significar que don Hipólito tenía razón y que no existía un cómplice.

El inspector jefe pasó los visores a sus compañeros para que llegaran a sus propias conclusiones. Mientras tanto, pidió a su anfitrión que les

proporcionara papel y lápiz, pues debían elaborar un plan de rescate.

—No veo forma de entrar en ese edificio sin que Gutiérrez tenga la posibilidad de reaccionar contra Sofía —advirtió Pedrera con preocupación—. Tal vez deberíamos llamar al capitán Olmedo.

—Involucrar al Grupo GEO no reducirá los riesgos —discrepó Néstor—. Al contrario. Si Jorge ve acercarse a los hombres de Olmedo, puede asustarse lo suficiente para atentar contra Sofía y contra sí mismo.

—¿Qué sugieres entonces?

—Que seamos más listos que él.

—¿Cómo?

Salazar no tenía respuesta para eso. En ese momento salió Chochi de la cocina, avanzando hacia su hijo con expresión iracunda.

—¡Rodrigo! La estufa no tiene gas. ¿Te ocupaste ayer de pagarlo como te pedí?

—Lo lamento, mamá. Tuve mucho trabajo y lo olvidé.

—Ya me temía que esto podía pasar cuando te empeñaste en que llegara el gas directo por una tubería, en lugar de la confiable bombona de butano de toda la vida. Que dónde se ha visto eso. ¿Ahora cómo les preparo yo una tortilla a estos chicos, que deben estar hambrientos después de trabajar hasta las tantas? Que tampoco son horas para despertar a la gente decente, pero si están por atrapar a un peligroso criminal, o un terrorista, hay que colaborar, que para eso uno es gente de bien. Y lo menos que podemos hacer es invitarlos a un trozo de mi famosa tortilla. Aunque nos hayan despertado antes de la madrugada…

—Disculpe usted, Chochi —la interrumpió Salazar—. ¿Ha dicho que recibe el gas en forma directa?

—Sí, en eso se empeñó mi hijo Rodrigo, que dijo que era más seguro. Sí, claro, más seguro que te quedes sin estufa.

—Y supongo que es común en el barrio.

—Por supuesto. Ya casi nadie por aquí usa el butano.

—Gracias, Chochi —le dijo Néstor, cogiéndola por los hombros y plantándole un beso en cada mejilla—. Es usted genial. Acaba de darme una idea para rescatar a nuestra compañera.

—¿Yo? —preguntó la dueña de la casa, que se irguió y cogió aire, inflándose como un pavo—. Sí, claro, que ya me lo decía mi difunto marido: "Chochi, que a ti te desperdician los del Cesid, que tú serías una espía fabulosa."

Aunque Néstor sospechaba que las intenciones del difunto marido de la señora no eran halagarla, desplegó su mejor sonrisa de orgullo. Aunque todavía no la había ensayado con Paca, estaba seguro de que le había salido bien, porque Chochi suspiró con satisfacción y regresó a la cocina "a ver qué podía preparar ahora sin estufa."

Salazar llamó a sus compañeros, que se reunieron alrededor de la mesa dispuestos a escuchar el plan que usarían para arrestar a Jorge y rescatar a Sofía.

Capítulo 72.

Las luces y el sonido de las sirenas inundaron la calle Colón despertando a sus vecinos, quienes comenzaron a asomarse a balcones y ventanas para enterarse a qué venía semejante escándalo.

En el extremo de la estrecha calle había aparcado un camión de bomberos y sus efectivos comenzaban a descender a toda prisa, ataviados con sus uniformes y sus cascos protectores.

—¿Qué pasa, Carlos? —preguntó a su marido la vecina que vivía en el piso de debajo de la Chochi.

—No estoy seguro. Son los bomberos.

—¿Hay un incendio? —preguntó ella, con la voz temblorosa.

—No lo sé, pero no veo llamas, ni huelo humo. Es extraño.

La respuesta la proporcionó el jefe de los bomberos. Un hombre de considerable corpulencia, que se plantó en medio de la calle con un megáfono que amplificaba su vozarrón.

—A todos los vecinos de esta calle. ¡Atención! Se ha detectado una fuga de gas. Repito, se ha detectado una fuga de gas. Por su seguridad, apaguen los móviles. Deben salir de sus casas y seguir las instrucciones de nuestros compañeros, para mantenerse a salvo mientras solucionamos el problema.

El jefe de los bomberos repitió el anuncio varias veces, hasta que comenzaron a bajar los vecinos, algunos a medio vestir, otros todavía en pijama y zapatillas, cubiertos con mantas y albornoces. Los bomberos comenzaron a guiarlos a través de la calle, hasta que alcanzaron Linares Rivas.

Jorge también se asomó con precaución, apartando levemente una vieja cortina que protegía la ventana que daba a la calle. Vio a los bomberos conduciendo a los vecinos, las luces de emergencia destellando, los conos de seguridad bloqueando la entrada a la calle. Escuchó el mensaje del hombre del megáfono y comenzó a sentir temor. Un escape de gas. Con eso no contaba. Miró a su espalda y vio a la mujer policía a la que había atado a la silla y amordazado. Era un problema. No sabía qué hacer con ella. Elvira quería matarla y deshacerse de su cuerpo. Él creía que eso sería llegar demasiado lejos.

Era evidente que la mujer también escuchó el mensaje de los bomberos, pues abrió los ojos como platos cuando escuchó las palabras "escape de gas."

—¿Qué hacemos? —preguntó Jorge a su hermana—. Si nos quedamos aquí, podríamos correr peligro. Debemos salir.

—Eres un cobarde —le respondió Elvira con desprecio—. Siempre lo has sido. Sin embargo, en esta ocasión puede que tengas razón. Lo más prudente es alejarnos y regresar cuando todo haya pasado.

Jorge se sintió aliviado al comprobar que Elvira no le impedía ponerse a salvo. Se acercó a Sofía con la intención de soltarla para llevarla con ellos.

—¿Qué haces? —le preguntó su hermana.

—No la podemos dejar aquí.

—¿Por qué no? ¿Qué quieres? ¿Qué nos arresten? ¿Piensas llevarla atada y amordazada por toda la calle? ¿Acaso crees que nadie se daría cuenta? ¿O tal vez prefieres soltarla para que huya, dé la voz de alarma y nos encierren? Padre tenía razón. Eres un imbécil. Siempre lo has sido.

—¿Quieres que la dejemos aquí? Pero, el gas podría matarla.

—¿Y qué? No sabíamos qué hacer con ella. Bueno, parece que el destino decidirá por nosotros. La dejaremos en esa silla, tal cual está. Bien amarradita y con mordaza. Nos pondremos a salvo y si cuando regresemos está muerta, tendremos un problema menos. Ni siquiera necesitaremos deshacernos del cadáver. Con dejarlo aquí y marcharnos será suficiente.

—No lo sé, Elvira… No está bien.

—¿Quieres dejar de comportarte como una gallina?

El insulto le dolió a Jorge, pues era el apodo que usaba su padre para humillarlo.

—De acuerdo, lo haremos como tú digas.

Mientras Sofía se sacudía tratando de aflojar sus amarras, Jorge bajó las escaleras y moviéndose rápido, pero con disimulo para que nadie supiera de cual portal había salido, corrió a la calle y se alejó del portal siguiendo a sus vecinos. En el trayecto se cruzó con dos de los bomberos, un tío alto y delgado y otro todavía más alto y corpulento, que parecían correr a apagar un incendio. Tal vez ya habían encontrado la fuga de gas. Distraído como estaba, mirando a los bomberos que apresuraban el paso, se dio de bruces con el jefe, que todavía sostenía el megáfono en la mano.

—Usted disculpe —le dijo con educación, mientras trataba de rodearlo para continuar su camino.

El hombre se movió para cortarle el paso, mientras se quitaba el casco con visera. Jorge palideció en el momento en que lo reconoció. En un instante lo comprendió todo y se giró para huir, pero encontró a otros dos bomberos que le apuntaban con armas de reglamento, impidiéndole la fuga. Antes de que pudiera asumir su situación, estaba con las manos contra la pared, mientras uno de los policías disfrazados comprobaba si llevaba encima algún arma. Luego escuchó las fatídicas palabras en la voz de su peor enemigo.

—Jorge Gutiérrez, estás arrestado por acoso a un oficial de policía, por causar un incendio, y por atentar con explosivo contra un comisario, lo cual califica como acto terrorista —le dijo Santiago.

En el interior del edificio abandonado, Salazar y Cheick subían las escaleras saltando los peldaños de dos en dos. Llegaron hasta el segundo piso y aunque sabían por los visores térmicos que no había nadie más, tuvieron cuidado de mantener las armas listas para evitar cualquier sorpresa. Existía la remota posibilidad de que la persona que acompañaba a Jorge fuera un cómplice y no Sofía, como esperaba Néstor. El inspector jefe no quería considerar siquiera esa opción, pues significaría que habían llegado demasiado tarde.

Dejó escapar un suspiro de alivio cuando comprobó que la persona inmovilizada en la silla era Sofía, y que parecía estar indemne. Le ordenó a Diji que revisara el resto del edificio, mientras él guardaba su arma y sacaba una navaja para cortar las ataduras de su compañera.

Jorge había usado bridas de plástico para inmovilizar a la subinspectora, y Salazar las seccionó con un solo corte de la navaja. Primero las que sujetaban los tobillos y luego las de las muñecas. La propia Sofía se retiró la mordaza después de tener las manos libres y se puso de pie.

—Me alegra mucho verte, Néstor —le confesó—. ¿Por qué tardasteis tanto?

—Es que nos entretuvimos tomando un chato de vino y discutiendo las posibilidades del Club Haro Deportivo para este año. ¡No te jode! ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. Lo siento. Supongo que no fue fácil descubrir quién era Jorge.

—Es cierto, en especial porque "alguien" se llevó la única evidencia importante que nos podía conducir a él en forma directa. Estaba en el cuaderno que encontraste entre sus pertenencias. ¿No es así?

—Sí —Reconoció Sofía con expresión arrepentida—. Lo lamento, quise impresionarte y metí la pata.

Salazar escuchó las palabras de su compañera sin podérselo creer.

—¿Me estás diciendo que actuaste por tu cuenta y riesgo contraviniendo todas las normas para impresionarme a mí?

—Sí.

Néstor la miró. Había sido una imprudente que se jugó la vida y estuvo a punto de arruinar el caso del acosador de Santiago. Pudo terminar muerta, dejando libre a un sujeto con graves problemas mentales y tendencias asesinas. Y lo había hecho por él. No sabía si darle las gracias, o retirarle la palabra. La miró a los ojos y perdió. Recordó la angustia que había sentido durante las últimas horas cuando supo que estaba en peligro, cuando no tenía ni idea de si la volvería a ver con vida. En un impulso, Salazar buscó sus labios y la besó.

Sofía le correspondió, y al siguiente momento estaban enlazados también en un abrazo. El beso pudo durar segundos, o minutos. El inspector no hubiera podido decirlo, pero también había que respirar. ¡Condenada fisiología!

En el momento en que se separaron, Sofía le arreó una bofetada que lo dejó perplejo.

—Lo lamento, Sofía, yo… Fue un impulso por la alegría de encontrarte sana y salva… No quería faltarte el respeto… No volverá a pasar.

—Si me vuelves a decir que no querías y que no volverá a pasar, te arreo en la otra mejilla. No te abofetee porque me besaste.

—¿Ah, no? ¿Y entonces por qué? —preguntó Salazar, sintiéndose confundido.

—La bofetada te la ganaste por no haberme besado antes.

La sonrisa que apareció en el rostro del inspector jefe, Paca nunca la había visto.

Epílogo.

Un soleado sábado por la mañana, tres meses después, Néstor bebía una taza de café apoyado en el mesón de la cocina de la buhardilla, mientras esperaba que Sofía terminara de arreglarse. La infusión la había preparado ella, por supuesto. De haberla hecho él, no hubiera sido apta para el consumo humano. Frente al inspector reposaba la taza vacía que su compañera acababa de degustar antes de regresar a la habitación para acicalarse.

Salazar recogió tazas y platos para dejarlos lavados antes de que ella regresara a su casa. Desde el rescate de Sofía habían mantenido una relación bastante íntima, aunque ninguno se atrevía a dar el paso de declarar al otro que deseaba formalizar su situación. Ambos valoraban mucho su independencia, lo cual no les impedía demostrarse su amor en la intimidad.

Después del arresto de Jorge Gutiérrez, Sofía había tenido que dar muchas explicaciones por no haber informado sobre sus hallazgos a sus jefes y compañeros, por haberse puesto en riesgo a sí misma y al caso, actuando por su cuenta. En fin, que estuvieron a punto de suspenderla de empleo y sueldo. Salió bien librada, solo con alguna reprimenda, gracias a su brillante expediente y a que era su primera falta. Salazar la apoyó en todo momento.

Con respecto a Jorge, tenían pruebas suficientes en su contra. El psiquiatra de la Policía confirmó el diagnóstico de don Hipólito. El acosador de Santiago sufría de un "Trastorno de identidad disociativo," en el cual convivían dos personalidades. La de Elvira, que era dominante y la del propio Jorge, de carácter sumiso. El juez ordenó su detención en un psiquiátrico penitenciario. Carmela regresó de Tenerife con los chavales, lo cual satisfizo a Santiago y todo volvió a la normalidad.

Gyula iba superando la muerte de Jovanka. Néstor tuvo que invitar a una cena a Casimiro y su esposa en el restaurante más lujoso de Haro. Le había salido por un pico, pero lo pagó con gusto.

—Mau —escuchó Néstor, lo cual dirigió su atención hacia la cesta de Paca, donde la gata se acurrucaba con una pequeña gatita negra idéntica a ella, que era quien había maullado.

Salazar tenía que reconocer que el veterinario había sido muy eficiente a la hora de encontrarles hogar a los gatitos. Esa cría era la única que

quedaba de su última camada y Néstor esperaba entregarla ese mismo día.

—Meeeuuu —agregó Paca, con mayor energía.

—No seas mentirosa, Paca —le reprochó, mientras señalaba el tazón de leche vacío—. Sofía ya te dio tu desayuno, y la prueba está en las manchas de leche que ambas tenéis en los bigotes.

El sonido del timbre de la puerta interrumpió la discusión. Salazar miró la hora. Sería el señor Gómez, el dueño de un restaurante cercano que venía a recoger a la cría de Paca. Néstor abrió la puerta y recibió a su visitante, conduciéndolo hasta la cesta donde se acurrucaban las gatas.

En ese momento salió Sofía de la habitación y la mirada del señor Gómez se dirigió hacia ella, olvidándose de las felinas. Salazar hizo las presentaciones con el ceño fruncido y volvió a señalar a la cría.

—Aquí la tiene. Según el veterinario está muy sana. También es muy afectuosa. La tratará bien. ¿Verdad?

—Sí, claro. Descuide, no le faltará comida, ni un lugar caliente para dormir. La quiero para que mantenga alejados a los ratones. Ya sabe, dicen que las gatas son mejores cazadoras que los machos.

—De eso no tengo ninguna duda —respondió Sofía con segundas intenciones.

Néstor decidió hacerse el sordo, así que se dispuso a coger a la gatita. Paca reaccionó como nunca antes lo había hecho; abrazó a su cría y la atrajo hacia sí, en un gesto posesivo. Salazar se sorprendió. Después del destete, la gata había actuado con total indiferencia cuando las demás crías fueron entregadas, pero era cierto que con esta mantenía un vínculo más estrecho. Ambas jugaban, se acicalaban entre sí y siempre estaban juntas. Ante la reacción de la felina, el inspector retiró la mano, como si se hubiera quemado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Gómez.

—Nada —respondió Néstor, acercando de nuevo la mano a la cesta para coger a la gatita. No podía permitirse tener más gatos. Ya era suficiente responsabilidad cuidar de Paca.

Cuando tocó a la cría, Paca la volvió a sujetar con sus patas delanteras, mientras lanzaba una mirada de reproche a Salazar, como si se sintiera traicionada por aquel en quien más confiaba.

—Maauuu.

El maullido lastimero y la mirada acusadora fueron más de lo que el inspector podía soportar. Se incorporó y encaró al señor Gómez.

—Lo lamento. He cambiado de opinión. No voy a separarlas.

—Pero usted prometió…

—Ya le dije que lo lamento.

—¿Y para eso me ha hecho perder el tiempo viniendo hasta aquí?

—Ya escuchó —intervino Sofía—. Él es el dueño de ambas gatas y tiene todo el derecho a cambiar de opinión.

Refunfuñando, el señor Gómez salió de la buhardilla. Salazar no sabía cómo sentirse, pero estaba seguro de que había hecho lo correcto.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó Sofía.

—No podía hacerle eso a Paca. Ella confía en mí.

—¿Sabes que eres un blandengue?

—Eso mismo me dice Gyula —respondió Néstor, asintiendo.

—Pues yo pienso que se equivoca. Hace falta más valor para actuar con sensibilidad, que para hacerse el duro sin importar a quién lastimas.

Y para refrendar sus palabras, Sofía lo recompensó con un beso.

Al mismo tiempo, en el psiquiátrico penitenciario, Jorge y Elvira soportaban los gritos que los acusaban de inútiles por haber fracasado. Eladio, la verdadera personalidad dominante les recriminaba haberse dejado atrapar por el hombre que lo asesinó.

OTROS TÍTULOS DE ESTE AUTOR:

NO ES LO QUE PARECE: Un caso del inspector Salazar.

https://www.amazon.es/No-que-parece-inspector-Salazar-ebook/dp/B078XH916T/ref=zg_bs_14177574031_19?_encoding=UTF8&psc=1&refRID=H919Y9ACBZVZP65GBRAB

Un político muere en forma repentina durante un mitin en Haro, La Rioja. El inspector **Néstor Salazar** y su nueva compañera, la subinspectora **Sofía Garay**, son los llamados a determinar si se trató de un **homicidio**, pero la situación se hace más compleja cuando la investigación comienza a revelar que las apariencias resultan muy alejadas de la realidad. Nuevas *muertes* complican el caso, mientras la subinspectora comprende que **el propio inspector tampoco es lo que parece.**

Un comisario que ha pedido traslado desde Tenerife lleva a cabo una investigación paralela sobre una tragedia ocurrida en su familia veinte años atrás, algo que no dejará indiferente al inspector.

JUEGO MORTAL. (Inspector Salazar 02):

https://www.amazon.es/Juego-mortal-Inspector-Salazar-02-ebook/dp/B07BFXMWDM/ref=pd_rhf_dp_p_img_4?_encoding=UTF8&psc=1&refRID=H0XA29PCKTAYNCDG1E0C

«La sirena de la ambulancia rompió el silencio de la noche de *Haro*, mientras las luces de emergencia destellaban en la oscuridad. Dentro del área de tratamiento, un médico y un enfermero se afanaban en detener la hemorragia del paciente que yacía sobre la camilla. **Sofía** se esforzaba en contener las lágrimas, mientras contemplaba el rostro cada vez más pálido de **Salazar**. El gotero, puesto a chorro, alimentaba las venas del herido, **en un intento de mantenerlo con vida**…»

Durante la celebración de la Semana Santa en Haro, lo que en un principio parecía un hecho puntual, **el suicidio de un adolescente**, se convierte en una pesadilla para el inspector jefe Salazar y sus compañeros, cuando comienza a suceder repetidamente entre jóvenes que no mostraban ningún indicio que hiciera sospechar esa tendencia. Mientras Salazar se

concentra en hallar la respuesta para que *no sigan muriendo chicos inocentes*, la subinspectora Garay se embarca en una investigación para detener a *un asesino profesional que ha jurado que Néstor Salazar será su próxima víctima*.

AQUÍ HAY GATO ENCERRADO. (Inspector Salazar 03):

https://www.amazon.es/Aqu%C3%AD-hay-gato-encerrado-Inspector-ebook/dp/B07FLF3H7K/ref=sr_1_3?s=digital-text&ie=UTF8&qid=1546458499&sr=1-3

La comisaría de «San Miguel» concentra sus esfuerzos en la investigación del secuestro de un niño en Haro, mientras el inspector Salazar se encuentra en una asignación especial. Cuando el desarrollo de llos acontecimientos culmina en un desenlace y uno de los secuestradores aparece muerto con una nota suicida atribuyéndose la culpa, el comisario Ortiz comienza a recibir presiones para que cierre el caso. Ante su negativa él mismo resulta extorsionado y se ve obligado a llamar a Néstor para pedirle ayuda.

Salazar abandona la asignación para ayudar a su hermano, pese a las consecuencias que puede acarrearle tal decisión y se avoca a una investigación contra el tiempo que no admite fracaso porque está en juego la vida de alguien muy importante para él…

GATO POR LIEBRE. (Inspector Salazar 04):

https://www.amazon.es/Gato-por-liebre-Inspector-Salazar/dp/1791863728/ref=pd_rhf_dp_p_img_10?_encoding=UTF8&psc=1&refRID=P7B3DGBM7DY9P29AM3Q6

Mientras *Haro* se prepara para las fiestas navideñas, una llamada rutinaria se convierte en un caso de dimensiones insospechadas que pone a prueba la astucia del inspector jefe y la eficiencia de sus compañeros de la comisaría de "San Miguel". La puesta en escena de un **triple homicidio** para que parezca un **accidente** dispara todas las alarmas, dando inicio a un despliegue de actividad por parte de todo el equipo. Deben resolverlo deprisa, porque *de ello depende la salvación de muchos inocentes*. Al mismo tiempo, la vida personal de Salazar se ve sacudida por un

acontecimiento inesperado que le imprime un giro desconcertante. Nada volverá a ser lo mismo.

Vuelven el inspector Salazar y sus compañeros en un relato de suspense e intriga que no dejará indiferente a ningún lector, con nuevos personajes, anécdotas y situaciones que ponen en aprietos al *entrañable inspector*. La historia además de *intriga* proporcionará *emociones* a quien acompañe a los personajes a las calles de la ciudad, para compartir esta nueva aventura policíaca.

MUERTE EN EL PARAÍSO:

https://www.amazon.es/Muerte-en-para%C3%ADso-M-J-Fern%C3%A1ndez-ebook/dp/B0763CF7XJ/ref=sr_1_6?s=digital-text&ie=UTF8&qid=1546458552&sr=1-6

Una **isla privada paradisíaca** en el medio del Atlántico se convierte en el *coto de caza de un asesino en serie*.

Una desgracia ocurrida a la familia propietaria de la isla parece regresar del pasado para *amenazarlos* a todos.

Argus del Bosque, **comisario** del Cuerpo Nacional de Policía deberá darse prisa en encontrar al asesino, si consigue evitar perder la vida en el intento...

LOS PECADOS DEL PADRE:

https://www.amazon.es/Los-pecados-padre-M-J-Fern%C3%A1ndez-ebook/dp/B079F3S42C/ref=sr_1_8?s=digital-text&ie=UTF8&qid=1546458595&sr=1-8

A lo largo de veinticinco años, en cuatro países de *Europa*, **un asesino en serie** acaba con la vida de parejas jóvenes, engañando a la policía para que crean que el muchacho en cada una de ellas es el culpable. Michael Sterling, **comisario de Scotland Yard** que conoce su *modus operandi*, **obsesionado con detenerlo**, emplea todos sus esfuerzos en descubrirlo. La investigación la lleva a cabo un equipo policial **que involucra dos países**, Inglaterra y España, mientras **un pecado familiar surge del pasado para exigir su expiación**…

TRAMPA PARA UN INOCENTE:

https://www.amazon.es/Trampa-para-inocente-M-J-Fern%C3%A1ndez-ebook/dp/B07F5Y7SV2/ref=sr_1_9?s=digital-text&ie=UTF8&qid=1546458626&sr=1-9

Luis Armengol despierta en una pensión de mala reputación con el *cadáver de una joven desconocida* a su lado. Sus manos ensangrentadas y el cuchillo con el que la chica fue *apuñalada* en el suelo lo señalan como **culpable**, al mismo tiempo que la **Policía** llama a su puerta. En un acto desesperado consigue escapar, pero conservará su *libertad* por poco tiempo a menos que encuentre las pruebas de su inocencia. *¿Quién le ha puesto esa trampa? ¿Por qué?* De hallar las respuestas a estas preguntas depende su futuro. Deberá desentrañar el **misterio** antes de que lo encuentre la **Policía**, *o los hombres que lo buscan para matarlo*…

LA VENGANZA:

https://www.amazon.es/venganza-M-J-Fern%C3%A1ndez-ebook/dp/B076TDTHWQ/ref=sr_1_4?s=digital-text&ie=UTF8&qid=1546458731&sr=1-4

Samuel es un joven brillante con un prometedor futuro. Cuando la oportunidad de cumplir su sueño llama a su puerta, todo se derrumba al ser acusado del brutal asesinato de su novia. Su vida es truncada por la confabulación de tres hombres, que por diversos motivos se benefician de su desgracia, pero no es el único. Con la misma perfidia destruyen la vida de otros inocentes sin llegar a sentir el menor remordimiento.

Veinte años después, cuando los tres se sienten más seguros, el pasado resurge y sus víctimas, aún después de la muerte y el olvido, unen sus fuerzas y regresan dispuestas a cobrar venganza. ¿Hasta dónde pueden llegar para castigar a quiénes destrozaron su futuro?

LOS HIJOS DEL TIEMPO:

https://www.amazon.es/Los-hijos-tiempo-M-J-Fern%C3%A1ndez-ebook/dp/B07587TT3G/ref=sr_1_7?s=digital-text&ie=UTF8&qid=1546458797&sr=1-7

Un hombre nacido en la Edad Media se ve obligado a recorrer el mundo. La búsqueda de la respuesta a un misterio del cual depende su supervivencia, lo lleva de las iglesias y castillos de la ***Europa medieval***, hasta los confines de la ruta de la seda en el ***Lejano Oriente***, en una época en la que las supersticiones dictaban el comportamiento de la sociedad. *En el año 2010*, la desaparición de un empresario y la muerte de un librero son las claves de una lucha entre colosos que se desarrolla a lo largo de los siglos, cuyo origen se encuentra en la respuesta a aquel mismo **misterio**.